

LA GRAN IMPLOSIÓN

CLASE, IMPERIO Y CRISIS CLIMÁTICA EN EL
CAPITALISMO ZOMBI

Jason W. Moore

© 2025, Jason W. Moore.

© de esta edición, Traficantes de Sueños, 2025.

Los textos reunidos en este libro han sido publicados con permiso y bajo contrato con el autor.

Licencia Creative Commons: Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0
Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Primera edición en castellano: Mayo de 2025.

Título: La Gran Implosión. Clase, imperio y crisis climática en el capitalismo zombi

Autor: Jason W. Moore.

Traducción y prólogo: Isidro López Hernández.

Maquetación y diseño de cubierta: Traficantes de Sueños.

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13. 28012, Madrid.

Tlf: 915320928. [e-mail:editorial@traficantes.net]

Impresión:

Cofás artes gráficas

ISBN: 978-84-19833-37-2

Depósito legal: M-8385-2025

LA GRAN IMPLOSIÓN

CLASE, IMPERIO Y CRISIS CLIMÁTICA EN EL
CAPITALISMO ZOMBI

JASON W. MOORE

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
ISIDRO LÓPEZ HERNÁNDEZ

prácticas c^onstituyentes

traficantes de sueños

ÍNDICE

PRÓLOGO. JASON W. MOORE O LA CRÍTICA DE LA RAZÓN ECOLOGISTA. <i>Isidro López Hernández</i>	11
El capitalismo en la trama de la vida	11
Ecología mundo capitalista	14
Por una política de clase en la trama de la vida	15
I. ¿CÓMO LEER <i>EL CAPITALISMO EN LA TRAMA DE LA VIDA?</i> HACIA UN MATERIALISMO HISTÓRICO MUNDIAL EN LA TRAMA DE LA VIDA	17
¿No soy marxista? La no crítica y la huida de la historia del sistema mundo	22
Abstracciones reales: de la mercancía al fetichismo civilizatorio en la fabricación de la crisis planetaria	25
La conversación sobre la ecología mundo: hacia el horizonte comunista en la trama de la vida	30
II. ¿EL OPIO DE LOS ECOLOGISTAS?	33
El prometeísmo o la lógica geocultural del capitalismo histórico	34
Historia de dos antropocenos: científicismo y sostenibilidad de los ricos	37
El Hombre, la Naturaleza y los orígenes del capitalismo	43
Gestión planetaria, o cómo evitar ver la vida como un jefe	46
Justicia planetaria y proletariado planetario: ¿hacia el Proletarioceno?	51
III. MAS ALLÁ DE LA JUSTICIA CLIMÁTICA	57
IV. NUESTRO MUNDO CAPITALOGÉNICO: CRISIS CLIMÁTICA, POLÍTICA DE CLASE Y PROYECTO CIVILIZATORIO	73
Antropogénesis, neoliberalismo y «fin de la historia»	73
El debate de la Transición en la trama de la vida	77
El ecologismo de los ricos, o por qué el Antropoceno popular es parte del problema	86
A modo de conclusión: Antropoceno, Capitaloceno y horizonte comunista	94

V. DESPERDICIO. CÓMO EL CAPITALISMO DESTRUYE LA TRAMA DE LA VIDA Y POR QUÉ NO PUEDE PARAR	99
El Despilfarroceno contra el «ecologismo de los ricos»: de la Nave Espacial Tierra al Antropoceno popular	100
Los límites del imperio y los límites del crecimiento	103
De la plusvalía a la sobrecontaminación: la ley general de la sobrecontaminación en la ecología mundo capitalista	105
Valor negativo: la negación de la negación en la ecología mundo capitalista	109
Trascender el Despilfarroceno: la justicia planetaria en la Gran Implosión	112
Conclusión. Del vertedero global al socialismo planetario	115
VI. ANTROPOCENO, CAPITALOCENO Y HUIDA DE LA HISTORIA: UNIVERSALISMO DIÁLECTICO Y GEOGRAFÍAS DEL PODER DE CLASE EN LA ECOLOGÍA MUNDO CAPITALISTA 1492-2022	117
¿Qué es, y qué no es, el Capitaloceno? Del método histórico al internacionalismo proletario	120
El pluriversalismo abstracto y sus descontentos	128
¿Qué tipo de pluriversalismo para qué tipo de política, en qué tipo de crisis planetaria?	131
El internacionalismo y los peligros del «grupismo»	133
Universalismo dialéctico, o el punto de vista del proletariado planetario	137
Justicia planetaria y proletariado planetario: hacia un internacionalismo biotariano	141
VII. EL HOMBRE, LA NATURALEZA Y EL ECOLOGISMO DE LOS RICOS. ANTROPOCENO, CAPITALOCENO Y EL PROLETARIADO PLANETARIO	147
El Hombre, la Naturaleza y la violencia del naturalismo burgués	150
VIII. PODER, BENEFICIO, PROMETEÍSMO. PRIMERA PARTE: MÉTODO, IDEOLOGÍA Y VIOLENCIA DEL PROYECTO CIVILIZATORIO	169
Prometeísmo: ideas dominantes, abstracciones dominantes y la dinámica de clase del naturalismo	172
Clase, proyectos civilizadores y el problema del método	176
A modo de conclusión: del método a la práctica	179
IX. PODER, BENEFICIO, PROMETEÍSMO. SEGUNDA PARTE: LA SUPEREXPLOTACIÓN EN LA TRAMA DE LA VIDA	181
Prometeísmo, naturalismo burgués y el problema de la superexplotación	185
Prometeísmo, trabajo barato y capitalogénesis	189
La superexplotación en la trama de la vida	193
Proyectos civilizadores, crisis climática, guerra de clases: ¿hacia el Proletarioceno?	202

X. DEL GRAN ABARATAMIENTO A LA GRAN IMPLOSIÓN. CLASE, CLIMA Y GRAN FRONTERA	207
Parte I. Las fronteras mercantiles y los orígenes de la crisis planetaria: proletariado, biotariado y femitariado en la Gran Frontera	213
Parte II. Las fronteras mercantiles y el Proyecto Civilizador. De lo «real» a las abstracciones dominantes	223
Parte III. La Gran Implosión: De la solución climática a la crisis climática	231
Conclusión: ¿revuelta del proletariado planetario? La lucha de clases mundial en la trama de la vida	242
BIBLIOGRAFÍA	253

PRÓLOGO. JASON W. MOORE O LA CRÍTICA DE LA RAZÓN ECOLOGISTA

ISIDRO LÓPEZ HERNÁNDEZ

El capitalismo en la trama de la vida

La publicación de *El capitalismo en la trama de la vida* (Traficantes de Sueños, 2020) ha marcado un antes y un después en el campo de pensamiento político que se ha venido asociando con el ecologismo desde 1968 en adelante. Este es uno de esos libros que mantienen una hipótesis de tanto calado crítico que obliga a todos aquellos que ocupan el perímetro temático del que habla a volver a posicionarse. La recopilación de ensayos que aquí presentamos son respuestas a los debates que ha provocado el desbrozamiento de la maleza discursiva operado por Moore.

Como precaución metodológica hay que señalar que Moore centra su crítica en el ecologismo norteamericano, un movimiento mucho menos penetrado por la izquierda política y el sindicalismo de clase que el ecologismo político europeo. El término que Moore utiliza en inglés es *environmentalism*, que en la órbita cultural europea se asociaría más con el conservacionismo que con el ecologismo, hablamos de grandes ONG como Greenpeace o WWF, antes que del gran ejemplo histórico de ecología política en Europa que son Die Grünen [Los Verdes] en Alemania. De hecho, los debates que Moore mantiene con el ecosocialismo americano, como el de John Bellamy Foster, o con el marxismo ecologista europeo, como Andreas Malm, tienen que ver más con lo que considera como lecturas críticas demasiado apresuradas de su trabajo, que no tienen en cuenta su complejidad y profundidad, que con desacuerdos teóricos de fondo. El primer capítulo del libro, una respuesta a sus críticos ecosocialistas, deja clara esta postura.

Moore afronta su tarea de evaluación del pensamiento ecologista realmente existente armado con el caudal teórico de la llamada escuela de los sistemas mundo. Legítimo heredero de sus brillantes fundadores, Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi, Moore maneja la concepción histórica y territorial de la *longue durée* braudeliana con extraordinaria solvencia para tirar comparaciones y análisis de un barrido espacial y temporal enorme.

Pero la posición de Moore bebe de más fuentes, por ejemplo, recupera los hallazgos de la geografía crítica de David Harvey y Neil Smith; de hecho, su posición toma mucho de dos libros: *Los límites del capital* de David Harvey¹ y *Desarrollo desigual* de Neil Smith.² También utiliza dos clásicos del feminismo materialista como *Calibán y la bruja* de Silvia Federici³ y *Patriarcado y acumulación a escala mundial* de Maria Mies.⁴ Además Moore conoce a la perfección los textos de Marx en los que, en última instancia, se soporta sólidamente su acercamiento político y metodológico, ya sea *El capital*, el *Manifiesto comunista*, o *La ideología alemana*. En este sentido, esta recopilación de artículos pone encima de la mesa la superioridad política de las categorías históricas marxistas sobre el popurrí de nociones de origen malthusiano que ha tendido a manejar el ecologismo norteamericano hasta el día de hoy.

Una vez hecho el arduo trabajo de separar la paja ideológica del grano analítico, la hipótesis de Moore es sencilla: la crisis ecológica, y más concretamente, la crisis climática no están ocasionadas por una abstracción conocida como el Hombre, en su acción sobre otra abstracción conocida como Naturaleza. En lugar de esta fábula mítica, lo que Moore sostiene es que la crisis ecológica, y por extensión la crisis climática son consecuencia de la historia concreta del despliegue territorial de las relaciones capitalistas de producción desde el siglo XVI en adelante. La extensión de la ley del valor hasta sus límites en la biosfera, o en la trama de la vida, es el comienzo de esta fase de la crisis capitalista en la que estamos viviendo y a la que llamamos crisis ecológica o crisis climática. En resumen, la crisis ecológica no está causada por el Hombre sino por el capital. No es antropogénica sino capitalógena.

Utilizando una distinción clásica de la epistemología marxista desde las *coupures epistemologiques* [cortes epistemológicos] de Althusser, Moore diferencia cuidadosamente entre la práctica real de los científicos y la ideología de la ciencia. Siguiendo esta misma tradición marxista de interpretación de la ciencia, la práctica científica realmente existente obtiene sus resultados a través de la utilización de lenguajes matemáticos, no porque la estructura del mundo sea numérica, sino porque describen los procesos biofísicos con mucha mayor precisión que los lenguajes que hablamos y escribimos, precisamente porque estos lenguajes escritos y hablados, ya sean en usos corrientes o cultos, están llenos de ideología. Cuando científicos, y por

¹ D. Harvey, *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024.

² N. Smith, *Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción de espacio*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020.

³ S. Federici, *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010.

⁴ M. Mies, *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019.

supuesto técnicos, hablan y escriben están tan sujetos a la ideología como cualquiera, y por tanto reproducen el discurso legitimatorio del capital, incluso cuando hablan de «lo que saben».

Un buen ejemplo de la aplicación de este criterio metodológico es el término que Moore utiliza como resumen de todo lo que está mal políticamente en el ecologismo: «Antropoceno». Este fue acuñado por los científicos de los sistemas terrestres, en este caso fundamentalmente los geólogos, a través del estudio de los llamados «picos dorados», marcas estratigráficas que definen los principios y finales de distintas eras geológicas. Así habríamos pasado del Holoceno al Antropoceno, en tanto las marcas que registran los estratos estudiados aluden a fenómenos de origen «humano». Cuando estos mismos científicos, como es el caso del Premio Nobel P. J. Crutzen, reformulan sus hallazgos empíricos y cuantitativos en términos de una crisis provocada por la «humanidad» en su relación con algo llamado «naturaleza» están haciendo ideología y justificando el orden capitalista sin saberlo. Es lo que Moore denomina «Antropoceno popular», en los artículos críticos que aquí presentamos.

Dígame «humanidad», «hombre» o «especie humana», estamos hablando de una instancia que no tiene realidad política alguna. En ninguna institución «la humanidad» habla, así como el «ser humano» tampoco emprende acción política alguna. Ningún cambio histórico de cierto calado ha tenido igualmente como sujeto a «la humanidad». La «especie humana» es la única especie en la que hay que especificar si hablamos de los humanos que mandan sobre los demás o de los que son mandados. Decir que la crisis ecológica es de origen «humano» es ocultar sus verdaderas raíces: la acumulación de capital y la jerarquía de poder que necesita para funcionar. El capital fundamentalmente reproduce y refuerza la jerarquía de poder existente. De nuevo, insistimos con Moore, la crisis ecológica, y su hija, la crisis climática, no son de origen antropogénico sino capitalogénico. No vivimos en el Antropoceno sino en el Capitaloceno.

Derrocar el capitalismo, con su trinidad de clase, género y raza como ejes necesarios de dominación y obtención de trabajo barato, indispensable para la continuidad de la reproducción ampliada del capital, es la única manera de empezar a pensar en la superación de la crisis ecológica. Y para eso es necesario abandonar totalmente la creencia de que es posible la superación de la crisis mediante estrategias de Estado o de decisiones individuales en el campo del consumo. Estas líneas políticas coinciden más o menos, con los dos polos del debate entre Green New Deal y decrecimiento que ha tenido lugar en los años posteriores a la pandemia. La acción a través del Estado y las decisiones de consumo, o no consumo individual, son dos caras de la misma moneda, dos formas de justificar el orden capitalista existente.

Otro de los conceptos estrella de la hipótesis de Moore es el de «trama de la vida». Acuñado en 1996 por el físico austríaco Fritjof Capra, fundador de la *Deep Ecology*,⁵ este concepto sirvió para poner encima de la mesa una visión del mundo no centrada en la oposición ideológica entre «Hombre» y «Naturaleza», sino en la interconexión de todos los seres vivos en pie de igualdad, vinculados en redes o tramas de la vida. Los ecos hippies de Capra pueden mover hoy a la sonrisa cínica, pero desde luego constituyen un avance con respecto al malthusianismo atroz de los Ehrlich o Garret Hardin y sus llamadas histéricas al control poblacional en nombre de la «escasez» y el «consumo excesivo». En manos de Moore, el misticismo taoísta de Capra desaparece, y las «tramas de la vida» capitalogénicas pasan a ser conceptualizadas como interpenetradas por el poder y la incesante búsqueda de beneficio de la acumulación de capital. Esto supone una mejora analítica, desde el punto de vista materialista, frente a las distintas formas de entender la «Naturaleza» y «lo Natural» como instancias de autenticidad prístina que han sido destruidas por el «Hombre». «Hombre», que en una mezcla de ignorancia e ingenuidad, ha omitido los designios de su madre auténtica, y ahora paga con nada menos que con el «fuego del fin del mundo», por su falta de cuidado y cariño para con el medio ambiente que le «rodea».

Ecología mundo capitalista

Desde el momento en el que el capitalismo se expande territorialmente por todo el orbe, se puede hablar de un «arreglo ecológico» en el mismo sentido en que David Harvey habla de «arreglo espacial». Es decir, cada ciclo de acumulación mundial genera una ecología a su medida; y esa misma ecología suele ser un obstáculo a destruir para el siguiente ciclo de acumulación. Desde aquí, Moore recupera la noción central de sistema mundo capitalista, que define a su escuela, para transformarla en la de ecología mundo capitalista. A diferencia de sus maestros, Wallerstein y Arrighi, que no consideraron el desembarco de los españoles y los portugueses en América como una hegemonía global capitalista, centrándose en el ciclo financiero de las Provincias Unidas, Moore considera que el Capitaloceno se inicia en 1492. De hecho, el llamado Pico de Orbis se produjo por el enfriamiento de la Tierra debido a la muerte de millones de indígenas por las enfermedades y los conquistadores europeos, los cuales, en consecuencia, dejaron de cultivar sus tierras tanto en América del Norte como del Sur. La recolonización forestal de estas tierras las convirtió en sumideros de carbono y constituye el primer cambio climático de origen capitalogénico.

⁵ F. Capra, *The web of life*, Nueva York, Anchor, 1996.

Moore entabla debate no solo con el ecologismo sino también con las versiones académicamente más prominentes del decolonialismo. En concreto, revisa las obras de Grosfoguel, Mignolo y Escobar, para encontrar en ellas un esencialismo apenas trabajado, donde nociones como «Europa» aparecen una y otra vez de forma reificada y simplificada. Como dice Moore, es imposible que «Europa», tal y como la conocemos, explotase a América en la conquista, porque la noción de «Europa» como máquina de conquista colonial nace con la conquista de América. No hay una esencia civilizatoria previa. En lugar del relato decolonial simplificado, Moore sostiene que cada nuevo ciclo de acumulación capitalista depende del establecimiento de las llamadas fronteras mercantiles. Lugares en los que se produce el avance territorial del capital y que son máquinas de producir Naturalezas Baratas, indispensables para que la acumulación de capital salte por encima de sus recurrentes crisis de sobreacumulación.

Las fronteras mercantiles se agotan en su capacidad de producir los cuatro baratos: trabajo, energía, alimentos y materias primas, y la frontera se desplaza a otro lugar. Según Moore, habríamos llegado a un límite en este proceso. Ya no hay más fronteras mercantiles en las que producir nuevas Naturalezas Baratas que puedan desatascar la gigantesca crisis de sobreacumulación que define la crisis actual. Para Moore este es un proceso irreversible, no hay posibilidad de volver a un régimen generalizado de Naturalezas Baratas y eso convierte a la crisis ecológica en la crisis terminal del capitalismo.

Por una política de clase en la trama de la vida

Si se sacan conclusiones políticas a partir del relato de Moore, los efectos incrementados de la crisis ecológica y el cambio climático en los últimos años no se pueden cargar solo a la cuenta de los «negacionistas», sino también de quienes han defendido activamente un ecologismo mayoritario que ha construido las cumbres climáticas de la COP o los mercados de carbono, sin someter a crítica los principios que los sustentan: a saber, que los Estados nación capitalistas pueden hacer algo más que competir entre sí para buscar ganancias y acomodar pérdidas en el proceso de acumulación, o que las subidas de precios de recursos y energía son una herramienta para moderar el consumo «insostenible».

No es de extrañar que *El capitalismo en la trama de la vida* haya sido un golpe que ha generado ondas profundas en las aguas, quizá demasiado tranquilas, del ecologismo político. Pero lejos de caer en los lamentos impotentes del colapsismo, Moore apuesta por que la crisis terminal del capitalismo desemboque en el Proletarioceno, una suerte de nuevo

socialismo mundial, Y esto depende única y exclusivamente de la capacidad para organizar la subversión que tengan los movimientos. En este propósito, disponer de una buena guía analítica, basada en la interpretación materialista de los procesos históricos y territoriales, resulta fundamental.

I

¿CÓMO LEER *EL CAPITALISMO EN LA TRAMA DE LA VIDA*?

HACIA UN MATERIALISMO HISTÓRICO MUNDIAL EN LA TRAMA DE LA VIDA*

Rufus: La humanidad se ha equivocado al partir de una buena idea y construir una estructura de creencias a partir de ella.

Bethany: ¿Estás diciendo que tener creencias es algo malo?

Rufus: Simplemente creo que es mejor tener una idea. Una idea se puede cambiar; cambiar una creencia es más difícil. La gente muere por ello, la gente mata por ello.

Dogma (Kevin Smith, dir., 1999)

¿Cuántos proletarios pueden bailar en la cabeza de un alfiler?¹

Esta es una pregunta absurda que, en su huida de la historia, encarna el sesgo antihistórico de gran parte del pensamiento ecologista y marxista actual. Desconectados de la historia del sistema mundo, muchos marxistas, y no solo los marxistas, han sucumbido a la ilusión burguesa de que los problemas teóricos pueden afrontarse adecuadamente en un terreno teórico. La crítica a esta ilusión es central en mi libro *El capitalismo en la trama de la vida* (en adelante *La trama de la vida*). El problema del capitalismo, entendido como una ecología mundo² de poder, beneficio y vida, solo podía abordarse a través de la historia del sistema mundo. Por ser

* Artículo publicado originalmente como «How to read *Capitalism in the web of life*: towards a world-historical materialism in the web of life», *Journal of world-systems research*, núm. 28, 2022, pp. 153-167.

¹ Originalmente «¿Cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?» en referencia a si los «ángeles» eran materiales o no, en la actualidad se usa comúnmente como metáfora de un tema de debate sin sentido. [N. de E.]

² Algunas contribuciones recientes destacadas sobre la discusión sobre ecología mundo son: Antonacci, 2021; Boscov-Ellen, 2021; Brenner, 2020; Campbell, Niblett y Oloff, 2021; Dixon, 2021; Eichen, 2020; Ferrando *et al.*, 2021; Gibson, 2021; Jakes, 2020; Mateos, 2021; Molinero Gerbeau *et al.*, 2021a, 2021b; Ortiz, 2020; Otter, 2020; Scown 2020. Varios cientos de textos de la conversación sobre la ecología mundo pueden encontrarse en <https://www.academia.edu/Documents/in/World-Ecology>.

claros, no se trata de una historia del sistema mundo abstracta, sino una que se inspira en *La ideología alemana*, la declaración clásica de Marx y Engels sobre el materialismo histórico mundial ([1846] 2010). Las primeras líneas de esta declaración son tan habitualmente ignoradas –incluso por los marxistas– que quiero subrayarlas aquí.

Un materialismo revolucionario y dialéctico comienza con (y vuelve a):

La organización corpórea de estos individuos y, como consecuencia de ello, su relación con el resto de la naturaleza. No podemos entrar a examinar aquí, naturalmente, ni la contextura física de los hombres mismos ni las condiciones naturales con las cuales los hombres se encuentran: las geológicas, las oro-hidrográficas, las climáticas y las de otro tipo. *Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres.* (Marx y Engels, 2010: 31, énfasis añadido).

«Tampoco podemos entrar aquí» en los asuntos de la trama de la vida y su «modificación en el curso de la historia a través de la acción de los hombres». Pero, como demostraron pioneros como John Bellamy Foster (2000) y Paul Burkett (1999), esta era precisamente la trayectoria del materialismo histórico. De hecho, apenas unas páginas después de las líneas citadas, Marx y Engels amplían la idea de una forma que ha sido muy influyente para *La trama de la vida*. A través de las enmarañadas historias de la familia y la sociedad de clases, Marx y Engels subrayan que «la producción de vida, tanto de la propia en el trabajo, como de nueva vida en la procreación, aparece ahora como una *relación doble: por un lado como una relación natural, por otro como una relación social*» (2010: 41, énfasis añadido). Esta doble relación –el corazón dialéctico de *La trama de la vida*– insiste en que la sociedad de clases, y el capitalismo en concreto, es un metabolismo de «codeterminación recíproca» a través del cual las relaciones sociales humanas, desde el cuerpo hasta la biosfera, se interpenetran con la totalidad de la trama de la vida (Lewontin y Levins 1997: 96). Decir que «la vida física y espiritual del hombre está ligada a la naturaleza significa simplemente que la naturaleza está ligada a sí misma, porque el hombre es una parte de la naturaleza» (Marx y Engels, [1844] 1975: 275-276).

¿Hombre? ¿Naturaleza? Las propias palabras se reformulan dialécticamente –contra las concepciones burguesas de las mismas como cosas-en-sí-mismas– en el naturalismo dialéctico de Marx. Permítanme subrayar que el naturalismo dialéctico de Marx es también un humanismo dialéctico. (Cuánta tinta virtual podríamos ahorrar con este reconocimiento dialéctico elemental). He aquí, desde el principio, una crítica al pensamiento del Hombre y la Naturaleza, explícitamente rechazado en *La ideología alemana*. El problema con los idealistas, los jóvenes hegelianos,

era su «oposición polar de hombre y naturaleza» (Marx y Engels, 2010: 482). Trascendiendo tales polarizaciones, Marx y Engels señalan el surgimiento histórico de la «*universalidad* del hombre» que «aparece en la práctica precisamente en la *universalidad* que hace de toda la naturaleza su cuerpo inorgánico». La *universalidad*, en sus manos, no tiene nada que ver con el «*universalismo* occidental». Más bien, es una abreviatura filosófica de las tendencias histórico-mundiales del capitalismo. Por un lado, encontramos una «*universalidad*» capitalista como un movimiento «histórico-mundial [...] empíricamente verificable», una tendencia que «hace de toda la naturaleza [...] [el] cuerpo inorgánico» del capital (Marx y Engels, 2010: 51; Marx y Engels, 1975: 275). Por otro, su contratendencia dialéctica y negación potencial: *el comunismo*. Este no es un «*estado de cosas*» sino «el movimiento *real* del proletariado, el proletariado solo puede existir *en un plano histórico-mundial* [lo mismo que el comunismo, su acción, solo puede llegar a cobrar realidad como existencia histórico-universal] directamente vinculado a la historia universal» (Marx y Engels, 2010: 49). El comunismo se convierte en «el movimiento real que suprime el actual estado de cosas», permitiendo a los «productores asociados» (¡y reproductores!) «gobernar de manera racional el metabolismo humano con la naturaleza» (Marx y Engels, 2010: 49; Marx, 1981: 959).

Todo ello anima el *método* de investigación histórica del sistema mundo que es fundamental para *La trama de la vida* y también para las discusiones más amplias sobre la ecología mundo. Recapitulando, la especificidad de las relaciones sociales humanas se pone en primer plano a través de sus relaciones metabólicas con y dentro de las tramas de la vida, desde aquí, el trabajo humano es en sí mismo una «fuerza natural». La implicación dialéctica de este método es directa. Al igual que el trabajo humano implica una transformación dialéctica –actuando «sobre la naturaleza externa [...] la cambia, y así cambia simultáneamente [su] propia naturaleza» (Marx 1977: 283)–, la sociedad de clases emerge actuando sobre las naturalezas *externas*, y al hacerlo cambia su *propia* naturaleza. Los modos de *rel* producción, en otras palabras, emergen a través de las tramas de la vida, y adquieren sus propiedades distintivas a través de la creación de ese entorno, un proceso en el que la sociedad de clases es tanto un producto como un productor de tramas de la vida. El objetivo de *La trama de la vida* no era afirmar este punto teóricamente –algo que, después de todo, ya se había hecho–, sino más bien tomar las implicaciones metodológicas de la imaginación dialéctica como hilo conductor para la reconstrucción de la historia del sistema mundo (véase especialmente Moore, 2017a).

Sorprendentemente, estos argumentos han suscitado una respuesta feroz y sectaria. Bellamy Foster ha dirigido contra *La trama de la vida* toda la fuerza de la *Monthly Review*, antaño faro del marxismo creativo

y heterodoxo. La revista ha dado pábulo a las campañas de maledicencias que pretendían intimidar –en general sin éxito– a los académicos más jóvenes. Andreas Malm, de una tendencia marxista totalmente distinta (e históricamente en desacuerdo con el marxismo antiimperialista de *Monthly Review*), se unió rápidamente a la embestida. Otros reproducirían sus afirmaciones, aparentemente sin inmutarse por la lectura del propio texto. La lectura tendenciosa de Foster, completamente desprovista de cualquier apreciación de camaradería, violaba todas las reglas de lectura de Marx que él me enseñó: sobre todo, la atención a los niveles de abstracción, el reconocimiento de la rica totalidad de las tendencias y contratendencias dialécticas, teniendo especial cuidado de no confundir la crítica inmanente de Marx a las relaciones de valor capitalistas con una aprobación, evitando la confusión de las declaraciones metodológicas con la teoría, identificando el movimiento desde las abstracciones generales a las particulares, y mucho más allá. Baste decir que la lista de principios de Bellamy Foster era cuidadosa y detallada cuando se trataba de leer a Marx. Nada de eso parece importar. Los enemigos deben ser destruidos, sus argumentos completamente borrados, incluso si los enemigos no han esgrimido esos argumentos. La intervención de Foster ha consistido en una larga serie de afirmaciones, francamente deshonestas, sobre mi hipótesis. En la mayoría de los casos –especialmente en las cuestiones de la especificidad y centralidad de las relaciones de clase, de la ley del valor, del metabolismo– estas no-críticas me han atribuido puntos de vista que son las mismas posiciones que he criticado. Entre las afirmaciones más estridentes y fantasiosas, encontramos afirmaciones como las siguientes: no creo que la trama de la vida exista, y por lo tanto soy un idealista y un «constructivista social»; no creo que la organización humana sea distintiva dentro de la trama de la vida y por lo tanto soy un monista; no creo en la dialéctica y en su lugar insisto en una «ontología plana» que adopta el método híbrido de Bruno Latour; creo que el valor lo es «todo» y por lo tanto me adhiero a un reduccionismo económico que adopta el punto de vista de la economía neoclásica (por ejemplo, Foster 2016; Malm, 2018). Al hacerlo, he abandonado a Marx, he apoyado a los negacionistas del clima y me he convertido en enemigo del socialismo.

¿Y cómo debo responder a esto? ¿Es que, de hecho, no pego a mi mujer? ¿No soy neoliberal? Subrayaré que este es un modo de crítica sectaria favorecido desde hace tiempo por la *Monthly Review* bajo la dirección de Foster. (Me gustaría señalar que se aleja claramente del legado no sectario de Paul M. Sweezy y Harry Magdoff). Tal es el espíritu de debate entre compañeros que domina hoy en la otrora gran *Monthly Review*, convertida *de facto* en un folleto propagandístico del Partido de la Ruptura Metabólica.

Curiosamente, el núcleo de la crítica de *Monthly Review* sostiene que soy un idealista y un constructivista. Nunca se explica cómo esto se contradice con los cientos de referencias empíricas sobre el paisaje geobiológico y el cambio climático. Es de suponer que la alternativa es un materialismo histórico en el que la trama de la vida importa. Pero parece haber poco interés en abordar *La trama de la vida* en el terreno de la historia del sistema mundo del capitalismo y sus metabolismos de poder, beneficio y reproducción, que es, después de todo, el tema central del libro. Una de las razones podría ser, en el caso de Foster, que mi valoración de la historia del sistema mundo de los orígenes y el desarrollo del capitalismo se deriva esencialmente de la tesis histórica antiimperialista asociada a la *Monthly Review*. Por supuesto, hay diferencias entre las cifras, pero *La trama de la vida* encaja perfectamente en las historias mundiales antiimperialistas de gran barrido de Magdoff (1978), Wallerstein (1974), Arrighi (1994), Frank (1967) y, sí, Foster (1994), todos ellos colaboradores frecuentes de la otrora poderosa revista socialista.

El resultado es que no se han abordado las cuestiones histórico mundiales que podrían arrojar luz sobre la lucha por un socialismo biotariano en la era del infierno planetario (Moore 2021a). En lugar de ello, el mundo ha sido tratado con una especie de marxismo *clickbait* en el que la lectura superficial tiene prioridad sobre un verdadero debate intelectual. El problema, por supuesto, no es quién está en desacuerdo con quién, sino la ausencia de un modo de debate y síntesis entre compañeros que podría ayudarnos a avanzar hacia una evaluación más radicalmente honesta, e históricamente fundamentada, de la crisis planetaria, la misma cuestión que domina *La trama de la vida* que comienza y termina, permítanme subrayar, con la crisis climática y la justicia planetaria.

Vale la pena señalar que estas no-críticas son un resumen de las tendencias intelectuales sectarias más destructivas de la izquierda mundial durante el siglo pasado. Este registro no solo es poco empático y poco amistoso; además, destruye los recursos intelectuales necesarios para librar y ganar la lucha de clases mundial en la crisis climática. Lamentablemente, durante el último siglo aproximadamente, una tendencia significativa dentro del pensamiento marxista convirtió las *ideas* en *creencias*, y luego asignó posiciones políticas sobre la base de diferencias interpretativas. El marxismo no está solo en este aspecto; pero aquí la tendencia al sectarismo —la traducción lineal de las diferencias interpretativas en divergencias de principios políticos— ha sido especialmente pronunciada.

Para Malm y otros, soy un «*monista*» que niega la distinción humana en la trama de la vida. He aquí un ejemplo expresivo de dejadez intelectual, justificada por una estructura de creencias que da prioridad a las posturas radicales sobre el debate intelectual generativo. Merece la pena señalar que

utilizo la palabra monista una sola vez en el libro. Incluso entonces, dejo claro que la palabra monismo se utiliza de forma relacional y dialéctica. De hecho, toda la discusión es una extensión del pensamiento de Foster y Ally Burkett sobre el holismo relacional (1999). Utilizo las distinciones de Marx al respecto como hilo conductor, privilegiando «las relaciones prácticas de la vida cotidiana entre el hombre y el hombre, y el hombre y la naturaleza» dentro del desarrollo a largo plazo de la sociedad de clases (Marx 1977: 173). Se trata de una premisa tan básica del materialismo histórico de Marx y Engels que he tenido que frotarme los ojos con incredulidad cuando he visto que estos marxistas ignoran las ideas filosóficas fundamentales del marxismo, prefiriendo en su lugar las abstracciones reales del Hombre y la Naturaleza para excomulgar me de la *verdadera fe*. (De hecho, como ha demostrado Michael Kleinod [2020], ¡detrás de la ráfaga de posturas revolucionarias de Malm sobre este asunto hay una renuencia a desplegar los principios metodológicos básicos del materialismo histórico!).

Mi posición filosófica y teórica es imposible de pasar por alto y se enuncia explícitamente en las primeras páginas de la introducción. Comienzo *La trama de la vida* advirtiendo de los peligros de un «holismo verde» indiferenciado, que incluya tanto la teoría postestructuralista como el pensamiento latouriano de actor / red. En su lugar, abogo por una «perspectiva [que] permita la multiplicación de preguntas que giran en torno al *oikeios*: la relación creativa, generativa y de múltiples capas de las especies y el medio ambiente» (Moore, 2015: 4). El argumento aquí se une específicamente a dos influencias fundamentales del ecosocialismo de Foster: el trabajo pionero de Paul Burkett sobre el holismo relacional de la teoría del valor de Marx (1999) y la biología dialéctica de Richard Levins y Richard Lewontin (1985). Tampoco me detengo ahí. Insisto en la especificidad histórica y geográfica de las relaciones sociales humanas con y dentro de las redes de la vida. «Decir que los humanos son parte de la naturaleza es destacar la especificidad de la humanidad dentro de la trama de la vida: sus formas específicas de socialidad, sus capacidades para la memoria colectiva y la producción simbólica, y mucho más» (Moore, 2015: 6). Hasta aquí los (post)humanismos y naturalismos no dialécticos.

¿No soy marxista? La no crítica y la huida de la historia del sistema mundo

Habiendo vivido un aluvión de difamaciones intelectuales desde la publicación de *El capitalismo en la trama de la vida* ahora comprendo parte de la exasperación de Marx con el Partido Obrero Francés. A finales de la década de 1870, Marx denunció la «fraseología revolucionaria» de este último. Si esto es marxismo, escribió, «lo cierto es que yo mismo no soy marxista»

(Marx y Guesde, 1880). Otra certeza: la prioridad de Marx no era reproducir un alto sacerdocio del *verdadero marxismo*, sino hacer avanzar una praxis revolucionaria informada por la evaluación más radical y despiadadamente honesta del capitalismo y la sociedad de clases en la historia del sistema mundo. Un materialismo histórico que relega la historia del capitalismo a un segundo plano recurre necesariamente a la «fraseología revolucionaria». Esto es precisamente lo que hemos visto en las críticas ficticias de Foster, Malm y otros ecosocialistas. Hay que sustituir las frases polémicas por la interpretación histórica: la evaluación de los puntos de inflexión clave y los modelos de la sociedad de clases a lo largo del tiempo.

Este enfoque histórico era bien conocido por los críticos. Esto hace que su eliminación resulte aún más curiosa. La argumentación acerca de los puntos de inflexión y los patrones históricos del sistema mundo se introduce al principio de *El capitalismo en la trama de la vida*, pero venía desarrollándose de forma preliminar a través de una larga serie de ensayos (en ocasiones influyentes) que se remontan a casi dos décadas (por ejemplo, Moore, 2000a; 2000b; 2003a; 2003b; 2010a; 2010b; 2011a; 2011b). Analizando la teoría postestructuralista y marxista, observo que, a pesar de todas sus ideas, estas tendencias no han «desafiado directamente el marco dualista de la historia del sistema mundo. Para quienes se preocupan por la Tierra, su gente y la trama de la vida los grandes patrones y procesos de la historia moderna del sistema mundo han permanecido firmemente encerrados en la prisión del binario cartesiano. *Ninguna crítica teórica abrirá la jaula*» (Moore, 2015: 5).

Aunque *La trama de la vida* se considera a menudo un trabajo teórico, este trabajo no se desarrolla en el terreno de la teoría, sino que busca directamente los puntos de inflexión del capitalismo y los patrones de desarrollo en la trama de la vida. A diferencia de la mayoría de los trabajos de teoría social y política, cada una de las principales afirmaciones conceptuales y teóricas se especifica a través de los hechos históricos, entendidos como las «tendencias en desarrollo de la historia» (Lukács, 1971: 181). Los momentos cruciales del texto incluyen 1492 y el «largo» siglo XVI; la industrialización liderada por los británicos entre 1780 y 1830; la aparición y consolidación del capitalismo neoliberal después de 1971. Todos están al servicio de dar sentido –citando a Sweezy (1953)– al «presente como historia». Este presente histórico del sistema mundo es, por supuesto, la crisis climática, entendida como el resultado de la lucha de clases y también como el nuevo terreno socioecológico de la lucha de clases planetaria (Moore 2021b; 2021c). Basándome en Arrighi (1994) y Wallerstein (1974), elaboro una historia periodizada concreta de las *fases del desarrollo capitalista en la trama de la vida* integrando las geografías históricas del imperialismo, el cambio medioambiental, la ciencia, las formaciones de clase y la acumulación de capital.

Los no críticos han aplicado sus estructuras de creencias a la clásica manera de las formulaciones dogmáticas: autorreferenciales y cerradas a cualquier idea alternativa en sus propios términos. En concreto, Foster y Malm se niegan a abordar dos de las premisas de *La trama de la vida*: la cuestión de la historia del sistema mundo y el problema de la abstracción real. No se trata de un descuido accidental. Sus estructuras de creencias impiden una evaluación críticamente honesta del texto. La abstracción real aparece dos docenas de veces en el texto. (He elaborado más mi enfoque en unos cuantos ensayos sucesivos desde 2015: véase Moore, 2017a; 2017b; 2017c; 2017d; 2018; 2021d). La historia del mundo, como hemos visto, está en todas partes en *La trama de la vida* (y en todo lo que he escrito), su centralidad se enfatiza desde el principio: «Sin una reconstrucción desde la historia, la crítica del dualismo Naturaleza / Sociedad seguirá siendo teórica, cuando necesita ser metodológica e histórica» (Moore, 2015: 14).

No importa. El ecosocialismo se despreocupa por completo de la historia del sistema mundo cuando esta interfiere con las abstracciones intelectuales que le gustan. (Olvidando, de alguna manera, que la dialéctica fluye *a través* de la variación, no a pesar de ella). No importa, aunque los ecosocialistas se cubran con las vestiduras de la *única fe verdadera*, ignorando —como siempre hacen los fundamentalistas— las ideas heterodoxas de *sus propios* textos sagrados. (Tal es el poder corrosivo de las estructuras de creencias sobre el pensamiento dialéctico). En la huida ecosocialista de la historia del sistema mundo, «olvidan», como advirtieron Marx y Engels en *La ideología alemana*, «que... no oponen más que fraseología a [otra] fraseología, y que no combaten en modo alguno el mundo real existente cuando combaten únicamente la fraseología de este mundo» (Marx y Engels 2010: 30).

Tal enfoque, advirtieron Marx y Engels, corre el riesgo de compartir «las ilusiones de [su] época» (Marx y Engels, 2010: 55). De las ilusiones de la modernidad, ninguna es tan poderosa —y ninguna más fundamental para las estructuras de creencia de la burguesía imperialista— que la del Hombre y la Naturaleza (Moore, 2021e). He escrito estas palabras en mayúsculas porque no son meras palabras; son instrumentos del dominio burgués. Las llamo *abstracciones dominantes*, y son los bloques de construcción ideológica de las estructuras de dominación del capitalismo: el prometeísmo (el hombre sobre la naturaleza), el racismo (el blanco sobre el no blanco), el sexismo (el hombre sobre la mujer) (Moore, 2019; 2020; 2021d). La historia del capitalismo y su larga historia de genocidio y ecocidio entrelazados, que comienza en 1492, es más que una historia «material» de entornos devastados, fosas comunes y oportunidades de lucro creadas por los imperios y aprovechadas por los capitalistas. Es una historia facilitada funcionalmente por modelos ideológicos diseñados específicamente para permitir que los imperios y las burguesías gestionen la vida planetaria en aras de una acumulación sin fin.

El binarismo Hombre y Naturaleza es, en otras palabras, el código operativo fundamental de la estrategia de gestión planetaria de la burguesía imperial –premisa desde el principio, mucho antes de que apareciera Descartes, de la separación entre «pensar» y «trabajar»–. En el Hombre y la Naturaleza, el *Hombre* es una reivindicación ideológica: la «representación» de la burguesía de sí misma, incrustada específicamente en sucesivos Proyectos Civilizadores, desde el *Requerimiento* de los españoles (1513) hasta la declaración del *Punto Cuatro* de Truman (1949) (Wynter, 2003). De la forma más práctica, estos proyectos designaban a los pueblos llamados coloniales y semicoloniales como vagos, salvajes, bárbaros y, por otra parte, no cristianos, no civilizados, no desarrollados. Estos proyectos designaban a los pueblos «salvajes» del planeta –junto con los bosques, los minerales y los suelos– como Naturaleza (Patel y Moore, 2017).

Detengámonos un momento para reflexionar sobre las geoculturas de dominación en el mundo moderno: racismo y sexismo sobre todo. El racismo y el sexismo surgieron, en sus formas modernas, de la gran crisis del largo siglo XVII. El lenguaje asociado a la dominación moderna –especialmente, pero no solo, en relación con el racismo y el sexismo– es el lenguaje del naturalismo burgués. Aunque maduró durante la era de Thomas Malthus (c. 1780-1820), sus raíces se encuentran dos siglos antes, durante una crisis sin precedentes del capitalismo. En esta época –y en todas las que siguieron– las geoculturas del racismo y el sexismo se basaron en esta cosmología completamente moderna: la del Civilizado y el Salvaje. Las mujeres, según la acertada expresión de Federici (2004: 100), se convirtieron en las «salvajes de Europa» (y no solo de Europa). Los africanos, los pueblos indígenas de América, los eslavos, los celtas y muchos otros se convirtieron en «monstruosos» y salvajes. Las mujeres podían encontrar la salvación cumpliendo sus funciones «naturales» de madres y cuidadoras. En los mundos coloniales, especialmente en América, los esclavos africanos y los proletarios indígenas coaccionados podían encontrar la salvación a través del trabajo, en gran parte o totalmente no remunerado. En todos los casos, vemos cómo la emergencia de la geocultura imperialista se formó a través de nuevas cosmologías de lo Civilizado y lo Salvaje: las «ilusiones de la época».

Abstracciones reales: de la mercancía al fetichismo civilizatorio en la fabricación de la crisis planetaria

En *La trama de la vida* conceptualizo esta dinámica geocultural a través de una reconsideración del concepto de abstracción real de Sohn-Rethel (1978). Para Sohn-Rethel, la circulación de mercancías en la sociedad de clases precipita formas de abstracción en la vida cotidiana. Estas

abstracciones posibilitan y ocultan las dimensiones de clase de la división entre trabajo mental y manual. En este sentido, las abstracciones reales no son simplemente una máscara para disfrazar las sangrientas realidades de la sociedad de clases; comunican y posibilitan el «sentido común» imperante en las «ideas dominantes» de Marx y Engels. Parafraseando a Marx, la ampliación y profundización del nexo monetario transpira abstracciones reales por todos los poros. Tales abstracciones van más allá de la ideología, tal y como se entiende convencionalmente. Se enredan directa y dialécticamente con los modos de pensamiento, los momentos filosóficos de los modos de producción y sus «medios de producción mental» (Marx y Engels, 2010: 59). Las abstracciones dominantes permiten formas específicas de dominación y extracción de excedente en las sociedades de clases. En este modelo está implícita la sugerencia de que cuanto mayor sea el avance *cuantitativo* de la circulación monetaria (y, por tanto, cuanto mayor sea el desarrollo de las estructuras de clase basadas en la división entre «pensar» y «hacer»), más probable es la posibilidad de una revolución *cualitativa* en la abstracción real, que se extienda mucho más allá del dominio de la circulación. Como el lector puede adivinar, la crítica de Sohn-Rethel a la abstracción real se desarrolla en la gran tradición marxista de la crítica de la fetichización y la alienación. De manera crucial, une dialécticamente los dominios material, económico e ideológico dentro de un marco unificado.

En *La trama de la vida* y en los textos posteriores, he ampliado la abstracción real más allá de la circulación del valor. La crítica de Sohn-Rethel al fetichismo de la mercancía sugiere una forma de entender el *fetichismo civilizatorio* del capitalismo. La Civilización y el Salvajismo surgieron como abstracciones dominantes a través de proyectos imperialistas financiarizados –los ibéricos son un buen primer ejemplo– comprometidos con la gestión planetaria y la expansión de las fronteras de las mercancías. En otras palabras, el fetichismo de la civilización es la condición histórica y lógica para la globalización del fetichismo de la mercancía.

Mi premisa operativa, siguiendo a Arrighi y Schumpeter, es que las burguesías son relativamente impotentes para establecer las condiciones políticas de un «buen entorno empresarial», o lo que yo llamo Naturalezas Baratas. La burguesía simplemente no puede acumular plusvalía sin la fuerza legal y militar de los imperios, que establecen el marco político para la competencia capitalista en el mercado mundial. La burguesía mundial no puede, a su vez, contrarrestar la tendencia a la caída de la tasa de ganancia sin geoculturas de dominación, que no solo suprimen los salarios y el consumo, sino que dividen al proletariado mundial mediante abstracciones sexistas, racistas y nacionalistas. Por último, estas geoculturas de la dominación no solo son estratégicas para la superexplotación de los seres humanos,

sino también, a través del prometeísmo, para el rápido agotamiento de las tramas de vida necesarias para sostener la acumulación sin fin.

En *La trama de la vida* y desde entonces, me he propuesto conectar lo ideológico, lo material-ecológico y lo político-económico dentro de la concepción del capitalismo como sistema histórico mundial. No se trata de teorizar en abstracto. Quién y qué designa la burguesía imperial como Naturaleza y Civilización es fundamental para entender el impulso del capitalismo hacia la crisis climática, y su trinidad capitalogénica: la división de clases climática, el patriarcado climático y el apartheid climático (Moore, 2019; 2021d). Un ecosocialismo que relega la dominación geocultural al estatus de contradicción secundaria –en lugar de entretenerse en el tejido de la acumulación sin fin y la conquista sin fin de la Tierra– acepta el reduccionismo económico del pensamiento burgués (incluidos los marxismos vulgares) y desarma a los movimientos por la justicia planetaria.

Desde esta perspectiva, he reconceptualizado la provocadora tesis de Sohn-Rethel sobre la abstracción real a través de la investigación de los sistemas mundo históricos. Podría decirse que el marco narrativo más importante de *La trama de la vida* es la dialéctica del proyecto y el proceso (Moore, 2015: 13). El Proyecto Civilizador ocupa un lugar preponderante en el primer momento. Ese proyecto recibe muchos nombres. Para los españoles, fue la cristianización; para los franceses, la *mission civilisatrice*; para los británicos, la carga del hombre blanco; para los estadounidenses, el destino manifiesto, y después de 1949, la modernización. Cada uno de estos imperios asumió que su particular proyecto civilizador representaba lo mejor que la Humanidad podía ofrecer. Las formaciones sociales que se enfrentaron al cañón de estos Proyectos Civilizadores fueron, de un plumazo, redefinidas como salvajes, irracionales, perezosas, belicistas, animales; en resumen, todo lo que los civilizados no eran.

¿Qué tiene esto que ver con la trama de la vida? *Todo*. Las formas de vida humana fuera de «Occidente» –pero incluidos prácticamente todos los campesinos y la mayoría de los trabajadores dentro de Occidente– se reubicaron en un nuevo dominio cosmológico, la Naturaleza. La Naturaleza no es meramente un dominio mítico y una reivindicación ideológica; es un proyecto ideológico de clase concreto. La Naturaleza es todo aquello por lo que las burguesías no quieren pagar; solo la revuelta popular y la revolución obligan a hacer ajustes (von Werlhof, 1985). La estrategia de las Naturalezas Baratas tiene un doble registro, cada momento anima al otro. Un momento es abaratar el precio, no para todos, sino para las burguesías imperiales. Otro momento gira en torno a las devaluaciones geoculturales del prometeísmo, el racismo y el sexismo. (Cuando Foster ignora este elemento de mi argumento, contribuye a la percepción generalizada de que

el marxismo es incapaz de abordar la dominación geocultural en la historia del capitalismo y su impulso hacia la crisis planetaria).

Al vincular la lógica geoeconómica del capital con la lógica geocultural de dominación del capitalismo, empezamos a ver cómo la dominación y las fuerzas extraeconómicas son fundamentales para la acumulación de capital y la devastación de la vida planetaria. El abaratamiento como estrategia histórica mundial se unió al poder imperial, al racismo, al patriarcado y a la acumulación para hacer posible la mayor revolución ecológica desde los albores de la agricultura sedentaria, unos 8.000 años antes. Esta revolución medioambiental pivotó sobre las formas en las que las abstracciones dominantes de Civilización y Salvajismo, o lo que hoy llamamos Sociedad y Naturaleza, se unieron al imperialismo financiarizado para crear y expandir el proletariado mundial, de forma espectacular en los dos siglos posteriores a 1550.

Cuando Marx observa que el capitalismo degrada el suelo y al trabajador, está señalando también las condiciones necesarias del desarrollo capitalista en la trama de la vida (Marx 1977: 636-638). La formación de la clase capitalista se desarrolla a través de la imposición *política* de relaciones de propiedad que permiten las dos condiciones esenciales de la acumulación sin fin. Una es el Trabajo Barato, que incluye de forma central el trabajo no remunerado de los seres humanos definidos como Naturales (por ejemplo, las mujeres). La segunda es la Naturaleza Barata, que incluye el trabajo humano, como hemos visto, pero abarca todas las tramas de vida puestas a trabajar para el capital. Desde este punto de vista, el «proletariado» (poner a los humanos a trabajar para el capital) y el «biotariado» (poner a la vida extrahumana a trabajar para el capital) forman una unidad histórico-mundial (Moore, 2021c; 2021d; Collis, 2014). Mientras Bellamy Foster y Malm han estado ocupados felicitándose por su fidelidad a Marx y a la lucha de clases (y por lo tanto, de manera clásicamente dualista, denunciando a potenciales camaradas como enemigos de clase), han estado igualmente ocupados ignorando las relaciones dialécticas entre los seres humanos y otras tramas de vida en una lucha de clases multiespecie que está en el corazón de la crisis climática actual.

Es esta lucha de clases en la trama de la vida –la unidad interpenetrante del proletariado y el biotariado– lo que constituye la contratendencia dialéctica del Proyecto Civilizador y sus fantasías prometeicas. El prometeísmo fue la forma original de dominación: creó simultáneamente una cosmología dualista de Civilización y Salvajismo y cultivó la presunción burguesa de que las redes de la vida pueden ser infinitamente controladas en interés de la mejora del Hombre. Más que nada, esta dialéctica de proyecto y proceso anima *La trama de la vida* y nos permite ver la *fragilidad* de la dinámica medioambiental del capitalismo en la actualidad. El

capitalismo crea sus sepultureros biotarianos junto a las fuerzas proletarias globales, que juntas producen límites que no pueden «arreglarse» mediante la política capitalista de siempre. Este es el *crescendo* de *La trama de la vida*. El libro comienza con la crisis climática y los proyectos prometeicos de dominación y explotación del capitalismo; termina con la activación del valor negativo, las contratendencias de la ley del valor que amenazan su negación. Este es para Marx el horizonte comunista (Dean, 2012): la negación proletaria-biotariana generativa de la lógica ecocida y genocida del capitalismo.

Mi argumentación proviene de una lectura del método de Marx tan elemental que nunca se me ocurrió que el ecosocialismo pudiera encontrarla controvertida. En *La trama de la vida* sigo el procedimiento de Marx pasando de abstracciones generales a abstracciones progresivamente más determinadas. Por ejemplo, empiezo con la concepción de Marx del trabajo como una relación que rehace tanto al trabajador como a la «naturaleza externa» (Marx, 1977: 283). Esta concepción abstrae provisionalmente la historia de la sociedad de clases. Es la base de mi concepto de trabajo / energía, que el lector encuentra en la introducción. A lo largo de varios capítulos, elaboro el concepto de trabajo / energía en relación con la teoría del valor de Marx y la historia del capitalismo realmente existente, sus estructuras de clase y sus luchas de clases. Este enfoque me permitió subrayar la centralidad del trabajo no remunerado –incluido el trabajo no remunerado de la vida extrahumana– en la acumulación de capital. Con el fin de subrayar este punto: este trabajo no remunerado es una lucha de clases sobre la jornada laboral. Marx subraya esta cuestión en *El capital*: «Lo que interesa [al capital] es pura y simplemente el máximo de fuerza de trabajo que puede ponerse en movimiento en una jornada de trabajo. Alcanza este objetivo acortando la vida de la fuerza de trabajo, del mismo modo que un agricultor codicioso arrebata más productos a la tierra robándole su fertilidad» (Marx, 1977: 376). Esta lucha de clases sobre el trabajo no remunerado –mediada a través del Estado capitalista, las formaciones imperiales y las abstracciones dominantes de la burguesía– incluye no solo al biotariado, como acabamos de ver, sino también al femitariado, que representa la lucha de clases de género sobre el trabajo humano no remunerado y la reproducción sociobiológica (Moore, 2015: capítulo nueve y *passim*; también Federici, 2013).

La formación de los límites al capitalismo en el siglo XXI se deriva de un nexo socioecológico de revuelta y resistencia al *business as usual* del capitalismo. La crisis climática, en particular, representa una expresión clave de esta lectura de lucha de clases de los «límites al crecimiento» despojada de sus fetichismos burgueses. Porque la crisis climática no es solo geofísica, sino que está ampliamente implicada en el estancamiento cada

vez más profundo del nexo central de las Naturalezas Baratas capitalistas entre la comida barata y el trabajo barato, incluida la espiral de posiciones políticas agroalimentarias radicales que piden soberanía alimentaria y justicia alimentaria. El libro comienza con la crisis climática –la primera cita del libro es al trabajo de Rockström sobre los umbrales planetarios (2009)– y termina con la crisis climática, como un tapiz ecológico mundial de poder, beneficio y vida. Este encuadre fomenta las narrativas de la coyuntura climática como una crisis que incorpora el cambio geofísico pero que es simplemente incognoscible sobre esa base geofísica. (Escuchar a la ciencia es sin duda un eslogan pernicioso, véase Moore, 2021f). Una comprensión materialista histórica de la crisis climática requiere que unamos, como unidad dialéctica, las concentraciones de gases de efecto invernadero con la división de clases climática, el patriarcado climático y el apartheid climático.

La conversación sobre la ecología mundo: hacia el horizonte comunista en la trama de la vida

El capitalismo en la trama de la vida surgió de las discusiones sobre la ecología mundo y contribuyó a ellas. La ecología mundo se basa directamente en las tradiciones dialécticas, antiimperialistas y revolucionarias del marxismo, pero se abstiene de la teorización sectaria de los «marxistas ecológicos». Insiste, con Lenin (citado en Marcu, 1943: 548), en que debemos ser tan «radicales como la realidad misma». Y nos pide, con Raymond Williams (1980: 84), que abordemos las espinosas cuestiones del poder, el beneficio y la vida con una humildad revolucionaria, en busca de análisis «radicalmente honestos». En otras palabras, debemos estar dispuestos a elegir las ideas en lugar de las estructuras de creencia, la dialéctica en lugar de los dogmas. Las viejas verdades que ya no sirven a las luchas contra la crisis climática capitalógena –y por una política revolucionaria democrática en lugar de autoritaria-tecnocrática– deben ser confrontadas y eliminadas. Los elementos olvidados y oscurecidos del pensamiento radical, necesarios para la actual lucha de la clase climática, deben ser alimentados y recuperados. En todo momento, las difamaciones políticas deshonestas (de comisión y omisión) –característicos de las no-críticas ecosocialistas– deben ser identificadas públicamente y repudiadas colectivamente.

La conversación sobre la ecología mundo persigue una síntesis revolucionaria implícita desde hace mucho tiempo en el marxismo. Es una conversación que busca unir, como unidades diferenciadas, lo que Engels (1895) llama la «producción y reproducción de la vida real», la acumulación interminable de capital, la militarización de la vida económica y las

abstracciones dominantes de la modernidad. Repetiré aquí –cosa que no han entendido la mayoría de mis críticos– que el materialismo histórico es histórico o no es nada. En el mejor de los casos, el materialismo histórico pone en tela de juicio las actividades intelectuales habituales, incluidas las estructuras de creencias marxistas. Una de sus contribuciones más duraderas ha sido la insistencia en que comprendamos la diversidad de la vida (de la que «siempre debe partir la escritura de la historia», nos recuerdan Marx y Engels) como algo que está dentro, fuera y entre las expresiones específicas de las relaciones humanas. Los seres humanos son, como toda vida, una especie creadora de entornos; también lo son las organizaciones humanas, desde las familias hasta los centros financieros. La vida es el tejido conectivo del interior, el exterior y el entre; crea la organización humana y la organización humana –de forma desigual y modesta, pero hoy en día masiva– crea tramas de vida. El trabajo de los imperios y de los proyectos civilizadores de todo tipo no está fuera, sino que forma parte de la formación de clases y de los conflictos de clase, apropiándose en todo momento de las tramas de vida necesarias para hacer avanzar la tasa mundial de ganancia y las relaciones de clase que la sustentan.

Como a Marx y Engels, no me interesa en absoluto lanzar mi «fraseología» contra los demás. ¿Es mi teoría «mejor» que la de ellos? Como los hipotéticos proletarios que bailan sobre la cabeza de un alfiler, la pregunta es absurda. Esto es lo que los críticos se niegan a reconocer. No hay nada mejor. Solo hay respuestas más o menos útiles a las tareas de la lucha revolucionaria en la crisis climática capitalógena. No se trata de teoría, sino de praxis revolucionaria. Y aquí, la *historia mundial*, y no la teorización abstracta y la fraseología radical, es fundamental. El crisol de lo que es útil, y lo que no, es la historia del sistema mundo y la lucha ideológica sobre los marcos relevantes de esa historia. Y así volvemos al punto de vista del proletariado, pero esta vez del proletariado planetario en la trama de la vida. Es desde este punto de vista del «movimiento real» del comunismo que podemos recuperar y reclamar el terreno generativo del debate y la contestación al nivel del sistema mundo histórico. Porque a través de este imaginario de los sistemas mundo –y yo diría, de la ecología mundo– podemos encontrar el presente como historia del sistema mundo, y reclamar esa historia como instrumento fundamental de la teoría revolucionaria. Los conceptos y teorías radicales deben ser probados en el crisol de la historia del sistema mundo, refinados y reinventados a través de la lucha revolucionaria en la crisis planetaria. Las ideas radicales, parafraseando al joven Marx, pueden convertirse en fuerzas materiales cuando son movilizadas por las fuerzas proletarias en la trama de la vida. (Es decir, la unidad de proletariado, biotariado y femitariado en el sistema mundo histórico). Es aquí donde podemos encontrar una ecología mundo de esperanza y praxis que

amplíe –en lugar de reducir mediante denuncias sectarias– las posibilidades de emancipación socialista de los humanos y del resto de la naturaleza. Tomando prestado a Immanuel Wallerstein, el nuestro es un momento de «lucha de clases mundial» (Wallerstein, 1983: 35) en la «coyuntura socio-física» (Wallerstein, 1974: 35). El horizonte comunista nos llama cuando nos liberamos del naturalismo burgués y abrazamos la justicia planetaria en la trama de la vida.

II

¿EL OPIO DE LOS ECOLOGISTAS?

ILUSIONES DEL ANTROPOCENO, GESTIÓN PLANETARIA Y EL CAPITALOCENO COMO ALTERNATIVA*

ELIJAMOS CUALQUIER TITULAR de cualquier semana. El mensaje es claro: la humanidad está causando el cambio climático. Aquí está el de *The Washington Post*, publicado justo cuando estoy terminando este ensayo: «Según un nuevo estudio, al menos el 85 % de la población mundial se ha visto afectada por el cambio climático inducido por el hombre». ¹ No es ninguna excepción. Alguna versión de la frase «cambio climático inducido por el hombre» —o *antropogénico*— lleva apareciendo innumerables veces desde finales de la década de los ochenta. La frase periodística, se nos dice, es una extrapolación directa de la Buena Ciencia ² —y cualquiera que desafíe a la Buena Ciencia es seguramente irracional—.

Las ideologías eficaces desdibujan los límites entre las realidades empíricas y la interpretación política. En efecto, *algunos* miembros de la especie humana están llevando la vida planetaria al infierno. Esta transición geológica y geohistórica se narra a menudo como Antropoceno, la Era del Hombre. Las principales plataformas de noticias al servicio de las empresas —como *The New York Times* y *The Economist*— están muy contentas con esa fórmula, la *Era del Hombre*. Aquí se apoya una reivindicación ideológica —la idea del Hombre como actor colectivo, la «empresa humana»— con otra: la Buena Ciencia. No es un truco nuevo. Invocar la ley natural es deporte antiguo en el capitalismo. Malthus lo hizo. Lo hicieron los eugenistas. Paul Ehrlich y los neomalthusianos lo volvieron a hacer después de 1968. En todos los casos, este es un medio de borrar las redes capitalistas de poder,

* Artículo publicado originalmente como «The opiates of the environmentalists, anthropocene illusions, planetary management and the capitalocene alternative», *Abstrakt*, noviembre de 2021.

¹ A. Timsit y S. Kaplan, «At least 85 percent of the world's population has been affected by human-induced climate change, new study shows», *The Washington Post*, 11 de octubre de 2021.

² La Buena Ciencia [*The Good Science*] es un termino usado en los países anglosajones para separar la ciencia no solo correcta en sus resultados sino también socialmente «útil». Moore usa el término de forma parecida a lo que sería la ideología de la ciencia, es decir aquellos enunciados de aspecto en primera instancia científicos que, en segundo análisis, se revelan como ideológicos y políticos. [N. del T.]

beneficio y vida que son el motor de la crisis planetaria. Es una forma de cortocircuitar la posibilidad de que las clases trabajadoras entiendan la crisis climática como *inducida por el capital* y no como *inducida por el hombre*: como el resultado de un forzamiento *capitalogénico* y no antropogénico.

En los años transcurridos desde mis primeras críticas al Antropoceno, innumerables voces críticas han señalado que solo *algunos* hombres –¡no todos!– son responsables de la crisis climática. Desde el siglo XVIII, ciento tres «grandes emisores de carbono» son responsables del 70 % de las emisiones totales de dióxido de carbono.³ En 2020, el 1 % más rico será responsable del doble de las emisiones de gases de efecto invernadero que la *mitad inferior* de la población mundial, unos 3.800 millones de seres humanos.⁴ El Pentágono es el mayor emisor institucional de gases de efecto invernadero del mundo.⁵

Todo esto es enormemente importante. Pero hay que ir más allá. Tales críticas dejan intacto el núcleo de la ideología moderna: el dominio prometeico del Hombre sobre la Naturaleza. Cada palabra de esa formulación nos plantea un problema parecido al del «dolor de cabeza por comer helado», que es dulce y doloroso al mismo tiempo, y por la misma causa: repensar la cosmovisión imperialista del *Hombre* y la *Naturaleza*, y repensar la historia del capitalismo como una ecología mundo políticamente instituida para la acumulación sin fin en la trama de la vida.⁶ Quizá lo más irritante sea la idea de que el Hombre y la Naturaleza tienen poco que ver con el sentido común en el que entendemos estas palabras, y todo con la reconstrucción de la vida planetaria bajo el capitalismo.

El prometeísmo o la lógica geocultural del capitalismo histórico

Nuestra historia comienza aproximadamente un siglo después de 1492.⁷ La conquista de las Américas, pagada por los principales financieros de la época, inauguró una revolución ambiental sin precedentes por su escala y velocidad. Las nuevas fronteras de la Naturaleza Barata, impulsadas

³ R. Heede, *Carbon Majors: Updating activity data, adding entities, & calculating emissions*, Snowmass, Carbon Accountability Institute, 2019.

⁴ T. Gore, «Confronting Climate Inequality», *Oxfam Media Briefing*, 21 de septiembre de 2020.

⁵ N. C. Crawford, *Pentagon fuel use, climate change, and the costs of war*, documento de trabajo, Watson Institute, Brown University, 2019.

⁶ J. W. Moore, *Capitalism in the Web of Life*, Londres, Verso, 2015 [ed. cast.: *El capitalismo en la trama de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2020].

⁷ R. Patel y J. W. Moore, *A history of the world in seven cheap things*, Berkeley, University of California Press, 2017 [ed. cast.: *La historia del mundo en siete cosas baratas*, Madrid, Taurus, 2024].

y aseguradas a través de una nueva lógica de acumulación militarizada, resultaron rápidamente deforestadas, remodeladas como plataformas de agroexportación y posteriormente transformadas en páramos biológicos. La condición, como en cualquier sociedad de clases, para esta dramática ruptura —un hito geobiológico en la historia planetaria— fue la producción de nuevas formas de trabajo móviles y pacificadas. En el marco capitalista, esto pivota sobre nuevas relaciones coercitivas de trabajo, algunas remuneradas y otras no. Este fue el comienzo del Capitaloceno, una ecología mundo capitalista del poder, el beneficio y la vida.⁸

Por supuesto, las civilizaciones son mucho más que modos de producción en sentido estricto. Son modos de pensamiento y formaciones ideológicas: son los «medios de producción mental»,⁹ cruciales para cualquier sociedad de clases, pero especialmente para el capitalismo. Estas formaciones ideológicas son fundamentales porque la singular concentración de la riqueza en el capitalismo requiere una mistificación exclusivamente materialista; y porque el capitalismo, más que ninguna otra sociedad de clases, requiere una ciencia exclusivamente materialista —y exclusivamente imperialista— con el fin de identificar, explorar y estudiar las naturalezas potencialmente rentables del planeta.¹⁰ Los dos momentos están unidos dialécticamente desde el principio, y explican algo de la fuerza revolucionaria del materialismo burgués al aplastar los restos de la ideología feudal y sus visiones holísticas (aunque jerárquicas) de los humanos en la trama de la vida.¹¹ También explican cómo ese materialismo imperial y burgués favoreció la invención del *Hombre*, la *Naturaleza* y la *Civilización* como hilos conductores de una nueva lógica de dominación planetaria: el *prometeísmo*. Ninguna expresión importante de la dominación burguesa —las más horribles, el racismo y el sexismo modernos— surgiría sin el pensamiento naturalista del prometeísmo. Ese prometeísmo, seamos claros, *nunca* fue un proyecto de la «empresa humana», como les gusta decir a los

⁸ J. W. Moore, «The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis», *The Journal of Peasant Studies*, núm. 44, 2017, pp. 594-630; J. W. Moore «The Capitalocene, Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work/Energy», *The Journal of Peasant Studies*, núm. 45, 2017, pp. 237-279 [publicados en este volumen como capítulos 8 y 9].

⁹ K. Marx y F. Engels, *Obras Completas, Vol. 5: Marx y Engels 1845-1847*, Londres, Lawrence & Wishart, 2010, p. 59.

¹⁰ La declaración clásica de Marx sobre la ciencia como «fuerza de producción» está en los *Grundrisse*, trad. M. Nicolaus, Nueva York, Vintage, 1973, p. 694 [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, trad. Pedro Scarón, Miguel Murmis y José Aricó, Ciudad de México y Buenos Aires, Siglo XXI, 1972]. Sobre la polarización única del capitalismo, véase S. Amin, «The ancient world-systems versus the modern capitalist world-system», *Review*, núm. 3, 1991, pp. 349-385.

¹¹ Una historia contada eficazmente por J. B. Foster, *Marx's Ecology*, Nueva York, Monthly Review Press, 1999 [ed. cast.: *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza*, Barcelona, El Viejo Topo, 2004].

neomalthusianos.¹² *Siempre* fue un proyecto ideológico de dominación de la vida por parte de la burguesía al servicio de la búsqueda de beneficios y la obtención de ganancias.

El ascenso del capitalismo fue, por tanto, una revolución de las relaciones y los medios «de producción mental». A lo largo del «largo» siglo xvi (1451-1648), tomó forma una nueva visión del mundo, caracterizada por una nueva lógica intelectual de «exclusión radical».¹³ Su código binario de construcción del mundo procedía por medio de una lógica de o lo uno o lo otro, que excluía radicalmente las propiedades de cada polo. En esta lógica, cada característica que definía lo Civilizado se separaba radicalmente de lo Salvaje y lo Natural. Si esa alienación radical te suena a la lógica de la acumulación primitiva y sus tendencias de formación de clases, estás en el buen camino. Pues la era de la acumulación primitiva (así llamada) no solo fue un movimiento de exclusión radical en las relaciones de propiedad. También definió un orden geocultural. Las invenciones epocales de este orden fueron el Hombre y la Naturaleza, ambas especialmente propicias para el dominio burgués y la transformación de las tramas de la vida en oportunidades de negocio.

A lo largo de esta época, a trompicones, fue tomando forma un nuevo vocabulario ideológico en torno a tres conceptos: *Hombre, Naturaleza y Civilización*. Los tres están empapados de la «disciplina sangrienta» de la formación de clases, la violencia imperial y la acumulación de capital.¹⁴ Hombre y Naturaleza tenían muy poco que ver con las descripciones de los seres humanos y el resto de la naturaleza. Este binarismo era una lógica de poder y una palanca de beneficios. Desde los primeros siglos del capitalismo, la mayoría de los seres humanos estaban de hecho excluidos, cultural e institucionalmente, de la Humanidad y sus «instituciones civilizadas». Esto incluía prácticamente a todas las mujeres, pueblos indígenas, africanos, eslavos, celtas, judíos, ¡incluso a la mayoría de los campesinos y trabajadores! Sin embargo, *estos* seres humanos no fueron simplemente excluidos. Fueron *reubicados*. ¿Dónde? En el reino de la Naturaleza.

La Naturaleza, por tanto, no era una mera «idea», sino una práctica del poder de clase burgués y un instrumento de movilización de trabajo barato en todo momento. La naturaleza era todo aquello por lo que la burguesía no deseaba pagar, sobre todo el trabajo no remunerado de las

¹² El término, muy extendido en la literatura sobre el Antropoceno, tiene su origen en P. R. y A. H. Ehrlich. Véase G. C. Daily, P. R. Ehrlich, H. A. Mooney y A. H. Ehrlich, «Greenhouse economics: learn before you leap», *Ecological Economics*, núm. 4, enero de 1991, pp. 1-10.

¹³ Val Plumwood, *Feminism and the Mastery of Nature* Londres, Routledge, 1993.

¹⁴ Karl Marx, *Capital*, Nueva York, Penguin, 1977, p. 905.

mujeres y el trabajo no remunerado del resto de la vida.¹⁵ Entrelazando estos dos momentos estaba el Proyecto Civilizador.¹⁶ Este proyecto adoptó diferentes formas en diferentes épocas, pero la lógica cultural y la estrategia de acumulación fueron una constante. A medida que los imperios, financiados por los banqueros, se adentraban en el Atlántico y, más tarde, en el resto del mundo, declaraban a los habitantes de las nuevas tierras no cristianos, no civilizados, no desarrollados. La *Civilización* proporcionaría, por la fuerza de las armas si fuera necesario, la salvación, o más tarde el desarrollo, o quizás hoy, la *sostenibilidad*.¹⁷ El Imperio se convertiría en una «escuela para la Civilización». En ella, los Proyectos Civilizadores —representados por el fetiche modernista del Progreso— prometían movilizar lo mejor de toda la Humanidad mediante la aplicación juiciosa, racional y eficaz de la racionalidad científica, tecnológica y comercial. Cada vez que se cuestionaba el capitalismo se movilizaban nuevos argumentos sobre la Buena Ciencia para explicarlo y justificarlo, empezando por Malthus a finales del siglo XVIII.

Historia de dos antropocenos: científicismo y sostenibilidad de los ricos

Desde el punto de vista histórico, la única característica distintiva del discurso del Antropoceno es su sutileza. Entre sus grandes logros se encuentra una audaz forma de doble lenguaje, que moviliza el poder de la Buena Ciencia para sostener el capitalismo bajo la cobertura de una crítica superficialmente radical. Johan Rockström, la superestrella de los límites planetarios y director científico del Instituto de Potsdam, es un ejemplo perfecto. Apoyándose ideológicamente en la Buena Ciencia, Rockström nos dice que «nuestra lógica económica actual ya no funciona»,¹⁸ aunque se niega a nombrar esa lógica. Al mismo tiempo, tranquiliza a los «amos del universo», la *jet set* del *uno por ciento* que se reúne en Davos cada año para el Foro Económico Mundial. En una rueda de prensa de 2015 sobre la «*gestión del riesgo sistémico mundial*» (!), Rockström deja claro qué bando ha elegido.

¹⁵ C. von Werlhof, «On the concept of nature and society in capitalism», en M. Mies *et al.* (eds.), *Women: The Last Colony*, Londres, Zed, 1988, pp. 96-112.

¹⁶ J. W. Moore, «Del gran abaratamiento a la gran implosión: clase, clima y la Gran Frontera», *Relaciones Internacionales*, núm. 47, 2021, pp. 11-52 [publicado en este volumen como capítulo 10].

¹⁷ B. Büscher y R. Fletcher, «Accumulation by Conservation», *New Political Economy*, núm. 20, febrero de 2015, pp. 273-298.

¹⁸ J. Rockström, «Bounding the Planetary Future: Why We Need a Great Transition», *Great Transition Initiative*, abril de 2015.

Los límites del planeta no son una forma de obstaculizar el desarrollo. Más bien son una forma de poner los incentivos en su sitio, *de guiar el tipo de incentivos e innovaciones de los que habla Hans*. Se trata, pues, de una transformación de la abundancia dentro de un espacio operativo seguro. No se trata de un crecimiento limitado, sino de un crecimiento dentro de unos límites.¹⁹

Si no estás preguntándote de qué *Hans* hablamos, deberías hacerlo. Es Hans Vestberg, consejero delegado de Verizon Communications. El Antropoceno es «sostenibilidad» para la clase empresarial. Los demás podemos disfrutar de la «abundancia» mientras nos asfixiamos en el autobús.

El Antropoceno no es nuevo ni inocente. Gran parte de él recicla la imagería y los tropos de los setenta propios del ecologismo de la Nave Espacial Tierra.²⁰ ²¹ Las sombrías realidades de la crisis climática se enmarcan en una colisión trascendental, presente desde el principio: la del hombre «arrollando a las grandes fuerzas de la naturaleza».²² Los científicos de los sistemas terrestres que acuñaron por primera vez el Antropoceno, empezando por Crutzen y Stoermer en 2001, no ven ningún problema en esta cosmología del Hombre y la Naturaleza.²³ Para ellos, Hombre y Naturaleza son términos *científicos*, libres del sesgo valorativo que infecta a humanistas y científicos sociales. Aquí no vienen al caso los desarrollos empíricos que caen fuera del ámbito de la Buena Ciencia —como las ecodidas *Forever Wars*²⁴ emprendidas por Estados Unidos desde 2001 (nótese la sincronía con el Antropoceno)—. (Como si dijéramos: no prestes atención a los belicistas que se esconden tras el telón).

¹⁹ El Foro Económico Mundial es descrito habitualmente, incluso por los medios de comunicación, como los «amos del universo», por ejemplo, J. F. Harris, «Davos Elites Fear They're on a Toboggan Ride to Hell», *Politico*, 24 de enero de 2019. Cita de Rockström del Foro Económico Mundial, «Conferencia de prensa: Planetary Boundaries: Blueprint for Managing Systemic Global Risk», 21-24 de enero de 2015. Comentarios aproximadamente a las 23:00.

²⁰ *Spaceship Earth*, la Nave Espacial Tierra, es una metáfora utilizada abundantemente por el ecologismo americano de los años setenta. La visión es simple, el planeta Tierra es como una nave espacial donde la población sería la tripulación, y es de interés común compartido, que la nave llegue a buen puerto. [N. del T.]

²¹ Una magnífica introducción breve es R. S. Deese, «The artifact of nature: "Spaceship Earth" and the dawn of global environmentalism», *Endeavour*, núm. 33, febrero de 2009, pp. 70-75.

²² W. Steffen, P. J. Crutzen y J. R. McNeill, «The Anthropocene: Are Humans Now Overwhelming the Great Forces of Nature?», *Ambio*, núm. 36, agosto de 2007, pp. 614-21.

²³ P. J. Crutzen y E. F. Stoermer, «The Anthropocene», *IGBP [International Geosphere-Biosphere Programme] Newsletter*, núm. 41, 2000, pp. 17-18.

²⁴ *Forever War* [La guerra eterna] es una novela de ciencia ficción de 1974 en la que se cuenta la guerra de los humanos contra una civilización llamada los Tauranos. Se suele ver en ella una metáfora de la guerra del Vietnam, donde su autor Joe Halderman estuvo destinado. [N. del. T.]

El Antropoceno popular encarna una visión del mundo de larga data propia del *uno por ciento* en épocas de revuelta popular y crisis global; de ahí que el tratado contrarrevolucionario de Malthus (1798) apareciera en medio de un radicalismo sin precedentes al otro lado del Atlántico. Los sucesivos momentos malthusianos se han venido repitiendo cada vez que el capitalismo ha tenido problemas. Uno de esos momentos ha sido la reinención del malthusianismo después de 1968, de nuevo en medio de una revuelta popular sin precedentes.²⁵ La cuestión no puede ser menospreciada: las afirmaciones científicas sobre la ley natural han sido fundamentales para la gobernanza capitalista durante mucho tiempo. Malthus, que escribió en una época de revueltas obreras, campesinas y anticoloniales generalizadas, abogaba por una antipolítica de racionalidad estatal y de mercado que siguiera la «ley natural».²⁶ Los *Ensayos* de Malthus –aunque carentes por completo de originalidad o incluso de coherencia lógica– eran poderosas declaraciones del naturalismo burgués. Su función es explicar la desigualdad capitalista y justificar la política burguesa de siempre a través de una Naturaleza abstracta. Dos siglos más tarde, Paul Ehrlich anunciaría que las leyes naturales de la población estaban produciendo «demasiada gente». La Buena Ciencia de Ehrlich demostró matemáticamente que los pueblos pobres del Sur global estaban llevando al planeta al borde del apocalipsis.²⁷ ¿Cuál era el verdadero problema en 1968? No era la superpoblación (¡signifique lo que signifique!) sino más bien, las «clases peligrosas»: los pobres y los trabajadores de todo el mundo estaban llevando al capitalismo al borde de la revolución social.

Hoy, algunas de las formas más burdas de malthusianismo –*algunas* de ellas– han sido suplantadas por una formulación ideológica más sofisticada, a veces llamada *Cientificismo*.²⁸ También aquí la mayúscula es importante. Ningún observador serio desestima los resultados *concretos* de la investigación de los científicos del clima y de los sistemas terrestres. El trabajo de estos investigadores es fundamental a la hora de diseñar una política socialista de justicia climática. Pero no podemos ignorar el poder del Cientificismo en el discurso del Antropoceno, que permite a los científicos del clima lanzar advertencias apocalípticas y denunciar una lógica económica defectuosa, al tiempo que lavan la cara a las superélites del Foro Económico Mundial y a sus ONG medioambientales, como Conservation

²⁵ T. R. Robertson, *The Malthusian Moment*, New Brunswick, Rutgers University Press, 2012.

²⁶ McNally, *Against the Market...*

²⁷ P. R. Ehrlich, *The Population Bomb*, Nueva York, Ballantine, 1968.

²⁸ La distinción entre investigación científica concreta y ciencia como ideología (cientificismo) es objeto de una vasta literatura. Un punto de partida destacado es Ariel Salleh, «Neoliberalism, scientism and earth system governance», en R. L. Bryant (ed.), *The international handbook of political ecology*, Nueva York, Edward Elgar Publishing, 2015, pp. 432-446.

International.²⁹ A través de estos enfoques sistémicos —que, como veremos, se remontan a la *Sloan School of Management* del MIT después de la Segunda Guerra Mundial— el Cientificismo alimenta una narrativa política que aspira a la gestión planetaria de todo tipo de naturaleza rebelde.³⁰ A partir de aquí se produce la espectacular reducción académica de la investigación sobre el planeta a lo que es políticamente aceptable; de ahí la petición omnipresente de las agencias de financiación de abordar las «implicaciones políticas». Los debates políticos deben ser «razonables» y «realistas» en el sentido definido por las ideas dominantes. Por favor, no hablemos de la banca de utilidad pública, ni de la desmercantilización de la vivienda, ni de la eutanasia de la agricultura industrial.

La gestión tiene que ver con el control, no con la liberación. Es decididamente antipolítica: redefine las cuestiones políticas en términos de lógica técnica y administrativa. Así que si alguna vez has sentido que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo, el marco antipolítico de el Hombre y la Naturaleza —y el actual *ethos* de gestión planetaria— es parte de la razón. El Hombre y la Naturaleza se desarrollaron para gestionar el capitalismo, no para revelar sus contradicciones.

Por eso la conversación sobre el Antropoceno borra la historia de las luchas por un mundo más justo y democrático. Al hacerlo, el Antropoceno reproduce una ecología de la desesperanza, es una expresión ecologista del dogma neoliberal: *no hay alternativa*. Esto no es nuevo. Desde sus orígenes, el llamado ecologismo de «segunda ola» fue la creación ideológica de los científicos y una estrategia política basada en los tribunales, financiada por las fundaciones de la clase multimillonaria. Fue minoritario desde el principio.³¹ También fue una posición política del tipo de la «tercera vía», se negó a nombrar el sistema y se distanció sistemáticamente de las preocupaciones de la clase trabajadora.³² En ese marco, solo cabe aceptar la necesidad de la gestión planetaria. El Hombre y la Naturaleza son los opiáceos perfectos para un imaginario medioambiental que siempre nos ha

²⁹ T. Levitt, «Conservation International agreed to greenwash arms company», *The Ecologist*, 11 de mayo de 2011; sobre el problema en general, incluido el *greenwashing* de Conservation International, véase J. Hari, «The Wrong Kind of Green», *The Nation*, 22 de marzo de 2010.

³⁰ El término es una adaptación de F. Elichirigoity, *Planet management: Limits to growth, computer simulation, and the emergence of global spaces*, Evanston, Northwestern University Press, 1999, p. 17.

³¹ Véase J. Ridgeway, *The Politics of Ecology*, Nueva York, Dutton, 1970; M. Dowie, *Losing Ground: American environmentalism at the close of the twentieth century*, Cambridge, MIT Press, 1996.

³² C. Schroeder, «Third way environmentalism», *University of Kansas Law Review*, núm. 48, abril de 2000, pp. 801-828; R. Gottlieb, *Forcing the Spring*, Washington DC, Island Press, 2005, pp. 347-388.

dicho que el Fin de los Tiempos está aquí, y nunca ha querido nombrar –y mucho menos abolir– el Sistema. Desde principios de los años setenta, esto ha permitido una avalancha de lamentos (a menudo) sinceros, pero políticamente sin sentido, por parte de los estratos profesionales y directivos del mundo. Mientras tanto, el *uno por ciento* nos conduce de cabeza al infierno planetario.

El Antropoceno no es uno, sino dos. Empezando por la búsqueda de señales estratigráficas significativas –los llamados «picos dorados»³³–, el Antropoceno geológico plantea algunas cuestiones fundamentales para la historia ambiental a largo plazo. Pero con demasiada frecuencia, los mismos científicos de los sistemas terrestres que están detrás de los debates geológicos se han dedicado a hilar narrativas sobre los asuntos de los humanos, sustituyendo las desordenadas y conflictivas historias de poder, beneficio y vida de la modernidad por relatos tecnológicos y demografistas. Estos últimos se plasman vívidamente en decenas de gráficos con forma de «palo de hockey» que, hasta cierto punto, son útiles. Sin embargo, en estos gráficos la geohistoria se reduce a una línea de tiempo, organizada a través de una serie de «cajas negras», lo que Marx llamaría *concepciones caóticas*.³⁴ La población, la urbanización y el crecimiento económico se reducen a «indicadores» empíricos de una globalización abstracta. Esa globalización abstracta es, a su vez, el resultado inevitable de una Gran Aceleración igualmente abstracta, a su vez resultado de una Revolución Industrial abstracta.³⁵ ¡Quizás esas cuentas deberían llamarse la Gran Abstracción! De semejante caos nació el *Antropoceno popular*, que implica la máquina de vapor rotativa de Watts de 1784 y «la rápida expansión de la humanidad en número».³⁶

Este neomalthusianismo ha servido en repetidas ocasiones a estas grandes abstracciones con el fin de reforzar las estrategias de acumulación prometeicas, racializadas y de género. Simpatizamos con la ocurrencia de

³³ Un punto y sección estratotipo de límite global (GSSP, por sus siglas en inglés), a veces denominado pico dorado [*golden spike*], es un punto de referencia acordado internacionalmente en una sección estratigráfica que define el límite inferior de una etapa en la escala del tiempo geológico. [N. del T.]

³⁴ K. Marx, *Grundrisse...*, p. 100.

³⁵ W. Steffen, *et al.*, «The trajectory of the anthropocene: the great acceleration», *The Anthropocene Review*, núm. 2, enero de 2015, pp. 81-98; Daniel Hartley esboza la teleología abstracta del Antropoceno popular en «Anthropocene, Capitalocene and the problem of culture», en J. W. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene?*, Oakland, PM Press, 2016, pp. 154-165.

³⁶ J. W. Moore, «Confronting the Popular Anthropocene: Toward an Ecology of Hope», *New Geographies* núm. 9, 2017, pp. 186-191; Jason W. Moore, «Anthropocenes & the Capitalocene Alternative», *Azimuth* núm. 5, 2017, pp. 71-80; P. J. Crutzen, «Geology of Mankind», *Nature*, núm. 415, 2002, p. 23.

Kate Raworth de que el Antropoceno es, en realidad, un *Manthropoceno*,³⁷ pero también subrayamos que Naturaleza es el *N-Word*³⁸ de la modernidad para referirse a la trama de la vida. Al igual que el racismo, que de hecho prefigura y condiciona la línea de color mundial, el prometeísmo tiene que ver con la tasa de beneficio. Hablar de Sociedad y Naturaleza como si fueran bolas de billar chocando entre sí es absolver al capitalismo del delito de prometeísmo, combinación de la despiadada dominación civilizatoria y de clase con la racionalidad moderna, todo al servicio de la acumulación sin fin. Por lo tanto, ese prometeísmo *nunca* fue una afirmación abstracta de la dominación humana. Verlo de este modo supone tomar al pie de la letra las ideas dominantes. Más bien, el prometeísmo fue siempre la dominación de algunos humanos sobre la inmensa mayoría de la humanidad, junto con el resto de la vida, en un proyecto de clase de producción de Naturalezas Baratas.

El prometeísmo —y la dominación y devaluación geocultural que anima— ha sido la lógica cultural que ha producido los «buenos entornos de negocios». Aun cuando reconozcamos que tales lógicas producen opresiones que son «excedentes a las necesidades», su trabajo esencial es permitir la expansión de los flujos de plusvalía, acumulada desigualmente en los centros imperialistas. De ahí la contribución trascendental de la dominación geocultural al desarrollo capitalista y sus líos demenciales en la crisis climática del siglo XXI. El sucio secreto del capitalismo va mucho más allá de la reticencia a pagar sus facturas (la cuestión de la externalización de costes), la burguesía mundial libra la guerra de clases no solo por la distribución de la plusvalía, sino también por las condiciones del trabajo no remunerado.

La crisis climática suprime ahora activamente esas condiciones de trabajo no remunerado que son la base de la acumulación mundial. Históricamente, un clima favorable ha sido una condición fundamental para el aumento de la plusvalía, y no solo en el capitalismo. Los cambios climáticos desfavorables —y el nuestro empequeñece todo lo visto en el Holoceno— señalan invariablemente una contracción del excedente. En el siglo XIV, las revueltas de clase reforzaron las contradicciones agroecológicas, la Pequeña Edad de Hielo y las enfermedades, firmando de hecho el certificado de defunción del feudalismo.³⁹ La crisis climática en curso refuerza la tendencia estructural del capitalismo hacia la crisis de acumulación, confiando un carácter especial a nuestra época. En el mundo

³⁷ Kate Raworth, «Must the Anthropocene be a Manthropocene?», *The Guardian*, 20 de octubre de 2014.

³⁸ Moore se refiere a *nigger*, insulto racista muy grave en Estados Unidos. [N. del T.]

³⁹ J. W. Moore, «Nature and the Transition from Feudalism to Capitalism», *Review*, núm. 26, febrero de 2003, pp. 97-172.

moderno, las grandes burguesías respondieron a las grandes depresiones con «nuevos imperialismos», que han remodelado las condiciones de las Naturalezas Baratas, sobre todo de los cuatro baratos: trabajo, alimentos, energía y materias primas. La crisis climática no solo limita sino que implosiona esa lógica, volviéndola del revés, con una explosión de etnonacionalismo como su predecible y horrible resultado. Esta implosión climática marca una inversión epocal de la relación del capitalismo con y dentro de la trama de la vida. Esta es la Gran Implosión: la transición de la trama de la vida como una dinámica de reducción de costes y aumento de la productividad a una dinámica de maximización de costes y reducción de la productividad.

El Hombre, la Naturaleza y los orígenes del capitalismo

Si bien la distinción entre los seres humanos y el resto de la vida es antigua, la idea de que vivimos en una realidad determinada fundamentalmente por la interacción entre el hombre y la naturaleza es absolutamente moderna.⁴⁰ Mientras que la *especie humana* existe desde hace unos 300.000 años, el Hombre y la Naturaleza son mucho más recientes. Estas palabras no adquieren su significado contemporáneo en la lengua inglesa hasta aproximadamente el siglo posterior a 1550, una época de crisis climática, proletarización vertiginosa y revolución de las plantaciones al otro lado del Atlántico. En esta época tumultuosa, el Hombre y la Naturaleza tomaron forma como *abstracciones dominantes*, guías prácticas para reorganizar las redes humanas y otras tramas de la vida. Los proyectos civilizatorios crearon un *ethos* de dominación: el Hombre prometeico sobre la Naturaleza. De ese naturalismo burgués surgieron el racismo y el sexismo modernos a través de la crisis climática del siglo XVII (1550-1700). (El naturalismo que recorre el racismo y el sexismo modernos –invocando diferencias raciales *naturales* o proclividades *naturales* inscritas en el sexo biológico– encontró, como su precondition lógica e histórica, el prometeísmo y la invención de la Naturaleza). Los tres –prometeísmo, racismo y sexismo– fueron posteriormente unidos por el naturalismo burgués y el impulso del sistema mundo histórico hacia la rentabilidad. Nada de esto es pensable en términos del Antropoceno popular. ¿La alternativa? Localizar estas rupturas en los sistemas mundo que marcan los orígenes de la larga marcha del capitalismo hacia la crisis planetaria.

¿El Capitaloceno? ¿Seguramente el problema no se puede reducir a la economía! Y en esto, la tesis del Capitaloceno... ¡concuerdad! La tesis del

⁴⁰ Patel y Moore, *Seven Cheap Things...*

Capitaloceno habla directamente de los orígenes y el desarrollo de una era geohistórica que unificó nuevas estrategias de dominación, explotación y creación de entornos ambientales. La emergencia de la ecología mundo capitalista se extendió mucho más allá de lo económico. El Capitaloceno tejió nuevas pautas de explotación de clase y acumulación de excedentes en la trama de la vida. Su impacto geológico fue inmediato.

Estamos acostumbrados a pensar que la crisis climática actual es la primera crisis climática *capitalogénica*. No lo es, aunque la nuestra es cualitativamente distinta. Las conquistas colombinas que comenzaron en 1492 marcaron un punto de inflexión geobiológico en dos sentidos principales. Uno fue la creación de una Pangea capitalista, 175 millones de años después de que el supercontinente se separara. El Pico de Orbis⁴¹ de 1610 –los orígenes *geológicos* del Antropoceno– marcó la drástica reducción del CO₂ atmosférico, resultado directo del genocidio, impulsado a su vez por la esclavitud y otras estrategias de producción de Naturalezas Baratas.⁴² Esta formación de una Pangea capitalista puso el trabajo y la energía potenciales de dos continentes a disposición de las máquinas de guerra imperiales y sus banqueros, constituyendo juntos no un «colonialismo de asentamiento» abstracto, sino más bien creando burguesías coloniales (plantadores, comerciantes, propietarios de minas, ganaderos, etc.). El segundo siguió los pasos del primero. No se podían obtener beneficios en América sin Trabajo Barato. La vorágine de la conquista imperial y la formación de clases coloniales exigía incesantes sacrificios humanos (para lo que fue útil considerar a los nativos como Naturaleza). Los microbios no mataron al 95 % de la población del Nuevo Mundo, sino la esclavitud.⁴³

Esas estrategias no eran la lógica incorpórea de la acumulación de capital. Fueron ejecutadas y posibilitadas por la exportación imperialista de la revolución militar a las Américas y por un modo de dominación geocultural totalmente novedoso.⁴⁴ No en vano, las primeras formas

⁴¹ El *Orbis Spike*, literalmente Pico de Orbis, es una caída global de los niveles de dióxido de carbono atmosférico en torno al año 1610, tal y como recoge el registro de hielo marino de la Antártida. El Pico de Orbis es uno de los posibles puntos de partida de la época del Antropoceno, tal y como determinan la sección y el punto del estratotipo de la frontera global. Esta disminución de los niveles de dióxido de carbono está asociada a la rápida y drástica disminución de las poblaciones nativas americanas por su exposición a patógenos foráneos; estas dejaron de roturar y cultivar, de forma que se produjo una fuerte reforestación del hemisferio occidental. [N. del T.]

⁴² S. L. Lewis y M. A. Maslin, «Defining the Anthropocene», *Nature* núm. 519, 2015, pp. 171-180.

⁴³ C. M. Cameron, P. Kelton y A. C. Swedlund (eds.), *Beyond Germs: Native Depopulation in North America*, Tucson, University of Arizona Press, 2015.

⁴⁴ Véanse, respectivamente, J. P. Antonacci, «Periodizing the Capitalocene as Polemocene», *Journal of World-Systems Research*, núm. 27, febrero de 2021, pp. 439-467; Patel y Moore, *Seven Cheap Things...*

jurídicas de la línea de color mundial –en lugares como Bahía, las Antillas y Carolina– aparecieron durante el largo declive climático del siglo XVII, reforzadas por el Pico de Orbis. Bajo el prometeísmo, el Hombre se situó ante la Naturaleza como Dios ante el Hombre. Fue una corta parada en las fórmulas racializadas, en tanto la Naturaleza ya incluía a aquellos humanos «imperfectos» que pronto serían racializados. En esta formulación, el Hombre no tenía nada que ver con la especie humana como tal; era una «sobrerrepresentación» fantástica de la burguesía imperialista.⁴⁵ Para los españoles del siglo XVI, el prometeísmo sostenía que las naturalezas «imperfectas» de los pueblos indígenas podrían salvarse mediante el trabajo duro de los buenos cristianos.⁴⁶ Fue un principio animador seguido por todos los imperios sucesivos, cuyos sacerdotes y soldados, comerciantes y plantadores, «descubrieron» rápidamente que los pueblos coloniales eran salvajes, irracionales e inadecuados para la civilización. Dichos pueblos – indígenas, africanos, celtas, eslavos y un sinfín más– fueron Naturalizados, para que pudieran ser Civilizados.

En épocas sucesivas de la historia mundial, los imperios –conjuntos de Biblias y abogados, armas y dinero– redefinirían ese Proyecto Civilizador. Cada vez, nos decían, estos proyectos sacarían lo mejor de toda la humanidad. Para los ingleses y luego británicos, se trataba de la «mejora» de John Locke⁴⁷ contra los que vivían en un estado de naturaleza; para los estadounidenses era el Destino Manifiesto,⁴⁸ y un siglo más tarde, el desarrollismo del Punto Cuatro del Presidente Truman⁴⁹, que redefinía de un plumazo el ochenta por ciento del mundo como no desarrollado. Cuando las Biblias y las declaraciones laicas agotaron su eficacia, las sustituyeron las terapias de choque neoliberales y los discursos sobre el «libre mercado».⁵⁰ Vino viejo en odres nuevos.

⁴⁵ S. Wynter, «Unsettling the coloniality of being/power/truth/freedom: Towards the human, after man, its overrepresentation-An argument», *CR: The new centennial review*, núm. 3, marzo de 2003, pp. 257-337.

⁴⁶ O. Betancor, *The Matter of Empire: Metaphysics and Mining in Colonial Peru*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2017.

⁴⁷ Moore se refiere aquí a la teoría de la propiedad de John Locke, tal y como es especificada en el *Segundo tratado sobre el gobierno*. La posición de Locke, apenas veladamente una apología de la adquisición colonial de tierras, considera que cualquier tierra pertenece a aquel que pueda «mejorar» su productividad. [N. del T.]

⁴⁸ El *Destino Manifiesto* fue la doctrina con la que Estados Unidos cimentó su política expansionista en Norteamérica durante el siglo XIX. Estados Unidos se consideraba como una nación «elegida» y destinada a expandirse desde las costas del Atlántico hasta el Pacífico. Bajo esta cobertura ideológica se hicieron las guerras contra México y España. [N. del T.]

⁴⁹ El Punto Cuatro del discurso inaugural del segundo mandato de Harry S. Truman establecía: «Ayuda técnica a los países del mundo que la necesiten para el sostenimiento de la paz y las instituciones democráticas». En la práctica fue una manera de expandir el desarrollismo norteamericano por América Latina durante los años cincuenta y sesenta. [N. del T.]

⁵⁰ N. Klein, *The Shock Doctrine*, Nueva York, Metropolitan, 2007 [ed. cast.: *La doctrina del shock*, Barcelona, Paidós, 2007].

¿Qué tiene esto que ver con la crisis climática y el Antropoceno? *Todo*. La historia del prometeísmo y sus proyectos civilizadores no solo vinculan cuestiones de poder, economía y dominación, sino que abren nuevas perspectivas que conectan estas cuestiones con las tramas de la vida y dentro de ellas. Tal vez su idea crucial identifique cómo la creación moderna del *Hombre* y la *Naturaleza* privó a la mayoría de los seres humanos de su humanidad —empezando por las mujeres, que después de 1550 se volvieron salvajes, revoltosas y necesitadas de la guía civilizadora y racional del *Hombre*—.⁵¹ Las mujeres fueron reubicadas en la *Naturaleza*, cuanto más barata mejor —para que las nuevas burguesías pudieran mejor acumular sin fin—.

La *Naturaleza* se convirtió en todo aquello por lo que la burguesía no deseaba pagar. Su *abaratamiento* se extendió mucho más allá de la reducción de los costes de producción para los plantadores de azúcar, los constructores navales, los herreros y los armeros: fue una estrategia de dominación y acumulación que unió los momentos «económicos» de la *valorización* a un aparato sin precedentes de *devaluación* cultural. Este es el meollo de la conversación sobre la ecología mundo y la alternativa al Capitaloceno. El racismo y el sexismo, empapados de naturalismo burgués, fluyeron fácilmente de tal prometeísmo. Todos eran mecanismos para sostener el trabajo no remunerado no solo de la naturaleza humana, sino de todas las tramas de la vida.⁵²

Gestión planetaria, o cómo evitar ver la vida como un jefe

Podemos, pues, detenernos un momento —y tal vez salir de nuestra desesperación— al leer la reciente declaración del IPCC: «Es inequívoco que la influencia humana ha calentado la atmósfera, los océanos y la tierra».⁵³ Pero solo hasta cierto punto. Porque «influencia humana» es la frase más vaga —y cargada de ideología— que podamos imaginar. He aquí el espejismo ecologista, difundido a través de una red mundial de instituciones, ONG y ministerios gubernamentales desde principios de los años setenta: la Crisis está aquí, es un conflicto entre el Hombre y la *Naturaleza*. Está impulsada por la convergencia de crecimiento demográfico imprudente y tecnología insostenible. En este universo ideológico del tipo *No hay alternativa* (como le gustaba decir a Margaret Thatcher), el cambio climático *antropogénico* exige que entreguemos el planeta a personal virtuoso y experto capaz de

⁵¹ S. Federici, *Caliban and the witch*, Brooklyn, Autonomedia, 2004 [ed. cast.: *Calibán y la bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].

⁵² Moore, *Capitalism in the Web of Life...*

⁵³ IPCC, *Climate Change 2021: The Physical Science Basis (Summary for Policymakers)*, Nueva York, Naciones Unidas, 2021, SPM-5.

la gestión planetaria. Por favor, no digáis capitalismo. Ni socialismo. Ni siquiera *democracia*.

Para los gestores planetarios, la democracia es un problema que hay que, ejem, *gestionar*. Sus raíces se remontan a la conquista de las Américas y a la gestión del Trabajo Barato. En Europa, el punto de inflexión en la proletarianización se alcanzó después de 1550, poniendo encima de la mesa cuestiones de gran alcance sobre el control de la fuerza de trabajo. Fue en este contexto en el que tomó forma el dualismo cartesiano, basado en una estricta separación entre el pensar y el hacer, y en una explícita perspectiva prometeica. René Descartes, que escribió en las décadas de 1630 y 1640, canalizó el *Zeitgeist*. Descartes escribió sus principales obras en la República holandesa, no solo la región más proletarianizada de Europa occidental, sino también la sede de la revolución ecológica mundial del siglo XVII.⁵⁴ Distinguiendo entre *res extensa* [cosa extensa] y *res cogitans* [cosa pensante] como esencias discretas, dando prioridad a la dominación de la primera por la segunda, Descartes cristalizó las «premisas de la disciplina de trabajo» geoculturales que requería el capitalismo:⁵⁵ «Debemos convertirnos en los amos y poseedores de la naturaleza».⁵⁶ Así se unieron la gestión planetaria y la laboral desde los primeros momentos del capitalismo, unidas por la búsqueda de lo que Harry Braverman llamó célebremente la «separación entre concepción y ejecución».⁵⁷ Incluso en estos primeros siglos, los gestores reorganizaron la producción de modo que el trabajo «pensante» se concentrara en las mentes de los jefes, y el trabajo «extendido» se concentrara en las manos de los trabajadores, humanos y extrahumanos.⁵⁸ Esto formaba parte de un movimiento sistémico más amplio para reestructurar la producción como una serie de piezas intercambiables, una reestructuración que se estaba desarrollando en las plantaciones de azúcar, los centros mineros y los astilleros mientras Descartes escribía sus textos clásicos.

La gestión *planetaria* llegó a trompicones. Antes del siglo XX, sus principales expresiones se encontraban en la gestión forestal, que de nuevo

⁵⁴ J. W. Moore, «Amsterdam is Standing on Norway, Part II: The Global North Atlantic in the Ecological Revolution of the Seventeenth Century», *The Journal of Agrarian Change*, núm. 10, febrero de 2010, pp. 188-227.

⁵⁵ S. Federici, «The Great Caliban: The Struggle against the Rebel Body, Part II», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 15, marzo de 2004, pp. 13-28.

⁵⁶ R. Descartes, *A discourse on the method of correctly conducting one's reason and seeking truth in the sciences*, Oxford, Oxford University Press, 2006, p. 51 [varias ediciones en español, véase *El discurso del método*, Oviedo, KRK, 2023].

⁵⁷ H. Braverman, *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972 [ed. cast.: *Trabajo y Capital Monopolista*, Ciudad de México, Nuestro Tiempo, 1974].

⁵⁸ Gideon Freudenthal y Peter McLaughlin (eds.), *The social and economic roots of the scientific revolution: Texts by Boris Hessen and Henryk Grossmann*, Dordrecht, Springer, 2009.

se remonta al largo siglo XVII.⁵⁹ Sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial, el Imperio americano se propuso no solo civilizar lo no civilizado –bajo el signo del desarrollo–, sino también construir una «Nave Espacial Tierra» especialmente favorable a las prioridades geopolíticas y económicas estadounidenses.⁶⁰ Esta fue una audaz elaboración de la revolución de la «gestión científica» asociada a Frederick Winslow Taylor y al fordismo de principios del siglo XX. Intelectualmente, su principal logro fue la modelización de la dinámica de sistemas de Jay W. Forrester en los años cincuenta y sesenta. Los modelos sistémicos que condujeron a *Los límites del crecimiento* en 1972 –el estudio ecologista de mayor éxito– se desarrollaron en la Sloane School of Management del MIT, donde Forrester, el ingeniero, se había convertido en profesor de gestión. Por si te lo preguntas, el *Sloane* del nombre de la escuela fue el primer –y agresivamente antisindical– director ejecutivo de General Motors. Los modelos actuales del sistema Tierra –y del Antropoceno popular– tienen su origen en una escuela de gestión. Conscientes de ello o no, están socializados para perseguir la Buena Ciencia en el marco del sentido común empresarial. El Antropoceno popular también podría describirse como taylorismo biosférico. Su ontología política sigue cautiva del imaginario cartesiano de principios de la modernidad: de «cosas pensantes» (los planificadores, los científicos, los jefes) y todos los demás, «cosas extendidas». Esta sensibilidad unifica la tendencia dominante del pensamiento ecologista desde Descartes a Malthus hasta *Los límites del crecimiento* y el Antropoceno popular.

La interpretación alternativa del Capitaloceno, un conjunto de argumentaciones geohistóricas que toman el cambio biogeográfico y climatológico como punto de partida vital como estamos viendo, no está reñida con la investigación de los «picos dorados» del Antropoceno geológico. El Capitaloceno considera al moderno sistema mundial como una ecología mundo capitalista del poder, el beneficio y la vida. Es una crítica al reduccionismo económico, pero también una crítica a los enfoques culturalistas del capital y la clase. Por último, la conversación sobre el Capitaloceno insiste en que los orígenes de la crisis planetaria no se encuentran en una «Europa» cosificada, sino en la aparición de una trinidad capitalogénica durante el siglo XVII: la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático. Estos no son los resultados del cambio climático, sino sus impulsores.

⁵⁹ Para una breve introducción, véase F. J. Schmithüsen, «Three hundred years of applied sustainability in forestry», *Documentos de trabajo/Política forestal y economía forestal. Departamento de Ciencias Forestales. Serie internacional*, Zúrich, ETH/Instituto Federal Suizo de Tecnología, 2013.

⁶⁰ M. Radovanovic, «How the American Empire built Spaceship Earth, 1945-1972», Ponencia presentada en la Séptima Conferencia Anual de la World-Ecology Research Network, octubre y noviembre de 2021.

Las contradicciones más agudas de esta trinidad capitalogénica son cada vez más ineludibles, y por una sencilla razón. Las pocas fronteras que quedan de las Naturalezas Baratas han sido cerradas y agotadas, y ninguna de forma más dramática que los bienes comunes atmosféricos. Estas Naturalezas Baratas han sido, durante cinco siglos, la principal forma de contrarrestar el problema del exceso de acumulación del capitalismo. (En pocas palabras, se trata de la tendencia a acumular más capital del que puede reinvertirse de forma rentable: es un «excedente» en relación con la disminución de las oportunidades de inversión). De ahí el doble carácter de la crisis planetaria actual: una crisis de creación de vida y de creación de beneficios, que se manifiesta en el aumento vertiginoso de las concentraciones de CO₂ y en los 17 billones de dólares de capital excedente aparcados en bonos del Estado de rentabilidad cero o negativa.⁶¹

Este agotamiento de las Naturalezas Baratas no apareció de la noche a la mañana, aunque sus contradicciones parecen haber cruzado un umbral en los últimos años. Esta es, por supuesto, la historia del capitalismo neoliberal, que en ausencia de las grandes fronteras de la Naturaleza Barata ha llevado a cabo un esfuerzo sin precedentes para privatizar, desposeer y saquear la riqueza de la vida planetaria y de los re/productores directos.⁶² Una vez llamé a esto una «estrategia Robin Hood inversa»: robar a los pobres para dárselo a los ricos.⁶³ También ha sido un gran movimiento de apropiación y agotamiento de la vida extrahumana, esencialmente robando redes de vida para sostener la tasa de beneficio. Esto es exactamente lo que uno esperaría ver en una época en la que las fronteras de la Naturaleza Barata, y las oportunidades de inversión que tales fronteras han creado, se están desvaneciendo rápidamente en relación con un capitalismo financiarizado ingobernable e hipervolátil.

Con demasiada frecuencia, los debates sobre el Antropoceno, el Capitaloceno y demás hacen la vista gorda ante las totalidades contradictorias del capitalismo. El genio de Marx fue precisamente contribuir a una comprensión más profunda de estas contradicciones en el sistema mundo histórico. Porque Marx no solo vincula el análisis económico de la acumulación con la sociología de la formación de clases y la lucha de clases. También demuestra que cada momento de explotación de clase bajo el capitalismo —la lucha por la plusvalía— es irreductiblemente socioecológico.⁶⁴

⁶¹ «That near-\$17 trillion pile of negative-yielding global debt? It's a cash cow for some bond investors», *MarketWatch*, 22 de agosto de 2019.

⁶² D. Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2003 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, Cuestiones de antagonismo, 2004].

⁶³ J. W. Moore, «End of the road? Agricultural Revolutions in the Capitalist World-Ecology, 1450-2010», *The Journal of Agrarian Change*, núm. 10, marzo de 2010, pp. 389-413.

⁶⁴ P. Burkett, *Marx and Nature*, Nueva York, St. Martin's, 1999.

A esto yo añadiría: cada momento de *valorización* económica depende de momentos aún más expansivos de *devaluación* y apropiación de trabajo / energía no remunerados. Esta *acumulación por apropiación* es fundamental para la acumulación de capital. La devaluación es su lógica geocultural. Es el campo de batalla ideológico del racismo, el sexismo y las múltiples dinámicas opresivas que se derivan del Proyecto Civilizador. El proletariado mundial (de hecho, un semiproletariado que incluye múltiples precariados y clases agrarias de trabajo), depende y se solapa con el femitariado global y el biotariado global, los reproductores no remunerados del «modo de vida» capitalista.⁶⁵ Un enfoque revolucionario de la crisis climática tendrá que luchar seriamente con la unidad contradictoria de los momentos valorizados y devaluados de la lucha de clases mundial. Tendrá que vincular las contradicciones del «tiempo de trabajo socialmente necesario» con las fuentes socialmente necesarias de trabajo no remunerado, realizado por «las mujeres, la naturaleza y las colonias».⁶⁶

Tales conexiones —entre el trabajo remunerado y el no remunerado, entre los seres humanos y el resto de la naturaleza— son posibles gracias a un materialismo histórico en la trama de la vida, que nos permite captar la diversidad de la vida (de la que «siempre debe partir la escritura de la historia», nos recuerdan Marx y Engels) como algo que está dentro, fuera y entre el mosaico de la socialidad humana.⁶⁷ Los humanos son, como toda vida, una especie que crea entornos; la evolución no es una adaptación pasiva, sino una reconstrucción activa de los entornos.⁶⁸ De hecho, la historia de la sociedad de clases es una «*relación doble*: por un lado como relación natural, por otro como relación social».⁶⁹ A través del proceso laboral, la creación de entornos ejerce un efecto transformador tanto en el trabajador como en los entornos. En este «metabolismo [del] trabajo [...] [el trabajador] pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su propio cuerpo [...] A través de este movimiento actúa sobre la naturaleza externa y la cambia [...] De este modo cambia simultáneamente su propia naturaleza».⁷⁰ Por tanto, el capitalismo no es simplemente un «modo de producción», también es un «modo de vida». Su doble carácter constituye un antagonismo irreconciliable. Este enfoque abre una nueva perspectiva para

⁶⁵ El término biotariado proviene de Stephen Collis, *Once in Blockadia*, Vancouver, Talon Books, 2016; «modo de vida» es de Marx y Engels, *Obras Completas*, vol. 5, p. 31.

⁶⁶ Marx, *Capital...*, p. 129; Maria Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, Londres, Zed, 1986, p. 77 [ed. cast.: *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019].

⁶⁷ Marx y Engels, *Obras Completas*, vol. 5..., p. 31.

⁶⁸ R. Lewontin y R. Levins, «Organism and environment», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 8, febrero de 1997, pp. 95-98.

⁶⁹ Marx y Engels, *Obras Completas*, vol. 5..., p. 43, énfasis añadido.

⁷⁰ Marx, *Capital...*, p. 283, orden de las citas ligeramente alterado, énfasis añadido.

la política del siglo que viene. Tomando prestado a Immanuel Wallerstein, el nuestro es un momento de «lucha de clases mundial» en la «coyuntura sociofísica» de principios del siglo XXI.⁷¹

Justicia planetaria y proletariado planetario: ¿hacia el Proletarioceno?

¿Cómo puede la izquierda pasar de pretender ser un gestor planetario racional a ser un camarada de las tramas de la vida? Esta última posibilidad es sugerida por Marx cuando *–repetidamente–* se refiere a los humanos como parte de la naturaleza y al trabajo como interno a la naturaleza. Insiste en que el trabajo humano se moviliza dialécticamente con «el resto de la naturaleza», o a veces con la «naturaleza externa».⁷² Esto significa algo sencillo: el proceso de trabajo, y por tanto la estructura de clases, cambia a medida que transforma el espectro más completo de «naturaleza[s] específica[s] (digamos aquí: tierra, suelo)».⁷³ Las civilizaciones son *modos de vida*. Se desarrollan, y generan crisis, a través de una dialéctica de creación de entornos basada en las relaciones de trabajo. Aquí la sociedad de clases aparece como productora y producto de redes de vida. Las «condiciones naturales incontrolables» que dan forma al valor de las mercancías –y la base subyacente de la acumulación de capital–, de las que habla Marx, están ligadas al trabajo moderno. La producción capitalista no solo produce mercancías, sino también condiciones climáticas que son, como subraya Marx, «incontrolables».⁷⁴ Más concretamente, son indeseables desde el punto de vista del capital; quizás de la forma más obvia en la profundización de los impactos del cambio climático sobre la productividad agrícola.⁷⁵

Deberíamos recordar que una política *socialista* por la justicia planetaria no consiste en «salvar la naturaleza». O es la liberación de toda la vida de la tiranía del trabajo capitalista, o no es nada.⁷⁶ Este es el «doble

⁷¹ Citas de, respectivamente, Immanuel Wallerstein, *Historical Capitalism*, Londres, Verso, 1983, p. 64 [ed. cast.: *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2012]; Wallerstein, *The Modern World-System I*, Nueva York, Academic Press, 1974, p. 35 [ed. cast.: *El moderno sistema mundial. Vol. I*, Madrid, Siglo XXI, 2016].

⁷² Marx y Engels, *Obras Completas, vol. 5...*, p. 31; Marx, *Capital...*, p. 283.

⁷³ Marx, *Grundrisse...*, p. 490.

⁷⁴ K. Marx, *Capital, vol. III*, Nueva York, Penguin, 1981, p. 213 [ed. cast.: *El capital, vol. III*, Madrid, Siglo XXI, 2017].

⁷⁵ A. Ortiz-Bobea, E. Knippenberg y R. G. Chambers, «Growing climatic sensitivity of US agriculture linked to technological change and regional specialization», *Science Advances*, núm. 4, diciembre de 2018; J. W. Moore, «Cheap Food & Bad Climate: From Surplus Value to Negative Value in the Capitalist World-Ecology», *Critical Historical Studies*, núm. 2, enero de 2015, pp. 1-42.

⁷⁶ J. W. Moore, «Capitalocene and Climatic Justice», *Maize*, núm. 6, 2019, pp. 49-54 [publicado como capítulo 3 de este libro].

carácter» del trabajo planetario en el capitalismo, a la vez *social* y *natural*, momentos distintivos de un proceso geohistórico en evolución. Las formas dominantes de política socialista y ecologista han roto esta dialéctica. Lo más parecido ha sido el foco que las socialistas feministas han puesto en el trabajo reproductivo no remunerado realizado por las mujeres de la clase trabajadora.⁷⁷ Este es el punto de vista del femitariado, que capta el «movimiento real» del proletariado a través de las configuraciones cambiantes del trabajo remunerado y no remunerado y su doble carácter.⁷⁸ En todo momento, estas configuraciones revelan la búsqueda por parte de la burguesía de un «excedente de género»: las asimetrías impulsadas por la clase de los «segundos turnos» y la prolongación de la jornada laboral.⁷⁹ Esta visión es fundamental no solo para vincular las violentas combinaciones de sexismo y proletarización –incorporando el impulso ilimitado del capital para ampliar la jornada laboral no remunerada– sino para comprender la unidad histórica del trabajo asalariado y la apropiación extraeconómica del trabajo planetario. La mayoría del ecosocialismo tiene aun que incorporar la síntesis feminista socialista de proletariado y femitariado con las tramas de la vida «puestas a trabajar» para el capital: el *biotariado*. Cuando Maria Mies defiende la centralidad de «las mujeres, la naturaleza y las colonias» en la acumulación de capital, no está reclamando una «interseccionalidad» abstracta. Está señalando el *proyecto de clase* de la burguesía imperial, que vincula el sexismo, el prometeísmo y los proyectos civilizatorios con la proletarización, la superexplotación y «las leyes inmanentes de la producción capitalista... y la competencia».⁸⁰

También está perdiendo implícitamente la abolición del proletariado planetario, en sus configuraciones cambiantes, desiguales y sobre todo interpenetradas de proletariado, femitariado y biotariado. Estos momentos del proceso de trabajo unificados pero distintos entre sí, no son solo estructuras contra las que debemos movilizarnos, sino también patrones y posibilidades históricas que limitan cada vez más la autorreproducción del capital, tal y como ha existido desde 1492.⁸¹ La crisis climática es un momento de posibilidad revolucionaria.

La importancia de esto es enorme. No puede haber una política efectiva de la «naturaleza» separada de la política del trabajo, y no solo porque *todos*

⁷⁷ Una excelente introducción es Silvia Federici, *Revolution at point zero*, Oakland, PM Press, 2010, p. 19 [ed. cast.: *Revolución en punto cero: trabajo doméstico, reproducción y luchas feminista*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].

⁷⁸ N. C. M. Hartsock, *The Feminist Standpoint Revisited, And Other Essays*, Boulder, Westview, 1998.

⁷⁹ J. W. Moore, *Capitalism in the web of life...*, p. 143, pp. 221-240.

⁸⁰ K. Marx, *Capital*, vol. 1..., p. 381, orden de cita invertido.

⁸¹ J.W. Moore, *Capitalism in the web of life...*

los lugares de trabajo son lugares donde se produce medio ambiente (oficinas, fábricas, campos, bosques, restaurantes, minas, tiendas). No menos significativo es el poder duradero de la dualidad Hombre y Naturaleza, según la cual la naturaleza es el antónimo del trabajo. Es difícil exagerar la violencia ideológica que esto supone, con sus horribles expresiones físicas: el trabajo de las mujeres se convirtió en «no trabajo» a través de la resignificación de la Mujer como Naturaleza; la raza, siempre naturalizada, se convierte en la justificación de proclividades «naturales» que relegan a los trabajadores de color a los trabajos peor pagados y más peligrosos. Los ecologistas, como en Estados Unidos desde 1970, se han negado a movilizarse en apoyo de los mineros, los trabajadores agrícolas, los trabajadores químicos y las mujeres de la clase obrera que fueron pioneras en la lucha contra las sustancias tóxicas.⁸²

El punto de vista de la ecología mundo sigue a Marx cuando define los «movimientos reales» de la lucha de clases en el mundo moderno como irreductiblemente socio-ecológicos. El «joven» Marx, que escribía a mediados de sus veinte años, comprendió el problema a la perfección y con clarividencia. En un pasaje mal entendido, recuerda al lector: decir que «la vida física y espiritual del hombre está ligada a la naturaleza significa simplemente que la naturaleza está ligada a sí misma, pues el hombre es una parte de la naturaleza».⁸³ Este pasaje suele ser malentendido porque se trata de una *crítica* al pensamiento del Hombre y la Naturaleza, explícitamente rechazado en *La ideología alemana* solo un año después. El problema con los idealistas es su «oposición polar entre hombre y naturaleza».⁸⁴ Marx y Engels, por el contrario, ponen en primer plano la «universalidad del hombre» histórico que «aparece en la práctica precisamente en la universalidad que hace de toda la naturaleza su cuerpo inorgánico». La universalidad, en sus manos, no tiene nada que ver con el «universalismo occidental». Más bien, es una abreviatura filosófica de las tendencias del sistema mundo capitalista. La «universalidad» capitalista es un movimiento «histórico-mundial [...] empíricamente verificable», una tendencia que «hace de toda la naturaleza [...] [el] cuerpo inorgánico» del capital.

De este modo, una dialéctica revolucionaria revela las conexiones entre explotación, dominación y tramas de vida en el corazón de la lógica geohistórica del capitalismo. Las implicaciones políticas son significativas. Si queremos tomarnos en serio lo que Jodi Dean llama el *horizonte comunista* —la posibilidad práctica de la emancipación de todo tipo de trabajadores

⁸² C. Montrie, *A people's history of environmentalism in the United States*, Nueva York, Continuum, 2011.

⁸³ K. Marx y F. Engels, *Obras Completas*, vol. 3: *Marx y Engels 1843-1844*, Londres, Lawrence & Wishart, 1975, pp. 275-276.

⁸⁴ Marx y Engels, *Obras Completas*, vol. 5..., p. 31.

esclavizados por el capital— debemos identificar, movilizar y unificar los tres momentos del proletariado planetario. Ese desafío es mucho más que filosófico; solo comprendiendo la diversidad combinada de la ecología mundo capitalista podemos identificar y centrar nuestras energías en los eslabones débiles de la cadena capitalista en la crisis planetaria.⁸⁵ Un enfoque de este tipo persigue la emancipación relacional del proletariado, el femitariado y el biotariado, de modo que un perjuicio para uno es un perjuicio para todos (tomando prestado un viejo eslogan del movimiento obrero estadounidense).

Soy dolorosamente consciente de que estas luchas emancipadoras han sido, y seguirán siendo, desiguales. Sin embargo, la posición política del movimiento por la justicia climática no puede avanzar sin un internacionalismo de la clase trabajadora que se enfrente a la división de clases climática, al apartheid climático y al patriarcado climático como una «rica totalidad de muchas determinaciones»,⁸⁶ siempre con y dentro de las tramas de la vida que han sido a su vez degradadas y alienadas. Recordemos que el corolario dialéctico afirmativo de la tan citada observación de Marx sobre la degradación del capitalismo de «la tierra y el trabajador» es este: el horizonte comunista es el movimiento histórico *real* de la lucha de clases en la trama de la vida.⁸⁷ Los objetivos de ese movimiento deben, para Marx, rechazar la presunción burguesa de que los humanos son «dueños de la tierra». En efecto, ¡no lo son! Los seres humanos «son simplemente sus poseedores, sus beneficiarios, y tienen [la obligación moral y política] de legarla en un estado mejorado a las generaciones venideras».⁸⁸ El comunismo, por tanto, «no es para nosotros [...] un ideal al que la realidad [tendrá] que ajustarse [...] [Es] el movimiento real» de la lucha de clases en su «existencia histórico-mundial».⁸⁹ ¿Dónde está ese «movimiento real» en la crisis climática? Eso depende del grado en el que los movimientos de liberación trasciendan la prisión de la dualidad entre el Hombre y la Naturaleza, y conecten lo que ha estado desconectado, filosófica y prácticamente: los tejidos conectivos de la creación de vida y el trabajo contra los imperativos gerenciales de la burguesía planetaria. ¿Nuestras posibilidades? Parafraseando a Immanuel Wallerstein, tal vez mitad y mitad.⁹⁰ Pero solo si abrazamos la «rica totalidad» del proletariado planetario y unificamos la

⁸⁵ J. Dean, *The communist horizon*, Londres, Verso, 2012 [ed. cast.: *El horizonte comunista*, Barcelona, Bellaterra, 2000].

⁸⁶ Marx, *Grundrisse...*, p. 100.

⁸⁷ Marx, *Capital*, vol. I..., p. 638.

⁸⁸ Marx, *El capital*, vol. III..., p. 911.

⁸⁹ Marx y Engels, *Obras Completas*, vol. 5, p. 482.

⁹⁰ I. Wallerstein, «This is the End; this is the beginning», *Commentary* 500, 1 de julio de 2019.

lucha de clases a través de las grandes divisiones del trabajo remunerado y no remunerado, de los seres humanos y el resto de la vida, solo entonces quizá exista la posibilidad de que los «expropiadores sean expropiados» en el sinuoso camino hacia la justicia planetaria.

III

MAS ALLÁ DE LA JUSTICIA CLIMÁTICA*

ESTAMOS VIVIENDO EL FIN DEL MUNDO. O eso nos dicen. El reloj corre. La crisis climática nos lleva al Apocalipsis: «Hablo del asesinato, muerte y hambruna de 6.000 millones de personas este siglo: eso es lo que predice la ciencia», dijo Roger Hallam, cofundador de Extinction Rebellion, a la BBC en el verano de 2019.¹ La afirmación no debería sorprender a nadie por su originalidad o su urgencia. Se ha reciclado sin cesar desde 1968. Sus raíces son profundas, especialmente en el imaginario ecologista estadounidense, que a su vez ha dado forma al imaginario ecologista global desde sus orígenes. Los estadounidenses aman el apocalipsis como nadie lo ha amado en el mundo moderno, quizá porque, dentro de la historia moderna, británicos y estadounidenses han llevado el fin del mundo a muchos pueblos.²

El ecologismo, tal y cómo lo conocemos, lleva usando alguna versión del fin del mundo desde 1968. En ese año, Paul R. y Anne H. Ehrlich ofrecieron una visión impactante de la década que se avecinaba: la «bomba demográfica» estaba a punto de explotar. «Cientos de millones de personas van a morir de hambre [durante la próxima década] independientemente de los programas de choque que se emprendan ahora».³ Según los Ehrlich, nos encontramos en un estado de emergencia. Esta visión autoritaria de la política de emergencia se vio reforzada ese mismo año con la publicación del artículo más influyente jamás escrito en el campo de los estudios ambientales, «La tragedia de los comunes», del biólogo Garrett Hardin. Hardin insistía (y los Ehrlich estaba de acuerdo) en que había que tomar

* Publicado originalmente como «Beyond Climate Justice» en E. Degot y D. Riff (eds), *The way out of the climate crisis*, Berlín, Hatje Cantz Verlag, 2022.

¹ «Something Drastic Has to Happen», Roger Hallam / BBC HardTalk / Extinction Rebellion», vídeo de YouTube, 17 de agosto de 2019, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=9HyaxctatdA&t=993s>, consultado el 4 de enero de 2021.

² B. Hartmann, *The America Syndrome: Apocalypse, War, and Our Call to Greatness*, San Francisco, Seven Stories, 2017.

³ P. R. Ehrlich [y Anne H. Ehrlich, sin acreditar], *The population bomb*, Nueva York, Ballantine, 1968, p. xi.

medidas coercitivas –incluidos abortos obligatorios y esterilización forzo-
sa–.⁴ para evitar una crisis que, de otro modo, sería inevitable.⁵ Hardin y
los Ehrlich no se andaban con remilgos en cuanto a las consecuencias de
sus posiciones, de las que la política antiinmigración era una de sus princi-
pales expresiones.⁶ En un movimiento intelectual en perfecta consonancia
con el giro neoliberal, había que restringir la movilidad del trabajo. En
cuanto a la movilidad del capital, estaba aparentemente fuera del alcance
de las políticas de emergencia. El trabajo y los problemas ambientales de
la clase obrera eran, en el mejor de los casos, secundarios para el nuevo
ecologismo; en el peor, los trabajadores eran parte del problema.

Las continuidades entre el ecologismo de 1968 y el actual son sorpren-
dentes. La idea de ir «más allá de la política», las advertencias apocalípticas
unidas a reformas gradualistas, el mantra «escuchar a la ciencia», el con-
flicto eterno entre el Hombre y la Naturaleza fijado por «miles de millones
de años de evolución», unifican medio siglo (de este tipo) de ecologismo:⁷
«Hagas lo que hagas, ¡nunca menciones el sistema!». Por supuesto, siempre
ha habido disidentes y excepciones al ecologismo dominante. Pero no han
sido rivales para el complejo ecoindustrial que abarca ministerios, grupos
de reflexión, programas académicos, ONG financiadas por fundaciones y
partidos verdes. Incluso las metáforas de gobierno no han cambiado en
gran medida: la Nave Espacial Tierra [Spaceship Earth] de ayer es, con
modestos cambios discursivos, el Antropoceno popular de hoy, que reformu-
la los «límites del crecimiento» y la alteración de los «sistemas que
sustentan la vida» en términos que los participantes en el primer Día de la
Tierra en 1970 habrían comprendido fácilmente.⁸

Hay diferencias, pero son más de forma que de fondo. Aunque los
Ehrlich siguen aferrándose a un demografismo descarado, en el siglo XXI
priman nuevos temas. El crecimiento económico y el consumo suelen pri-
mar sobre el demografismo imperial y etnocéntrico. Pero no dejan de ser

⁴ P. R. Ehrlich y A. H. Ehrlich, *Population, Resources, Environment*, 2ª ed., San Francisco, W. H. Freeman, 1972, p. 372.

⁵ G. Hardin, «Tragedy of the Commons», *Science*, núm. 162, 1968, pp. 1.243-1248.

⁶ Cristalizado una década después en P. R. Ehrlich, L. Bilderback y A. H. Ehrlich, *The Golden Door: International Migration, Mexico, and the United States*, Nueva York, Ballantine, 1979, pero expuesta ya en 1972: E. Goldsmith y otros, «A Blueprint for Survival», *The Ecologist*, núm. 2: 1, 1972, pp. 2-43.

⁷ Las dos primeras citas son eslóganes de Extinction Rebellion, tratados eficazmente por C. Kinniburgh, «Can Extinction Rebellion Survive?» *Dissent*, núm. 67, enero de 2020, pp. 125-33; la expresión «miles de millones de años» procede de Ehrlich, *The population bomb...*, p. 29.

⁸ Véase, respectivamente, R. Buckminster Fuller, *Operating Manual for Spaceship Earth*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1969; Donella H. Meadows *et al.*, *The Limits to Growth*, Nueva York, Universe, 1972 [ed. cast.: *Los límites al crecimiento*, Ciudad de México, FCE, 1973]; Jason W. Moore, «Confronting the Popular Anthropocene...».

tendencias neomalthusianas en su forma más dominante: el crecimiento y el consumo, por ejemplo, se separan de su dinámica de clases, del militarismo y de la interminable acumulación de capital.

Al prolongado arco temporal del pensamiento malthusiano —con su ciclo largo de momentos malthusianos— solo le importa superficialmente que haya «demasiada gente».⁹ Se trata principalmente de eliminar de la historia de los seres humanos en la trama de la vida las cuestiones de poder y beneficio iniciadas por los propios seres humanos. ¿Pobreza? ¿Desigualdad? Pueden explicarse en términos de «ley natural» y de falta de moderación moral por parte de campesinos y trabajadores.¹⁰ Cabe señalar que este neomalthusianismo apuntaló la demonización de la clase obrera negra por parte de la Nueva Derecha estadounidense en la década de 1980 —«bebés que tienen bebés»—, incluso cuando repudiaba el ecologismo dominante. En esa mentalidad, la guerra, la pobreza, la desigualdad, todo se deriva de la ley natural, no del carácter conflictivo de las relaciones de clase, de capital y geopolíticas del capitalismo. En los años setenta, la causa próxima era la superpoblación. Hoy en día, es el crecimiento y el consumo excesivo.

Hay un eslogan de finales de los años sesenta que nos ayuda a contrarrestar la desesperanza que cultiva el Ecologismo con mayúsculas: «El problema no es el problema». Mientras que la «bomba demográfica» de Ehrlich fue objeto de una profusa atención mediática, una figura muy diferente del 68 proporciona un antídoto contra la cosmología neomalthusiana. Cuando Martin Luther King Jr. se declaró públicamente contra la Guerra de Vietnam, lo hizo en un histórico discurso pronunciado en 1967 en la iglesia Riverside de Nueva York. El discurso se titulaba «Más allá de Vietnam». Más allá significaba todo. Luther King rompía con la clase dirigente progresista, que veía la guerra como algo independiente del problema del racismo (los progresistas le pusieron en la picota por ello). El problema, subrayó Luther King, no era solo la guerra de Estados Unidos en Vietnam. El problema tampoco se limitaba al militarismo estadounidense, que lo había convertido en «el mayor productor de violencia del mundo actual».¹¹ En una síntesis que unía el marxismo clásico, el giro radical de la nueva izquierda [New Left] y la tradición comunista negra de W. E. B. Du Bois, Luther King formuló un primer esbozo de la teoría del «triple mal»:

⁹ Thomas R. Robertson, *The Malthusian Moment...*, cita de Ehrlich, *The Population Bomb...*, p. 17.

¹⁰ David McNally, *Against the Market*, Londres, Verso, 1993.

¹¹ M. Luther King Jr., «Beyond Vietnam: A Time to Break the Silence», conferencia pública, Riverside Church, Nueva York, 4 de abril de 1967, disponible en <https://wilpfus.org/sites/default/files/docs/5-MLK-Beyond-Vietnam-speech-in-sections.pdf>, consultado el 5 de enero de 2022.

Debemos iniciar rápidamente [...] el cambio de una sociedad orientada a las cosas a una sociedad orientada a las personas. Cuando las máquinas y los ordenadores, el afán de lucro y los derechos de propiedad se consideran más importantes que las personas, los gigantes trillizos del racismo, el materialismo extremo y el militarismo resultan invencibles.¹²

Pero el Dr. King no se detuvo ahí. Cuando le dijeron que se callara y se mantuviera en su carril, respondió ácidamente: «A los que me dicen que mantenga la boca cerrada, no puedo hacerlo. Estoy en contra de la segregación en los comedores y no voy a segregar mis preocupaciones morales».¹³ En una serie de discursos pronunciados el año anterior a su muerte, Luther King defendió una crítica revolucionaria que también era una estrategia revolucionaria. Y en su último discurso ante la Southern Christian Leadership Conference, a finales del verano de 1967, compartió la parábola de Jesús y Nicodemo. Este último había acudido a Jesús:

Quería saber qué podía hacer para salvarse. Jesús no se enfascó en un enfoque aislado de lo que no debía hacer. Jesús no dijo: «Ahora, Nicodemo, debes dejar de mentir. No dijo: «Nicodemo, debes dejar de mentir» o «Nicodemo, no hagas trampas si es que las estás haciendo» o «Nicodemo, no cometas adulterio». No dijo: «Nicodemo, ahora debes dejar de beber alcohol si lo estás haciendo en exceso». Dijo algo totalmente diferente, porque Jesús se dio cuenta de algo básico: que si un hombre miente, robará. Y si un hombre roba, matará. Así que, en vez de quedarse estancado en una sola cosa, Jesús lo miró y le dijo: «Nicodemo, es necesario que nazcas de nuevo».¹⁴

Muchos de los nuevos ecologistas llegarían a decir algo parecido y, al mismo tiempo, muy diferente. Enfatizarían el holismo, la conectividad y la armonía, e incluso el amor. Pero no nombrarían el sistema (los que lo hicieron, como Barry Commoner y Murray Bookchin, nunca alcanzaron una amplia difusión). Luther King, que desde sus días en el seminario creía que «el capitalismo ha dejado de ser útil», no tenía miedo de nombrar el sistema ni los mecanismos específicos del poder capitalista.¹⁵ La parábola que compartió con la SCLC se centraba en la necesidad de cultivar una

¹² *Ibíd.*; W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction in America 1860-1880*, Nueva York, Atheneum, 1935 [ed. cast.: *La Reconstrucción negra en Estados Unidos 1860-1880*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2025].

¹³ M. Luther King Jr., «America's Chief Moral Dilemma», conferencia pública, Hungry Club Forum, Atlanta, 10 de mayo de 1967, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=IAYGYmXOAYg>, consultado el 2 de enero de 2022.

¹⁴ M. Luther King Jr., «Where Do We Go from Here?», en *A Testament of Hope*, ed. por James Melvin Washington, Nueva York, Harper & Row, 1986, pp. 245-252.

¹⁵ M. Luther King Jr., «To Coretta Scott», carta, 18 de julio de 1952, disponible en <https://kinginstitute.stanford.edu/king-papers/documents/coretta-scott>, consultado el 3 de enero de 2022.

imaginación revolucionaria: los problemas no están segregados, no pueden solucionarse de uno en uno. «Toda la sociedad» debía «nacer de nuevo». Para esto había que ver que «el problema del racismo, el problema de la explotación y el problema de la guerra están unidos. Son los tres males interrelacionados».¹⁶

Este era nada menos que un argumento a favor de una triple alianza: por la justicia para la clase trabajadora, por el fin de las guerras eternas de Estados Unidos y por la abolición de la línea de color que podía propiciar una coalición radical entre los movimientos de derechos civiles, sindicales y antibelicistas. El ecologismo actual se lo debe todo a lo ocurrido en los años inmediatamente posteriores al giro radical de Luther King y a su posterior asesinato, probablemente propiciado por el Estado estadounidense. Recordemos la situación en el verano de 1968. Los años entre 1964 y 1969 fueron testigos de importantes insurrecciones obreras —«disturbios raciales» en el lenguaje de la época— en las principales ciudades estadounidenses. Al discurso de Luther King en Riverside en 1967 le siguió otro «largo y caluroso verano», con más de ciento cincuenta de los llamados «disturbios». Ese otoño, durante la manifestación antibelicista de octubre en Washington DC, William Yarborough, jefe adjunto del Estado Mayor de Inteligencia del Ejército, pensó que «el imperio se estaba desmoronando».¹⁷ Si el descontento social se radicalizaba, había muy pocas unidades fiables en casa para contener la revuelta, al igual que muy pocas unidades fiables para luchar en la guerra de Vietnam. Mientras tanto, la nueva izquierda profundizó la crítica a la fábrica del conocimiento iniciada por Mario Savio y el Movimiento por la Libertad de Expresión en Berkeley en 1964. En un giro radical, la nueva izquierda esbozó un nuevo análisis de la clase obrera estadounidense, transformada a través de la expansión masiva de los *white collar*¹⁸ en sus filas.¹⁹ El peligro era que el radicalismo de la nueva izquierda echara raíces profundas en el bastión demográfico del progresismo de posguerra: las nuevas clases «profesionales». La competencia por estos votantes marca la totalidad de la política neoliberal estadounidense, y dota de unidad a las décadas Reagan-Clinton-Bush-Obama.

¹⁶ M. Luther King, «Where Do We Go from Here?...».

¹⁷ Citado en A. Cockburn, *The Golden Age Is in Us: Journeys and Encounters 1987-1994*, Londres, Verso, 1996, p. 325.

¹⁸ La dualidad *blue collar/ white collar* [cuello azul/cuello blanco] es un clásico de la sociología popular estadounidense. *Blue collar* se correspondería con la clase obrera manual y *white collar* con administrativos, cuadros y clases gerenciales. Normalmente los primeros sin títulos universitarios y los segundos con mayor acreditación escolar. [N. del T.]

¹⁹ Véase especialmente D. Gilbert, R. Gottlieb y G. Tenney, «The “Port Authority Statement”, 1967», en C. Davidson (ed.), *Revolutionary Youth & the New Working Class*, Pittsburgh, Changemaker, 2011, pp. 52-127.

El ecologismo acudió al rescate de una clase dirigente estadounidense acosada por una crisis de legitimación que, al menos culturalmente, iba mucho más allá de la Gran Depresión. Las diversas versiones del imaginario medioambiental que tomó forma entre 1968 y 1974 —el malthusianismo de la «bomba demográfica», el imaginario de la Nave Espacial Tierra centrado en las icónicas fotografías Earthrise y Blue Marble, la idea de que un comportamiento cívico virtuoso es una «política» significativa, la noción de «límites naturales»— existían desde hacía mucho tiempo. Como imaginario —pero también como práctica concreta del imperialismo y los financieros modernos—, sus orígenes se remontan a los albores del capitalismo, más o menos al siglo posterior a 1492.²⁰ Como orden geocultural, sin embargo, data de la época de Thomas Malthus, cuyo primer ensayo apareció en 1798. El Antropoceno popular —el espectro del amplio debate sobre «el Hombre y la Naturaleza» acerca de los orígenes y el desarrollo de la crisis medioambiental moderna— es nieto de Malthus e hijo del ecologismo de 1968. Se suele pensar que el malthusianismo va sobre demografía y, efectivamente, es parte del asunto. Pero lo importante es otra cosa, el malthusianismo es fundamentalmente un procedimiento ideológico que replantea los antagonismos del capitalismo como el resultado de desviaciones y ajustes a la «ley natural». Para Malthus, la desigualdad social galopante en la Inglaterra de finales del siglo XVIII era el resultado de demasiada gente y no suficiente naturaleza, no de los cercamientos²¹ y la explotación. No era casualidad que Malthus escribiera en un momento de revuelta social sin precedentes: Haití y Francia eran fundamentales, pero también lo eran el protosocialismo de Spencer dentro de Inglaterra y la revuelta anticolonial de Wolf Tone en Irlanda.²²

Este fue el primero de los tres grandes momentos malthusianos, el más reciente de los cuales comienza en 1968. Todos se producen en épocas de revuelta mundial. Son una forma de contrarrevolución geocultural, ya que las clases dominantes se esfuerzan por reconstruir el carácter «natural» de la desigualdad extrema y la conveniencia del progreso en momentos de profundo desafío. En la época de Malthus, se trataba de la «revolución mundial de Occidente», dramatizada por las revoluciones francesa, haitiana y estadounidense, pero que incluía revueltas sociales desde Perú hasta Rusia. Un siglo más tarde, volvió el malthusianismo, esta vez centrado en la eugenesia y el darwinismo social. De nuevo, era el momento de la industrialización y del aumento del poder de la clase obrera en los países

²⁰ Ver capítulo dos de este libro «¿El opio de los ecologistas?»

²¹ Cercamientos, o *enclosures* en inglés, es un término asociado al relato marxista de la acumulación primitiva. En concreto, la expulsión de los campesinos feudales de las tierras y los recursos comunales mediante el levantamiento de cercas y vallas, que delimitan la propiedad privada. Por extensión, se utiliza como sinónimo de privatización. [N. del T.]

²² Theobald Wolf Tone (1763-1798) es considerado el precursor del nacionalismo irlandés. [N. del T.]

más ricos, que también se estaban repartiendo África. Para el ecologismo de 1968, la eugenesia y el «racismo científico» encontraron un terreno especialmente fértil en Estados Unidos, cuya clase obrera multirracial y multiétnica se organizó a un ritmo vertiginoso a finales del siglo XIX.

Un tercer momento malthusiano —que coincide con nuestro Antropoceno popular— cristalizó después de 1968. Los historiadores nos dicen que los estadounidenses se unieron al nuevo ecologismo porque de repente eran ricos, o porque Earthrise les recordó que pertenecen a la Nave Espacial Tierra o por desastres medioambientales como el vertido de petróleo de Santa Bárbara y el incendio del río Cuyahoga en 1969. Pero la «bomba demográfica» fue más importante que todo eso. Proporcionó una narrativa hecha a medida de la política de siempre. El nuevo imaginario medioambiental presentaba un problema sin más enemigos que «nosotros», como dejó claro el famoso personaje Pogo del dibujante Walt Kelly en el primer Día de la Tierra.²³ Esa narrativa fácil —de nuevo, como el Antropoceno— que la maquinaria propagandística estuviera feliz de explicar todos los problemas del mundo como el resultado de que hay «demasiada gente» y del consumo excesivo. En un momento de crisis de legitimación sin precedentes, y un orden mundial estadounidense sometido a un desafío también sin precedentes, era una forma atractiva de ver los problemas de Estados Unidos. El ecologismo fue un buen limpiador de conciencias tras la Ofensiva del Tet, los disturbios urbanos, las huelgas salvajes y las revueltas universitarias.

Si el ecologismo actual está atascado en 1968, también lo está en 1798. El primer momento malthusiano fue constitutivo de un orden geocultural que la mayoría de nosotros damos por sentado: el liberalismo centrista. Ese liberalismo era una «metaestrategia» del dominio burgués que asumía la normalidad y, de hecho, la conveniencia del progreso.²⁴ Merece la pena señalar que la nueva izquierda puso en primer plano la complicidad del liberalismo centrista en la maquinaria bélica. Aunque el nuevo ecologismo parecía rechazar el progreso, se trataba de un rechazo superficial centrado principalmente en el comportamiento individual, un localismo estrecho y generalidades que sonaban radicales. Tras el primer Día de la Tierra, quedó claro —desgraciadamente en relación con la maquinaria bélica— que el ecologismo tendría poco que ver con sus contemporáneos radicales: borró ideológicamente la crítica de la nueva izquierda y adoptó en la práctica el liberalismo centrista como estrategia política que hizo las paces fácilmente con el poder de las empresas en la década de 1980.²⁵

²³ Puede verse la viñeta en la página 147 de este volumen. [N. de E.]

²⁴ I. Wallerstein, *The Modern World-System IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, University of California Press, 2011, p. 5 [ed. cast.: *El Moderno Sistema Mundial IV: El liberalismo centrista triunfante*, Madrid, Siglo XXI, 2016].

²⁵ M. Dowie, *Losing Ground: American Environmentalism at the Close of the Twentieth Century*, Cambridge, MIT Press, 1996.

El liberalismo centrista surgió en y a través del primer momento malthusiano, aproximadamente en la «era de las revoluciones» entre 1789 y 1848. Durante el siglo siguiente, mató dos pájaros de un tiro, el liberalismo centrista «domesticó» el impulso radical que defendía el derecho a la subsistencia y la derrota de las relaciones capitalistas de producción, pero también domesticó la tendencia conservadora a hacer retroceder las conquistas políticas y jurídicas logradas por los (grandes y pequeños) estratos burgueses.²⁶ Por último, instaló en el corazón de la política moderna la premisa geocultural de que «es necesario emprender un reformismo consciente, continuo e inteligente», configurado por los Estados imperiales y sus redes de poder y privilegio.²⁷ Entre sus pilares se encontraba el cientificismo, una ideología caracterizada por la invocación continua de la Buena Ciencia como base para comprender y gestionar los problemas sociales bajo el capitalismo.²⁸ La Buena Ciencia estableció la (supuesta) neutralidad valorativa del conocimiento burgués, movilizándolo sus hallazgos «objetivos» para justificar el gerencialismo centrista-liberal y desacreditar a los movimientos antisistémicos por irracionales.²⁹

La relación entre la Gran Ciencia, el Gran Capital y el Gran Imperio es tan antigua como el capitalismo. También lo es el imaginario ecologista. Para las civilizaciones anteriores, la idea de que la trama de la vida existiera como una Naturaleza separada de la Civilización era, literalmente, impensable. Solo con el surgimiento de la ecología-mundo capitalista después de 1492 aparece la Naturaleza como un dominio cosmológico separado del Hombre Civilizado, y como un conjunto de objetos a descubrir, identificar y asegurar para la acumulación interminable de capital. La Naturaleza no era simplemente una nueva «idea». Era una estrategia de poder. Ser llamado Natural –como las mujeres en la Europa moderna– era ser despiadadamente dominado y devaluado. Desde este punto de vista, la Naturaleza tenía muy poco que ver directamente con los pájaros y las abejas, los bosques y los campos, la tierra y los ríos. Más bien, la Naturaleza se convirtió en todo aquello por lo que la burguesía no quería pagar. El Hombre, en esta forma de ver y dominar, no tenía prácticamente nada que ver con la Humanidad. Después de 1492, la mayoría humana femenina y pigmentada fue reubicada en la Naturaleza, para evitar pagar por su trabajo. Este traslado tenía que ver con la fantasía de la burguesía de erigirse en portadora del progreso:

²⁶ I. Wallerstein, *The Modern World-System IV...*, p. xvi.

²⁷ *Ibidem*, p. 6.

²⁸ A. Salleh, «Neoliberalism, scientism and earth system governance», en Raymond L. Bryant (ed.), *The international handbook of political ecology*, Nueva York, Edward Elgar Publishing, 2015, pp. 432-446.

²⁹ Moore, «El opio de los ecologistas», capítulo 2 en este mismo volumen.

en fases sucesivas cristianizador, civilizador y desarrollista. El imaginario ecologista era, por tanto, mucho más que un imaginario; era una estrategia práctica de poder y beneficio a escala mundial.³⁰

En 1945, este imaginario medioambiental –y su cientificismo– cruzó un umbral. Habermas lo llamó célebremente la «cientificación de la política», por la que las contradicciones sociales del capitalismo se convertían cada vez más en problemas de gestión susceptibles de una gobernanza «racional».³¹ La Buena Ciencia se convirtió en un pilar de la hegemonía mundial estadounidense. Para los arquitectos de la Pax Americana:

La reputación apolítica de la ciencia era un recurso político fundamental [...] La ciencia [...] se convirtió en un arma crítica de tres puntas para librar un equivalente moral de la guerra. En primer lugar, en la interminable lucha del «hombre» contra la naturaleza, los conocimientos técnicos inclinaban la balanza a favor de la humanidad. En segundo lugar, la verdad científica se deriva de las leyes universales de la naturaleza y, por tanto, trasciende la ideología política. Por último, la ciencia reveló la unidad en la diversidad de la naturaleza, que hacía inevitable la interdependencia de las naciones. Dado que fenómenos naturales como las cuencas fluviales, los yacimientos de minerales y las rutas migratorias no tienen en cuenta las «fronteras nacionales», el progreso nacional depende de la cooperación transnacional. La ciencia, por tanto, debía guiar la integración de la sociedad global –la reconstrucción de la geografía política– para que coincidiera con el «patrón de validez universal» de la naturaleza.³²

Esta sensibilidad imperial era un elemento clave del ADN del nuevo ecologismo. No hay mejor expresión del problema que el primer Día de la Tierra (1970). El Día de la Tierra fue organizado por el senador demócrata por Wisconsin, Gaylord Nelson, conocido malthusiano inspirado en Paul Ehrlich, que utilizó una táctica antibelicista ampliamente desacreditada por ineficaz, el «teach-in». En 1969, el activismo norteamericano radical empleó tácticas muy diferentes: ocupaciones de edificios, bombas en centros del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva (ROTC), desobediencia civil masiva, huelgas salvajes, organización de soldados contra la guerra y otras actividades que pretendían desbaratar al *establishment* liberal y su maquinaria bélica. Mientras las organizaciones antibelicistas, obreras y antirracistas «sacaban a los estudiantes del campus y los llevaban a las calles», observó Barry Weisberg en 1971, «las charlas del Día de la Tierra proponían que los estudiantes volvieran a sus campus y entablaran

³⁰ R. Patel y J. W. Moore, *A History of the World in Seven Cheap Things...*

³¹ J. Habermas, *Toward a Rational Society*, Cambridge, Polity, 1987.

³² P. Selcer, *The Postwar Origins of the Global Environment: How the United Nations Built Spaceship Earth*, Nueva York, Columbia University Press, 2018, pp. 6-7.

un diálogo ordenado y racional con la industria». ³³ El Día de la Tierra era más parecido a una fiesta nacional que a una movilización a escala nacional. Las dos cámaras del Congreso levantaron la sesión. En general, los actos fueron un mosaico de discursos alternativamente científicos y piadosos, entretejidos de catastrofismo neomalthusiano y algo de teatro político. Algunas de las actividades del día fueron deliciosamente banales: recogida de basuras en Nueva York y paseos en bicicleta en Eugene, Oregon. Otras fueron más creativas: los estudiantes organizaron un «die-in» [acción de tumbarse como si se estuviera muerto] con el fin de protestar contra el transporte aéreo supersónico en el aeropuerto Logan de Boston, que se saldó con una docena de detenciones. En un acto del Día de la Tierra, el cantante radical Pete Seeger cantó una deliciosa cancioncilla neomalthusiana: «Nos duplicaremos en 32 años». ³⁴

Los discursos del Día de la Tierra son buen reflejo de esa mezcla de retóricas radicales sobre el fin del mundo, que se ha venido reciclando desde entonces. Hubo algunos discursos con temas de clase obrera, feministas y antirracistas –Rennie Davis, de los Siete de Chicago, ³⁵ pidió un movimiento para «derribar este capitalismo y liberarnos»–, pero fueron minoría. ³⁶ Más común fue la posición política de Denis Hayes, el principal organizador, cuyo anodino llamamiento a «trascender las fronteras políticas tradicionales» expresaba hábilmente el liberalismo centrista del Día de la Tierra. A pesar de la coincidencia del Día de la Tierra con el cumpleaños de Lenin, la praxeología de Hayes era decididamente no amenazadora: «Luchas por el poder, demandas, manifestaciones, investigaciones, boicots, votaciones [...] lo que haga falta». ³⁷ Difícilmente se trataba de una repetición verde del «triple mal» de Luther King. La distancia política entre el Día de la Tierra y Luther King se manifestó en la imagen icónica del Día: Pogo contempla un bosque lleno de basura. ¿El pie de foto? «Hemos conocido al enemigo y somos nosotros». ³⁸ Se trataba, en efecto, de una «causa», como había afirmado el presidente Nixon solo tres meses antes, «más allá de partidos y facciones». ³⁹

³³ Barry Weisberg, *Beyond Repair*, Boston, Beacon Press, 1971, p. 31.

³⁴ Robertson, *The Malthusian Moment...*, p. 170.

³⁵ Los siete de Chicago, originalmente ocho, fueron siete activistas juzgados por los disturbios de Chicago durante la Convención Nacional Demócrata de 1968, los disturbios comenzaron tras una manifestación estudiantil masiva que pedía el final de la Guerra de Vietnam. [N. del T.]

³⁶ R. Davis, «Up Agnew Country», en National Staff of Environmental Action (ed.), *Earth Day-The Beginning: A Guide to Survival*, Nueva York, Bantam, 1970, pp. 87-88.

³⁷ D. Hayes, «The Beginning», en National Staff of Environmental Action (ed.), *Earth Day-The Beginning: A Guide to Survival*, Nueva York, Bantam, 1970, pp. xiii-xv.

³⁸ F. Dunaway, «Gas Masks, Pogo, and the Ecological Indian: Earth Day and the Visual Politics of American Environmentalism», *American Quarterly*, núm. 60: 1, 2008, pp. 67-99

³⁹ R. M. Nixon, «Annual Message to the Congress on the State of the Union», 22 de enero de 1970, disponible en <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/annual-message-the-congress-the-state-the-union-2>, consultado el 3 de enero de 2022.

Las posibilidades nixonianas del nuevo ecologismo se manifestaron sin demora. Una semana después del primer Día de la Tierra, las fuerzas sur-vietnamitas y estadounidenses, bajo las órdenes de Nixon, entraron en Camboya. La invasión desencadenó la mayor movilización antibelicista de la historia de Estados Unidos. Más de cuatro millones de estudiantes —la mitad de la población universitaria estadounidense— salieron a las calles de 1.350 campus. La Universidad de California y la Universidad Estatal de California cerraron. Los gobernadores movilizaron a la Guardia Nacional veinticuatro veces. En Ohio y Mississippi abrieron fuego contra los estudiantes, matando a cuatro en Kent State y a dos en Jackson State University.⁴⁰ Estos estudiantes se habían encontrado con el enemigo. También lo habían hecho los habitantes de Indochina. Sus enemigos eran muy parecidos. La infraestructura del Día de la Tierra no estaba presente en este momento histórico. La inacción no se debía a la falta de concienciación sobre el ecocidio en curso. Esa palabra, ecocidio, había estado flotando durante varios años en los círculos de la nueva izquierda.

Liderados por Students for a Democratic Society (SDS), el activismo llevaba desde 1967 protestando contra el papel de Dow Chemical en la Operación Ranch Hand, que sirvió para desarrollar el uso estadounidense de herbicidas como el agente naranja en Vietnam. El movimiento vinculó explícitamente la «máquina de guerra» al gran capital y a la fábrica de conocimiento: el «complejo militar-industrial-académico».⁴¹

Mientras, el nuevo ecologismo elaboró un holismo espectacular y parcial que se alineaba directamente con la Pax Americana y, por tanto, era incapaz de desafiar su lógica ecocida. Sus icónicas imágenes visuales —como Earthrise de 1968 y Blue Marble de 1972— popularizaron las metáforas del tipo Nave Espacial Tierra, cuyo tropo del «sistema de soportes vitales» es fundamental para el Antropoceno popular. Al igual que la Nave Espacial Tierra, el «sistema Tierra» es un sistema limpio de la sangre y la suciedad del imperialismo, la explotación de clase y la dominación racial y de género. Sin duda, se trata de un holismo. Pero con muchos agujeros.

Llamémoslo el holismo de los ricos. Sus consecuencias prácticas, solo en la década posterior a 1968, fueron enormes. Para el nuevo ecologismo, había que salvar a la Naturaleza de los trabajadores, que eran tan culpables como los capitalistas de producir «la» crisis medioambiental. Los estadounidenses que sufrían la mortífera ecología política de la explotación

⁴⁰ K. Sale, *SDS*, Nueva York, Vintage, 1973, p. 445.

⁴¹ J. William Fulbright, «The War and Its Effects: The Military-Industrial-Academic Complex», en Herbert I. Schiller (ed.), *Super-State: Readings in the Military-Industrial Complex*, Urbana, University of Illinois Press, 1970, pp. 171-78; Sale, *SDS*...

de clase no tenían suerte. Los problemas que asolaban a la clase obrera industrial quedaron excluidos de la nueva agenda ecologista: el famoso Cinturón del Cáncer de Luisiana,⁴² sede de una robusta industria petroquímica desarrollada en los años sesenta; la neumoconiosis sufrida por los mineros del carbón; el envenenamiento de los trabajadores agrícolas.⁴³ Más tarde, el movimiento antitóxicos, liderado por mujeres de clase trabajadora como Lois Gibbs, quedó igualmente fuera de juego. La exportación de estos problemas medioambientales después de 1968 –la globalización de las industrias más sucias y tóxicas al Sur Global– fue estructuralmente minimizada. Las consecuencias de este desinterés se hicieron terriblemente evidentes a principios de los años noventa, cuando estos grupos ecocapitalistas sabotearon la oposición de los ecologistas de base y de los trabajadores al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA).⁴⁴ Una vez más, el ecologismo se alineó con las prioridades del imperio estadounidense, y fue cómplice directo de la creación de los infernales paisajes socioecológicos del capitalismo neoliberal.

Hemos cerrado ahora el círculo, volviendo a la idea esencial de Luther King: el problema de «el» medio ambiente, al igual que el racismo, se sustenta en las relaciones planetarias del imperio y el capital. Este es el significado perdurable de la tesis del «triple mal». Para Luther King, Vietnam no fue un error; se derivaba lógicamente del poder mundial estadounidense y de su búsqueda de oportunidades de inversión rentables. La maquinaria bélica imperial estaba fundamentalmente ligada al racismo y a la explotación de clase en el interior. Se podría haber sintetizado un mensaje ecológico revolucionario –asociado a figuras como Herbert Marcuse y Murray Bookchin–.⁴⁵ De hecho, Luther King ya lo había sugerido en su sermón de Navidad de 1967: «Toda la vida está interrelacionada. Todos estamos atrapados en una red ineludible de reciprocidad, atados a un único tejido de destino. Lo que afecta a un destino, afecta indirectamente a todos».⁴⁶ Esta es la expresión ecológica e internacionalista del lema de Luther King: la injusticia en algún lugar es una amenaza para la justicia en cualquier lugar.

⁴² Tramo de 136 kilómetros a lo largo del río Misisipi que se extiende entre las ciudades de Baton Rouge y Nueva Orleans, donde operan unas 150 instalaciones petroquímicas y de combustibles fósiles. [N. del T.]

⁴³ C. Montrie, *A people's history of environmentalism in the United States*, Londres, Continuum, 2011.

⁴⁴ Dowie, *Losing Ground...*

⁴⁵ H. Marcuse, «Ecology and Revolution», *Liberation*, núm. 16, 1970, pp 10-12; M. Bookchin, *Post-Scarcity Anarchism*, Berkeley, Ramparts, 1970 [ed. cast.: *Anarquismo post escasez*, disponible en <https://libertamen.wordpress.com/2022/11/17/anarquismo-post-escasez-1986-murray-bookchin/>]

⁴⁶ M. Luther King Jr, «Christmas Sermon on Peace and Nonviolence», Ebenezer Baptist Church, Atlanta, 24 de diciembre de 1967, disponible en <https://www.organism.earth/library/document/christmas-sermon-on-peace->

Cuando los organizadores del Día de la Tierra y otros ecologistas se cruzaron de brazos durante la invasión de Camboya y la extraordinaria revuelta de aquel mayo, sentaron un precedente, que ha determinado su fracaso a la hora de frenar, y mucho menos detener, el impulso capitalogénico hacia el infierno planetario. Sacaron la peor lección posible: la intervención militar estadounidense no era ecológica. La desconexión entre la nueva izquierda y el ecologismo posterior a 1968 no era simplemente «radicalismo» y «liberalismo»; estaba ligada a valoraciones diferentes, e insalvables, del poder mundial como principal amenaza para la vida planetaria. Tras su «edad de oro» en los años setenta, el nuevo ecologismo se mantuvo al margen de la oposición interna a las guerras eternas de Estados Unidos. En retrospectiva, el apoyo del Ecocapitalismo al NAFTA era previsible: antes había apoyado el giro neodemócrata, liderado por figuras favorables a la guerra como Clinton y Gore, este último famoso por su *Earth in the Balance* de 1992.⁴⁷ Gore era un demócrata favorable a la guerra y uno de los primeros en adoptar la posición del cambio de régimen político. El silencio ecologista sobre la guerra imperialista se había establecido, como hemos visto, en el primer Día de la Tierra y en relación con la invasión de Camboya. Con la primera Guerra del Golfo —«Por Dios», proclamó George H. W. Bush aquel marzo, «hemos acabado con el síndrome de Vietnam de una vez por todas»— el silencio se hizo ensordecedor. (Solo Greenpeace, entre las grandes organizaciones nacionales, se organizó contra la primera Guerra de Iraq). Mientras Estados Unidos se recuperaba del «síndrome de Vietnam» en la década de 1980, el ecologismo tenía poco que decir sobre la guerra, el imperio y la explotación.

Las luminarias ecologistas reclaman nuevas rondas de cercamientos —como en *Half-Earth* de E. O. Wilson—, necesarias para «salvar» la biodiversidad.⁴⁸ Las implicaciones para el ecologismo contemporáneo son enormes. La conservación se ha militarizado en todo el Sur Global. Algunos ambientalistas, como James Lovelock, abogan por la militarización de las fronteras contra los trabajadores inmigrantes de piel oscura, una postura que ha perseguido al ambientalismo de los países ricos durante mucho tiempo (véase *Blueprint for Survival*, de 1972).⁴⁹ Desde 2001, el Antropoceno popular ha reforzado esta tendencia. El enfoque antropocénico de la crisis planetaria elimina cualquier consideración de las mayores amenazas para el bienestar humano y planetario: el cambio climático capitalogénico, la

⁴⁷ A. Gore, *Earth in the Balance: Ecology and the Human Spirit*, Nueva York, Houghton Mifflin, 1992.

⁴⁸ E. O. Wilson, *Half-Earth: Our Planet's Fight for Life*, Nueva York, W. W. Norton, 2016 [ed. cast.: *Medio Planeta*, Madrid, Errata Naturae, 2017].

⁴⁹ J. Ingham, «Plea for a Bigger Navy to Keep Out Climate Immigration», *The Express*, 31 de mayo de 2010, disponible en <https://www.express.co.uk/news/uk/178199/Plea-for-a-bigger-Navy-to-keep-out-climate-immigration>, consultado el 2 de enero de 2022.

financiarización y la acumulación militarizada, fuerzas combinadas que hacen posible todo este espectáculo de mierda. Estas grandes organizaciones ecologistas maquillan de verde la distópica guerra eterna de Estados Unidos y la violencia climática que prolifera salvajemente desde 2002. Si nos preguntamos por qué el ecologismo no ha hecho nada para frenar la carrera del capitalismo hacia el infierno planetario, hay una buena razón para ello. Se suponía que nunca iba a hacer nada. A pesar de todo lo que se ha dicho sobre la revolución de los valores ecologistas –vivir de forma sencilla, reciclar, optar por lo orgánico, sacralizar las preferencias dietéticas– su impacto político ha sido siempre muy marginal. En el mejor de los casos, el periplo ecologista ha sido una «marcha a través de las instituciones» –leyes, grandes ONG, organismos regulatorios y, a veces, partidos políticos– mediante la cual los profesionales de la generación boomer llegaron a gestionar los problemas medioambientales. En la década de 1980, el nuevo ecologismo se alió cada vez más explícitamente con el poder empresarial y la búsqueda de soluciones orientadas al mercado. Desde entonces han surgido otros movimientos, a menudo conocidos como movimientos por la justicia ambiental, pero la tendencia básica se mantiene intacta.

¿Cuál es entonces la salida revolucionaria a la crisis climática? No tengo tablas de piedra con la verdad grabada en ellas. Pero todos tenemos acceso a la historia: la historia de los movimientos de liberación, la historia del ecologismo y la historia del capitalismo. Una de las grandes tragedias del imaginario medioambiental posterior a 1968 ha sido la inexistencia de un punto de vista histórico radical que pudiera comprender la historia interrelacionada del poder, el beneficio y la vida en el mundo moderno. Entre sus consecuencias, como hemos visto, está la hegemonía de un holismo de la Tierra Entera –el holismo de los ricos– que enfrenta al Hombre con la Naturaleza. El argumento de que «la» crisis medioambiental se debe a la violación por el hombre de la «ley natural» –una tesis que va en línea directa de Malthus al Antropoceno– ha sido un martillo ideológico en manos del imperio y del capital durante los dos últimos siglos. Bajo ella se esconde una sangrienta y violenta historia de imperialismo con ánimo de lucro que se remonta a 1492. A partir del siglo XVII, los Proyectos Civilizadores redefinieron la Naturaleza como todo aquello por lo que la burguesía no deseaba pagar, y reubicaron a la inmensa mayoría de la humanidad en el reino de la Naturaleza, para abaratarla y convertir sus vidas y su trabajo en capital. Ni el Hombre ni la Naturaleza son descripciones inocentes, una realidad que solo se pone de manifiesto una vez que comprendemos que el capitalismo no es meramente un sistema económico y político, sino un modo de pensamiento y una ideología que redefine las contradicciones del poder, el beneficio y la vida como colisiones entre el Hombre y la Naturaleza. Esta es la historia de los sucesivos momentos malthusianos. En

ese esquema, la tarea de la Civilización consistía en gestionar los problemas de la Naturaleza, que incluía a la inmensa mayoría de los seres humanos no cristianos, no civilizados y no desarrollados. El actual complejo de intereses construido en torno al desarrollo sostenible –bien financiado por gobiernos y fundaciones– no es sino la última expresión de esta larga historia.

La respuesta radical desde la década de 1990 ha producido una larga lista de diagnósticos de la crisis planetaria: raza, género, sexualidad, indigenismo, ecologismo y mucho más. Todos son importantes. El problema es que rara vez se especifica qué une sus interrelaciones concretas, ni se explora su desarrollo histórico. El resultado es una teoría democrática de la causalidad en la que «todo está conectado con todo». Cierto, hasta cierto punto. Pero esas conexiones nunca son iguales, y una política radical eficaz implica explotar las asimetrías: los eslabones débiles. Sus asimetrías cambian en relación con el movimiento del conjunto. Y ahí está el problema, no solo para evaluar el problema, sino para forjar una política revolucionaria de justicia planetaria. La historia del mundo es indispensable porque nos dice claramente que la historia de las civilizaciones es la historia de los seres humanos en la trama de la vida, que crean activamente tramas de vida incluso cuando son formados por tramas de vida.⁵⁰ El genio de Marx y Engels fue comprender cómo los mismos procesos de dominación y explotación que crearon las clases trabajadoras modernas –mucho más heterogéneas de lo que admiten la mayoría de los marxistas– permitirían la liberación de «la tierra y el trabajador».⁵¹

Es aquí donde podemos volver a Luther King, a la tesis del «triple mal» y a la parábola de Nicodemo. Este problema no era el problema. ¿Por qué? Porque para Luther King «los tres males [...] están interrelacionados». Son problemas de «toda la sociedad».⁵² El militarismo, el racismo y la explotación de clase son problemas de «toda la sociedad»: del capitalismo en su conjunto. Del mismo modo que Vietnam fue un síntoma de una patología más profunda que iba más allá del militarismo estadounidense, la crisis climática va mucho más allá de la carbonización atmosférica y de un clima cada vez más volátil. Luther King se negó a elaborar una lista de problemas. Sumar no era suficiente. Militarismo, racismo y explotación: cada uno estaba estratégicamente relacionado con los demás; su significado histórico-mundial emerge a través de sus interrelaciones. Por eso he empezado a insistir en que vayamos más allá de la justicia climática. Debemos transmitir el mensaje de una crisis climática concretamente interrelacionada,

⁵⁰ J. W. Moore, *Capitalism In The Web of Life...*

⁵¹ Karl Marx, *Capital*, Nueva York, Vintage, 1977, p. 638; Jason W. Moore, «Das planetare Proletariat im planetaren Inferno», *LfB: Literaturforum im Brecht-Haus*, 2021, pp. 4-11.

⁵² M. Luther King, «Where Do We Go from Here...?».

nacida del capitalismo como ecología mundo del poder, el beneficio y la vida hace cinco siglos. Vivimos en el Capitaloceno, la «era del capital», no en el Antropoceno.⁵³

La carbonización atmosférica y la consiguiente desaparición de la estabilidad climática del Holoceno deben situarse geohistóricamente. Utilizar las categorías descriptivas del uno por ciento –mercados abstractos, movimientos de población o tecnologías– es condenar nuestra estrategia desde el principio. Por el contrario, podemos entender la crisis planetaria como una crisis en la que las dimensiones geofísicas del cambio climático están fundamentalmente ligadas a la trinidad del Capitaloceno: la división de clases climática, el patriarcado climático y el apartheid climático.⁵⁴ Esta perspectiva histórica da forma a la estrategia socialista en el infierno planetario, ya que llegamos a entender esa trinidad capitalogénica como la causa, y no solo la consecuencia, de la crisis climática.

En todo momento, podemos ir más allá del lamento de Pogo –«Hemos conocido al enemigo y somos nosotros»– y dar prioridad a los agentes políticos, económicos y culturales específicos del cambio climático capitalogénico. No es el Hombre, sino el Capital, el responsable del infierno planetario. Como al cantante radical Utah Phillips le gustaba recordar a su público: «Tienen nombre y dirección».⁵⁵ Los culpables pueden rendir cuentas de sus crímenes y se puede aplicar la justicia planetaria. La «sociedad entera» con y dentro de la trama de la vida puede reinventarse como si «toda la vida [estuviera] interrelacionada», como si todos estuviéramos «atrapados en una red ineludible de reciprocidad, atados a un único tejido de destino».⁵⁶

⁵³ J. W. Moore (ed.), *Antropocene o Capitalocene?...*

⁵⁴ J. W. Moore, «The Capitalocene and Planetary Justice», *Maize*, núm. 6, 2019, pp. 49-54.

⁵⁵ Citado en Naomi Klein, *No Logo*, Nueva York, Knopf, 2000, p. 325 [ed. cast.: *No Logo*, Barcelona, Paídos, 1999].

⁵⁶ M. Luther King, «Christmas Sermon...».

IV NUESTRO MUNDO CAPITALOGÉNICO:

CRISIS CLIMÁTICA, POLÍTICA DE CLASE Y PROYECTO CIVILIZATORIO*

TODOS SABEMOS que las noticias no son demasiado buenas en el planeta Tierra. Las condiciones de vida serán muy diferentes en el futuro. Y aunque hay mucho que podemos hacer para superar esta transición –los científicos de los sistemas terrestres la llaman «cambio de estado»–, no se volverá a la inusual estabilidad climática de los últimos 12.000 años. La vida en la Tierra está saliendo definitivamente del Holoceno.¹

Cómo imaginamos este cambio de estado, y cómo imaginamos lo que vendrá después es de vital importancia. También lo es cómo imaginamos lo que *ha* ocurrido. La imaginación política y la imaginación histórico mundial forman una unidad en tensión. Una de las victorias ideológicas más importantes de la burguesía imperial en las últimas décadas ha sido la eliminación de la historia de la imaginación radical. Por ejemplo, la literatura actual sobre estudios climáticos radicales se caracteriza por una visión histórica superficial,² y muy pocos historiadores del clima se han interesado por la historia del capitalismo.³ Esta relación espinosa y desigual entre la ideología burguesa y el método histórico en la era neoliberal ha llevado a algunos puntos ciegos muy importantes en la evaluación de la crisis climática, concretamente, en su base de clase e imperial, y en la praxis revolucionaria necesaria para enfrentarla y trascenderla de una manera justa, democrática e igualitaria.

Antropogénesis, neoliberalismo y «fin de la historia»

La crisis climática es *antropogénica*. Literalmente, «hecha por los humanos». Nos lo dicen cada vez que leemos o vemos o escuchamos noticias

* Publicado originalmente como «Our Capitalogenic World: Climate Crises, Class Politics & the Civilizing Project», *Studia Poetica*, núm. 11, 2023, pp. 97-122.

¹ A. D. Barnosky *et al.*, «Approaching a State Shift in Earth's Biosphere», *Nature*, núm. 486, 2012, pp. 52-58; S. L. Lewis y M. A. Maslin, *The Human Planet*, Londres, Pelican, 2018.

² Véase, por ejemplo, J. Wainwright y G. Mann, *Climate Leviathan*, Londres, Verso, 2018.

³ Véase, por ejemplo, D. Degroot, *The Frigid Golden Age*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 2018.

sobre el clima. Lo oímos casi cada vez que escuchamos a un académico hablar sobre el cambio climático, o cuando leemos un libro o un artículo sobre la crisis climática. La línea del partido «antropogénico» encuentra pocos disidentes, independientemente de la disciplina académica o la simpatía política. Este es el proyecto ideológico del Antropoceno popular, distinto del Antropoceno de las ciencias geológicas y de los sistemas terrestres, aunque facilitado por ellas.⁴ Decir que la crisis climática ha sido «causada por el hombre» no es solo un problema lingüístico, sino un modo de razonamiento implicado en la producción de la propia crisis climática. El Antropoceno tiene sus raíces en una historia oscura, la larga y violenta historia de los Proyectos Civilizadores. Aunque todas las grandes –y no tan grandes– civilizaciones han ido acompañadas de cierto tipo de etnocentrismo, el capitalismo lo ha elevado a la categoría de arte epocal. El etnocentrismo capitalista no surgió, como algunos han supuesto, de una «europeidad» mística que esperaba ser liberada de sus grilletes feudales. De hecho, ni «Europa» ni la «civilización occidental» como fuerzas geohistóricas o formaciones geoculturales existían antes de los siglos XVII y XVIII, respectivamente.⁵

Estas fueron *invenciones* de las fuerzas capitalistas, que abarcaban no solo medios «materiales» de producción, sino también «medios de producción *mentab*». El anverso de la Civilización era la Naturaleza. Las mayúsculas son importantes, indican su condición de «ideas dominantes», o lo que llamaré *abstracciones dominantes*. Son fetiches en el sentido marxista clásico. Más que ningún otro, este binario subraya la conexión entre lo económico, lo político y lo geocultural a través de la «modificación [...] de estas bases naturales [...] en el curso de la historia a través de la acción de los hombres».⁶ El propósito de estas abstracciones dominantes no es ningún misterio: justificar y permitir la conquista, apropiación y explotación con fines de lucro de los seres humanos y el resto de la naturaleza para sostener la acumulación interminable de capital. Desde los orígenes del capitalismo, estas abstracciones dominantes redefinieron las vidas y las

⁴ J. W. Moore, «Confronting the Popular Anthropocene...». En lo que sigue, considero el Antropoceno popular como una importante formación cultural académica cuyo encuadre esencial de la crisis climática fluye del dualismo Hombre *vs.* Naturaleza. No se trata de negar las contribuciones de los académicos que movilizan este encuadre, solo de señalar su complicidad con el mismo. Sin embargo, sí se trata de señalar que ninguna producción intelectual del capitalismo es autónoma de sus campos políticos e ideológicos hegemónicos. Véase P. Bourdieu y L. Wacquant, *An Invitation to Reflexive Sociology*, Chicago, University of Chicago Press, 1992 [ed. cast.: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Madrid, Siglo XXI, 2013]; R. C. Lewontin, S. Rose y L. J. Kamin, *Not in Our Genes*, Nueva York, Pantheon, 1984 [ed. cast.: *No está en los genes*, Barcelona, Crítica, 1987].

⁵ T. C. Patterson, *Inventing Western Civilization*, Nueva York, Monthly Review Press, 1997.

⁶ K. Marx & F. Engels, *The German Ideology...*, p. 42, orden de la cita ligeramente alterado respecto al original.

labores de la inmensa mayoría de los humanos como no-trabajo, sobre la base específica de su supuesto «salvajismo». *Esta* es la violencia del Proyecto Civilizador y su antónimo, la Naturaleza.

Podríamos entender este binario como el principio animador del modo de pensamiento capitalista. Para quien esté tentado de decir que el capitalismo es un «sistema económico» –en lugar de una sociedad de clases– vale la pena recordar que los ricos y el poder no gobiernan solo con armas y riqueza. Requieren ideologías, y estas han contribuido poderosamente a la crisis climática. Los Proyectos Civilizadores, como todas las ideologías, no tienen «vida propia», como parecen sugerir las invocaciones reificadas a «Occidente» o al «colonialismo de asentamiento». ⁷ ⁸ Desde el principio, las burguesías imperiales emergentes se «presentaron» a sí mismas como Humanas y expulsaron a todos los demás. ⁹ La visión que estas burguesías tienen de sí mismas como virtuosas se basa en la premisa esencial de que la mayoría de los humanos no son realmente o no plenamente Humanos, sino «salvajes». Reciclar una afirmación biológica sobre la especie humana en un argumento histórico de causalidad –a través del cual la «empresa humana» se convierte en un actor colectivo– no es algo inocente. ¹⁰ Es un truco ideológico con profundas raíces en el naturalismo burgués: un procedimiento que biologiza, y pretende justificar, la desigualdad entre humanos.

Causado por el hombre. Decir que el cambio climático no es antropogénico sino *capitalogénico* («hecho por el capital») es un pecado, contra la Buena Ciencia. La mayúscula es, de nuevo, deliberada, porque la Buena Ciencia no tiene que ver con la verdad, sino con el poder y el beneficio. Mucho antes de que Habermas hablara de la «cientificación de la política», la Buena Ciencia servía a los imperios y a los capitalistas en sus esfuerzos por convertir las tramas de la vida en oportunidades de obtener beneficios

⁷ El término que utiliza Moore en inglés es *settler colonialism*, literalmente «colonialismo de colonos», traducción que descartamos por ser tautológica en castellano. Optamos por «colonialismo de asentamiento», dado que, en origen, el término inglés es parte de una clasificación de los tipos de colonialismo que distingue entre un colonialismo en el que se ejerce la ultraexplotación a distancia, con apenas unos cuantos funcionarios y militares desplazados a la colonia, y un colonialismo en el que las poblaciones excedentes de la metrópoli se establecen en el territorio colonizado. Este sería el «colonialismo de asentamiento». En tiempos recientes el término *settler colonialism* ha ganado notoriedad debido a su aplicación, casi como caso canónico, al Estado de Israel. [N. del T.]

⁸ J. W. Moore, «Anthropocene, Capitalocene & the Flight from World History», capítulo 6 de este libro; B. J. Fields, «Slavery, Race and Ideology in the United States of America», *New Left Review*, núm. 181, 1990, pp. 95-118.

⁹ S. Wynter, «Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom», *CR: The New Centennial Review* núm. 3, marzo de 2023, pp. 257-337; Ver J. W. Moore, capítulos 8 y 9 de este libro.

¹⁰ W. Steffen, J. Grinevald, P. Crutzen y J. McNeill, «The Anthropocene: Conceptual and Historical Perspective», *Philosophical Transactions of the Royal Society*, 2011, pp. 842-867.

y, quizás sobre todo, por desacreditar a cualquiera que se interpusiera en su camino.¹¹ Aceptar la Buena Ciencia es aceptar que realmente no hay alternativa.

Muchos izquierdistas se mofaron cuando Fukuyama anunció el «fin de la historia» en los últimos años de la Guerra Fría.¹² Pero la mayoría de la izquierda académica —especialmente en los países ricos— ya se estaba uniendo a Fukuyama. El momento postestructuralista vino a celebrar el aforismo de Marx y Engels —«todo lo sólido se desvanece en el aire»— olvidando la dialéctica de las estructuras de ciclo largo del poder, el beneficio y la vida.¹³ La *Historia* se convirtió en una nota a pie de página, o peor: se descompuso en narraciones altamente estilizadas y engañosas. En la lengua vernácula inglesa se llaman «*potted histories*»: narraciones históricas superficiales de libro de cuentos, del tipo de las que uno se encuentra en el colegio. Estos libros de cuentos se construyen para fabricar el consentimiento, para inculcar la aceptación del orden político como libre, democrático o virtuoso. Tales argumentos son instrumentos del dominio de clase. Y así fue como esta huida de la historia del sistema mundo fue acompañada, y de hecho propiciada, por la «retirada de la clase» de la academia neoliberal.¹⁴ La huida de la historia del sistema mundo y la retirada de la clase fueron dos caras del mismo movimiento ideológico.

Fue un giro radical. A lo largo de los «largos» años setenta, la vanguardia de la teoría revolucionaria encontró su impulso animador en un florecimiento sin precedentes del materialismo histórico. Envalentonados e inspirados por los movimientos socialistas y de liberación nacional, estos estudiosos radicales bebieron profundamente en el pozo de la historia. Desde la caída de Roma hasta el auge del capitalismo y las grandes revoluciones socialistas del siglo XX, los marxistas recuperaron la larga historia de la sociedad de clases, los orígenes del capitalismo y las contradicciones de la lucha de clases a nivel global.¹⁵ Pero en todos los casos, la investigación histórica y la crítica revolucionaria del capitalismo contemporáneo estaban estrechamente ligadas.

¹¹ J. Habermas, *Towards a Rational Society*, Cambridge, Polity, 1987, pp. 61-80; Ver también J. W. Moore, capítulo 2 de este libro

¹² F. Fukuyama, «The end of history?», *National Interest*, núm. 16, 1989, pp. 3-18.

¹³ K. Marx y F. Engels, *The Manifesto of the Communist Party* en G. S. Jones (ed.), *The Communist Manifesto*, Nueva York, Penguin, pp. 218-233, cita p. 223; por ejemplo, B. Latour, *We Have Never Been Modern*, Cambridge, Harvard Univ. Press, 1993 [ed. cast.: *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*, Madrid, Siglo XXI, 2021].

¹⁴ E. M. Wood, *The Retreat from Class*, Londres, Verso, 1985; y también Moore, capítulo 2 de este libro.

¹⁵ P. Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, New Left Books, 1974; I. Wallerstein, *The Modern World-System I...*; T. Skocpol, *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1979.

La revolución neoliberal puso a un lado todo esto. En las universidades, este giro neoliberal adoptó muchas formas, y huir de la historia del sistema mundo es común a todas ellas. Muchos académicos de izquierdas decidieron que, en la era del triunfo neoliberal, el capitalismo en realidad ni siquiera existía; era solo un producto de la imaginación compartido por marxistas dogmáticos e ideólogos neoliberales por igual.¹⁶ Incluso cuando el término «capitalismo» fue rehabilitado a través de las luchas antiglobalización a finales de siglo, regresó principalmente en una encarnación polanyiana.¹⁷ Este era un capitalismo histórico desprovisto de una teoría marxista de la explotación, las consecuencias de esta ausencia son tan graves que hoy en día la jerga radical de moda habla de la «descolonización» sin que ni siquiera a lo lejos se escuche hablar de explotación de clase.¹⁸

No importa que la historia del capitalismo arroje una idea absolutamente incontrovertible, esencial para nuestra interpretación de la crisis climática. A saber: el imperialismo es el modo preferido de la burguesía para librar la lucha de clases. Se supone que los académicos no deben utilizar este lenguaje grosero. Es *político* y, por tanto, poco científico. Pero no encuentro mejor conceptualización del «movimiento *real* del capitalismo [...] en su existencia histórico-mundial», que capte su «doble relación: por un lado como natural, por otro como relación social».¹⁹ Esta relación dialéctica e histórica es la lucha de clases en la trama de la vida: una lucha *política* por las condiciones de un «buen entorno empresarial» que faciliten la apropiación y explotación despiadadas de la vida y el trabajo, humano y extrahumano, remunerado y no remunerado.²⁰

El debate de la Transición en la trama de la vida

Las relaciones de clase, que incluyen la historia climática como subrayan Marx y Engels, son impensables abstraídas de la historia del sistema mundo.²¹ Para ser claros, el enfoque histórico mundial no es una reafirmación

¹⁶ D. Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell, 1989 [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, Madrid, Amorrortu, 2008].

¹⁷ K. Polanyi, *The Great Transformation*, Boston, Beacon, 1957 [ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, Virus, 2016]. Polanyi «expresó el punto de forma concisa al contrastar el relato de Marx sobre el papel de la economía en la sociedad, “un teorema de explotación – lucha de clases”, con el suyo propio, “un teorema de mercado - sin lucha de clases”», G. Dale, *Karl Polanyi: The Limits of the Market*, Cambridge, Polity, 2010, p. 132.

¹⁸ B. Selwyn & S. Miyamura, «¿Class Struggles or Integrated markets?», *New Political Economy*, núm. 19, mayo de 2014, pp. 639-661. Y también los capítulos 8 y 9 de este libro.

¹⁹ Marx y Engels, *The German Ideology...*, p. 50.

²⁰ J. W. Moore, *Capitalism in the web of life...*

²¹ K. Marx y F. Engels, *The German Ideology...*, p. 42.

de acontecimientos pasados y supuestos motores principales, como la población o la industrialización o el colonialismo. Al contrario, la historia del sistema mundo es un método de interpretación que pone en primer plano la explicación de los puntos de inflexión, las transiciones, las crisis y las grandes expansiones civilizatorias en su especificidad histórico-geográfica. ¿Se encuentran los orígenes de la crisis climática en Inglaterra hacia 1800? ¿Se sitúan en una trama más amplia de relaciones de clase e imperiales en todo el mundo atlántico después de 1492?

Estas son las preguntas que plantea el materialismo histórico-mundial en la trama de la vida.²² También son, en parte, las preguntas que plantea el Antropoceno, la «Era del Hombre».²³ Pero mientras que la conversación sobre la ecología mundo abre estas cuestiones a un diálogo académico y político más amplio, el Antropoceno —el Antropoceno popular, para diferenciarlo de los debates estrictamente geológicos— silencia ese debate.

En los años setenta, este tipo de discusiones histórico-mundiales se conocieron como el debate de la Transición.²⁴ Los debates de la Transición son inevitables en cualquier periodo de cambio histórico, y más aún en la actual desaparición de la estabilidad climática del Holoceno. Desde este punto de vista, el Antropoceno popular quiere estar en misa y repicando. Se refugia en la periodización geológica mientras se dedica a un promiscuo ejercicio tipológico disfrazado de historia del sistema mundo. Así lo atestigua la «moda de los sufijos -ceno» de la última década, en gran parte poco preocupada por el trabajo conceptual e histórico más profundo que tan urgentemente se necesita.²⁵ Pero, parafraseando una expresión francesa sobre la vida política: uno puede ignorar la historia del sistema mundo capitalista, pero puedes estar seguro de que ella no te va a ignorar.

El debate sobre la Transición es la abreviatura de un prolongado debate de los años de posguerra sobre la transición al capitalismo.²⁶ A medida que la derrota soviética y china de los imperios fascistas fue seguida de la descolonización afroasiática, aparecieron en la escena mundial nuevas cuestiones sobre la transición socialista y la crisis capitalista. Los orígenes

²² K. Marx y F. Engels, *The German Ideology...*; J. W. Moore, *Capitalism in the Web of Life...* Ver también el capítulo 1 de este libro

²³ La bibliografía sobre el Antropoceno es muy amplia. Véase P. J. Crutzen y E. F. Stoermer, «The Anthropocene», *IGBP Newsletter*, núm. 41, 2000, pp. 17-8. Para una evaluación crítica, J. W. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene?...*; Maslin y Lewis, *Human Planet...* Una importante excepción a la tendencia ahistórica es N. Klein, *This Changes Everything*, Nueva York, Simon & Schuster, 2014.

²⁴ Moore, «Confronting the Popular Anthropocene...».

²⁵ F. Chwałczyk, «Around the Anthropocene in Eighty Names», *Sustainability*, núm. 12, noviembre de 2020, pp. 44-58.

²⁶ R. H. Hilton (ed.), *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, New Left Books, 1976.

del capitalismo se convirtieron en un problema central para la intelectualidad radical. El espíritu del debate era básicamente el siguiente: la valoración de los orígenes histórico-geográficos de una crisis y la valoración de la configuración contemporánea del poder y el beneficio capitalistas están unidas dialécticamente.²⁷ Por tanto, un relato transnacional de los orígenes capitalistas desde el imperialismo aporta ideas políticas diferentes a las de un relato nacional de los orígenes capitalistas desde las relaciones de propiedad.²⁸

El Antropoceno popular ha eludido estas cuestiones en favor de las «*potted stories*» que enfrentan al «Hombre» contra la «Naturaleza», conflicto casi eterno que está mediado por la población, la tecnología y, a veces, los choques entre grandes potencias.²⁹ Pero se trata de fragmentos, no de momentos evolutivos y mutuamente formativos de un todo dialéctico en evolución. Lejos de ser accidentes intelectuales, tal fragmentación fluye directamente de los reduccionismos filosóficos y de los Proyectos Civilizadores de los albores del capitalismo.³⁰ Cuando se trata del análisis de clase y de la historia del capitalismo, el Antropoceno popular –y en general el ecologismo de los ricos– ha establecido una zona de exclusión aérea intelectual.³¹

No es de extrañar, por tanto, que los dos principales críticos del Antropoceno popular sean historiadores. Ambas interpretaciones de la tesis del Capitaloceno, aunque distintas, ofrecen evaluaciones histórico-geográficas de los orígenes del capitalismo y la crisis climática. Ambos coinciden en que el Capitaloceno no es una era geológica. En varios puntos decisivos, Andreas Malm y yo estamos de acuerdo: la crisis climática debe comprenderse en su especificidad histórica; los orígenes de la crisis climática se encuentran en luchas de clases geográficamente específicas; las tramas de la vida son fundamentales para cualquier concepción políticamente útil de la política de clases y el desarrollo capitalista.³²

²⁷ J. W. Moore, «Empire, Class & The Origins Of Planetary Crisis: The Transition Debate in the Web of Life», *Esboços*, núm. 28, 2021, pp. 740-763.

²⁸ I. Wallerstein, *The Modern World-System I...*; R. Brenner, «Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe», *Past & Present*, núm. 70, 1976, pp. 30-75.

²⁹ J. R. McNeill y P. Engelke, *The Great Acceleration*, Cambridge, Harvard University Press, 2016.

³⁰ Lewontin, *et al.*, *Not in Our Genes*, *op. cit.*; R. Patel y J. W. Moore, *A History of the World in Seven Cheap Things...* Ver también el capítulo 10 de este libro.

³¹ Tomando prestada una frase de Matt Taibi, «America's Intellectual No-Fly Zone», *Scheerpost*, 20 de abril de 2022, disponible en <https://scheerpost.com/2022/04/20/matt-taibbi-americas-intellectual-no-fly-zone/>; P. Dauvergne, *Environmentalism of the Rich*, Cambridge, MIT Press, 2016.

³² A. Malm, *Fossil Capital...*; Moore, *Capitalism in the Web of Life*; J. W. Moore, «The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis», *The Journal of*

Pero hay diferencias importantes entre nosotros: sobre el capitalismo, la lucha de clases, las posibilidades generativas de los *oikeios* como pulsación creativa de vida, y –importante para el presente argumento– el papel de la ideología burguesa y el poder de los fetiches de la Naturaleza y la Sociedad. Podemos simplificar. Podríamos resumir la diferencia de la siguiente manera: hay una *tesis centrada en 1830* (el capitalismo fósil) y una *tesis centrada en 1492* (el capitalismo como ecología mundo del poder, el beneficio y la vida). Ambos argumentos son más matizados de lo que permite cualquier fecha estilizada. Para Malm, las luchas de clases en las ciudades inglesas de la primera industria textil a principios del siglo XIX impulsaron a la burguesía a reconcentrar la producción industrial, impulsada por máquinas de vapor, en grandes ciudades como Manchester. Así nació el «capital fósil», que se convirtió en un arma en la victoria de clase de la burguesía sobre un proletariado industrial cada vez más combativo.

Para la tesis de 1492, la tesis del capital fósil de Malm es un elemento importante de una historia más larga. Aquí hay otra diferencia importante: la tesis de 1830 *excluye* la consideración de las geografías históricas de clase, capital e imperio anteriores a «la» Revolución Industrial. La alternativa de la ecología mundo parte de la coyuntura de la crisis climática y la revuelta de clases en la larga crisis del feudalismo del siglo XIV. El resultado de esas luchas de clases fue una derrota histórica para las clases dominantes de Europa occidental.³³ Estas intentaron restablecer el equilibrio del poder de clase en medio de la «coyuntura sociofísica» del clima, la enfermedad, el agotamiento agroecológico y la revuelta de clases, pero fracasaron.³⁴ Al fracasar en esta estrategia interna de «arreglo climático»,³⁵ los estratos dominantes feudales encontraron otra: avanzar agresivamente hacia el mundo atlántico y conquistar las Américas, donde la balanza del poder militar corría a su favor.³⁶ Así comenzó la acumulación primitiva en su sentido clásico: una gran dinámica mundial de formación de clase a través de

Peasant Studies, núm. 45, 2017; J. W. Moore, «The Capitalocene, Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work/Energy», *The Journal of Peasant Studies*, núm. 45, 2017.

³³ J. W. Moore, «The Crisis of Feudalism: An Environmental History», *Organization & Environment*, núm. 15, marzo de 2002, pp. 296-317; «Nature & the Transition from Feudalism to Capitalism», *Review*, núm. 26: 2, febrero de 2003, pp. 97-172; «The Modern World-System as Environmental History?», *Theory & Society*, núm. 32, marzo de 2003, pp. 307-377; *Ecology and the Rise of Capitalism*, tesis doctoral, Univ. de California, Berkeley, 2007.

³⁴ Wallerstein, *The Modern World-System...*, p. 35.

³⁵ *Climate fix* en el original inglés, aquí Moore sigue y amplía a David Harvey, quien propuso los términos *spatial fix* y *financial fix*, arreglo espacial y arreglo financiero respectivamente. Harvey utiliza estos términos para señalar que cada ciclo de acumulación produce un espacio y un tiempo a la medida de sus necesidades. [N. del T.]

³⁶ J. P. Antonacci, «Periodizing the Capitalocene as Polemocene», *Journal of World-Systems Research*, núm. 27, febrero de 2022, pp. 439-467.

la cual las burguesías imperiales podían movilizar las Naturalezas Baratas, incluido el trabajo barato, a una escala sin precedentes. Un siglo después de 1492, ese movimiento subordinaría a la fuerza de trabajo polaca e irlandesa a la misma lógica sangrienta.³⁷

Esa lógica incluía la invención de un serie de fetiches que marcaron una época –lo que yo llamo abstracciones dominantes– forjados por los Proyectos Civilizadores. Inicialmente estaban vinculados al cristianismo, que se reinventó radicalmente en esta época y se transformó rápidamente en una expresión madura del universalismo europeo.³⁸ De esta tumultuosa época de crisis geopolítica, económica, cultural y biológica surgió un complejo específico de actores geohistóricos: las maquinarias estatales, los banqueros, la Iglesia, los conquistadores y los empresarios. Para estos estamentos e instituciones, la crisis de acumulación feudal conllevaba una contracción del excedente económico. La creación de una «Gran Frontera» de Naturalezas Baratas –especialmente los cuatro baratos: fuerza de trabajo, alimentos, energía y materias primas– permitió la expansión del excedente, regido ahora por relaciones *capitalistas* de poder y comerciales cada vez más competitivas.³⁹

El resultado fue una nueva estrategia de acumulación: las Naturalezas Baratas, basada en la devaluación de las vidas y el trabajo de «las mujeres, la naturaleza y las colonias».⁴⁰ La producción de Naturalezas Baratas es una estrategia ideológica, militar y jurídica que permitió a las «vastas pero débiles» burguesías imperialistas apropiarse del trabajo no remunerado de una forma novedosa y generativa.⁴¹ Llamar *feudales* a estos «acuerdos» es no ver en el trabajo no remunerado los fundamentos mismos de la ecología-mundo capitalista. El trabajo no remunerado dependía de regímenes de dominación naturalizada, ordenados por la llamada «ley natural».⁴² Durante el siglo XVII, estas tendencias cristalizaron rápidamente en la

³⁷ M. Rai, «Columbus in Ireland», *Race & Class*, núm. 34, abril de 1993, pp. 25-34; M. Małowist, *Western Europe, Eastern Europe and World Development 13th-18th Centuries*, Leiden, Brill, 2010.

³⁸ R. H. Tawney, *Religion & the Rise of Capitalism*, Nueva York, Harcourt, Brace & Company, 1926; I. Wallerstein, *European Universalism*, Nueva York, The New Press, 2006.

³⁹ W. P. Webb, *The Great Frontier*, Austin, Univ. of Texas Press, 1964; Moore, *Capitalism in the web of life...*; Wallerstein, *The Modern World-System...*

⁴⁰ M. Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale...*, p. 77.

⁴¹ F. Braudel, «European Expansion & Capitalism, 1450-1650» en Contemporary Civilization Staff of Columbia College, Columbia University (eds.), *Chapters in Western Civilization*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1961, pp. 245-88, cita p. 260; Moore, *Capitalism in the web of life...*

⁴² Sobre la América Latina «feudal» en relación con el debate sobre el Capitaloceno, véase W. Wolford, «The Plantationocene», *Annals of the American Association of Geographers*, núm. 111, junio de 2021, pp. 1622-1639. En contraste con Moore, «The Capitalocene» Partes I y II...»; «The Opiates of the Environmentalists?...»; «Raumschiffe und Sklavenschiffe: Die

línea de color mundial y el patriarcado capitalista. Estas fueron fundamentales para la revolución laboral y paisajística de la época.⁴³

Tanto la tesis del Antropoceno popular como la del Capitaloceno de 1830 niegan la extraordinaria revolución medioambiental que produjo el capitalismo temprano.⁴⁴ Las transformaciones laborales y paisajísticas de los siglos comprendidos entre 1450 y 1750 dieron cohesión a los orígenes de la revolución ambiental capitalogénica, creando una ruptura ecohistórica tan grande como cualquier otra desde los albores de la agricultura y el surgimiento de las primeras ciudades. Fue el amanecer de una Pangea específicamente capitalista.

Después de 1450, la escala, el alcance y la *velocidad* del cambio ambiental en todo el mundo atlántico superaron todo lo visto en los días felices de la Alta Edad Media europea. A un ritmo unas diez veces mayor de cambio, la velocidad de la transformación a principios de la Edad Moderna fue irreplicable y aun hoy es crucial para la creación de un entorno capitalógeno. La decadencia del capital en su capacidad para comprimir el tiempo de rotación e imponer oleadas recurrentes de compresión espacio-temporal no es solo social, sino socioecológica.

Lo que la Europa feudal consiguió a lo largo de siglos, las primeras fuerzas capitalistas lo lograron en solo décadas. He aquí un contraste esclarecedor. En Picardía (noreste de Francia), se necesitaron dos siglos para talar 12.000 hectáreas de bosque entre los siglos XII y XIII. Cuatro siglos más tarde, en Bahía (noreste de Brasil), en pleno auge del azúcar, se talaban 12.000 hectáreas de bosque en un solo año. *Un crecimiento de 200 veces*. Tampoco fue un hecho aislado. Mientras las cuadrillas de esclavos talaban la selva atlántica brasileña para asegurarse nuevas tierras y leña barata, se producía un avance similar de tala de bosques en la lejana orilla oriental del Atlántico. En la Polonia de principios del siglo XVII, trabajadores y campesinos talaron los bosques a un ritmo igualmente rápido, transformando los extraordinarios recursos silvícolas del país en madera, tierra cultivable para cultivos comerciales, potasa para

kapitalische Weltökologies 1492-2030...» en Sighard Neckel, Philipp Degens y Sarah Lenz (eds.), *Kapitalismus und Nachhaltigkeit*, Frankfurt, Campus Verlag, 2022, pp. 21-38.

⁴³ S. Federici, *Caliban and the Witch...*; F. Bethencourt, *Racisms*, Princeton, Princeton Univ. Press, 2013.

⁴⁴ Lo que sigue se basa, entre otros, en Moore, *Capitalism in the web of life...*; «Capitalocene» Part I and II; y «Capitalocene, Part II...»; «The Rise of Cheap Nature» en J. W. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene?...*, pp. 78-115; «Madeira, Sugar, & the Conquest of Nature in the «First» Sixteenth Century, Part I», *Review*, núm. 32, pp. 345-390; «Madeira, Sugar, & the Conquest of Nature in the «First» Sixteenth Century, Part II» *Review*, núm. 33, pp. 1-24; «Nature and the Transition from Feudalism to Capitalism...»; «The Modern World-System as Environmental History?...», pp. 307-377; «Über die Ursprünge unserer ökologischen Krise», *Prokla*, núm. 185, 2016, pp. 599-619; Patel y Moore, *Seven Cheap Things...*

blanquear tejidos y el alquitrán y la brea necesarios para hacer navegables las crecientes flotas comerciales de la época.

El objetivo de estos ejemplos de rápida deforestación no es —o no solo— acusar al capitalismo de destruir «el» medio ambiente. (El verbo inglés «to lay waste» —devastar— llega a la lengua en esta época, tras la devastación de Irlanda a mediados del siglo XVI). Para ser claros, *deberíamos* acusar al capitalismo por sus devastaciones en serie de la vida humana y extrahumana. Pero denunciar las consecuencias de un sistema no es lo mismo que criticar el propio sistema.

La lógica de la acumulación de capital se basa en una peculiar restricción de lo que se considera productivo.⁴⁵ El trabajo productivo es remunerado; el trabajo improductivo no es remunerado, *pero es socialmente necesario*. Este no es mi punto de vista, por supuesto. Es como la burguesía define el trabajo productivo e improductivo. El orden burgués *debe* definirlo así; de lo contrario, tendría que pagar por todo el trabajo necesario que designa como «improductivo». Este sería el fin del capitalismo, ya que si la burguesía tuviera que pagar —por ejemplo— por el trabajo reproductivo no remunerado del femitariado, la acumulación de capital sería imposible.⁴⁶

Teniendo en cuenta estas aclaraciones, la productividad del *trabajo* en el capitalismo es totalmente diferente de la lógica premoderna de la acumulación de excedentes. Esa lógica, con toda su diversidad, se basaba en la productividad de la tierra, que incluía el trabajo humano pero era relativamente indiferente a las modestas fluctuaciones de la productividad del trabajo. En el feudalismo, por ejemplo, lo que importaba era cuánto trigo o centeno se podía cosechar y moler, no —como en el capitalismo— cuánto trigo o centeno se podía producir *por trabajador-año* (u hora) medio. En igualdad de condiciones, los estamentos dirigentes feudales fomentaban el aumento de la población —en las zonas centrales y en las nuevas fronteras de asentamiento, como en la Europa oriental— para poder dedicar más fuerza de trabajo a la producción agraria.

Sin embargo, con la transición al capitalismo, la situación cambió. El nuevo régimen de valor, basado en la aparición de regímenes de trabajo social abstracto, requería una forma de alienación históricamente novedosa.⁴⁷ La productividad del trabajo se convirtió en el determinante principal de la plusvalía. En distintas formas, el terrateniente inglés, el siervo polaco, el plantador y el esclavo brasileño, todos ellos sintieron su atracción

⁴⁵ Lo que sigue se basa, entre otros, en Moore, *Capitalism in the web of life...*

⁴⁶ S. Federici, *Revolution at Point Zero...*

⁴⁷ J. W. Moore, «The Value of Everything?», *Review*, núm. 37, marzo-abril de 2017, pp. 245-92.

gravitacional.⁴⁸ La *productividad del trabajo* se redefinió de forma estricta y, por lo tanto, ocultó del cálculo económico todas aquellas formas de vida y trabajo que proporcionaban trabajo útil, pero que estaban *cultural y jurídicamente excluidas del nexo monetario*. Esa exclusión es el núcleo de la invención y reinención de las abstracciones dominantes, Naturaleza y Civilización. Por tanto, la Naturaleza no se limitaba a la «tierra» y a la «productividad de la tierra», sino a la totalidad del trabajo no remunerado necesario para la operación de la ley del valor. Esto significaba que la mayor parte del trabajo *realmente* productivo en el capitalismo quedaba excluido de la «productividad del trabajo» capitalista: sobre todo el trabajo no remunerado de «las mujeres, la naturaleza y las colonias». El llamado «trabajo femenino» fue redefinido como no trabajo. El trabajo de plantación se redefinió como una «escuela de civilización».⁴⁹ La ruptura con el binario dominante nos permite ver cómo cada gran ola de proletarización en la trama de la vida depende del trabajo no remunerado de los humanos (el femitariado) y del trabajo no remunerado de la vida planetaria en su conjunto (el biotariado).⁵⁰ El tiempo de trabajo socialmente necesario de Marx descansa sobre el trabajo no remunerado socialmente necesario.

Esta alienación no es solo la base real de la acumulación de capital; requiere y sostiene las abstracciones dominantes Civilización y Naturaleza. La tendencia de la civilización capitalista a favorecer la obtención de beneficios, el ahorro y la inversión (acumulación de capital) y las nuevas conquistas geográficas conllevaron una reinención y abstracción de la trama de la vida. Esta abstracción novedosa, como estamos viendo, fue una conceptualización caprichosa –y amplia– de la Naturaleza con N mayúscula que facilitó el imperialismo botánico y la bioprospección junto con la antropo-prospección del comercio de esclavos moderno. Esta reinención fue posible gracias a la abstracción. De todas las invenciones geoculturales que surgieron en los dos siglos posteriores a 1492, ninguna fue más trascendental que la Naturaleza, una máquina cultural e institucional de poder y lucro.⁵¹ En resumen, las deforestaciones capitalógenas que se extendieron por todo el planeta a partir de 1550, más o menos, no solo eran un asunto de destrucción.⁵² También era cuestión de poner a la Naturaleza a trabajar de la manera más barata posible.⁵³

⁴⁸ Véase especialmente Moore, «Ámsterdam, parte II...».

⁴⁹ Patel y Moore, *Seven cheap things...*; Federici, *Caliban and the Witch...*

⁵⁰ J. W. Moore, «Das Planetare Proletariat im Planetaren Inferno», *LfB: Literaturforum im Brecht-Haus*, núm. 7, 2021, pp. 4-11. Ver también el capítulo 9 de este libro.

⁵¹ J. W. Moore, «World Accumulation and Planetary Life, or, Why Capitalism Will Not Survive Until the Last Tree is Cut», *IPPR Progressive Review*, núm. 24, marzo de 2017, pp. 176-204.

⁵² M. Williams, *Deforesting the Earth*, Chicago, Univ. of Chicago Press, 2003.

⁵³ J. W. Moore, «Putting Nature to Work» en O. Arndt y C. Wee (eds.), *Supramarkt*, Gotemburgo, Irene Books, 2015, pp. 69-117.

A mediados del siglo XVIII, esta revolución ecológica epocal se había agotado en gran medida. Los genocidios y ecocidios del Nuevo Mundo permitieron la extracción de plata y la plantación de azúcar, dos de los mayores motores de acumulación de capital de la época. Entre la década de 1650 y finales del siglo XVIII, estos motores empezaron a fallar. Esclavos, campesinos y obreros volvieron a resistir; los suelos se agotaron y erosionaron; se talaron los bosques. Las contradicciones socioecológicas del primer capitalismo se agudizaron y la resistencia al capitalismo agrario se intensificó desde Rusia hasta Haití y Perú. Fue la era de las «revoluciones duales»: la democrática y la industrial.⁵⁴

Muchos enfoques marxistas —y ecologistas— sobre la Revolución Industrial van acompañados del relato romantizado que dice que las relaciones laborales modernas comienzan con la máquina de vapor y lo que Marx llama «industria a gran escala». Me resulta difícil cuadrar esta narrativa con mi lectura de la historia mundial de la fuerza de trabajo, que es también una historia de las ecologías del poder, la acumulación y la naturaleza del capitalismo. Por un lado, la racionalización del proceso de trabajo capitalista no comenzó en Inglaterra, sino en las plantaciones de azúcar del mundo atlántico.⁵⁵ Si quisiéramos encontrar las fábricas originales, no tendríamos que buscar más allá de las «fábricas en el campo», las primeras plantaciones modernas de azúcar. Por otra parte, si bien Marx captó la esencia de la transición —hacia la dominación «real» del trabajo por el capital en la producción en masa—, esta transición no se produjo a escala epocal hasta *finales* del siglo XIX.⁵⁶ Se le suele llamar la «segunda» revolución industrial, son sistemas de producción en masa en las industrias automovilística, eléctrica y petroquímica.⁵⁷ Desde el punto de vista de la vida planetaria, la contribución de la máquina de vapor no se debe a la producción textil en una pequeña isla del Atlántico Norte, sino a la revolución de los medios de transporte: la transición a los barcos de vapor y la extensión de la red ferroviaria por todo el planeta constituyeron las infraestructuras geográficas centrales para la estrategia capitalista de acumulación militarizada.⁵⁸ Desde este punto de vista, la industrialización británica revolucionó —pero no inventó— las dinámicas y estrategias de la Naturalezas Baratas establecidas después de 1492.

⁵⁴ E. J. Hobsbawm, *Age of Revolution*, Cleveland, World Publishing Co., 1962 [ed. cast.: *La era de la revolución*, Barcelona, Crítica, 2011].

⁵⁵ S. W. Mintz, *Sweetness and Power*, Nueva York, Penguin, 1985.

⁵⁶ H. Braverman, *Labor and Monopoly Capital*...

⁵⁷ J. W. Moore, «Remaking Work, Remaking Space», *Antipode*, núm. 34, febrero de 2022, pp. 176-204.

⁵⁸ D. R. Headrick, *The Tools of Empire*, Oxford, Oxford Univ. Press, 1981.

Esto reorienta nuestra narrativa habitual sobre la industrialización, el capitalismo y los impulsores no tan antropogénicos de la crisis climática actual en una dirección generativa. Abre nuevos interrogantes sobre las relaciones dialécticas –y las luchas de clases realmente existentes– de campesinos, esclavos y marineros contra el doble registro del capitalismo de las Naturalezas Baratas: su violencia económica y su despiadada dominación geocultural.⁵⁹ Y lo que quizá sea más significativo, conecta históricamente la génesis de la trinidad capitalogénica de la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático como *motor* de la crisis planetaria actual, no como su *consecuencia* determinada por el medio ambiente.

Tanto en la tesis del Capitaloceno de 1830 como en la de 1492, el enfoque central se sitúa directamente en el ámbito de la historia del sistema mundo. ¿Cuándo, dónde y cómo entendemos el punto de inflexión decisivo del que surgió la crisis climática capitalogénica? ¿Cómo, dónde y cuándo vemos los puntos de inflexión posteriores en la historia del capitalismo y el clima? Malm y yo estamos de acuerdo. Estas son las cuestiones decisivas del Capitaloceno como nuevo debate de Transición en la trama de la vida. Lo verdaderamente importante, insistimos ambos, es la lucha de clases a través de la cual se formaron las nuevas «reglas de reproducción» civilizatorias que obligaron y permitieron la acumulación interminable de capital.⁶⁰

El ecologismo de los ricos, o por qué el Antropoceno popular es parte del problema

El Antropoceno popular ha evitado cuidadosamente estas cuestiones.⁶¹ Como hemos empezado a ver, hay *dos* Antropocenos. Uno es el Antropoceno geológico, un debate académico sobre la historia del planeta, centrada en los llamados «picos dorados» geológicos. El otro, el Antropoceno popular, es un debate sobre las causas históricas –y las soluciones institucionales, de mercado y técnicas propuestas– de nuestra creciente crisis climática. La línea que separa el Antropoceno popular del geológico es difusa y porosa. Lejos de ser accidental, esto tiene que ver con el modo en que los «científicos naturales» están autorizados por los guardianes académicos y mediáticos a hablar libremente sobre cuestiones de historia y política. Los que ostentan

⁵⁹ Sobre el capitalismo temprano, véase E. D. Genovese, *From Rebellion to Revolution*, Baton Rouge, Louisiana State Univ. Press, 1981; P. Linebaugh y M. Rediker, *The Many-Headed Hydra*, Boston, Beacon, 2000 [ed. cast.: *La hidra de la revolución*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022].

⁶⁰ R. P. Brenner, «The Low Countries in the Transition to Capitalism», *Journal of Agrarian Change*, núm. 1, febrero de 2001, pp. 169-241, cita p. 174.

⁶¹ J. W. Moore, «Anthropocenes & the Capitalocene Alternative», *Azimuth*, mayo de 2017, pp. 71-80; «The Capitalocene, II...».

el poder pueden dormir tranquilos sabiendo que los principales científicos del clima rara vez trastornarán el orden ideológico e identificarán a la clase capitalista y la crisis climática capitalogénica como el núcleo del problema.

Nada de esto es nuevo. El nacimiento en 1968 del ecologismo de los ricos fue en parte una creación de todo un aparato de medios de comunicación que necesitaba fabricar consentimiento en un momento de profunda crisis de legitimación.⁶² Apenas se podía coger un periódico o una revista en el año anterior al primer Día de la Tierra (22 de abril de 1970) sin leer sobre «la» crisis ecológica. Cuando Ehrlich publicó *La bomba demográfica*, fue recibido con una cobertura mediática aduladora, en marcado contraste con *Primavera silenciosa* de Rachel Carson seis años antes.⁶³ Carson atacaba a los fabricantes de herbicidas y pesticidas mientras que Ehrlich demonizaba a los indígenas pobres supuestamente incapaces o poco dispuestos a controlar sus tasas de natalidad. La ciencia de Carson llevó a su público a identificar a las *empresas* como un problema político; el demografismo de Ehrlich identificó al Tercer Mundo como el problema.

Justo cuando apareció *La bomba demográfica*, Garrett Hardin publicó «La tragedia de los comunes»,⁶⁴ el artículo ecologista más influyente jamás publicado. Hardin, biólogo, era también un conocido eugenista. Gran parte de su visión del mundo coincidía plenamente con el pensamiento de Malthus dos siglos antes. Si «la pobreza tiene incluso una parte de origen genético (*como sin duda debe ser*), la discriminación de clase en la disponibilidad de métodos anticonceptivos debe tener un efecto disgenésico».⁶⁵ Publicado en *Science*, y también en *Nature*, la principal revista científica del mundo, «La tragedia de los comunes» pretendía explicar la crisis ecológica recurriendo a la naturaleza humana, avariciosa y antisocial. En el año 1968 —año que Wallerstein llamó de la «revolución mundial»⁶⁶— el subtexto estaba claro: había que someter a los salvajes egoístas e irracionales del Tercer Mundo, frenar su apetito mediante la *coerción* imperial, ¡una palabra que aparece *trece* veces en un artículo de cinco páginas! Para la presente argumentación, es importante subrayar un hecho indiscutible: Hardin no sabía nada de los bienes comunes realmente existentes. Estos sistemas de propiedad común forman parte de las relaciones socioecológicas más elementales de la historia de la especie humana, en ese momento ya se conocían bien gracias a la historia de los cercamientos de la Inglaterra

⁶² Robertson, *The Malthusian Moment...*

⁶³ R. Carson, *Silent Spring*, Boston, Houghton Mifflin, 1962 [ed. cast.: *Primavera silenciosa*, Barcelona, Crítica, 2014].

⁶⁴ G. Hardin, «The Tragedy of the Commons...».

⁶⁵ Citado en T. R. Robertson, *The Malthusian Moment...*, p. 154, énfasis añadido.

⁶⁶ I. Wallerstein, «The Agonies of Liberalism», *New Left Review* I, núm. 204, 1994, pp. 3-17.

moderna temprana. Sin embargo, la ignorancia histórica no impidió que los editores de *Science* lo publicaran, ni que muchos otros académicos reprodujeran sus afirmaciones como hechos ontológicos. He aquí la violencia de la Buena Ciencia como ideología: permite que las premisas más cargadas ideológicamente acerca de la naturaleza humana se presenten como una «ley natural».

Y así sucede con los principales científicos de los sistemas terrestres actualmente, encantados de dispensar su sabiduría sobre los motores geohistóricos de la crisis climática: población, tecnología, urbanización, etc. Cuando figuras como Johan Rockström nos dicen que «los banqueros y los ejecutivos» son necesarios para resolver la crisis climática, prácticamente todos los medios de comunicación y casi todos los académicos les dan la razón.⁶⁷ (No importa que Rockström sea el científico jefe de Conservation International, una ONG financiada por multimillonarios, cómplice del *greenwashing* empresarial y de la financiarización de la naturaleza).⁶⁸ Esto nos recuerda la flexible frontera entre el Antropoceno geológico y el popular, y que su flexibilidad no es inocente ni accidental. Este último se ve favorecido por los estratos dominantes porque no cuestiona las relaciones de poder, *re/producción* y pensamiento que han creado la crisis climática; estas relaciones se abstraen, se reducen a soluciones tecnológicas, tecnocráticas y orientadas al mercado. Aquí el Antropoceno popular se revela como una «máquina antipolítica» que,⁶⁹ como la mayoría del ecologismo, convierte las cuestiones políticas, como la desigualdad y la injusticia, en problemas técnicos y científicos que hay que «resolver» y «gestionar».⁷⁰

Para poder apreciar como huye el Antropoceno popular de la historia del sistema mundo, consideremos una de sus representaciones icónicas. Se trata de la gráfica de Felix Müller, ampliamente difundida, que acompaña al argumento de los límites planetarios de Rockström y sus colegas (se trata de la gráfica 1 de su artículo).⁷¹ Es un planteamiento contundente: se están cruzando los límites de los principales procesos del sistema terrestre, se acercan cambios extremadamente graves y no lineales. ¿Qué está causando esta transgresión epocal de los límites planetarios? Para Rockström y para

⁶⁷ J. Watts, «Johan Rockström: “We need bankers as well as activists... we have 10 years to cut emissions by half”», *The Guardian*, 29 de mayo de 2021.

⁶⁸ T. Levitt, «Conservation International “agreed to greenwash arms company”», *The Ecologist*, 11 de mayo de 2011, disponible en <https://theecologist.org/2011/may/11/conservation-international-agreed-greenwash-arms-company>; J. Hari, «The Wrong Kind of Green», *The Nation*, 22 de marzo de 2010.

⁶⁹ J. Ferguson, *The anti-politics machine*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1990.

⁷⁰ Véase capítulo 2 de este libro

⁷¹ J. Rockström *et al.*, «Planetary Boundaries», *Ecology and Society*, núm. 14, febrero de 2009. [La gráfica esta accesible en Wikipedia: https://es.m.wikipedia.org/wiki/Archivo:Planetary_Boundaries.png. N. de E.].

casi todos los científicos de los sistemas terrestres, la respuesta es sencilla: la humanidad. La «empresa humana» –¡qué enunciado mas deliciosamente neoliberal!– está echando el telón del Holoceno.⁷² Si esta expresión: «empresa humana», suena familiar, es por una buena razón. Procede de los autores de *La bomba demográfica*, el grito malthusiano definitivo del siglo XX.⁷³ ¿Y cuándo empieza esta empresa humana a causar serios problemas a la biosfera? El comienzo «lógico» y «razonable» es 1800;⁷⁴ ¡incluso cuando el mayor repunte de la carbonización atmosférica no aparece hasta finales del siglo XIX, durante la «segunda» revolución industrial, y los orígenes de la extracción moderna de combustibles fósiles se remontan a *principios del siglo XVI!*

Dos aspectos de la imagen de Müller llaman la atención. Uno es la suposición de que la crisis planetaria es la creación del *Anthropos*: la *empresa humana*. En este esquema de cosas, las crisis climática y de biodiversidad tienen causas antropogénicas. La imagen de los límites planetarios no invoca el cambio a lo largo del tiempo, pero está asociada a otro supuesto que sí lo hace: la afirmación de que los orígenes de la crisis planetaria se encuentran en el siglo posterior a 1800, comúnmente narrado como «la» Revolución Industrial. La fórmula es sencilla, cómoda y, por tanto, tentadora: carbón más energía de vapor igual a calentamiento global.

Dos supuestos –el cambio antropogénico y la línea divisoria de 1800– han sido fundamentales para medio siglo de pensamiento verde.⁷⁵ Y sostienen un imaginario histórico que presenta la larga historia de desigualdad y violencia global de la modernidad como algo secundario para asegurar «nuestro futuro común».⁷⁶ Aun en la actualidad se recurre a estos dos supuestos. He aquí un titular reciente en *The Conversation*: «El término "Antropoceno" no es perfecto, pero nos muestra la magnitud de la crisis ecológica que hemos provocado».⁷⁷ Repletas de referencias al colonialismo y a las transiciones históricas, estas fórmulas respaldan la visión imperial-burguesa de la crisis planetaria. La historia del capitalismo y sus dinámicas de clase están ausentes. El *colonialismo* –como la globalización hace dos décadas– se limpia de su carácter de clase. Lo mismo ocurre con el extractivismo, el apartheid climático, el especismo y otros males medioambientales: todos se

⁷² Steffen *et al.*, «The Anthropocene: Conceptual and Historical Perspective...».

⁷³ P. R. Ehrlich [y A. H. Ehrlich, sin acreditar], *The Population Bomb...*; P. R. Ehrlich y A. H. Ehrlich, «The Environmental Dimensions of National Security» en J. Rotblat y V. I. Goldanskii (eds.), *Global Problems and Common Security*, Berlín, Springer, 1989, pp. 180-190.

⁷⁴ Steffen, *et al.*, *op. cit.*, p. 842.

⁷⁵ Moore, *Capitalism in the web of life...*

⁷⁶ G. H. Brundtland, *Our Common Future*, Oxford, Oxford University Press, 1987.

⁷⁷ P. Sutoris, «The term "Anthropocene" isn't perfect - but it shows us the scale of the environmental crisis we've caused», *The Conversation*, 20 de octubre de 2021.

utilizan generalmente como detergentes académicos para limpiar nuestro pensamiento de la suciedad del análisis de clase.⁷⁸

Este lenguaje ecologista a menudo suena radical, pero en la práctica equivale a poco más que a los alardes moralistas y al postureo ético de la clase profesional-gerencial.⁷⁹ Estas concepciones que niegan el papel de la clase en el proceso histórico están a un tiro de piedra del ecologismo de los ricos y su visión malthusiana, que transforma la dinámica de clase en anodinas cuestiones «distributivas» de riqueza y poder.⁸⁰ (En lo que sigue, marcaré *este* Ecologismo con una «E» mayúscula). La contratendencia la expresan los ecologismos obreros y antiimperialistas, a menudo abreviados como movimientos por la justicia ambiental. Los antropocenistas suelen redefinir la tesis del Capitaloceno en términos económicos, ¡ignorando que Malm y yo, a pesar de nuestras diferencias, ofrecemos *críticas* al reduccionismo económico! En pocas palabras, la crisis climática no tiene que ver únicamente con las consecuencias distributivas, sino con el poder de clase en la biosfera.

Es muy dudoso afirmar que el Antropoceno popular sensibiliza (¡también lo hacen los anuncios de coches eléctricos!).⁸¹ Si hubo una oleada de concienciación ecológica antes del presente, esa fue la de principios de los años setenta.⁸² El resultado no fue una revolución ecológica. Más bien, en todos los países imperialistas, el ecologismo hizo las paces fácilmente con el neoliberalismo: testimonio de la hipocresía del imaginario ecologista.⁸³ La cuestión crucial es el *carácter de la concienciación* y su voluntad de romper con el capitalismo de siempre. Figuras tan diversas como Audre Lorde y Albert Einstein subrayan la idea esencial. Las ideas y herramientas de la clase dominante no resolverán los problemas que han creado.

El ecologismo de los ricos y su Antropoceno popular da forma a la conciencia popular de un modo que está en total consonancia con el autoritarismo tecnocientífico.⁸⁴ El ecocatastrofismo es totalmente compatible con el autoritarismo verde, un punto que se argumenta desde los orígenes del ecologismo en 1968 y que ya está vigente en todo el Sur global.⁸⁵ *Este*

⁷⁸ Véanse capítulos 6, 8 y 9 de este libro.

⁷⁹ C. M. Liu, *The Virtue Hoarders*, Minneapolis, Univ. of Minnesota Press, 2021.

⁸⁰ J. S. Dryzek y J. Pickering, *The politics of the Anthropocene*, Oxford, Oxford Univ. Press, 2019.

⁸¹ Véase capítulo 3 de este libro.

⁸² Robertson, *The Malthusian Moment...*

⁸³ M. Dowie, *Losing Ground*, Cambridge, MIT Press, 1996.

⁸⁴ Ver capítulo 2 de este libro.

⁸⁵ S. Lilley, D. McNally, E. Yuen y James Davis, *Catastrophism*, Oakland, PM Press, 2012; Hardin, «Tragedy of the Commons...»; D. Brockington, *Fortress Conservation*, Bloomington, Indiana University Press, 2002.

ecologismo imagina la biosfera –e incluso los entornos regionales– como algo ajeno a las relaciones de poder, re/producción y desigualdad. Se trata de un imaginario que excluye las cuestiones de la financiarización, la falta de vivienda, la precariedad, el hambre, la pobreza, el apartheid climático, el patriarcado climático y la división de clases climáticas; en resumen, presenta un imaginario político de la crisis planetaria que considera innecesarias las cuestiones democráticas.

Consideremos la Sexta Extinción.⁸⁶ Se suele hablar de ella como la «crisis de la biodiversidad». Lo que rara vez se señala en estos debates es que la Sexta Extinción no se parece en nada a las cinco extinciones anteriores del Planeta Tierra. No es obra de un asteroide. No es obra de la mala tecnología, de la ineficacia de los mercados o del «modo de vida imperial».⁸⁷ Es obra del capital. Es un proceso *capitalogénico*, coproducido a través de las relaciones de capital, poder y naturaleza de la modernidad. No es antropogénico, incluso aunque figuras como Ehrlich sigan insistiendo en que todo se debe a la superpoblación humana.⁸⁸

Superpoblación. Este debe ser un término difícil de digerir para los descendientes de los cincuenta millones de nativos americanos que murieron a raíz de 1492, un movimiento genocida inducido por la esclavitud, que contribuyó a la primera gran crisis climática del capitalismo en el «largo y frío siglo XVII».⁸⁹ Para subrayar el punto: no fue un colonialismo europeo incómodo el que impulsó estos campos de exterminio; fue un orden capitalista emergente hambriento de trabajo barato. La ideología de lo *barato* se manifestó desde el principio, expresada en el prometeísmo del Proyecto Civilizador y su redefinición de las poblaciones indígenas, celtas, africanas, femeninas, eslavas y otras como «salvajes».⁹⁰

La cosmología del Antropoceno popular se construye sobre una simple oposición: el Hombre contra la Naturaleza. Se nos dice que los civilizadores ilustrados, dotados de los conocimientos científicos y el poder institucional y coercitivo para imponer algo que eufemísticamente se denomina

⁸⁶ A. Dawson, *Extinction*, Nueva York, OR Books, 2016.

⁸⁷ U. Brand y M. Wissen, *The imperial mode of living*, Londres, Verso, 2021.

⁸⁸ G. Ceballos *et al.*, «Accelerated modern human-induced species losses», *Science Advances*, núm. 1, mayo de 2015.

⁸⁹ C. M. Cameron, P. Kelton y A. C. Swedlund (eds.), *Beyond Germs*, Tucson, University of Arizona Press, 2015; E. L. R. Ladurie y V. Daux, «The climate in Burgundy and elsewhere, from the fourteenth to the twentieth century», *Interdisciplinary Science Reviews*, núm. 33, enero de 2008, pp. 10-24; S. L. Lewis y M. A. Maslin, «Defining the Anthropocene», *Nature*, núm. 519, 2015, pp. 171-80.

⁹⁰ C. Robinson, *Black Marxism*, Londres, Zed, 1983, pp. 186-187 [ed. cast.: *Marxismo negro*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021].

«gobernanza del sistema Tierra», pueden resolver el conflicto.⁹¹ Este marco binario es el sentido común de la crisis planetaria actual: actualmente, los seres humanos amenazan con destruir el planeta. Estas afirmaciones pueden parecer inocentes. Sin embargo, no lo son en absoluto. Porque el debate *mainstream* sobre el cambio climático antropogénico cortocircuita la conversación que necesitamos si queremos imaginar una política de sostenibilidad planetaria que sea también una política de justicia planetaria.

Recorramos las tres grandes cuestiones de la crisis planetaria actual. ¿Quién y qué la ha provocado? ¿Cuándo y dónde empezó? ¿Y cómo hemos llegado hasta aquí? Esto puede sonar banal, pero la forma en la que respondemos a estas preguntas decide en gran medida nuestra posición política. El ecologismo de los ricos, tal y como surgió después de 1968, lanzó un mensaje directo: «Hemos conocido al enemigo, y somos nosotros». El icónico cartel de Walt Kelly para el Día de la Tierra de 1970 es la cristalización de esa sensibilidad. Ese mismo año, Richard Nixon pronunció un tema fuertemente ecologista en su segundo discurso sobre el estado de la Unión: «Restaurar la naturaleza a su estado natural es una causa que va más allá de partidos y facciones. Se ha convertido en una causa común de todos los habitantes de este país».⁹²

Cuando digo que el Antropoceno es una máquina antipolítica, como sugiere el discurso de Nixon de 1970, no es nada nuevo. Antes del Antropoceno, existía la nave espacial Tierra: vino viejo en odres nuevos.⁹³ En ambos casos se trata de la cosmología moderna por excelencia, la del Hombre frente a la Naturaleza, un conflicto que puede gestionarse de forma «realista» con la tecnología adecuada y una gobernanza racional. Esta cosmología ha alimentado las premisas filosóficas e históricas del ecologismo: «estamos todos juntos en esto» y «hemos creado juntos la crisis ecológica».

Como toda mitología hegemónica, esta cosmología mezcla verdad e ilusión. Por ejemplo, sostener que todos estamos conectados a través de tramas de vida —«En la Nave Espacial Tierra [...] todo el mundo es miembro de la tripulación»— tiene un núcleo de verdad.⁹⁴ Pero la realidad es muy distinta, y nadie la discute seriamente. La Nave Espacial Tierra tiene una estructura de mando, y la mayoría de nosotros estamos hacinados en la tripulación y seguimos órdenes.⁹⁵ Si una metafórica Nave Espacial Tierra

⁹¹ Dryzek y Pickering, *The politics of the Anthropocene...*

⁹² R. Nixon, «Annual Message to the Congress on the State of the Union», 22 de enero de 1970, disponible en <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/annual-message-the-congress-the-state-the-union-2>.

⁹³ R. B. Fuller, *Operating Manual for Spaceship Earth*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1969.

⁹⁴ M. McLuhan, «At the moment of Sputnik the planet became a global theater in which there are no spectators but only actors», *Journal of Communication*, núm. 24, enero de 1974, pp. 48-58.

⁹⁵ Parafraseando a mi coautor Raj Patel en *Seven Cheap Things...*

evocaba un fantasioso comunismo espacial de ciencia ficción, la Tierra real de la historia reciente se parece a una nave esclava, no a la nave estelar Empresa Humana.⁹⁶

No cabe duda de que el atractivo popular del ecologismo se debe en gran medida a las formas específicamente capitalistas de alienación que experimentan los seres humanos: de su trabajo y de su sentido de conexión con el resto de la vida. El ecologismo ofrece un lenguaje reconfortante sobre la unidad, la reconexión y la curación. Pero un lenguaje reconfortante sin una estrategia revolucionaria en una época de crisis climática no es bueno. *No debemos sentirnos cómodos*, pero tampoco aterrorizados. Se necesita un lenguaje desconcertante y un pensamiento no convencional que golpee el corazón de los fetichismos del capitalismo: Humanidad, Civilización y Naturaleza por encima de todo. La afirmación del Antropoceno popular de que esa entidad mítica, la Humanidad, está «arrollando a las grandes fuerzas de la naturaleza» difícilmente es una afirmación neutral desde el punto de vista de los valores.⁹⁷ Repartir culpas por la trayectoria de la Tierra Esclava equivale a culpar a los esclavos y a los trabajadores inmigrantes por el imperialismo.

Decir que la Humanidad ha causado la crisis planetaria es un poco como decir que la Humanidad es responsable del genocidio del Nuevo Mundo después de 1492, o que la Humanidad es responsable del comercio moderno de esclavos, de las guerras mundiales o del Consenso de Washington del neoliberalismo de desposesión impulsado por las finanzas. Cualquiera que pronuncie la expresión «genocidio antropogénico» debería ser expulsado de la sala entre risas. Porque, por supuesto, hubo relaciones muy específicas –de imperio, capital y clase– que crearon estos desastres. Llamar antropogénica a la crisis planetaria es una no explicación.

Pero es peor que un fallo de interpretación. Humanidad, Civilización y Naturaleza no son meras palabras flotando en el éter. Son *abstracciones dominantes*, reinventadas continuamente desde 1492. La frontera geocultural entre Humanidad y Naturaleza fue fundamental para los genocidios del Nuevo Mundo, para el comercio de esclavos africanos y para el patriarcado moderno que definió el auge del capitalismo y su Proyecto Civilizador. Los pueblos indígenas, los africanos y las mujeres fueron expulsados de la civilización a un reino muy diferente, la Naturaleza.⁹⁸ Sus vidas se hicieron prescindibles y su trabajo se abarató por el hecho de que no eran humanos, o no lo eran plenamente o todavía no lo eran.

⁹⁶ J. W. Moore, «Slaveship Earth & the World-Historical Imagination in the Age of Climate Crisis», *PEWS News*, verano de 2018, pp. 1-4.

⁹⁷ W. Steffen, P. J. Crutzen y J. R. McNeill, «The Anthropocene», *AMBIO*, núm. 36, agosto de 2007, pp. 614-621.

⁹⁸ G. Hage, *Is Racism an Environmental Threat?*, Cambridge, Polity, 2017.

La cuestión de quién es humano –y quién no– está, por tanto, en el centro de la crisis climática. Es fundamental para estructurar y legitimar el poder moderno. No es solo una cuestión de lenguaje, aunque el lenguaje es importante. Es una cuestión de praxis civilizatoria en la que las fuerzas «materiales» dominantes están vinculadas dialécticamente a las «fuerzas intelectuales dominantes».⁹⁹ En el núcleo de esa praxis se encuentra la fábrica de conocimiento, que enmarca la realidad como una serie de oposiciones binarias y jerárquicas: Humanidad / Naturaleza, hombre / mujer, blanco / no-blanco, Europa / América, etc.¹⁰⁰

Estas fuerzas intelectuales dominantes son abstracciones reales que no solo *reflejan* las relaciones materiales, sino que son el momento simbólico necesario de estas relaciones materiales. Cuando digo que el lenguaje de la Humanidad / Naturaleza se ha saturado de profunda violencia, no me refiero solo a la violencia simbólica. Me refiero a la sangre y a la violencia del desarrollo capitalista, del colonialismo, de la dominación y la explotación. Por una buena razón, entonces, la vigilancia de la línea Humanidad / Naturaleza –a través de la violencia, los mercados y la cultura– ha sido una característica recurrente del desarrollo capitalista, desde Colón hasta el presente. Y esta vigilancia –y a veces la propia línea– ha sido ferozmente contestada en todo momento. Cuando los movimientos por la justicia en cuestiones de sexualidad, género y raza se autoidentifican como luchas por los derechos civiles o humanos, están tocando la frontera entre Civilización y Naturaleza. Por este motivo, de un modo u otro, las luchas de clases y las luchas fronterizas siempre están estrechamente vinculadas.¹⁰¹

Por eso es tan peligroso el lenguaje del Antropoceno popular. Su premisa es una división estricta entre Humanidad y Naturaleza, un código binario que está en el corazón del ejercicio moderno del poder, la producción y el beneficio. El Antropoceno –y el ecologismo de los ricos– encarna el propio sistema de pensamiento que ha creado la crisis planetaria. Es una forma especial de pensamiento mágico creer que el sistema de pensamiento, poder y producción que creó la crisis la resolverá.

A modo de conclusión: Antropoceno, Capitaloceno y horizonte comunista

El Antropoceno popular ha devuelto involuntariamente las cuestiones históricas del debate sobre la Transición –los orígenes de la crisis planetaria, pero también la transición del capitalismo a una civilización más o menos

⁹⁹ Marx y Engels, *The German Ideology...*, p. 64.

¹⁰⁰ V. Plumwood, *Feminism and the Mastery of Nature*, Nueva York, Routledge, 1993.

¹⁰¹ Patel y Moore, *Seven Cheap Things...*; N. Fraser, «Behind Marx's Hidden Abode», *New Left Review*, núm. 86, 2014, pp. 55-72.

democrática, justa y sostenible— al centro de las conversaciones políticas y académicas. Recordemos la conexión sencilla e inquebrantable con la que empezamos: una imaginación política de lo posible depende de la valoración histórica que se haga de lo ocurrido. El Antropoceno popular plantea preguntas que no puede responder. No es que los historiadores no puedan utilizar el Antropoceno para narrar sus historias; es que el Antropoceno es una construcción ideológica que emerge *de* las dimensiones más violentas y explotadoras de esa misma historia que ignora.

La virtud de la antigua tradición marxista era poner en primer plano la especificidad de las contradicciones del capitalismo en las relaciones de clase modernas y la dinámica de la acumulación de capital. La historia ambiental era en gran medida una nota a pie de página. Peor aún, el debate marxista sobre la transición rara vez tiene en cuenta el momento activo del cambio climático en el surgimiento del capitalismo.¹⁰² El Pensamiento Verde, por el contrario, resalta la importancia de la historia ambiental junto con la historia social y económica, pero ignora en gran medida las contradicciones del capital y la clase. En el centro de la conversación sobre ecología mundo está el argumento de que estas dos tradiciones —y no solo estas— han reunido los elementos de una nueva síntesis.¹⁰³

Para ir hacia esa síntesis, hay que desprenderse de ciertos conceptos idealizados sobre cómo funciona la acumulación de capital, cómo es la lucha de clases e incluso qué significa «cambio ambiental». Hay que renunciar a los objetos sagrados, sin abandonar las perspectivas valiosas.¹⁰⁴ Una política revolucionaria por la justicia climática —que confíe en las clases trabajadoras del mundo, humanas y extrahumanas, remuneradas y no remuneradas— debe reimaginar las cuestiones de poder, acumulación y *re/*producción en y a través de las tramas de la vida. Esta transformación implica necesariamente abandonar la ontología del mundo de los colonizadores, la división entre Civilización y Salvajismo y el modelo, propio del Antropoceno popular, del Hombre frente a la Naturaleza.

La alternativa no es un monismo indiferenciado que despoje a la vida social de su especificidad histórica y geográfica. Por el contrario, la alternativa toma como punto de partida el mosaico de la historia y la experiencia humanas en términos de configuraciones pautadas —pero también evolutivas y discontinuas— de la vida, la tierra y el trabajo. Cualquier comprensión de las relaciones sociales humanas que no parta de las relaciones conectivas, y a menudo asimétricas, con y dentro de las tramas de la vida es fragmentaria. Esto suena a alta teoría. De hecho, es cualquier cosa menos eso. Basta con reflexionar sobre las

¹⁰² J. W. Moore, «Empire, Class & The Origins Of Planetary Crisis...».

¹⁰³ J. W. Moore, *Capitalism in the web of life...*

¹⁰⁴ Ver capítulo 1 de este libro.

dimensiones más elementales de la vida social y la historia social: los alimentos que cultivamos y cocinamos; los refugios y hábitats que construimos; las herramientas y máquinas que fabricamos, y los productos que de ellas se derivan; las formas en que nos emparejamos y cuidamos unos de otros. En todo momento, se trata de relaciones entre naturalezas humanas y extrahumanas; toda relación «humana» es siempre ya una relación socioecológica. Es física. Es cultural. Es productiva y reproductiva. La revolución cartesiana las dicotomizó, en el pensamiento y en la práctica. La revolución marxista en el pensamiento las unificó dentro de una «rica totalidad de muchas determinaciones»: un «todo orgánico» de vida y poder.¹⁰⁵

Es necesaria una concepción histórica del trabajo que vaya más allá del trabajador asalariado y más allá del binario Hombre *vs.* Naturaleza. La mayor parte del trabajo que sostiene el capitalismo no es remunerado. Ese trabajo no remunerado lo realizan «las mujeres, la naturaleza y las colonias», y viene justificado por los binarismos dominantes.¹⁰⁶ La compañera de Mies, Claudia von Werlhof, dio aún más fuerza a la hipótesis: la naturaleza es todo aquello por lo que la burguesía no quiere pagar.¹⁰⁷ Esas divisiones de trabajo remunerado y pagado, Civilización y Naturaleza, están directamente implicadas en la trinidad capitalogénica: la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático.¹⁰⁸

No soy de los que creen que Marx bajó de la montaña con *Das Kapital* grabado en tablas de piedra. Sí creo que acertó poderosamente cuando habló del trabajo, el metabolismo y la clase. Marx siempre nos está recordando que el trabajo humano es parte de la naturaleza, y que siempre es específico. En los *Grundrisse*, llama al trabajo una «fuerza natural específicamente enjaezada»: un punto que habla directamente de cómo la socialidad humana se coproduce en y a través de la trama de la vida.¹⁰⁹

En *El capital*, Marx ofrece un relato contundente. En un famoso pasaje, que abre el capítulo sobre el *proceso de trabajo*, Marx defiende una triple transformación centrada en el trabajo.¹¹⁰ A través del trabajo, los seres humanos se rehacen a sí mismos, «naturaleza interna». Transforman las relaciones entre los seres humanos (relaciones «sociales»). Y transforman las tramas de vida extrahumanas (relaciones «medioambientales»). Forman una unidad dialéctica. Cuando nos tomamos a Marx en serio, se desentraña

¹⁰⁵ K. Marx, *Grundrisse...*, p. 99.

¹⁰⁶ Mies, *Patriarchy and Accumulation...*

¹⁰⁷ Von Werlhof, «On the concept of nature and society...».

¹⁰⁸ Ver capítulos 3 y 7 de este libro y J. W. Moore «Das Planetare Proletariat im Planetaren Inferno» *LfB: Literaturforum im Brecht-Haus*, núm. 7, 2021, pp. 4-11

¹⁰⁹ Marx, *Grundrisse...*, p. 612.

¹¹⁰ Marx, *Capital...*, p. 283.

nuestra concepción convencional del poder y la re/producción, en la que la «naturaleza» suele quedar relegada a contexto o materia pasiva. En su lugar, Marx ofrece una concepción del metabolismo que se basa en el proceso de trabajo, es decir, Marx abre la imaginación dialéctica para pensar en el metabolismo como una lucha de clases.¹¹¹

Esta estrategia dialéctica nos pide que pensemos en el trabajo y en las geografías de la vida de forma coproductiva e histórica. También nos pide que pensemos en cómo nuestros modos de argumentación desafían –y a veces se ajustan– al capitalismo como modo de pensamiento. Si la contribución de Marx fue entender la dialéctica no como filosofía abstracta sino como un materialismo activo que une teoría y práctica, las cuestiones intelectuales e ideológicas están estrechamente unidas.

El capitalismo ha prosperado porque pone a trabajar a los seres humanos y al resto de la naturaleza a bajo precio. Hoy, esa lógica de las Naturalezas Baratas se enfrenta a contradicciones cada vez más graves. Consideremos, por ejemplo, que el cambio climático lleva casi cuatro décadas reduciendo el rendimiento de los principales cultivos del mundo (arroz, trigo, maíz, soja).¹¹² Consideremos también que los «clásicos» opositores al dominio capitalista en la producción –trabajadores y campesinos– no han desaparecido, tal y como muestra el incremento del descontento laboral en China y los movimientos mundiales por la justicia alimentaria, como Vía Campesina, que se enfrentan al régimen alimentario corporativo. Que los movimientos por la justicia climática triunfen o no, y se conviertan en una «insurgencia climática», dependerá de su capacidad para elaborar una nueva política ontológica que desafíe y altere el modo de pensamiento capitalista y sus marcos ideológicos. Estas insurgencias tendrán que poner nombre al sistema. Tendrán que insistir en que los agentes de la crisis climática capitalógena tienen nombres y direcciones, al igual que sus fábricas, macrogranjas y activos financieros. Una visión revolucionaria de este tipo tratará de unir orgánicamente las conexiones y contradicciones de la vida, el trabajo y la tierra de formas que se basen en los proyectos revolucionarios del siglo XX, pero que también vayan más allá.¹¹³ Solo entonces podremos esperar que el Capitaloceno y su espectro poscapitalista del autoritarismo verde sean eutanásicos, para reorientar al proletariado, el femitariado y el biotariado hacia el horizonte comunista.¹¹⁴

¹¹¹ J. W. Moore, «Transcending the Metabolic Rift», *Journal of Peasant Studies*, núm. 38, enero de 2011, pp. 1-46; «Metabolic Rift or Metabolic Shift?», *Theory & Society*, núm. 46, abril de 2017, pp. 285-318.

¹¹² Ver capítulos 10 y 11 de este libro.

¹¹³ J. Brecher, *Against Doom*, Oakland, PM Press, 2017; J. W. Moore, «Cheap Food & Bad Climate», *Critical Historical Studies*, núm. 2, enero de 2015, pp. 1-42.

¹¹⁴ J. Dean, *The Communist Horizon*, Londres, Verso, 1999 [ed. cast.: *El horizonte comunista*, Barcelona, Bellaterra, 2000]; Salvage Collective, *The Tragedy of the Worker*, Londres, Verso, 2021; y capítulo 2 de este libro.

V DESPERDICIO.

CÓMO EL CAPITALISMO DESTRUYE LA TRAMA DE LA VIDA Y POR QUÉ NO PUEDE PARAR*

DURANTE CASI UN SIGLO, el imaginario ecologista ha estado obsesionado con la escasez de recursos. Pero, ¿y si la contradicción biofísica fundamental del siglo XXI no girase en torno a los recursos, sino a los residuos?

Marco Armiero nos plantea esta cuestión en *Wasteocene* [Despilfarroceno].¹ Si hay fatiga con los -ceno, la moda de los sufijos terminados en -ceno parece producir neologismos cada vez más banales, tengan paciencia.² Este es diferente.

Wasteocene ilumina una lógica capitalista esencial: cada momento de acumulación de capital requiere la creación política de «zonas de sacrificio... [de] personas y lugares desperdiciados».³ Ese *desperdicio* implica bastante más que hablar sobre contaminación y sobre ineficiencia; significa la lógica absurda y horrorosa de despilfarrar y devaluar la riqueza de la vida humana y extrahumana bajo la ley del valor. El despilfarro de Armiero es un proceso dialéctico, una relación, no simplemente un objeto, sino un terreno de lucha de clases y explotación.

La provocadora tesis de Armiero es nada menos que un ataque frontal al Antropoceno popular y a su imaginario ecologista imperialista.⁴ Se

* Publicado originalmente como «Wasting Away. How capitalism lays waste of the web of life and Why it can't stop», texto de trabajo, World-Ecology Research Group, Binghamton University, octubre de 2022.

¹ M. Armiero, *Wasteocene*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 2020 [ed. cast.: *Wasteoceno: la era de los residuos*, Madrid, La Catarata, 2023]. [Descartamos la traducción *Wasteoceno* que se ha utilizado para la edición española del libro de Armiero por ser un anglicismo sin sentido en castellano, proponemos *Despilfarroceno* en su lugar. Cuando Moore se refiere al libro en sí se mantiene su título inglés, *Wasteocene*. N. del T.]

² F. Chwałczyk, «Around the Anthropocene in Eighty Names», *Sustainability*, núm. 12, noviembre de 2010, pp. 44-58.

³ Armiero, *Wasteocene...*, pp. 2 -10.

⁴ La bibliografía es amplia. Entre las principales expresiones del Antropoceno popular figuran Clive Hamilton, *Defiant Earth: The fate of humans in the Anthropocene*, Nueva York John Wiley & Sons, 2017; D. Chakrabarty, *The climate of history in a planetary age*, Chicago, University of Chicago Press, 2021; D. Wallace-Wells, *The Uninhabited Earth*, Nueva York, Penguin, 2019; J. R. McNeill y P. Engelke, *The Great Acceleration*, Cambridge, Harvard

encuentra entre los pocos disidentes que entienden que el Antropoceno no es simplemente un término de moda; es un campo de batalla ideológico. Él lo denomina «lucha narrativa».⁵ Conviene recordar a los estudiosos críticos que no estamos discutiendo sobre el lenguaje; estamos debatiendo patrones y puntos de inflexión en la historia del mundo. Esto es cierto incluso y especialmente cuando los estudiosos críticos ignoran esas historias. Todo en nuestra política climática se basa en los relatos. Las historias de la crisis climática impulsada por el exceso —demasiado dióxido de carbono, demasiado consumo...— favorecen políticas marcadamente diferentes del relato de la crisis climática impulsada por el Capitaloceno, el Despilfarroceno y la lógica capitalogénica de la muerte y la devaluación.

El Despilfarroceno contra el «ecologismo de los ricos»: de la Nave Espacial Tierra al Antropoceno popular

¿Cuántos recordáis la Nave Espacial Tierra, la supermetáfora verde de la década de 1970?⁶ Al igual que la Nave Espacial Tierra, el Antropoceno y los argumentos afines despliegan la Buena Ciencia para convertir el caos conflictivo de la crisis climática en problemas de gestión tecnocientífica: una ambición por «resolver» la crisis climática mediante un nuevo modo de producción dominado por los superricos y gobernado por el imperio internacional de los expertos.⁷ El Antropoceno popular —y el complejo ecoindustrial de partidos verdes, universidades, ministerios gubernamentales, ONG y fundaciones en el que se inserta— es un caso de libro de texto de máquina antipolítica.⁸ Al igual que el llamado *desarrollo* en una época anterior, el Antropoceno expresa una política de clase imperialista a través de argumentos supuestamente apolíticos para la gestión planetaria: insiste en que las respuestas se pueden encontrar en la Buena Ciencia y la «gobernanza del sistema Tierra» en lugar de una extensión radical de la democracia.⁹

University Press, 2016. Sus críticos incluyen T. J. Demos, *Against the Anthropocene*, Nueva York, Sternberg Press, 2017; C. Bonneuil y J.-B. Fressoz, *The Shock of the Anthropocene*, Londres, Verso, 2016; J. W. Moore, «Confronting the Popular Anthropocene...», así como el capítulo 8 de este libro

⁵ Armiero, *Wasteocene...*, p. 23.

⁶ R. B. Fuller, *Operating Manual for Spaceship Earth*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1969; S. Höhler, *Spaceship earth in the environmental age, 1960-1990*, Nueva York, Routledge, 2015; y capítulo 4 de este libro.

⁷ J. W. Moore, «Global Capitalism in the Great Implosion», prefacio a William I. Robinson, *Can Global Capitalism Endure?*, Atlanta, Clarity Press, 2022, pp ix-xxiv (de próxima publicación por Traficantes de Sueños).

⁸ J. Ferguson, *The antipolitics machine*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1990; y capítulo 3 de este libro.

⁹ Una instancia expresiva de tal gerencialismo es J. S. Dryzek y J. Pickering, *The Politics of the Anthropocene*, Oxford, Oxford Univ. Press, 2019; para una crítica ver capítulo 2 de este libro.

Armiero no tiene paciencia para estas falsificaciones. El Despilfarroceno pone al desnudo la presunción burguesa de que la contaminación y la toxificación –incluida la carbonización atmosférica– son consecuencias «ambientales» de una gestión económica ineficiente. El envenenamiento de la vida, la tierra y el mar, Armiero argumenta, no es un «error» en un sistema operativo de otra manera óptimo; es una *característica*. Es una consecuencia clave, pero también un terreno en curso, de la lucha de clases mundial en la trama de la vida.

El linaje del actual ecologismo de los ricos se remonta profundamente al pasado capitalista.¹⁰ Ese pasado –en marcado contraste con cómo el Antropoceno huye de la historia– no está muerto, sino muy vivo.¹¹ Es una historia de residuos, es decir, de contaminación y toxificación; y es una historia de *residuos*, de poder imperial y acumulación militarizada. Es esta dialéctica la que sustenta la lógica histórico-mundial del Despilfarroceno de producir «personas y lugares desperdiciados».¹²

Los orígenes de esa lógica se encuentran en el auge del capitalismo durante el largo siglo XVI [1450-1648].¹³ A pesar de los «picos dorados», está claro que 1492 fue un hito geobiológico. En medio siglo se creó una Pangea capitalista que unificó biológicamente el Viejo y el Nuevo Mundo de una forma desconocida desde que el supercontinente se separó 175 millones de años antes. Fue el llamado Intercambio Colombino.¹⁴ (¡Qué expresión tan deliciosamente neoliberal!). Un siglo después, las invasiones colombinas coprodujeron la primera gran crisis climática del capitalismo.¹⁵ Las consiguientes crisis políticas, económicas y culturales del «largo y frío siglo XVII» se resolvieron mediante formas desordenadas pero eficaces de gestión planetaria.¹⁶ Fue una solución climática audaz. Estas no solo reestructuraron la producción y la reproducción desde Brasil hasta el Báltico, sino que cristalizaron un nuevo orden geocultural –el Proyecto Civilizador del capitalismo– que rehizo la Naturaleza Barata a través de una trinidad totalmente novedosa: la división de clases climática, el apartheid climático

¹⁰ La frase es de Peter Dauvergne, *The Environmentalism of the Rich*, Cambridge, MIT Press, 2016.

¹¹ Ver capítulo 6 de este libro.

¹² Armiero, *Wasteocene...*, p. 10.

¹³ Armiero, *Wasteocene...*, p. 89; I. Wallerstein, *The Modern WorldSystem, I...*; J. W. Moore, «Nature and the Transition from Feudalism to Capitalism...» y *Ecology and the Rise of Capitalism...*

¹⁴ A. W. Crosby, jr., *The Columbian Exchange*, Nueva York, Academic Press, 1972.

¹⁵ C. M. Cameron, P. Kelton y A. C. Swedlund (eds.), *Beyond Germs...*; S. L. Lewis y M. A. Maslin, «Defining the Anthropocene», *Nature*, núm. 519, 2015.

¹⁶ E. L. R. Ladurie y V. Daux, «The climate in Burgundy and elsewhere, from the fourteenth to the twentieth century», *Interdisciplinary Science Reviews*, núm. 33, enero de 2008, p. 1024; G. Parker, *Global Crisis*, New Haven, Yale Univ. Press, 2013.

y el patriarcado climático.¹⁷ Si los orígenes de la gestión planetaria no se remontan a los años setenta, sino al auge del capitalismo —piénsese en el imperialismo botánico ibérico y en el llamamiento de Evelyn en 1664 a una gestión eficaz de los bosques—, existe también una historia intermedia que se centra en el imperialismo estadounidense.¹⁸ Es esta historia la que ha sido completamente borrada por el Antropoceno popular.¹⁹

Aunque el ecologismo en los países imperialistas es a veces considerado como un movimiento de la izquierda política, la historia reciente del mundo sugiere una interpretación diferente.²⁰ El ecologismo siempre ha sido un asunto de la élite —incluso cuando su base demográfica estadounidense se amplió para incluir a la clase profesional-gerencial masivamente ampliada en la década de 1970—. ²¹ Desde el punto de vista del Despilfarroceno y su justificado foco en cómo el Capitaloceno convierte los cuerpos de los trabajadores en vertederos de residuos tóxicos, el punto apenas puede ser exagerado. Después de 1968, la «segunda ola» ecologista, especialmente pero no solo en EEUU, se preocupó por la contaminación —muy a menudo cuando afectaba a los ricos de las playas de Santa Bárbara y prácticamente nunca cuando afectaba a los trabajadores—. ²² Los trabajadores agrícolas de California, los trabajadores químicos de Louisiana, los mineros del carbón de Virginia, las madres de la clase obrera de Nueva York y sus hijos, las comunidades de la clase obrera negra en todo el Sur de Estados Unidos; fueron todos «poblaciones de sacrificio» para el capital. Este era (y sigue siendo) un proyecto de clase ideológicamente respaldado por el ecologismo de los ricos. Para estos ecologistas, los trabajadores formaban parte del problema, no de la solución. Por una buena razón, Lois Gibbs, la madre obrera de Niagara Falls que lideró la lucha en Love Canal a finales de los años setenta y fue pionera del movimiento antitóxicos, se negó a llamarse a sí misma ecologista.²³

El Antropoceno popular lleva todas las marcas de este imaginario ecologista de larga data. Se trata de una forma de ver y valorar la trama de la vida que se distingue no solo por su desprecio a los trabajadores nacionales y extranjeros, a los que generalmente se considera «deplorables» (según

¹⁷ Moore, «Empire, Class & The Origins Of Planetary Crisis...»; y capítulo 8 de este libro.

¹⁸ J. Evelyn, *Sylva, Or A Discourse of Forest Trees*, Londres, Arthur Doubleday & Company, 1908; T. R. Robertson, *The Malthusian Moment...*; Moore, «The Capitalocene, Part II...».

¹⁹ Por ejemplo, McNeill y Engelke, *The Great Acceleration...*

²⁰ Mark Dowie, *Losing Ground...*

²¹ P. Walker (ed.), *Between Capital and Labor*, Boston, South End Press, 1979. Ver también capítulo 3 de este libro.

²² R. Guha, *Environmentalism: A global history*, Nueva York, Longman, 2000; C. Montrie, *A People's History of Environmentalism in the United States...*

²³ R. Gottlieb, *Forcing the Spring*, segunda edición, Washington DC, Island Press, 2005.

la arrogante caracterización de Hillary Clinton).²⁴ Los ecologistas de las clases profesionales administrativas se estremecieron en 2015 cuando el candidato Trump se refirió a los inmigrantes mexicanos como violadores y traficantes de drogas: «no es la gente adecuada»; y de nuevo tres años después cuando llamó a Haití y a varios estados africanos «países de mierda».²⁵

Los límites del imperio y los límites del crecimiento

Pero Trump simplemente estaba diciendo en voz alta lo que se suele callar. Durante el siglo pasado —y especialmente desde 1970— el ecologismo de los ricos ha estado de acuerdo, o no se ha opuesto a la política del Imperio estadounidense de crear «personas y lugares desechables» en todo el mundo y especialmente en América Latina.²⁶ Ha sido fuertemente antiinmigrante.²⁷ Y no puedo pensar en ninguna gran organización verde que condenara, y se movilizara contra, la hinchada máquina de guerra de Estados Unidos y su sangrienta recuperación del síndrome de Vietnam. Los ecologistas pueden no llamar a Haití un país de mierda, pero ninguno de sus representantes movió un dedo cuando el gobierno democráticamente elegido de ese país, dirigido por Jean-Bertrand Aristide, fue derrocado por dos golpes de Estado sucesivos respaldados por Estados Unidos (1991 y 2004). Tampoco le preocupaban a las grandes organizaciones ecologistas las violentas ecologías del ajuste estructural en América Latina y el Sur Global en los años ochenta, una «violencia lenta» posibilitada por los fascistas del Tercer Mundo apoyados por Estados Unidos.²⁸ La transgresión de Trump consistió en exponer claramente la sabiduría convencional de la clase dominante estadounidense y sus cuadros directivos profesionales, pero sin los lamentos centristas-liberales de los ecologistas cuando se enfrentan a los crímenes del Imperio.

Desde 1970, el ecologismo de los ricos ha guardado silencio sobre las interminables guerras de Estados Unidos y la práctica apocalíptica de la hegemonía unipolar, y por tanto ha sido cómplice de ellas. Desde

²⁴ D. Merica y S. Tatum, «Clinton expresses regret for saying “half” of Trump supporters are “deplorable”» *CNN*, 12 de septiembre de 2016.

²⁵ J. H. Davis, S. G. Stolberg y T. Kaplan, «Trump Alarms Lawmakers With Disparaging Words for Haiti and Africa», *New York Times*, 11 de enero de 2018; Time Staff, «Here's Donald Trump's Presidential Announcement Speech», *Time*, 16 de junio de 2015.

²⁶ Ver capítulo 3 de este libro.

²⁷ Ver, por ejemplo, P. R. Ehrlich, L. Bilderbach y A. H. Ehrlich, *The Golden Door*, Nueva York, Ballantine Books, 1979; un buen debate de fondo en L. S. Park y D. Pellow, *The Slums of Aspen*, Nueva York, New York Univ. Press, 2013.

²⁸ D. Faber, «Imperialism, revolution, and the ecological crisis of Central America», *Latin American Perspectives*, núm. 19, enero de 1992, p. 1744; N. Chomsky y E. S. Herman. *The Washington connection and Third World Fascism*, Boston, South End Press, 1979.

Vietnam hasta Irak, pasando por un sinfín de conflictos de «baja intensidad» y operaciones de contrainsurgencia en todo el mundo, el ecologismo de los ricos ha guardado silencio sobre el horrible matrimonio neoliberal entre la guerra intensiva en capital y el trabajo, la vida y los paisajes desechables.²⁹ Tampoco se trata de un fenómeno estrictamente estadounidense. Consideremos el reciente apoyo del Partido Verde alemán al rearme masivo –el mayor desde la década de 1930– en apoyo de la expansión de la OTAN.³⁰ Como atestigua el ejemplo de Haití –donde los primeros movimientos de liberación nacional del mundo ganaron la independencia– esta ecología imperialista tiene una larga historia. El momento neoliberal es solo el último de una historia de cinco siglos de arrasar países que se atreven a desafiar la distribución imperial de la riqueza, el poder y la pobreza.

Cada gran superpotencia de la historia mundial se encarga de gestionar esa distribución imperial de las Naturalezas Baratas. El siglo americano no fue diferente. He aquí a Isaiah Bowman, uno de los fundadores de la geografía académica estadounidense y un intelectual orgánico de la clase dominante.³¹ En 1924, Bowman reflexionaba sobre los problemas de recursos ocasionados por la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial: «Antes nuestras relaciones internacionales nos preocupaban poco, en gran parte porque teníamos abundantes recursos naturales en casa; ahora nos preocupan mucho, porque ahora tenemos que pensar seriamente en los recursos últimos, *dondequiera que estén en el mundo...*».³²

Casi medio siglo después, en 1972, *Los límites del crecimiento* expresaba una preocupación similar, aunque en términos menos etnocéntricos.³³ Este es un marco extraordinariamente resistente, que sigue animando las narrativas neomalthusianas e incluso muchas de las perspectivas ecosocialistas del «rebasamiento».³⁴ Los límites del capitalismo, según la visión burguesa, no los ponen las luchas de clases, sino las «reservas de [...] recursos físicos, ya que son los *determinantes* últimos de los límites del crecimiento».³⁵

²⁹ Ver capítulo 3 de este libro.

³⁰ Ingar Solty, «No, We Can't Afford €100 Billion for Rearmament», *Jacobin*, 25 de junio de 2022, disponible en <https://jacobin.com/2022/06/germanrearmamentdefensebudgetukraineolafscholz>.

³¹ N. Smith, *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, Univ. of California Press, 2004.

³² Bowman, *Supplement to the New World: Problems in Political Geography*, Chicago, World Book Company, 1924, p. 59, énfasis añadido.

³³ D. H. Meadows, D. L. Meadows, Joergen Randers y William W. Behrens III, *The Limits to Growth* Nueva York Universe Books, 1972 [ed. cast.: *Los límites del crecimiento*, Ciudad de México, FCE, 1973].

³⁴ W. R. Catton, *Overshoot*, Urbana, Univ. of Illinois Press, 1980.

³⁵ Meadows, *et al.*, *Limits...*, p. 45.

La contribución pionera de los Meadows y sus colegas fue ir más allá de la determinación unilateral de los límites de los recursos en formas que hablan directamente del Despilfarroceno. Este argumento de *Los límites* ha sido infravalorado.³⁶ Aunque *Los límites* se inscribe en una trayectoria decididamente neomalthusiana, el equipo de Meadows abordó la contaminación de una manera mas cercana a científicos disidentes como Rachel Carson y Barry Commoner.³⁷ El argumento era más o menos así: el crecimiento induce un aumento geométrico no lineal de la contaminación. Esto produce impactos no lineales en las condiciones *cualitativas* de la reproducción biosférica, incluida la salud de los seres humanos y del resto de la vida. De forma premonitoria, el grupo de *Los límites* identificó la dimensión cualitativa y temporal de la toxicación: «[Cuando se trata de] la capacidad de la Tierra para absorber la contaminación [...] la presencia de retrasos naturales en los procesos ecológicos aumenta la probabilidad de subestimar las medidas de control necesarias y, por tanto, de alcanzar inadvertidamente esos límites superiores».³⁸ (Nos referiremos a esta cuestión mas adelante).

Las implicaciones son claras: las contradicciones biofísicas má importantes no se sitúan en el suministro de recursos, el problema de los llamados «grifos». Los autores de *Los límites* sugirieron, más bien, que la cuestión de los llamados «sumideros» bien podría plantear problemas insolubles para el «crecimiento económico», amplificando aún más la desigualdad global. Esto es precisamente lo que está ocurriendo con la crisis climática, a medida que la carbonización atmosférica satura los «sumideros» terrestres y acuáticos y nos conduce a una transición al infierno planetario. Ese infierno, a su vez, está suprimiendo la productividad agrícola y laboral, la base real de la acumulación de capital.³⁹

De la plusvalía a la sobrecontaminación: la ley general de la sobrecontaminación en la ecología mundo capitalista

La contribución central de *Wasteocene* es una exploración de los límites al capital desde el punto de vista del desperdicio de lugares y personas.⁴⁰

³⁶ Ver C. Parenti, «“The Limits to Growth”: A Book That Launched a Movement», *The Nation*, 24/31 de diciembre de 2012.

³⁷ R. Carson, *Silent Spring*, Boston, Houghton Mifflin, 1962 [ed. cast.: *Primavera silenciosa*, Barcelona, Crítica, 2014]. Commoner, *The Closing Circle* Nueva York Bantam, 1971 [ed. cast.: *El círculo que se cierra*, Madrid, Plaza y Janés, 1973].

³⁸ Meadows, *et al.*, *Limits...*, p. 69.

³⁹ J. W. Moore, *Capitalism in the Web of Life...*; R. Patel y J. W. Moore, *A History of the World in Seven Cheap Things...* Ver también capítulo 10 de este libro.

⁴⁰ Moore, «Beyond Climate Justice...».

Pero no se trata tanto de un desperdicio de cosas o sustancias, como de las relaciones que crean y deshacen esas mismas cosas o sustancias. *Wastecene* de Armiero no habla de los «residuos» como algo en sí sino que ilumina un movimiento expresivo y un momento constitutivo del Capitaloceno.⁴¹ En contraste con el Antropoceno popular, el Capitaloceno es una familia de conceptos y geopoéticas –Necroceno, Polemoceno, Proletaroceno, y ahora el Despilfarroceno– que pone en primer plano el capitalismo como una ecología mundo del poder, el beneficio y la vida.⁴² Para el Capitaloceno y el Despilfarroceno, el capitalismo no es una fábrica «social» con consecuencias «ambientales»; es una sociedad de clases que produce cambios en la trama de la vida y es, al mismo tiempo, producido en, y con, y a través de, y por, esas tramas de vida.⁴³

Tomado como un todo orgánico, Capitaloceno y Despilfarroceno contribuyen a una concepción más rica de la *ley general de la sobrecontaminación* capitalista. Es una «ley general» en el sentido en el que Marx hacía un recuento hegeliano de las tendencias y contratendencias del capitalismo histórico.⁴⁴ Así como la ley general de la acumulación capitalista hace que «la acumulación de miseria sea una condición necesaria, correspondiente a la acumulación de riqueza», la ley general de la sobrecontaminación hace que las acumulaciones cada vez más tóxicas sean una «condición necesaria» de la acumulación sin fin de capital.⁴⁵ Partiendo de formulaciones dialécticas previas de las contradicciones «primera» y «segunda» del capital, la ley general de la sobrecontaminación reconoce dos dinámicas mientras persigue una síntesis elaborada.⁴⁶

Por un lado, como subraya Armiero, reconoce la polarización espacial hacia la «limpieza» y la «contaminación» ideológicas y biofísicas, un movimiento geohistórico que se corresponde con el cálculo de Hage del Proyecto Civilizador, la acumulación primitiva en curso y las múltiples expresiones de la línea de color global.⁴⁷ Y, por otro lado, amplía –y hace

⁴¹ J. W. Moore, «The Capitalocene, Part I...»; «The Capitalocene, Part II...».

⁴² Las intervenciones esenciales incluyen J. P. Antonacci, «Periodizing the Capitalocene as Polemocene», *Journal of World Systems Research*, núm. 27, febrero de 2021, pp. 439-467; J. McBrien, «Accumulating Extinction» en J. W. Moore, *Anthropocene or Capitalocene?...*, pp. 116-137; N. Brenner, *New Urban Spaces*, Oxford, Oxford Univ. Press, 2019; A. Brookes, «Three Aral Sea Films and the Soviet Ecology», *October*, núm. 171, 2020, pp. 27-46; The Salvage Collective, *Tragedy of the Worker*, Londres, Verso, 2021.

⁴³ Moore, *Capitalism in the Web of Life...*

⁴⁴ La mejor introducción se encuentra en P. M. Sweezy, *The Theory of Capitalist Development*, Londres, Dobson Books, 1946, pp. 11-22 [ed. cast.: *Teoría del desarrollo capitalista*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2015].

⁴⁵ K. Marx..., p. 799.

⁴⁶ J. O'Connor, *Natural Causes*, Nueva York, Guilford, 1998.

⁴⁷ Armiero, *Wastecene...*, p. 10; G. Hage, *Is Racism an Environmental Threat?*, Cambridge, Polity, 2017.

explícita— la tentadora concepción de Foster de la «ley general absoluta de la degradación ambiental».⁴⁸ Foster observa cómo el capitalismo tiende hacia los «niveles máximos económicamente viables [...] de degradación entrópica, en cualquier fase histórica del desarrollo [capitalista]».⁴⁹ A medida que el capitalismo monopolista se hunde más profundamente en su «estado normal» —*el estancamiento*—, se efectúan nuevas rondas de degradación entrópica en los esfuerzos capitalistas por contrarrestar ese estancamiento.⁵⁰ Es inevitable concluir que las repercusiones económicas de la segunda contradicción crecerán a pasos agigantados, en parte bajo la presión de los movimientos sociales, convirtiéndose en la «venganza» definitiva de la naturaleza contra el proceso de acumulación».⁵¹

La ley general de la sobrecontaminación sintetiza estas ideas pioneras, destacando tres momentos. En un primer momento, especifica la asimetría dialéctica entre la plusvalía y la contaminación excedente, esta última considerada como formas de toxicación «excedentes» respecto de las capacidades biológicas para metabolizar —y neutralizar— desechos de todo tipo. Por tanto, la sobrecontaminación reconoce una tendencia hacia cambios cualitativos en todo tipo de sistemas socioecológicos que, de forma no lineal, amenazan con superar los «niveles máximos económicamente viables». En segundo lugar, subraya la centralidad de las fronteras de las Naturalezas Baratas —a través de las cuales toda frontera mercantil implica una frontera de residuos— para la acumulación mundial, y por tanto identifica una conexión inquebrantable entre la creciente sobrecontaminación y los proyectos imperiales de «generación de residuos». En tercer lugar, identifica la evolución no lineal de la sobrecontaminación en el capitalismo histórico, de modo que cada régimen ecológico sucesivo no solo produce más residuos, sino formas cualitativamente nuevas y más tóxicas de residuos. Al mismo tiempo, el crecimiento cuantitativo de la contaminación —como ocurre con el dióxido de carbono— impulsa «cambios de estado» cualitativos en la biosfera, con la crisis climática como coronación.⁵² Todo ello, como imaginaron Foster y O'Connor hace tres décadas, amplifica el problema del capital excedente y pone en marcha formas cualitativamente nuevas de lucha de clases desde abajo y desde arriba.

⁴⁸ J. B. Foster, «The Absolute General Law of Environmental Degradation Under Capitalism», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 3, febrero de 1992, pp. 77-86.

⁴⁹ Foster, «Absolute General Law...», p. 85.

⁵⁰ P. Baran y P. M. Sweezy, *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press, 1966 [ed. cast.: *El capital monopolista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006].

⁵¹ Foster, «Absolute General Law...», p. 85.

⁵² D. Barnosky *et al.*, «Approaching a State Shift in Earth's Biosphere», *Nature*, núm. 486, enero de 2012, pp. 52-58.

Estas interpretaciones se despliegan a través de la dialéctica más básica de Marx: las sustancias no son cosas sino relaciones. El dióxido de carbono es solo un compuesto químico; solo bajo relaciones definidas de poder, ganancia y vida se convierte en un gas de efecto invernadero. Contra el Antropoceno popular, el *Wasteocene* de Armiero rechaza la presunción del imaginario ambiental dominante de tratar los problemas «ambientales» como tareas de gestión independientes de la lucha de clases mundial y su antipolítica imperialista. Al hacerlo —«la clase importa en el Antropoceno»— abre nuestra imaginación a un nuevo panorama interpretativo: la lucha de clases y el poder imperial como procesos de *creación del medio ambiente*.⁵³ La toxicificación no es una consecuencia accidental del capitalismo; más bien, el capitalismo se constituye a sí mismo a través de estrategias de Naturalezas Baratas. Estas estrategias tratan necesariamente los paisajes y los modos de vida como desechables. El Despilfarroceno no es un resultado, sino una lógica de poder, beneficio y vida que —en su núcleo podrido y patológico— *requiere y depende de la creación de* personas y lugares residuales. La toxicificación, como Armiero narra vívidamente, está lejos de ser estrechamente económica. Si algunas formas se asemejan a la «violencia lenta» de Rob Nixon, sus condiciones subyacentes descansan en los imperios, sus máquinas de guerra y sus regímenes de propiedad.⁵⁴ A través del largo arco del capitalismo histórico, *esta* violencia es cualquier cosa menos lenta:

La lógica *despilfarrocénica* que hace a alguien desechable es más antigua que la fábrica de acero [...] Deberíamos recordar a los indígenas asesinados sin derecho a ser enterrados o privados de los cementerios de sus antepasados, a las mujeres que desaparecieron sin dejar rastro, a los mineros que nunca fueron recuperados de las entrañas de la tierra, a los miles de migrantes muertos mientras cruzaban el mar Mediterráneo.⁵⁵

El corazón palpitante del Despilfarroceno es un cóctel tóxico de acumulación militarizada, Proyectos Civilizadores y producción incesante de zonas de sacrificio socioecológico. Esta es la lógica del Despilfarroceno. La tesis de Armiero lleva implícita la metamorfosis de la lógica civilizatoria en dialéctica de la historia del sistema mundo. La ley general de la sobrecontaminación puede enunciarse de forma bastante simple: por cada momento de mercantilización, hay un momento aun mayor de toxicificación potencial. *El potencial* es importante. Porque el capitalismo no solo activa nuevas «potencialidades útiles que dormitan en la naturaleza» (Marx). También despierta otras potencialidades que desafían la base misma de la civilización

⁵³ Armiero, *Wasteocene...*, p. 6.

⁵⁴ R. Nixon, *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*, Cambridge, Harvard University Press, 2011.

⁵⁵ Armiero, *Wasteocene...*, p. 23.

capitalista y su articulación específica de valor de uso y valor de cambio a través de la ley del valor.⁵⁶

Valor negativo: la negación de la negación en la ecología mundo capitalista

Estas últimas potencialidades constituyen el valor negativo.⁵⁷ El valor negativo puede entenderse como la coproducción cualitativa de límites al capital en la trama de la vida. El valor negativo no es negativo en el sentido de sustracción, sino en el sentido dialéctico de *negación*.⁵⁸ Históricamente, la acumulación de valor negativo asumió una forma latente o potencial. Ahora se activa a través del matrimonio del capitalismo tardío con el productivismo, el imperialismo y la división global del trabajo. Las contradicciones son inmediatas, directas y cada vez más profundas a principios del siglo XXI.

El valor negativo no es una sustancia que se suma o se resta a la «huella ecológica» o a cualquier otro concepto neomalthusiano igualmente desafortunado.⁵⁹ Es un proceso emergente activado por el afán del capitalismo de apropiarse del *biotariado*: el trabajo / energía no remunerados que genera la vida planetaria.⁶⁰ En este proceso, las formas de vida se «despiertan» de tal manera que no «encajan» [*are unfixable*] dentro del modo de producción capitalista.⁶¹ Aunque las soluciones tecnológicas sean posibles, estas no se desarrollan porque no son rentables: las posibilidades tecnológicas regenerativas se dejan languidecer o se reducen al fragmento técnico estrecho y rentable que puede llevarse directamente al mercado.⁶²

⁵⁶ Marx, *Capital...*, p. 283; J. W. Moore, «The Value of Everything: Work, Capital, and Historical Natures in the Capitalist WorldEcology...».

⁵⁷ Moore, *Capitalism in the Web of Life...*

⁵⁸ «La negación en dialéctica no significa simplemente decir no, o declarar que algo no existe, o destruirlo de la manera que uno quiera. Hace mucho tiempo Spinoza dijo *Omnis determinatio est negatio*, toda limitación o determinación es al mismo tiempo una negación. Y además: el tipo de negación está aquí determinado, en primer lugar, por lo general y, en segundo lugar, por la naturaleza particular del proceso». F. Engels, *AntiDübring: Herr Eugen Dübring's Revolution in Science [1894]*, en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, vol. 25, Nueva York International Publishers, 1987.

⁵⁹ M. Wackernagel y W. Rees. *Our Ecological Footprint*, Gabriola Island, New Society Publishers, 1998.

⁶⁰ S. Collis, «Notes Towards a Manifesto of the Biotariat», *Beating the Bounds*, julio de 2014; J. W. Moore, «El hombre, la naturaleza y el ambientalismo de los ricos» en F. F. Herrera, D. Lew y N. Caruci (eds.), *Pensar la ciencia de otro modo...*

⁶¹ La lectura que se hace desde la ecología mundo de «fix» —que indica a la vez una resolución temporal de la crisis capitalista y un arreglo espacio-temporal *fijado* en un momento histórico-geográfico específico— toma como punto de partida a David Harvey, *The Limits to Capital*, Chicago, Univ. of Chicago Press, 1982 [ed. cast.: *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024]. Ver especialmente, Moore, *Capitalism in the Web of Life...*

⁶² Jesse Goldstein, *Planetary Improvement*, Cambridge, MIT Press, 2018.

Estas contradicciones del valor negativo ya no pueden resolverse por dos razones. En primer lugar, porque los arreglos imperiales anteriores han clausurado los bienes comunes terrestres, atmosféricos, acuáticos y corporales que eran necesarios para resolver las sucesivas crisis de acumulación, desde la década de 1550 hasta la de 1970. Estos cercamientos no solo permitieron la expansión cuantitativa de la acumulación mundial. Lo hicieron, en parte, asegurando un suministro suficiente de recursos *específicos* necesarios para impulsar la innovación tecnológica, como sugiere la historia tecnológica de la máquina de vapor, desarrollada inicialmente en la cabecera de las minas de carbón para drenar el agua. Estas fronteras de las Naturalezas Baratas suficientes para resolver la crisis de acumulación ya no existen.⁶³

En segundo lugar, la larga historia de cercamiento, apropiación y capitalización ha provocado la *transformación cualitativa* de la vida y los modos de vida planetarios, lo que ha llevado al despertar de «potencialidades dormidas» en tramas de vida cada vez más intransigentes frente al disciplinamiento capitalista. Esta intransigencia no solo abarca problemas biofísicos insolubles como el cambio climático. Es un error separar la Naturaleza como el dominio de los «límites de la sustancia» y la Sociedad como la zona de los «límites relacionales». Se trata de la separación burguesa de las «fuerzas externas e internas del desarrollo», nacida en el siglo XVI y que expresa en el pensamiento la separación del re/productor de los medios de re/producción.⁶⁴

La «venganza de la naturaleza» de Engels incluye la política del trabajo —en sí misma una «fuerza natural», como nos recuerda Marx—.⁶⁵ Los límites del capitalismo en la trama de la vida son, pues, políticos y ecológicos al mismo tiempo. Y es aquí donde encontramos las posibilidades revolucionarias de los movimientos que buscan «reclamar los bienes comunes»: atmosféricos, terrestres, urbanos, agrarios, reproductivos y más allá. Porque hoy, a diferencia de momentos anteriores, tales reclamaciones ya no pueden «arreglarse» descargando las contradicciones del capitalismo sobre nuevas personas y lugares subordinados (Esa estrategia persiste, pero ya está agotada y es incapaz de restablecer las condiciones para una acumulación renovada). Esto significa algo elemental pero raramente apreciado: la política de recuperación de los bienes comunes ha entrado en una lucha de suma cero con las fuerzas del capital. Estas situaciones de suma cero están

⁶³ J. W. Moore, «The End of Cheap Nature, or, How I learned to Stop Worrying about “the” Environment and Love the Crisis of Capitalism» en C. Suter y C. Chase Dunn (eds.), *Structures of the World Political Economy and the Future of Global Conflict and Cooperation*, Berlín, LIT, 2014, pp. 285-314.

⁶⁴ R. Levins y R. Lewontin, *The Dialectical Biologist*, Cambridge, Harvard Univ. Press, 1985, p. 278; R. C. Lewontin, S. Rose y L. J. Kamin, *Not in Our Genes...*

⁶⁵ La frase es recurrente a lo largo de la vida de Marx, ver *Grundrisse...*, p. 612.

plagadas de peligros y de posibilidades de revolución.⁶⁶ Lo único en lo que el capital no puede transigir en la Gran Implosión es en la desmercantilización y en la democratización.

En el capitalismo histórico, el valor negativo funciona de forma temporalmente discontinua, pero tendencialmente ascendente. Los «retornos naturales» separan la «conquista de la naturaleza» inicial de la activación de formas de vida que son cada vez más impermeables a las disciplinas tecnogestionarias del capitalismo: supermalezas resistentes a los herbicidas, infecciones por estafilococos resistentes a los antibióticos, pandemias galopantes, por no mencionar el cambio climático capitalogénico. En resumen, el valor negativo no es aritmética —«una resta»— sino una *negación* dialéctica del prometeísmo capitalista. De ahí el largo arco de la ley general de la sobrecontaminación. La conquista de la naturaleza, una vez tan fácilmente realizada, es negada. La «venganza de la naturaleza» de Engels está en plena floración.⁶⁷

La dialéctica del Despilfarroceno ilumina esta activación tendencial de la ley general de la sobrecontaminación a través de la historia del capitalismo. Muchos residuos en el capitalismo no son esencialmente tóxicos, y de hecho en volúmenes modestos son acompañamientos necesarios para la producción. Pensemos en el estiércol producido por el ganado. En condiciones de producción simple de mercancías, un pequeño agricultor que construye un corral móvil para el ganado permite que estas criaturas fertilicen los pastos y que la vaca y el agricultor realicen una labor regenerativa. Contrasta esto con la cría de cerdos a escala industrial de hoy en día y las enormes «lagunas» de purines que pueden romperse, como de hecho lo hacen, produciendo inundaciones catastróficas, que es justo lo que ocurrió en el este de Carolina del Norte después del huracán Florence de 2018.⁶⁸

Al mismo tiempo, en un caso claro de transformación cuantitativa / cualitativa, esta transformación de los residuos no tóxicos en ríos de mierda, —¡la mejor descripción del Despilfarroceno que puedo imaginar!— va acompañada de otra transformación *cualitativa* aún más tóxica. La revolución petroquímica del siglo XX ha envenenado directamente a los seres humanos y otras formas de vida —como Rachel Carson dejó claro hace seis décadas— para crear nuevas y mejores oportunidades de lucro.⁶⁹ En la coyuntura actual, la penetración sin precedentes del capital en nuestros cuerpos con plásticos, herbicidas y pesticidas ha producido lo que Shanna Swan llama la «cuenta

⁶⁶ Esta es la visión indispensable de una literatura ahora olvidada, ver S. Paige, *Agrarian Revolution*, Nueva York Free Press, 1975.

⁶⁷ F. Engels, «The Part Played by Labour in the Transition from Ape to Man» en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, vol. 5...

⁶⁸ Charles Bethea, «Could Smithfield Foods Have Prevented the “Rivers of Hog Waste” in North Carolina After Florence?», *New Yorker*, 30 de septiembre de 2018.

⁶⁹ Carson, *Silent Spring*...

atrás» –hacia una crisis absoluta de fertilidad para la especie humana–.⁷⁰ En resumen, la dialéctica del Despilfarroceno despliega una serie de transformaciones cualitativas más tóxicas, más invasivas y más expansivas de la vida planetaria. Estas invasiones están unidas funcional y dialécticamente a la ley general absoluta de la sobrecontaminación capitalista, que obliga a una desproporcionalidad entre la capitalización y la producción de residuos. Por cada frontera mercantil, debe haber una frontera de residuos mayor y, con el tiempo, más tóxica. Por cada *quantum* de plusvalía, debe haber un *quantum* mayor, y con el tiempo, más tóxico, de contaminación excedente. El arco del desarrollo capitalista es contaminar –cuantitativa y cualitativamente– en formas que exceden la capacidad de la trama de la vida para absorber esta contaminación sin inducir uno u otro «cambio de estado».

La dialéctica del Despilfarroceno es, en consecuencia, no una de la «destrucción de la naturaleza» –un término que Armiero sabiamente evita–. La lógica ecocida de acumulación imperial del Capitaloceno –desde las minas de plata de Potosí hasta la guerra nuclear y química estadounidense en Asia Oriental– no «destruyó el medio ambiente». Los entornos no pueden destruirse, solo su habitabilidad para una biota específica.⁷¹ Estas prácticas imperiales –de despilfarro y de creación de «personas y lugares despilfarrados» como condiciones de acumulación sin fin– crearon los entornos propicios para las sucesivas hegemonías mundiales y el «buen entorno empresarial».⁷² Estas dinámicas de creación de entornos –lo que he abreviado como Naturaleza Barata– configuran quién y qué es valioso, y quién y qué será objeto de violentas devaluaciones. Estas últimas transforman las tramas de la vida y, a su vez, están condicionadas por las tramas de la vida.

Trascender el Despilfarroceno: la justicia planetaria en la Gran Implosión

¿De qué manera contribuye esto a una interpretación revolucionaria de la crisis capitalista en el infierno planetario? Armiero insiste con razón en que la nuestra es una «crisis socioecológica» de carácter epocal. Pero, ¿qué tipo de crisis? ¿Del capitalismo o solo de su fase neoliberal? ¿De las excesivas

⁷⁰ S. H. Swann y S. Colino, *Count Down: How Our Modern World Is Threatening Sperm Counts, Altering Male and Female Reproductive Development, and Imperiling the Future of the Human Race*, Nueva York, Simon and Schuster, 2021.

⁷¹ R. Lewontin y R. Levins. «Organism and Environment», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 8, 1997, pp 95-98.

⁷² J. W. Moore y G. Avallone, «El mundo como campo de batalla. La larga historia de las crisis climáticas y la Naturaleza Barata en el sistema westfaliano», prólogo a Y. Molinero Gerbeau, *El medioambiente en las Relaciones Internacionales*, Madrid, Editorial Síntesis, 2022, p. 921.

concentraciones de gases de efecto invernadero? ¿De nuestra trinidad capitalogénica? ¿De la sociedad de clases o solo de su forma capitalista?

La respuesta a estas preguntas determina nuestra posición política. La identificación de una lógica y una tendencia de crisis es —confío en que Armiero y yo estemos de acuerdo— la base necesaria pero no suficiente para una estrategia internacionalista y socialista de justicia planetaria. La evaluación de la crisis climática y de nuestro imaginario político fluye de una evaluación de la historia: sobre todo, de la sociedad de clases y del capitalismo en la trama de la vida. Podemos ignorar esas historias, y asumirlas en la moda del Antropoceno popular.⁷³ Pero solo una síntesis revolucionaria —que persiga sin miedo una evaluación «radicalmente honesta» de las leyes generales del capitalismo y desafíe los dogmas a cada paso— será suficiente.⁷⁴ Tal síntesis materialista histórica comienza, como Armiero sostiene, reconociendo cómo el Despilfarroceno es una dialéctica de la lucha de clases en la trama de la vida. Esto pone en primer plano, como hemos visto, la cuestión del imperialismo y la unidad diferenciada de «desechos» y «desperdicio de personas y lugares».

Contra el antropocenismo de los límites del crecimiento, podemos perseguir con Marx la interpretación *dialéctica* de los límites del capitalismo. Esta visión interpretativa subraya la centralidad de las fronteras para contrarrestar la tendencia a la disminución de la tasa de ganancia. Este cálculo dialéctico se centra en la relación no lineal entre el despilfarro y las fronteras de la Naturaleza Barata: zonas de trabajo, alimentos, energía y materias primas mínimamente capitalizadas (los cuatro baratos).

La cuestión puede plantearse de forma sencilla, aunque esquemática. Históricamente, las grandes oleadas de industrialización han ido unidas dialécticamente a grandes oleadas de contaminación y toxicación. Recordemos la tesis de la desproporcionalidad de la ley general de la sobrecontaminación: cada *quantum* de plusvalía exige un *quantum* aún mayor de sobrecontaminación. La expansión geográfica de los complejos mercantiles implica —y necesita— nuevas y más amplias *fronteras de residuos*. Las nuevas industrializaciones y los nuevos imperialismos se unifican desde el primer día. Esto se debe, como hemos aprendido, en parte a la interminable búsqueda de los cuatro baratos. También se debe a que convertir la sangre en capital —tomando prestada la poética de clases de Marx— es una alquimia de envenenamiento de los cuerpos humanos, así como de otros cuerpos, estableciendo zonas de sacrificio y poblaciones en las que se pueden verter las formas más tóxicas de residuos.

⁷³ Ver capítulo 4 de este libro.

⁷⁴ R. Williams, «Ideas of Nature» en *Culture and Materialism*, Londres, Verso, 1980, pp. 67- 85.

Mientras las fronteras de los residuos puedan cercarse, conquistarse o, en otro sentido, plegarse, los costes de la toxificación podrán ser externalizados de forma efectiva. Durante mucho tiempo, diversas formas de contaminación y toxificación plantearon problemas episódicos y regionales, pero no levantaron ninguna barrera sistémica a la acumulación mundial. Evidentemente, se trataba de una situación que no podía perdurar. En algún momento, las fronteras de los residuos se cerrarían y los «sumideros» se desbordarían. El daño a la vida humana y extrahumana empezaría a registrarse en el libro de contabilidad del capital mundial.

Pero no se trata solo de que los sumideros se desborden. Eso es demasiado lineal y mecánico. Los sumideros se hacen añicos, implosionan. Esto se debe a que los «residuos» no son solo una cosa, sino una relación, y la lógica del capitalismo despilfarrocénico trae no solo la expansión cuantitativa, sino un cambio *cualitativo* en la biogeografía de los residuos. Una dimensión es la dramática toxificación de la producción. Las revoluciones petroquímica y agrícola, desde la década de 1940, la venenosa producción *hitech*, el carácter cada vez más tóxico de la extracción de combustibles fósiles como carbón, petróleo y gas, el auge del complejo de energía nuclear de posguerra. Por no hablar del complejo militar-industrial –sobre todo en Estados Unidos– que ahora se encuentra entre los principales contaminadores de carbono del mundo, y que es tristemente célebre por envenenar también a sus propios soldados. (Pensemos en los pozos de incineración, el uranio empobrecido y el agente naranja).⁷⁵

En ninguna parte es más evidente el carácter no lineal de la frontera de los residuos que en la crisis climática. Esta crisis implica las tres dimensiones del despilfarro bajo la ley general de la sobrecontaminación: el cercamiento imperial burgués de los bienes comunes atmosféricos; la prodigiosa producción de gases de efecto invernadero; y la destrucción de cualquiera que se atreva a desafiar la hegemonía unipolar estadounidense. (El Pentágono es el mayor emisor institucional de gases de efecto invernadero del mundo).⁷⁶ La expansión masiva de la producción de combustibles fósiles con el auge del capitalismo monopolista a finales del siglo XIX revela el cambio cualitativo en crudo relieve: el paso de la contaminación como problema de residuos a la *sobrecontaminación* como elemento clave de la crisis planetaria capitalógena. He aquí otra lucha narrativa. No se trata de una historia lineal sobre el cierre de las fronteras de residuos, seguido de un aumento de los daños a la vida y de los costes para el capital. Es la

⁷⁵ Estos soldados son proletarios, muchos de los cuales proceden de los lugares y poblaciones «desperdiciadas», tal y como destaca Armiero en su mordaz denuncia de la injusticia medioambiental.

⁷⁶ N. C. Crawford, *Pentagon fuel use, climate change & the costs of war*, Working Paper, Watson Institute, Brown Univ., 2019.

historia de cómo la estrategia de 500 años del capitalismo de «abaratar la naturaleza» está implosionando: una inversión epocal de la minimización de costes que ha hecho posible la acumulación mundial desde 1492.

Conclusión. Del vertedero global al socialismo planetario

El cierre del vertedero global, como dice Armiero, es el límite relacional de la contaminación barata y la activación epocal del valor negativo en la política, en los suelos y cultivos, así como en el clima. Esto no pone fin al *business as usual* del capitalismo, que sigue persiguiendo la acumulación militarizada incluso cuando su eficacia para revivir las condiciones de la acumulación mundial disminuye. He aquí la Gran Involución. En ausencia de nuevas fronteras, las contradicciones del capital se repliegan sobre sí mismas, dando lugar a un ataque sin precedentes de toxificación y violencia que también —como en la famosa fórmula de Geertz— suprime la productividad del trabajo e induce una crisis de reproducción.⁷⁷ Esos sucesivos movimientos fronterizos permitieron a las burguesías imperiales frenar la tendencia al aumento de los costes de producción en el sentido de Marx, y contener a las clases peligrosas puestas en marcha por la industrialización y la superexplotación imperialista. Su cierre representa un punto de inflexión cuantitativo: una crisis *epocal* del capitalismo.

El capitalismo activa ahora nuevas «potencialidades adormecidas en la naturaleza» (volviendo de nuevo a Marx). La trama de la vida, envenenada, toxificada y gestionada desde 1492, se rebela abiertamente. Resulta que la ecología mundo capitalista convierte no solo al proletariado, sino también al biotariado, en los sepultureros de la burguesía. Si el *uno por ciento* se transformará o no en una clase dominante postcapitalista y tecnoautoritaria —algo sugerido por el Proyecto Davos y su Gran Reinicio—⁷⁸ está en el aire.⁷⁹ También lo está un socialismo planetario que se tome en serio la insistencia dialéctica de Marx en la unidad de «la tierra y el trabajador». Pero pensar que el capitalismo puede capear las tormentas del infierno planetario —impulsado por la lógica del Despilfarroceno y amplificado por el propósito de producir Naturalezas Baratas— es, verdaderamente, dotar al capitalismo de poderes sobrenaturales.

¿La alternativa? Como sugiere Armiero, debemos enfrentarnos a las mistificaciones servidas por la «invisibilización y normalización» de la

⁷⁷ C. Geertz, *Agricultural Involution*, Berkeley, Univ of California Press, 1963, p. 58.

⁷⁸ El «Gran Reinicio» o Great Reset fue el nombre que el Foro de Davos dió en 2021 a una iniciativa de transición ecológica y cambio de modelo productivo que no tuvo continuidad. [N. del T.]

⁷⁹ Ver capítulo 10 de este libro

lógica imperial-burguesa del capitalismo por parte del Antropoceno popular.⁸⁰ Pero no basta con enfrentarse. Sé que Armiero estaría de acuerdo. Contra la violencia de las Naturalezas Baratas y su despiadada devaluación de la vida, debemos articular y avanzar una alternativa socialista que democratice el control popular sobre los medios de inversión, re/producción y coerción. Esto requerirá, sin duda, no solo una revolución político-económica, sino también una revolución cultural que revalorice la reproducción de la vida en diversidad, unidad y armonía. No se trata de un acontecimiento único, sino, como podría haber dicho Mao, de una continua lucha de clases en la trama de la vida. Considero que esta es la implicación dialéctica de Armiero: al desenmascarar a los agentes del Despilarroceno, abrimos la posibilidad para la democratización revolucionaria y la revalorización de la vida, la tierra y el trabajo al final del Capitaloceno.

⁸⁰ Armiero, *Wasteocene...*, p. 26.

VI

ANTROPOCENO, CAPITALOCENO Y HUIDA DE LA HISTORIA: UNIVERSALISMO DIÁLECTICO Y GEOGRAFÍAS DEL PODER DE CLASE EN LA ECOLOGÍA MUNDO CAPITALISTA 1492-2022*

Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales [geológicos, orográficos, climáticos, etc.] *y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres.*

El proletariado solo puede existir *en la historia mundial*, de la misma manera que el comunismo, su actividad, solo puede existir en la historia mundial. (Marx y Engels, 2010: 51, 49).

El desarrollo de la crisis planetaria –que es también una crisis epocal de la ecología mundo capitalista– reclama a gritos imaginaciones «pluriversales» de todo tipo. Pero, ¿qué tipo de pluriversalismo, contra qué tipo de universalismo y para qué tipo de política?

Estas palabras –pluriversalismo, universalismo– pueden ser peligrosas e incapacitantes cuando se abstraen de la historia del sistema mundo capitalista (Marx y Engels, 2010: 49). Estos y muchos otros términos –humanismo y poshumanismo, eurocentrismo y todo tipo de sufijos terminados en -ceno– han sido usados hasta el abuso y de forma tan promiscua que es fácil perder la claridad interpretativa y política. En el fondo, se trata de una huida de la historia del sistema mundo: del «movimiento *real*» del capitalismo histórico (Marx y Engels, 2010: 482).

El pretexto para esta huida suele basarse en dos afirmaciones principales. Una es una afirmación empirista acerca de que la historia del sistema mundo es diversa y, por lo tanto, no puede ser comprendida en sus patrones combinados y desiguales. La segunda es una afirmación ideológica acerca de que cualquier intento de narrar la unidad diferenciada del capitalismo es irremediabilmente eurocéntrica. El resultado es un descenso a amalgamas de particularismos regionales mezclados con la afirmación de que el problema del mundo actual es *Europa* y no el capitalismo. Esto

* Publicado originalmente como «Anthropocene, Capitalocene & the Flight from History: Dialectical Universalism & the Geographies of Class Power in World-Ecological Perspective, 1492-2021», *Nordia*, 2022.

permite a los teóricos «críticos» redefinir el debate interpretativo, lejos del terreno real de los puntos de inflexión históricos y cerca de las proposiciones filosóficas y conceptuales abstraídas de esos puntos de inflexión. Con demasiada frecuencia, los teóricos críticos se han contentado con lanzar *su* fraseología (¿correcta?) contra *otras* fraseologías (¿incorrectas?). El debate sobre las transiciones históricas, y sobre los modelos específicos de poder, beneficio y vida dentro y a través de las épocas del capitalismo, y las geografías globalizadoras del poder de clase han quedado fuera del marco.

Se trata de un problema muy antiguo. Marx, expulsado de París y llegado a Bruselas en la primavera de 1845 (pronto se le unió Engels), se enfrentó directamente al problema. Escribiendo desde el centro mismo de las tensiones revolucionarias del capitalismo industrial, Marx y Engels se enfrentaron al idealismo de los jóvenes hegelianos y los «verdaderos socialistas».

A pesar de su fraseología supuestamente «revolucionaria», [ellos] son los conservadores más acérrimos. Los más recientes han encontrado la expresión correcta para su actividad cuando declaran que solo luchan contra la «fraseología». Olvidan, sin embargo, que ellos mismos no oponen a esta fraseología más que otra fraseología, y que en modo alguno combaten el mundo realmente existente cuando combaten únicamente la fraseología de este mundo (Marx y Engels, 2010: 30).

Entre las contribuciones más importantes del materialismo histórico a la revolución socialista está su poder interpretativo para desmitificar las «ideas dominantes» de la burguesía (Marx y Engels, 2010: 59 y ss.). ¿Es esa contribución desigual? Desde una perspectiva dialéctica, evidentemente lo es. Y esa es la cuestión. El materialismo histórico es un método organizado para revelar los «movimientos reales» de la sociedad de clases en la trama de la vida. En otras palabras, el materialismo histórico es, ante todo, *histórico*. Y por *histórico*, subrayan Marx y Engels, entienden «la existencia empírica real de los hombres en su ser *histórico mundial*, en vez de local» (Marx y Engels, 2010: 49). La singularidad del capitalismo se encuentra en la geografía histórica de la acumulación permanente, que:

Hace que cada nación dependa de las revoluciones de las demás y, finalmente, pone a los individuos empíricamente universales de la historia del sistema mundo en lugar de los locales [...] Esta transformación de la historia en historia del sistema mundo no es en absoluto un mero acto abstracto por parte de la «autoconciencia», el espíritu del mundo, o de cualquier otro espectro metafísico, sino un acto bastante material, empíricamente verificable. (Marx y Engels, 2010: 49, 51).

En este pasaje, Marx y Engels ponen en primer plano la internacionalización de la vida cotidiana del capitalismo y, por tanto, del poder de clase. Esta globalización está irreductiblemente conformada por la «doble relación» de la sociedad de clases, no solo socioecológica en todos los aspectos, sino basada en un materialismo activo a través del cual la sociedad de clases es a la vez (si bien de forma desigual) productora y producto de tramas de la vida (Marx y Engels, 2010: 43; Burkett, 1999; Foster, 2000). Esta trinidad geohistórica de creación de entornos, formación de clase y urbanización planetaria ha sido fundamental para mi conceptualización del capitalismo como ecología mundo.¹

El argumento es sencillo: identificar, interpretar y reconstruir los orígenes y el desarrollo de la crisis planetaria es una de las tareas políticas fundamentales de la izquierda mundial. En la actualidad, prácticamente todo lo relacionado con la posición política del movimiento por la justicia climática depende de la concepción que se tenga de la historia del mundo, incluso y especialmente cuando esas concepciones son ahistóricas o caen sobre papel mojado. El pensamiento ahistórico prácticamente garantiza la reproducción de las ideas dominantes de la burguesía. El ecologismo de «segunda ola» que surgió después de 1968, por ejemplo, era rehén de los fetiches dominantes de principios del siglo XIX: el demografismo y el industrialismo (Guha, 2000: 69-97). Era y es una perspectiva fuertemente predispuesta a los fetiches tecnocráticos y tecnológicos, y a ignorar el poder imperial y los problemas ambientales a los que se enfrentan los trabajadores y campesinos de todo el mundo (véase Robertson, 2012; Montrie, 2011; Moore, 2021a).

Mucho, y nada, ha cambiado desde 1968. El actual Ecologismo con una gran «E» —el «ecologismo de los ricos» (Dauvergne 2016) y su consenso del Antropoceno— sigue cautivo de estos fetiches decimonónicos y del programa de gerencialismo planetario (Moore, 2021a). Se designan así múltiples fenómenos antagonistas de la *sostenibilidad* planetaria

¹ Algunos textos clave incluyen: Moore, *Capitalism in the Web of Life...*; Patel y Moore, *A History of Seven Cheap Things...*; Moore, *Anthropocene or Capitalocene?...*; N. Brenner, *New Urban Spaces*, Oxford, Oxford University Press, 2019. Contribuciones más recientes incluyen: C., Campbell, M. Niblett y K. Oloff (eds.), *Literary and Cultural Production, World-Ecology, and the Global Food System*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2021; K. Gibson *Subsumption as Development: A World-Ecological Critique of the South Korean «Miracle»*, tesis doctoral en Environmental Studies, York University, 2021; M. W. Dixon, «Phosphate Rock Frontiers: Nature, Labor, and Imperial States, from 1870 to World War II», *Critical Historical Studies*, núm. 8, 2021, pp. 271–307; C. Otter, *Diet for a Large Planet: Industrial Britain, Food Systems, and World-Ecology*, Chicago, University of Chicago Press, 2020; D. Boscov-Allen, *After the Flood: Political Philosophy in the Capitalocene...*; A. G. Jakes, *Egypt's Occupation: Colonial Economism and the Crises of Capitalism*, Stanford, Stanford University Press, 2020. Así como los ensayos recopilados en Y. Molinero Gerbeau, G. Avallone y J. W. Moore, «Ecología-mundo, Capitaloceno y acumulación», *Relaciones internacionales*, núms. 46 y 47, 2021.

—en sí mismo un concepto implacablemente polisémico, bien integrado en el complejo ecoindustrial neoliberal—: el crecimiento económico, el consumismo, los mercados ineficientes, la tecnología derrochadora, la urbanización y, sí, cincuenta años después de Ehrlich y 225 años después de Malthus, la superpoblación (Ehrlich, 1968). Esta larga lista se ilustra en los ya icónicos gráficos tipo «palo de hockey» del Antropoceno popular y de las narrativas de la Gran Aceleración (McNeill y Engelke, 2016; véase también Moore, 2017b).

Una fatídica colisión, se nos dice, da forma al moderno sistema mundo: los «humanos» están «arrollando a las grandes fuerzas de la naturaleza» (Steffen *et al.*, 2007). El Antropoceno popular y los ontólogos políticos encuentran un terreno común en la filosofía de las relaciones externas: la «colisión» de esencias concebidas a través de metáforas de redes y sistemas en lugar de la interpenetración de opuestos. Desaparece de estos relatos el papel constitutivo de las revueltas populares, las revoluciones sociales y el imperialismo como mecanismo de formación de clases y de apropiación de las Naturalezas Baratas. La política que se desprende de esta cosmología del Hombre contra la Naturaleza —inventada durante el auge del capitalismo después de 1492— es una combinación de gestión planetaria tecnocientífica («*escuchen* a la ciencia») y un moralismo liberal piadoso: «Vivan sencillamente para que otros puedan vivir». Mientras tanto, el capitalismo sigue funcionando.

¿Qué es, y qué no es, el Capitaloceno? Del método histórico al internacionalismo proletario

Las relaciones entre los orígenes de un problema, su desarrollo histórico y sus configuraciones recientes de poder, beneficio y vida son estrechas. La valoración que uno hace de estas relaciones alimenta, de forma más o menos directa, su concepción de la política mundial. Trágicamente —tres décadas después de que Harvey lamentara que el pensamiento verde ignora la historia ambiental o la trata como «un depósito de pruebas anecdóticas en apoyo de afirmaciones particulares»— la teoría medioambientalista procede como si la historia del capitalismo fuera epifenoménica (Harvey, 1993).

De forma contraintuitiva, ese negacionismo de la historia es una variante crítica del llamamiento neoliberal de Hillary Clinton a que «superemos» la larga historia del imperialismo: «Por el amor de Dios, estamos en el siglo XXI. Tenemos que superar lo que ocurrió hace 50, 100, 200 años» (Reuters, 2010). Una teoría política desvinculada de la historia del sistema mundo capitalista produce una política con importantes puntos ciegos, sobre todo a la hora de detectar esa voluntad del imperialismo de «destruir

la ciudad para salvarla» y tampoco ve la importante contribución de las revoluciones antiimperialistas a la defensa de esas ciudades metafóricas (y reales).² La tesis del Capitaloceno es un antídoto contra este negacionismo de la historia. Tanto la tesis del Capitaloceno de 1830 como la de 1492 –con todas sus diferencias– están de acuerdo: el movimiento de justicia climática debe interrogar los orígenes de la crisis planetaria (véase Malm, 2016; Moore, 2017a; Moore, 2018).

La huida de la historia realiza una doble tarea ideológica para el capital. En primer lugar, fragmenta nuestra comprensión del encaje entre las estructuras de conocimiento, los pilares geoculturales de la dominación capitalista y las dinámicas mundiales de capital y clase. El problema de las perspectivas decoloniales se revela en una corriente aparentemente infinita de ensamblajes conceptuales aditivos: «el sistema mundial heteropatriarcal capitalista moderno-colonial» y demás (Escobar, 2018: xii). La versión más simple de estas formulaciones aditivas es alguna versión de la suma de *colonialismo más capitalismo*. Casi invariablemente, estas desconectan tanto el capitalismo como el colonialismo de las estructuras de clase específicas –y de las dinámicas de formación de clases periféricas– implantadas por proyectos imperiales específicos que buscan asegurar un buen ambiente para los negocios (por ejemplo, Grosfoguel, 2002). Y lo que es más importante, esta desconexión tiende a presentar como «reduccionista» *cualquier* relato que ponga en primer plano la clase y el capital, una visión que reduce las diferencias entre el análisis de clase del sistema mundo capitalista y el formalismo de clase eurocéntrico. Y lo que es aún más curioso, gran parte de la hipótesis del colonialismo de asentamiento, ahora de moda, reproduce un antiguo discurso civilizador de «nativos» y «colonos», que también hacía abstracción de las relaciones de clase (aunque con diferentes simpatías políticas), a menudo en interés del desarrollo sostenible *avant la lettre* (por ejemplo, Jacks y Whyte, 1939).

El auge del capitalismo estuvo estrechamente ligado al cambio climático y a los sucesivos Proyectos Civilizadores (Moore, 2021e). El universalismo europeo –y su trinidad fundamental: Hombre, Naturaleza y Civilización– maduró en el largo siglo XVII. Esta fue la primera crisis del *desarrollo* capitalista. Estas crisis marcan la transición de una fase del capitalismo a otra, periodo durante el que las distintas crisis sistémicas se resuelven mediante nuevas rondas de acumulación primitiva y apropiación extraeconómica de Naturalezas Baratas (véase Moore, 2015). La «gran crisis» del siglo XVII fue una tormenta perfecta de cambio climático, revuelta popular, guerra interminable y volatilidad económica. El

² La cita exacta, de un oficial del ejército estadounidense en plena Ofensiva del Tet de 1968, fue publicada en su momento por P. Arnett *The Only Way to «Save» City was to Destroy It*, Associated Press, 7 de febrero de 1968.

declive climático –desfavorable, incluso para los estándares de la Pequeña Edad de Hielo– fue un momento decisivo (Parker, 2013), impulsado por fuerzas naturales y amplificado por la conquista, la mercantilización y la formación de clase en las Américas después de 1492. Esto último marcó la aparición del forzamiento capitalogénico. Su firma geológica fue el «Pico de Orbis», el término que utilizan Maslin y Lewis (2015) para la reducción de carbono del siglo XVI resultante de los genocidios del Nuevo Mundo (véase también Cameron *et al.*, 2015).

De forma similar a la coyuntura clima-clase de dos siglos antes –que marcó la crisis *epocal* del feudalismo–, esta coyuntura del siglo XVII amplió las tensiones políticas y de clase, impulsando la revuelta popular y la guerra interminable en una Europa agotada fiscalmente por las guerras entre los Valois y los Habsburgo. Todo ello culminó en la gran crisis financiera de 1557 (Patel y Moore, 2017). Sin embargo, a diferencia de la coyuntura bajo medieval, la crisis se resolvió. Las nuevas maquinarias estatales modernas en el corazón de los imperios marítimos ibéricos, y luego holandeses e ingleses, lograron «arreglar» la crisis del orden capitalista y la acumulación global del siglo XVII. Este arreglo se llevó a cabo mediante una audaz serie de campañas productivistas. Esta fue la revolución de la ecología mundo del largo siglo XVII, que trajo por primera vez un incremento de la vida planetaria en el circuito de la Naturaleza Barata. Sus joyas de la corona fueron el complejo minero de la plata del Perú y las plantaciones de azúcar del noreste de Brasil. Mientras tanto, en Europa, un movimiento epocal de semiproletarización generaba explosivas contradicciones de clase en el campo, que se manifestaron en distintas oleadas de rebelión agraria (véase Moore, 2010a, 2010b; Linebaugh & Rediker, 2000).

El universalismo europeo cristalizó en esta primera crisis climática capitalogénica, una crisis de desarrollo entendida como un punto de inflexión en la trinidad capitalista de poder, beneficio y vida. Si se rechaza el determinismo-conquista y el determinismo-climático, esta reconsideración de la historia del sistema mundo entiende estos dos momentos como antagonismos dialécticos que llevan al capitalismo hacia una estrategia de «arreglo climático» capaz de priorizar la industria a gran escala y la proletarización transatlántica. En las colonias, el problema para el imperio era restaurar y expandir el Trabajo Barato tras los genocidios inducidos por la esclavitud. En Europa central y occidental, el problema era contener a las clases peligrosas, que en el siglo XIV habían asestado una derrota histórica a las clases dominantes europeas y que en el siglo XVII amenazaban, una vez más, con escapárseles de las manos (Zagorin, 1982).

En esta primera crisis climática capitalista, comenzaron a materializarse formas de universalismo que facilitaron directamente este «arreglo climático». De ahí la notable sincronía de la revolución laboral y paisajística del

siglo XVII con las abstracciones reales que la hicieron posible: Hombre, Naturaleza y Civilización, haciendo germinar rápidamente ideologías naturalizadas de dominación racial y de género. El universalismo europeo fue un imperativo de la administración de clase cuya arquitectura geocultural descansaba sobre la Naturaleza. Nótese la mayúscula, Naturaleza. Fue una idea dominante y una estrategia de acumulación dominante que reubicó a la inmensa mayoría de los humanos junto con la vida extrahumana en esa nueva zona cosmológica (aunque muy material), la Naturaleza. La prioridad de gestión era «civilizar» a esos humanos, por supuesto siempre en interés de asegurar la máxima explotación de la fuerza de trabajo y la máxima apropiación del trabajo no remunerado. Este es el origen de la gestión planetaria como hilo conductor de la práctica imperial y de la apropiación de las Naturalezas Baratas, especialmente los cuatro baratos: los alimentos, el trabajo, la energía y las materias primas (Moore, 2021a). La visión del universalismo europeo de la gestión planetaria, definida por la racionalización antipolítica de los problemas socioecológicos en el camino hacia el Progreso, sigue entre nosotros; llámese desarrollo sostenible, Antropoceno, lo que sea. Vino viejo en odres nuevos.

Aquí es donde la racionalidad cartesiana —y su dualismo mente / cuerpo— pasa a primer plano. La importancia de la contribución de Descartes se desplaza fácilmente a un debate puramente filosófico. Mi prioridad está en otra parte: en cómo la racionalidad cartesiana expresaba y permitía las fantasías de gestión del capitalismo temprano, que con el tiempo se fusionaron en un *ethos* de gestión que informaría las sucesivas oleadas de las revoluciones imperiales, por los recursos y por el control del lugar de trabajo. Siglos antes de que Frederick Winslow Taylor formalizara la «gestión científica», persiguiendo la concentración administrativa del «trabajo cerebral» y la reducción del trabajo proletario «casi al nivel del trabajo en su forma animal». Al distinguir entre las cosas pensantes [*res cogitans*] y las cosas extensas [*res extensa*] como esencias discretas, y al declarar el dominio de las segundas por las primeras, Descartes articuló una filosofía de la gestión *planetaria* (Taylor, 1912: 98; Braverman, 1974: 78). Descartes articuló las «premisas de la disciplina de trabajo» geocultural que el capitalismo requería (Federici, 2004; Descartes, 2006). Al hacerlo, se instaló una estrategia de trabajo barato en el corazón del universalismo europeo, y de su impulso prometeico.

En la época de la formulación clásica de Descartes (1637) —que separa los pensadores (gestores) de los cuerpos (trabajadores)—, las estructuras modernas del conocimiento empezaron también a tomar forma. A lo largo del siglo XVII, la concatenación de Descartes, Newton, Bacon y Locke codificó el «sistema de conocimiento» capitalista (Wallerstein, 1980; Wallerstein, 2006). Las estructuras del conocimiento fueron, en sucesivos

giros, variables dependientes e independientes, canalizando pero también informando el conocimiento y la práctica del imperialismo y su trinidad de conquista, formación de clases y mercantilización. Las estructuras de conocimiento y dominación cristalizaron juntas en esta época por una razón de peso: su unidad dialéctica era crucial para los proyectos de clase imperiales —culturales, políticos y económicos— destinados a asegurar las condiciones de la acumulación ampliada.

Esto nos lleva a la cuestión del Capitaloceno. En primer lugar, dejemos claro que el Capitaloceno no significa la primacía de los motivos económicos. Tampoco es un intento de sustituir la historia del sistema mundo por una lógica abstracta, como ocurre con el pensamiento decolonial. A pesar de todas las diferencias significativas entre las tesis de 1492 y 1830, ambas dan prioridad al ascenso del capitalismo. Para Malm, se trata de una historia anglocéntrica moldeada por las geografías de la lucha de clases, la innovación técnica y la revolución del carbón (Malm, 2016). Para mí, se trata de una historia del sistema mundo de la revolución de la tierra y el trabajo después de 1492, que produjo una ecología mundo capitalista (Moore, 2017a). Ninguno de los dos pretende sustituir la historia humana por la historia geológica. Ambos somos críticos acérrimos del economismo, insistiendo en la centralidad del poder político para establecer y reproducir las condiciones necesarias de la acumulación permanente.

El argumento del Capitaloceno es un *método*, no una fórmula abstracta (Moore, 2017c). Hay que interrogar a las metodologías para la delimitación del tiempo, el espacio y las relaciones socioecológicas en función de lo que permiten explicar. El circuito del capital fósil de Malm y mi teoría de las Naturalezas Baratas son procedimientos metodológicos que rastrean el surgimiento de las relaciones socioecológicas capitalistas. Hay diferencias. Malm cree que yo soy latouriano. Yo creo que la teoría del capital fósil de Malm interioriza un fetichismo de los recursos y practica un formalismo de clase eurocéntrico. Estas son diferencias entre compañeros de militancia, aunque uno no puede evitar ver una oportunidad perdida en la reticencia de Malm a comprometerse con las cuestiones históricas (véase Moore, 2017a).

Mientras que la mayor parte de la teoría crítica —y la mayor parte del ecosocialismo— disuelve esa historia del mundo en un baño ácido de frases «que hacen temblar al mundo», la ecología mundo insiste en que la teoría radical es histórica, o no es nada. La tesis del Capitaloceno versa sobre *puntos de inflexión* y *patrones* y, desde ahí, cuestiona la mitología imperialista del Hombre y la Naturaleza inscrita en esa frase tan sagrada que es el cambio climático antropogénico. Su alternativa es el cambio climático *capitalogénico*: abreviatura de la emergencia del capitalismo como fuerza planetaria. Este método surge del compromiso militante de identificar

e informar sobre las políticas de clase que señalan las vulnerabilidades estratégicas del capitalismo. Si queremos entender esos eslabones débiles, debemos situarlos histórica y geográficamente dentro de la *longue durée* de la creación del entorno capitalista y, sobre todo, dentro de coyunturas políticas previas de cambio climático desfavorable.

El método del Capitaloceno pone de relieve las tres cuestiones histórico-geográficas más acuciantes del cambio planetario capitalogénico.³ En primer lugar, sitúa los orígenes de la crisis planetaria en la revolución que operó el capitalismo temprano sobre el trabajo y el paisaje. En segundo lugar, identifica e interpreta los patrones de recurrencia, evolución y crisis en la historia del sistema mundo capitalista. En tercer lugar, solo se puede defender el carácter novedoso del momento actual tras identificar las tendencias acumulativas y los patrones cíclicos del capitalismo.

Este método tiene dos virtudes. En primer lugar, se enfrenta directamente a la ortodoxia neomalthusiana del Hombre y la Naturaleza —en sentido amplio, una concepción ahistórica y externalista de los «límites del crecimiento»—. En segundo lugar, construye una historia de los límites del capital en el sistema mundo forjada a través de las unidades contradictorias de la modernidad: lucha de clases, acumulación de capital, dominación geocultural y poder imperial. Estas unidades históricas son a la vez productoras y producto de la trama de la vida. Lejos de negar los límites del capital, la ecología mundo los afirma como la unidad antagónica de relaciones «internas» y «externas», a su vez interpenetradas e intercambiables (Ollman, 1971; Levins y Lewontin, 1985). Este enfoque enfatiza el ansia del capitalismo por extender su hegemonía a nuevos ámbitos de la vida, necesaria para reestructurar sus límites y posponer el día del juicio final. En esa búsqueda, la creación de un entorno capitalista transforma no solo las condiciones para la reproducción de la vida planetaria, sino también el proceso de valorización (Marx, 1976: 283).

El proceso de valorización —que comprende la transformación del valor y sus implicaciones socioecológicas más amplias— no solo encuentra límites, sino que los *produce* activamente. En este sentido, el concepto de valor negativo puede resultar útil, ya que pone de manifiesto las implicaciones *políticas* de los antagonismos de la modernidad entre la vida y el capital. Desde esta perspectiva, la creación de un entorno capitalista genera *necesariamente* relaciones contradictorias que el capital no puede resolver (Moore, 2015a). Cualquier «arreglo» climático —autoritario o socialista— socavará el

³ Aquí me apoyo en las tres preguntas de Giovanni Arrighi. Véase Arrighi, *The Long Twentieth Century*. Londres, Verso, 1994 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 1999]; J. W. Moore, «Ecology, Capital, and the Nature of Our Times», *Journal of World-Systems Research*, núm. 17, 2011, pp. 108-147.

modelo capitalista de cinco siglos de *business-as-usual*. Para repetir lo que nos dicen todos los manuales de dialéctica: se trata de una transformación «cuanti-cualitativa» de primer orden (Marx y Engels, 1987: 356). El capital *debe* agotar las condiciones biosféricas de la acumulación de capital, que es mucho más que el agotamiento de las tramas pasivas de la vida. Dicho agotamiento también emerge a través de tramas de la vida que se rebelan contra la toxificación y contra las simplificaciones burguesas de todo tipo. Al igual que el proletariado se resiste a la lógica deshumanizadora del capital, el biotariado —esas tramas de la vida puestas a trabajar para el capital— desestabiliza continuamente las disciplinas de la gestión planetaria (Collis, 2016; Wallis, 2000).

El capital tiende a ver al proletariado y al biotariado como otros tantos factores de producción intercambiables. De ahí la observación de Marx de que la fuerza de trabajo se convierte, para el capital, en «material humano desechable» junto a los demás «elementos materiales» consumidos en la producción (Marx, 1976: 785-786). Las sucesivas oleadas de desarrollo capitalista han llevado este desarrollo lineal a su ruptura cualitativa. Surgen formas de vida social —enredando lo humano y lo extrahumano— que son cada vez más incompatibles con la lógica del capital. Esta contratendencia es el *valor negativo*. No es negativo en un sentido matemático. Se trata más bien de tendencias limitadoras. Una vez activadas, amenazan la *negación* (la trascendencia) de la ley del valor. Mientras pudieron conquistarse y apropiarse fronteras de Naturaleza Barata suficientemente grandes, la activación del valor negativo se mantuvo dentro de límites manejables. A medida que esas fronteras se han ido cerrando —incluido el cierre de los bienes comunes atmosféricos como vertedero de gases de efecto invernadero—, las contradicciones del capitalismo se han vuelto cada vez más inmanejables. Aunque las expresiones concretas han cambiado, las ideas de Lenin y Luxemburg sobre el agotamiento de las fronteras mercantiles y la intensificación de la rivalidad interimperialista conservan una fuerza considerable (Luxemburg, 1970; Lenin, 1964). La ecología mundo amplía esas ideas a la relación interiorizadora del capitalismo con y dentro de las tramas de la vida. Este enfoque tiene la ventaja de identificar los eslabones débiles del capitalismo (sus límites) y aclarar las posibilidades de la justicia planetaria y el socialismo biotariano.

La lógica del universalismo europeo *es* totalizadora (Mignolo, 1995). Pero en tanto relatos críticos olvidan una observación histórica elemental: el universalismo es el momento geocultural de la interminable acumulación de capital. No es ni base ni superestructura. A veces es una «fuerza de producción» por derecho propio, en otros momentos es un mecanismo indispensable para legitimar una ecología mundo capitalista salvajemente

desigual y violentamente reproducida (Wallerstein, 2006). Se trata de un universalismo burgués.

La alternativa no es una historia del sistema mundo narrada a través de «una red de historias locales y múltiples hegemonías locales» (Mignolo, 2012: 22). Esto es particularismo abstracto. Es la imagen especular del universalismo abstracto. El camino anticapitalista a seguir es un universalismo dialéctico. La dialéctica procede a través de la variación, no a pesar de ella. Su base socioecológica es la formación mundial de la trinidad capitalogénica forjada en la crisis del siglo XVII: las transcendentales relaciones de la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático (Moore, 2019). Desde los primeros atisbos de internacionalismo proletario, en las luchas de clases transatlánticas del siglo XVII, esta configuración ideológica-imperial-de clase se comprendió, aunque provisionalmente. En las manos, cuerpos y mentes del proletariado de las plantaciones, el universalismo dialéctico reconocía que las diversas formas de apariencia de la opresión y la explotación ocultaban una unidad subyacente (Linebaugh y Rediker, 2000; James, 1989). La cuestión del internacionalismo –y de un universalismo dialéctico que persiga la liberación humana en su más amplia diversidad– sería a partir de entonces fundamental para la política de la clase obrera. El punto de inflexión del siglo XX fue la reorientación de Lenin hacia las luchas de liberación nacional a partir del congreso de Bakú de 1920 (Prashad, 2008). De forma espectacular, ese internacionalismo –desigual, a menudo tenso, siempre frágil– fue el eje de la lucha de clases mundial, con la liberación nacional como centro, durante toda la posguerra (Arrighi, Hopkins y Wallerstein, 1989). ¿Por qué? Como cada nuevo lector del *Manifiesto comunista* aprende, es porque el capital debe saltar más allá de todos los límites y, al hacerlo, crea un sistema internacionalista orientado a la destrucción de la resistencia efectiva, creando a la vez la base socioecológica para la acción revolucionaria.

El Capitaloceno forma parte de una discusión en evolución dirigida a esclarecer la geografía histórica del capitalismo en su larga marcha hacia la crisis planetaria y la revolución mundial. La hipótesis del Capitaloceno evita una doble alienación característica de los enfoques tanto críticos como dominantes. En primer lugar, rechaza las interpretaciones históricas que toman como punto de partida los fetiches modernos. Para el Antropoceno popular y la mayor parte del ecologismo, se trata de una u otra versión de la cosmología del Hombre y la Naturaleza. Para los enfoques pluriversales, y su más amplia discusión decolonial, se trata de «Occidente y el resto», enfrentando una Europa cosificada con el resto del mundo. El primero se despliega a través de una lógica abstraída de la observación empírica incrustada en la profunda historia del pensamiento positivista e imperial. La segunda abarca, como veremos, el eurocentrismo más exhaustivo bajo

el signo de la crítica antieurocéntrica. Al no dar cuenta de la síntesis epocal de poder, ganancia y vida realizada en el largo siglo XVI, se nos presenta una modernidad cosificada y aislada de sus patrones de acumulación, formación de clases y poder geopolítico.

El enfoque decolonial tiene la curiosa (y seguramente involuntaria) consecuencia de hacer que el ascenso de Europa resulte milagroso. En lugar de reconstruir la geografía histórica de la transición al capitalismo a lo largo de estos primeros siglos modernos, se nos ofrece una versión *woke* del milagro europeo, a través de la cual la ecología política de clase, imperio y capital no aparece por ninguna parte. Esto deja solo una modernidad reificada para explicar una transición biogeográfica sin precedentes en los asuntos humanos (el llamado Intercambio Colombino) y una revolución paisajística y laboral sin precedentes en los siglos posteriores a 1492.

En el próximo siglo, cumplir las promesas del movimiento de justicia climática exigirá una nueva revolución laboral y paisajística sin precedentes. Esa estrategia revolucionaria –hacia un Proletarioceno– no puede ser la de una abstracta coalición. Antes al contrario, debe basarse en las relaciones laborales capitalistas, vinculando trabajo remunerado y no remunerado, vidas humanas y extrahumanas (The Salvage Collective, 2021). La justicia planetaria triunfará o fracasará en función de la capacidad de las clases re/productoras del mundo para aprovechar las unidades reales y latentes centradas en el trabajo forjadas por el desarrollo capitalista, una vez más, tomando en serio la lógica geográfica del *Manifiesto comunista* (Harvey, 1998). Estas unidades diferenciadas encuentran su hilo conductor en el proletariado planetario. Desde este punto de vista, podemos enfocar los movimientos unificadores de las geografías del trabajo, la vida y el poder del capitalismo. Aquí descubrimos una visión necesaria de la lucha de clases en la trama de la vida, arremolinándose en torno a las unidades diferenciales del trabajo remunerado y no remunerado, de los humanos y el resto de la naturaleza. Esta es la trinidad interpenetrante, superpuesta y porosa del proletariado, el femitariado y el biotariado (véase Moore, 2021b, 2021c).

El pluriversalismo abstracto y sus descontentos

Ahora voy a arriesgarme a hacer el equivalente intelectual de «tirarme un pedo en un ascensor», tomando prestado un chiste de mi amigo Raj Patel. Quiero empezar comunicando mi gratitud a los coeditores por invitarme a unirme a un diálogo sobre el pluriversalismo, sabiendo bien que voy a desafiar sus hilos conductores (Lunden y Tornel, 2021). Desde el principio, permítanme estipular que los esfuerzos continuos de los académicos por recuperar las cosmologías y prácticas indígenas son necesarios para

cualquier proyecto de justicia planetaria. Sin embargo, de ello no se deduce que ninguna de ellas esté fuera de la modernidad.

En la convocatoria de artículos de los editores, quiero señalar los siguientes problemas para el debate:⁴

1. Se confunde la abstracción burguesa del Antropoceno con la abstracción dialéctica del Capitaloceno, sugiriendo que se trata de variantes a derecha e izquierda de una posición modernista.
2. Al hacerlo, recupera la caricatura que hace la ontología política del materialismo histórico como una variante del universalismo occidental.
3. Se reproduce la confusión entre niveles de abstracción y escala geográfica, sugiriendo falsamente que los enfoques de la ecología mundo son monoescalares en lugar de multiescalares, a pesar de la repetida insistencia de la perspectiva de la ecología mundo en vincular la biosfera y el cuerpo, los lugares de re/producción y acumulación mundial, a través de las mediaciones del capital, la clase y el imperio.
4. Se privilegian fetichismos como el «crecimiento económico» (y el decrecimiento) en un rechazo explícito de «nombrar el sistema».
5. Por último, y no menos importante, se prescinde de la necesidad de conectar la política revolucionaria con la formación y el desarrollo histórico-geográfico de largo plazo del cambio climático capitalogénico desde 1492.

El pluriversalismo y sus afines se presentan como heterodoxos e inclusivos, pero en realidad son profundamente excluyentes. Proyectan un aplanamiento burgués de la dialéctica proletaria, sosteniendo que las historizaciones mundiales del capital y la clase, la ciencia y el imperio, son irremediabilmente *modernas*. Esto provoca algunos puntos ciegos significativos. En uno de los más intrigantes, los coeditores de este número especial proponen el Antropoceno como «disruptivo [...] [de] la división Naturaleza / Cultura». Se trata de una afirmación muy extendida. Lo que hay que subrayar es que los puntos de referencia de los coeditores, Chakrabarty y Latour, son descaradamente clasistas y antidialécticos. La audaz reducción de Chakrabarty de la lucha de clases y la política de clases

⁴ Moore se refiere a la convocatoria original de la revista *Nordia* a la que presentó la versión original de este capítulo: A. Lunden y C. Tornel, Call for Papers NGP Theme Issue 2021, *Re-worlding: Pluriversal politics in the Anthropocene*, Nordia Geographical Publications, 2021. [N. del E.]

a una abstracta «desigualdad» le lleva incluso a argumentar un contrafáctico: un «[mundo] más igualitario y justo [...] ¡la crisis climática sería peor! *Nuestra huella de carbono colectiva solo sería mayor*» (Chakrabarty, 2014: 11). ¿Nuestra? ¿La de quién? La «huella» *debe* ser mayor porque, al fin y al cabo, capitalismo y socialismo son lo mismo. No hay alternativa.

Al igual que los argumentos pluriversales en general, Chakrabarty y Latour practican una filosofía de las *relaciones externas*, narrando una «colisión» de esencias. Las consecuencias de tal visión son enormes. Una filosofía externalista de las relaciones bebe profundamente del pozo de la racionalidad cartesiana y de su priorización ontológica de las sustancias sobre las relaciones.

El marco externalista sostiene que hay tanto «cosas» [...] ([o] «factores») como relaciones, pero que son lógicamente independientes entre sí [...] [En esta perspectiva,] las relaciones entre dos o más cosas pueden sufrir cambios drásticos e incluso desaparecer por completo sin afectar a las cualidades por las que las reconocemos. (Ollman, 2015: 10).

Reconocer esta filosofía externalista nos permite dar sentido a la peculiar visión de Mignolo acerca de la posibilidad política. En este marco pluriversalista, «el universalismo occidental tiene derecho a coexistir en el pluriverso del significado. Despojada de su pretendida universalidad, la cosmología occidental sería una de tantas cosmologías», como si el universalismo europeo hubiera sido una cosmovisión incorpórea en lugar del martillo práctico de la dominación mundial de la burguesía mundial.

La afinidad pluriversal con pensadores anti-dialécticos como Latour y Chakrabarty es razonable dentro de su marco anticomunista. A pesar del apoyo superficial del pluriversalismo a la diversidad, la idea central del argumento es clara: se debe negar el carácter dialéctico de los argumentos contruidos a través de la filosofía de las relaciones internas (Chakrabarty, 2014). Para Latour, «el capitalismo no existe» (Latour, 1988: 173). En este caso, excesivamente desafortunado, el negacionismo del capital conduce a la desagradable formulación «los habitantes de la Tierra» y su previsible llamamiento a la «defensa [...] de la patria europea» (Latour, 2018). En cuanto a Chakrabarty, la «lógica» del capitalismo y la «historia de la vida en este planeta» son externas la una a la otra. No tienen ninguna conexión «intrínseca». ¿*Intrínseca*? Palabras tambaleantes como esta recorren los argumentos de Chakrabarty. Estos dos momentos del capital y de la vida gozan ciertamente de una relación dialéctica. Este fue, después de todo, el argumento de Marx y Engels en *La ideología alemana*, planteando una relación activa entre tramas de la vida, «modos de vida» y «modos de producción» (Marx y Engels, 2010: 31).

La relación *activa* entre el «modo de producción» y la «historia de la vida en este planeta» es mucho más importante para el materialismo histórico de lo que supone Chakrabarty (2009: 217). La dialéctica permite la incorporación no reduccionista de, por ejemplo, la actividad volcánica en la historia de la sociedad de clases. Una relación de grandes consecuencias, ¡sin duda! El momento *interno* de la filosofía de las relaciones internas no presupone que la actividad volcánica esté de algún modo subsumida por el capital. Más bien, lo interno, como la totalidad, es un procedimiento metodológico que permite la integración interpretativa de los «forzamientos»⁵ en la construcción de la sociedad de clases y sus crisis (Moore, 2017c). Esto culmina en el actual forzamiento *capitalogénico* y el declive del capitalismo. Es este reconocimiento dialéctico el que está implícito en el eslogan del movimiento de justicia ambiental: «No hay tal cosa como un desastre natural.»

En consonancia con la ontología política, Chakrabarty sostiene que el marxismo es totalizador, y al comprobar que no lo explica todo linealmente, lo condena al basurero de la historia. Pero el materialismo histórico pivota sobre la consideración dialéctica de los «forzamientos naturales» (por ejemplo, los mínimos y máximos polares, las variaciones orbitales, el vulcanismo, etc.) en la historia de la sociedad de clases. Y une dialécticamente la «formación de la tierra» y la «formación social» con la apreciación del «movimiento de los átomos» (véase Chakrabarty, 2014; Foster, 2000; Alwater, 2016). La visión externalista de Chakrabarty le impide ver la alternativa dialéctica que tiene ante sí. Así, este autor, tergiversa constantemente la tesis del Capitaloceno –tanto la de Malm como la mía– que hace precisamente lo que Chakrabarty defiende, aunque de modo dialéctico: revelar la unidad diferenciada de la «fuerza» como desigualmente geofísica y geohistórica (Chakrabarty, 2021: 161ss). Esta es una de las ideas animadoras del materialismo histórico: la «doble relación» –natural y social– de las fuerzas y relaciones de producción en la sociedad de clases (Marx y Engels, 2010: 43).

¿Qué tipo de pluriversalismo para qué tipo de política, en qué tipo de crisis planetaria?

Vale la pena considerar la reciente intervención de Arturo Escobar mientras reflexionamos sobre la cuestión (Escobar, 2018). El pluriversalismo

⁵ Se considera que el *forzamiento radiativo* o *forzamiento climático* es la diferencia entre la insolación (luz solar) absorbida por la Tierra y la energía irradiada de vuelta al espacio. Las influencias que causan cambios en el sistema climático de la Tierra que alteran el equilibrio radiativo de la Tierra, forzando a las temperaturas a subir o bajar, se denominan forzamientos climáticos. [N. del T.]

de Escobar se acerca incómodamente a la posición política de la Tercera Vía. Popularizada durante los años Clinton-Blair, la Tercera Vía abarca la mayor parte del siglo XX.⁶ La Tercera Vía supuestamente no es ni de izquierdas ni de derechas, en su expresión izquierdista se presenta siempre como auténticamente más radical que la izquierda socialista y comunista, que, según se nos dice, está aprisionada en la jaula de hierro del pensamiento de la modernidad.

El pluriversalismo pertenece a algo llamado «ontología política» entre cuyos fundamentos se encuentra una formulación posterior a la Guerra Fría: el choque de civilizaciones (Huntington, 1993). Blaser subraya tres puntos. Primero, «“Europa” opera como metonimia de la modernidad» (Blaser, 2013: 548). En segundo lugar, debemos criticar y negar el mito de que «el encuentro con los europeos es el factor constitutivo más importante en la trayectoria histórica de cualquier formación social» (Blaser, 2009: 881). En tercer lugar, hay «muchas... historias *a pesar de Europa*, es decir, historias que no son fáciles de llevar al redil de las categorías modernas» (Blaser, 2013: 548). (*¿Fácilmente?*) Marisol de la Cadena no encuentra ninguna diferencia significativa entre «proyectos liberales y socialistas» (de la Cadena, 2015: 143). Mignolo llega a la misma conclusión, interpretando creativamente el movimiento de no alineados de posguerra como resistencia a los «designios imperiales capitalistas y comunistas» —olvidando de algún modo que los Estados socialistas y los movimientos revolucionarios dirigidos por comunistas fueron la contratendencia fundamental al fascismo y al ecocidio respaldados por Estados Unidos en el Tercer Mundo— (Mignolo, 2011: xiii). A veces, los pensadores decoloniales dicen la parte silenciosa en voz alta. Citando cariñosamente a la filósofa de la Tercera Vía, Agnes Heller —que no veía ninguna diferencia significativa entre la Alemania nazi y la Unión Soviética—, Escobar descarta el socialismo de Estado como una «dictadura de las necesidades» (Heller, 2010; Escobar, 2018: 108). Desde este punto de vista, la dialéctica está incurablemente infectada por el «modernismo»: «su aspiración a la universalidad, la totalidad, la teleología y la verdad» (Escobar, 2018: 36). Este pluriversalismo abstracto, bajo la cobertura de una crítica aparentemente radical, recapitula elementos clave del anticomunismo de la Guerra Fría y del eurocentrismo, sobre todo, la cosificación de «Europa», que no existe ni como civilización ni como metonimia anterior a 1492.

Entre los sentimientos que encontramos en el pluriversalismo está una formulación clásica de la Tercera Vía: ni capitalismo ni socialismo. O ni Antropoceno ni Capitaloceno. En su lugar, se nos dice, el problema de

⁶ Para un penetrante esbozo de la Tercera Vía como posición política en el último siglo, véase G. Dale, «Justificatory fables of ordoliberalism: Laissez-faire and the “third way”», *Critical Sociology*, núm. 45, julio-agosto de 2019, pp. 1047-1060.

las transiciones entre periodos históricos del sistema mundo, fundamentales para el desarrollo de la crisis epocal del capitalismo, pueden abordarse políticamente a través de la «re-globalización». (¿Políticamente? ¿O es anti-políticamente?). Figuras como Mignolo quieren estar en misa y repicando, presentando argumentos que solo tienen sentido en el marco de las «frases que hacen temblar al mundo». Quiere «la pluriversalidad como proyecto universal», a través del cual «lo universal no puede tener un único dueño». (Nótese la confluencia entre el proceso del sistema mundo capitalista y el universalismo burgués). Se «corresponde con la visión zapatista de un mundo en el que coexisten muchos mundos». Reconociendo el aprieto en el que se encuentra el pluriversalismo, Mignolo insiste en que su perspectiva «no es el relativismo cultural, sino el enredo de varias cosmologías conectadas hoy en un diferencial de poder» (Mignolo, 2018: x).

¿El origen de ese diferencial de poder? Por supuesto, no puede ser la clase o el capital. Tampoco puede ser el imperialismo como fuerza históricamente constituida. Al final, nos quedamos con la metafísica de la colonialidad que niega la centralidad del capitalismo en la fabricación de la crisis planetaria –y niega el vínculo constitutivo entre las estructuras del conocimiento, la ideología y el capital en la trama de la vida–. La fuente de ese «diferencial de poder» –para Mignolo, Blaser e innumerables otros– es «Europa», la «colonialidad del poder» abstraída de la historia del sistema mundo.

Paradójicamente, esta crítica del eurocentrismo acaba demostrando el milagro europeo (Wallerstein, 1999). Se eliminan del debate de la Transición las relaciones constitutivas de crisis civilizatoria, avance imperial y lucha de clases que definieron el paso del feudalismo al capitalismo (Moore, 2007, 2021f). Este borrado del capitalismo moderno temprano es común a la crítica de la historiografía eurocéntrica (Frank, 1998; Pomeranz, 2000). Mignolo es explícito al respecto: el capitalismo temprano se convierte en el «circuito comercial atlántico» (Mignolo & Ennis, 2001). Aquí Gunder Frank, el antiguo defensor radical de la teoría de la dependencia convertido en monetarista al estilo de Chicago, y Mignolo, el campeón del decolonialismo, encuentran un terreno común en una lectura circulatoria (y negacionista de clase) de la historia del mundo moderno temprano (Frank, 1988). Un relato milagroso del auge de Occidente.

El internacionalismo y los peligros del «grupismo»

Desde esta perspectiva milagrosa, la historia no solo es epifenoménica, sino que todas las interpretaciones de la historia del sistema mundo capitalista son eurocéntricas. Esta supresión es tremendamente incapacitante para cualquier proyecto emancipador que quiera ser internacionalista en lo

concreto con el fin de resistir y trascender el poder económico, ideológico y militar mundial de las superpotencias dominantes. El rechazo del internacionalismo está vinculado a lo que Rogers Brubaker (2004) denomina *grupismo*. El grupismo se basa en una forma de ontogénesis de grupos de estatus, común a muchos nacionalismos (Hechter, 1977) y abarca subjetividades de distintas identidades adscriptivas, resultantes del desarrollo desigual y combinado del capitalismo. Su modo típico de argumentación considera estas identidades variadas como algo ajeno a la historia del mundo moderno: una variable eterna independiente, en lugar de históricamente dependiente.

El grupismo es la tendencia a tomar los grupos delimitados como unidades fundamentales de análisis (y constituyentes básicos del mundo social) [...] Ha logrado resistir un cuarto de siglo de teorización constructivista en las ciencias sociales, una crítica sostenida de la reificación en la antropología y otras disciplinas, las influyentes y desestabilizadoras contribuciones de las teorías feministas, posestructuralistas, posmodernistas y otras, e incluso el reconocimiento generalizado, en principio, de que las «culturas», «comunidades», «tribus», «razas», «naciones» y «grupos étnicos» no son conjuntos delimitados. A pesar de estos y otros avances, los grupos étnicos y de otro tipo siguen concibiéndose como entidades y presentándose como actores [...] La «grupalidad» es una variable, no una constante; no puede presuponerse (Brubaker, 2004: 2-4).

El grupismo pluriversalista se presta especialmente a una política romántica de los «territorios de vida» supuestamente al margen de los cinco siglos de conquista, mercantilización y formación de clases del capitalismo en la trama de la vida. Reconociendo correctamente el carácter en gran medida defensivo de las luchas campesinas y obreras a lo largo de la era neoliberal, el pluriversalismo comete un error estratégico: la cosificación de la *defensa*, una palabra que aparece docenas de veces en el libro de Escobar. Peor aún, la *defensa* está ligada a reivindicaciones etnonacionales de desvinculación política de la lucha de clases y de *apego* ontológico entre «mundos de vida» y «territorios» (Escobar, 2018: ix). (Supongo que la simpatía generalizada por las luchas indígenas –a menudo heroicas e inspiradoras para mí también– ha silenciado la crítica radical que cuestiona las reificaciones que tales luchas internalizan en sus llamamientos a la «tradición», ¡cuando menos una forma de política en tensión!) (Taylor, 2019). Aunque en la práctica las luchas defensivas contra los cercamientos y la explotación capitalistas son vitales, no constituyen ni un programa político ni una visión revolucionaria capaces de hacer frente a la crisis planetaria actual.

La «defensa de [...] los territorios de vida» –en el desafortunado lenguaje de Escobar– se presta fácilmente al segundo borrado: el del internacionalismo de la clase obrera al amparo de un sutil pero poderoso anticomunismo (Escobar, 2018: 21). Alguna versión de esta frase, defensa de los territorios de vida, recorre como un hilo rojo la ontología política. Sin embargo, despojadas de una visión histórica sobre las dinámicas de clase en el sistema mundo en todas partes, tales formulaciones conducen a una cosmovisión del tipo «choque de civilizaciones». En esta lectura grupista de la tesis de la Guerra Fría, la *defensa de los «territorios de vida»* no es un medio para construir un internacionalismo práctico, sino un programa particularista. El pluriversalismo abstracto comercia con juicios fáciles y superficiales del internacionalismo realmente existente, que desde el principio procedió a través de la «unidad en la diferencia». La desestimación de la dialéctica está íntimamente ligada a este anticomunismo, inspirándose en la fórmula de la Guerra Fría que equipara fascismo y socialismo de Estado.

Las acrobacias lingüísticas realizadas para evitar nombrar el capitalismo –o descentrarlo en ensaladas de palabras como «el sistema mundial heteropatriarcal capitalista moderno-colonial»– son impresionantes (Escobar, 2018: xii). Tales acrobacias son el stock en el comercio del pluriversalismo abstracto, que se niega a hacer las conexiones históricas entre imperialismo, racismo, sexismo y la formación de clases en todo el mundo. Expresiones de cadenas de búsqueda de Google como la de Escobar cortocircuitan nuestra capacidad de pensar en el imperialismo –y sus Proyectos Civilizadores constitutivos– como el modo preferido de la burguesía para la formación de clases. Para Escobar, el imperialismo y el capitalismo parecen una molestia, una irritación. La política socialista está sometida a una nostalgia condescendiente de los campesinos que leen el *Pequeño Libro Rojo de Mao* (Escobar, 2018: 35-36). El éxito de la Revolución China al elevar la esperanza de vida de 40 a 65 años en solo tres décadas, un logro sin precedentes en los asuntos humanos, es solo otro proyecto «totalitario» al que oponerse.

La ontología política resultante es una red de afirmaciones metafísicas sobre la modernidad –separada del capitalismo y de la clase, salvo de boquilla o como descripción pasajera– que provocan una doble laguna. Una es el desaliento de la historia del sistema mundo a través de una falsa fusión de lo «universal» y la historia del sistema mundo. Mignolo lo expresa sin rodeos, rechazando la unidad diferenciada del capitalismo al oscurecer la diferencia: «Una historia del sistema mundo o una historia universal es una tarea imposible» (Mignolo, 2012: 21). ¡No importa que no sean lo mismo!

Para Marx y Engels, la universalización del capitalismo es una forma abreviada de desarrollar los antagonismos históricos en el sistema mundo, una unidad en la diferencia que toma la variación como punto de partida y

motivación. La suya es una *crítica* del universalismo europeo. En lugar de encontrar un terreno común con Marx y Engels, los pensadores decoloniales confunden las cosas. En ningún lado esto se ve mas claramente que en su fusión del universalismo kantiano –basado en «el logro de una sociedad cívica universal que administre la ley entre los hombres»– con el horizonte emancipatorio del materialismo histórico, basado en el «movimiento real» de la lucha de clases en su «existencia histórico-mundial» (Kant, 1784; Marx y Engels, 2010: 482). Esta imprecisión tiene licencia ideológica: el anticomunismo es un poderoso opiáceo. Su efecto es aplanar el marxismo y silenciar una tradición duradera de socialismo antiimperialista con profundas raíces en las luchas de liberación nacional, que alcanzó su masa crítica con las grandes revoluciones sociales de principios del siglo XX en México y Rusia (Dussel, 2002).

Para el materialismo histórico, la historia de la sociedad de clases en la trama de la vida se desarrolla *a través* de la variación y la desigualdad, no a pesar de ellas. Sé que me repito, pero me arriesgo a la pedantería ante la caracterización crónica y errónea que emana del nuevo materialismo, la ontología política, la red de actores y otras veleidades académicas. La unidad en la diferencia es el núcleo metodológico de la imaginación dialéctica. Es un método histórico implacablemente curioso y conectivo que nos permite construir totalidades específicas desde el punto de vista de las contradicciones fundamentales del capitalismo. La totalidad es un procedimiento metodológico que se despliega a través de la crítica *inmanente* del capital. No es una afirmación empírica. Más bien, el «punto de vista de la totalidad» es un medio para desmitificar las leyes del movimiento del capitalismo y su universalismo abstracto, para ver más allá de los límites de las reificaciones del capitalismo (Lukács, 1971). Es el punto de vista «situado» del proletariado planetario, en sus mosaicos combinados y desiguales de trabajo remunerado y no remunerado, explotación y apropiación, y naturalezas humanas y extrahumanas.

La imaginación dialéctica comienza, procede y concluye –de nuevo, provisionalmente– con la «interpenetración de los opuestos» (Marx y Engels, 1987: 356). Los *opuestos* no son ontológicamente independientes, sino coproducidos relacionalmente. Esto explica la aparente paradoja del naturalismo dialéctico y el humanismo dialéctico de Marx, a través de los cuales el proceso de trabajo transforma desigualmente entornos específicos y relaciones sociales humanas en la trama de la vida (Marx, 1976: 283). Como era de esperar, los ontólogos políticos afirman rutinariamente que para Marx «la naturaleza es antihistórica» (de la Cadena, 2015: 147). Esto sorprendería a Marx y Engels, ¡que insistieron en que toda escritura histórica debe partir de «bases naturales» y «su [posterior] modificación»!

Para Marx, el movimiento histórico del sistema mundo capitalista produce y se constituye a través de todo tipo de contratendencias. El universalismo europeo se revela, desde este punto de vista, no solo como una «idea dominante», sino también como algo continuamente moldeado por sus contratendencias, sin olvidar las «tendencias en desarrollo» a la revuelta, la resistencia y la revolución anticapitalistas (Lukács, 1971). La centralidad dialéctica del enunciado que dice que todo proceso socioecológico se forma *a través* de una variación conectiva y asimétrica es una crítica de la totalización positivista. La dialéctica es un método histórico para dar sentido al capitalismo como una ecología mundo evolutiva y desigual del poder, el beneficio y la vida. Desde este punto de vista, ni «Europa» ni «las Américas» existen como formaciones geosociales antes de 1492; el *capitalismo* no se forma dentro de Europa y *luego* conquista el mundo (Quijano & Wallerstein, 1992; contra Wood, 1999). El *surgimiento* del capitalismo fue una dinámica de acumulación militarizada y Proyectos Civilizadores. Estos formaron y re-formaron formaciones geosociales, incluida Europa, una idea que se generalizó solo en el siglo XVII (Marino, 2007; Quijano, 2000). Seamos claros, a pesar de las protestas de la ontología política, el capitalismo subordinó la vida planetaria a la ley del valor durante los cuatro siglos siguientes, pero no de la forma en que lo harían las caricaturas lineales y positivas de la ontología política. Fue según un modo combinado y desigual y se formó a través de su contratendencia decisiva: la formación del proletariado planetario y su trinidad de proletariado, femitariado y biotariado (Silver & Slater, 1999; Moore, 2015). Parafraseando a Marx, esta trinidad habla de las «fuentes originales» de la plusvalía, abarcando las divisiones aparentes de la vida humana y extrahumana, el trabajo remunerado y el no remunerado. La historia de la ley del valor del capitalismo —una ley de la Naturaleza Barata— es un movimiento histórico-geográfico de formación de clases a escala mundial. Su desarrollo histórico encierra la posibilidad de la trascendencia evolutiva del capitalismo.

Universalismo dialéctico, o el punto de vista del proletariado planetario

¿Qué tipo de universalismo? ¿Qué tipo de pluriversalismo? Seguramente hay muchos posibles. Evitemos borrar la diferencia entre el universalismo europeo epistemológico e ideológico —que aplana las diferencias— y las valoraciones de la historia mundial del capitalismo y las posibilidades emancipadoras del internacionalismo de la clase trabajadora. Cuando Marx y Engels hablan de tendencias «universalizadoras», se refieren al «movimiento real» de las contradicciones históricas del capitalismo. Este movimiento se constituye a través de tendencias y contratendencias: la interpenetración de los opuestos. El ejemplo clásico es la discusión de

Marx sobre la tendencia a la baja de la tasa de ganancia (Marx, 1981). Se aplica igualmente a la historia del imperialismo y a las luchas antiimperialistas, es decir, a la lucha de clases mundial en la trama de la vida. Para el materialismo dialéctico, la historia del sistema mundo de la sociedad de clases –y del capitalismo en particular– procede *a través* de la variación, no a pesar de ella. El materialismo dialéctico no solo procede a través de la diferencia, sino que explora las relaciones internas que simultáneamente aplanan la variación y la producen de nuevo. Es conectivo e histórico y está abierto a las tramas de la vida, que son a la vez productos y productores de la ecología mundo capitalista (Moore, 2017c). Llámemoslo universalismo dialéctico o pluriversalismo dialéctico, como se prefiera. Este método insiste en que la relacionalidad está estructurada por redes de poder y re/producción en la historia del sistema mundo *realmente existente*. Este es un enfoque consciente de las condiciones reales de solidaridad internacional creadas por el propio capitalismo (Silver & Slater, 1999). Esto permite a las clases re/productoras –a trompicones– identificar las condiciones internacionales del dominio burgués y el imperativo de la solidaridad internacionalista contra ese dominio.

El materialismo histórico, por tanto, rechaza la moda del «ensamblaje» y los enfoques de ontología política que favorecen una «teoría democrática de la causalidad». Enumerar los «males» del capitalismo –racismo, sexismo, colonialismo, clase, etc.– elude y de hecho socava los esfuerzos por conectar estas dinámicas como momentos internos diferentes entre sí. Desde este punto de vista, todo se convierte en un «ensamblaje», todo se reduce a la coyuntura. Y, sin embargo, la historia no puede borrarse. La historia del sistema mundo capitalista es desordenada, contingente, pero no por ello deja de estar modelada. Una filosofía materialista de las relaciones internas autoriza la interpretación de la historia del sistema mundo como una «rica totalidad de muchas determinaciones», articulando un método que persigue geografías desiguales pero combinadas (Marx, 1993: 99; Wallerstein, 1974). Dada la lógica única de acumulación permanente del capitalismo, que requiere la apropiación y capitalización permanente de la Tierra –y por tanto sitúa la vida planetaria en el centro de su proyecto de sistema mundo–, la alternativa de la ecología mundo pone en primer plano la centralidad de una respuesta internacionalista a la dictadura biosférica de la burguesía.

Este punto de vista nos permite ir más allá de un choque de civilizaciones entre una europeidad esencial enfrentada a identidades indigenistas y etnonacionales. Nos alerta del peligro de la tendencia crítica generalizada a borrar las contribuciones pioneras de la superexplotación de raza / clase y género / clase en nombre del patriarcado y el racismo abstraídos. Estas lagunas –desvincular la formación ideológica del sexismo y el racismo de

la historia de la formación y la lucha de clases— conducen a una colisión externalista de esencias («raza, clase, género»). Como tales, excluyen las síntesis revolucionarias de, por ejemplo, Silvia Federici y W. E. B. Du Bois, que sitúan el racismo y el sexismo como mecanismos ideológicos de la «explotación final» del proletariado y de la reproducción de sus divisiones culturales (Federici, 2004; Du Bois, 1935: 15). Como subrayan Federici y Du Bois, la «lucha proletaria» no es una lucha de «intersecciones» abstractamente combinadas, sino que se determina a través de sus interrelaciones históricas, internacionalistas en ambos lados de la lucha de clases mundial de la manera más exhaustiva (Federici, 2004: 40; véase también Linebaugh y Rediker, 2000).

Con demasiada frecuencia, la «decolonización» procede a través de la forma de apariencia identificada (y criticada) célebremente por Fanon —pero sin la atención de Fanon a los antagonismos dialécticos de las estructuras de clase coloniales, habilitadas por el racismo pero no impulsadas por él (Fanon, 1963; 1961)—. Como nos recuerda C. L. R. James, «pensar en el imperialismo en términos de raza es desastroso», aunque —como James y Fanon dejan claro— pensar en el imperialismo (el modo de formación de clase preferido por la burguesía) sin la raza es claramente absurdo (James, 1989: 283). Fanon subrayó este punto en 1956: «La aparición del racismo no es determinante de modo fundamental. *El racismo no es el todo, sino lo más visible*» (Fanon, 1967: 31-32, énfasis añadido). Al escribir *Los condenados de la tierra* enfermo de leucemia en una carrera contra el tiempo, Fanon abre continuamente las discusiones de la situación colonial en el nivel de la apariencia —un maniqueísmo de «nosotros» contra «ellos»— solo para lanzar sus críticas más condenatorias a la pequeña burguesía «nativa» y a una intelectualidad colaboracionista.

Wallerstein, que promovió la publicación en inglés de *Los condenados de la tierra* en 1963, subraya la furiosa crítica de Fanon al colaboracionismo de clase en las luchas de liberación nacional. Fanon llegó a clasificar:

A aquellos del Tercer Mundo que no eran partidarios [...] como entre «ellos»... [La ira de Fanon] se dirigía ahora principalmente contra la burguesía del Tercer Mundo, los explotadores que han surgido para compartir la devastación con sus antiguos amos en un infierno neocolonial. Fanon había vuelto a su instinto más temprano, a una militancia racional basada en el análisis de clase. (Wallerstein, 1970: 229)

La lucha contra los regímenes de clase racializados del mundo colonial pivotaba sobre la «situación internacional». Tal política internacionalista destruiría las «compartimentaciones» del mundo imperialista (Fanon, 1963: 65, 37ss). En opinión de Fanon, la lucha por la liberación giraba en

torno al internacionalismo, forjando «la comunidad de intereses entre las clases trabajadoras del país conquistador y la población combinada del país conquistado y dominado» (Fanon, 1967: 76).

La ecología mundo privilegia un pluralismo y una ética de la síntesis comprometidos con la construcción de las solidaridades internacionalistas, la cuales son necesarias para resistir eficazmente a la Internacional del Capital. Estos dos internacionalismos, desde arriba y desde abajo, se ven amplificados por la creciente crisis climática, que debe entenderse como una crisis singular de la creación de vida y la creación de beneficios. En esta transición de época, estamos siendo testigos no solo de la ruptura de los mecanismos económicos básicos del capitalismo, sino también de un giro mundial hacia el autoritarismo etno-nacional: Modi, Trump, Duterte, Bolsonaro, Erdoğan, Orban y otros en toda Europa del Este. Expresivo de este movimiento en los países más ricos –todos cuentan con importantes movimientos etnonacionalistas de derecha (Demócratas de Suecia, AfD en Alemania, el Rassemblement National en Francia, el UKIP en Reino Unido y una capa significativa del Partido Republicano de Estados Unidos)– es la construcción mundial de un «muro climático global». Estos muros climáticos han sido apoyados agresivamente por los partidos *mainstream* en todas partes. Entre 2013 y 2018, el gasto en seguridad fronteriza aumentó bruscamente en los centros imperialistas: en Estados Unidos (un 34,3 %), Alemania (un 35,6 %); Gran Bretaña (un 30,5 %), Francia (un 29,9 %) y Australia (la friolera de un 70,9 %) (Miller *et al.*, 2021: 21). Como dejó claro la presidenta de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, Nancy Pelosi, en las recientes reuniones de la COP26 (2021), la crisis climática es un problema de seguridad. Cuando las figuras más poderosas del mundo dicen lo que no hay que decir en voz alta, hay que creerles (Democracy Now!, 10 de noviembre de 2021). Salpicada por la legislación «antiterrorista» etnonacional, la militarización de las fronteras y los Estados de vigilancia inspirados en la gestión del covid, la democracia liberal está mostrando claros signos de descomposición en el siglo XXI.

La larga ola de democratización burguesa que comenzó en serio con las revoluciones de 1848 está llegando a su fin (Berberoglu, 2020). Esto está directamente relacionado con el desarrollo de la crisis planetaria del capitalismo: el exceso de capital excedente y una espiral cada vez más impredecible de acontecimientos climáticos (Moore, 2021f). No cabe duda de que el capitalismo se mueve por contradicciones, sobre todo entre los nacionalismos autoritarios semiperiféricos y los «amos del universo» que se reúnen cada año en la estación de esquí alpina de Davos. A pesar de sus diferencias, ambas fracciones de la burguesía mundial son conscientes de la gravedad de la crisis. Ambas gravitan hacia una u otra solución «tributaria» –tomando prestado el concepto de Samir Amin– a la crisis

epocal del capitalismo (Amin, 1974: 140). Un modo de producción tributario es aquel en el que la política garantiza la acumulación de capital, una generalización cualitativa del modelo «demasiado grandes para quebrar» propio del capital financiero a todo el capitalismo tardío. El movimiento hacia una resolución tributaria de la crisis planetaria no se ve amenazado en absoluto por las luchas particularistas dirigidas a defender los «territorios de la vida»; de hecho, la tendencia mundial hacia el autoritarismo burgués está contenta con tales discursos y sus políticas (Forchtner, 2019). La izquierda mundial no está bien posicionada para detener estas tendencias y organizar una respuesta internacionalista (véase Baker *et al.*, 2021). Antes el contrario, justo en el momento en que el internacionalismo de la clase obrera es más necesario, una masa crítica de intelectuales ha abrazado el ensamblaje, el actor-red, la ontología política, lo pluriversal y otros enfoques que niegan las asimetrías históricas y geográficas conectivas del capitalismo como un «hecho histórico-mundial» (Marx & Engels, 2010: 51). Para jugar con una vieja expresión francesa: uno puede ignorar la política global, pero ella no te va a ignorar.

Justicia planetaria y proletariado planetario: hacia un internacionalismo biotariano

La huida de la historia del sistema mundo inhabilita las formas de pensamiento necesarias para avanzar en una política de justicia planetaria al final del Holoceno. Esas políticas tendrán que ser internacionalistas. Al mismo tiempo, el socialismo llegará —si es que llega— de forma desigual, y es necesario tomarse en serio la historia de las revoluciones socialistas y los movimientos de liberación nacional. Una estrategia para ganar y defender el poder territorial con el fin de reconstruir las relaciones de *re*/producción en aras de una sostenibilidad ampliamente definida no es opcional. Vivimos en un siglo en el que el ascenso del nivel del mar, por citar solo un ejemplo destacado, obligará a reconstruir la división del trabajo entre ciudades y países en todo el mundo. No podemos ignorar la política porque nos disguste. Como nos recuerda Christian Parenti, la crisis planetaria *ya* está poniendo en marcha catástrofes «que apelan al Estado. Cómo responde el Estado [y qué tipo de Estados organizamos] es una cuestión diferente: a veces falla, pero siempre se le llama» (Parenti, 2016: 183).

En ausencia de una crítica de la historia del sistema mundo, los argumentos políticos radicales tienden a reproducir las visiones unilaterales que incorporan uno u otro polo del binario dominante: Naturaleza y Sociedad. Esto puede adoptar la forma de un localismo abstracto emparejado con gestos retóricos vacíos hacia el holismo ecológico: «Piensa globalmente, actúa localmente» (Albo, 2006). Su principal exponente intelectual es

Latour, cuyo «concreto terrestre» reproduce una antigua epistemología del particularismo regional y la primacía de las partes sobre el todo (Latour, 2018). O puede adoptar la forma del «aceleracionismo», que capta acertadamente las posibilidades tecnológicas del capitalismo y los imperativos políticos del internacionalismo, pero se abstrae de las naturalezas históricas que canalizan y constriñen esa historia tecnológica (Srnicek & Williams, 2016; véase también Moore, 2015). Tanto las corrientes campesinas como las aceleracionistas reconocen verdades significativas. El reto al que nos enfrentamos hoy es unir las en una síntesis superior. Parafraseando a Mao, ese hilo conductor debe unir los diversos matices del Verde, el Rojo y el «experto» en una visión internacionalista de la justicia planetaria y la reconstrucción socialista. Esos hilos deben, como mínimo, partir de un reconocimiento de los tejidos conectivos del proletariado planetario y de la trinidad del trabajo capitalista, cuyo carácter triple puede abreviarse en la fórmula provisional: proletariado (trabajo humano remunerado), femitariado (trabajo humano no remunerado), biotariado (el trabajo en gran medida no remunerado pero valorizado de la vida en su conjunto).

El proletariado planetario surgió a través de las sucesivas revoluciones ecológicas mundiales del capitalismo, y viceversa. Su formación coincidió con la invención geocultural de Europa en el largo –y frío– siglo XVII (Linebaugh y Rediker, 2000; Moore, 2021f). De ahí la formación desigual pero prácticamente simultánea de la división de clases climáticas, el patriarcado climático y el apartheid climático en esta época. Contra la internacional del capital, movimientos de clase trabajadora geográfica y profesionalmente diversos trataron de movilizarse a escala mundial. Las sucesivas internacionales socialistas y comunistas fueron solo la punta del iceberg. Las grandes conferencias internacionalistas –Bakú en 1920, Bandung en 1955– sugirieron las posibilidades, aunque no se realizaran y se vieran frustradas por las contradicciones del nacionalismo populista y la lucha proletaria, de una alternativa democrática global al universalismo europeo y a la hegemonía estadounidense de la Guerra Fría. El internacionalismo aportó una solidaridad crucial contra la guerra estadounidense en Vietnam y estableció sólidas redes que lucharon contra el apoyo estadounidense al fascismo del Tercer Mundo, desde Indonesia hasta El Salvador. La solidaridad cubana con los revolucionarios de Angola impidió la subordinación del nuevo país al imperialismo sudafricano y, con el tiempo, contribuyó directamente al fin del régimen del apartheid (Gleijeses, 2002).

Una evaluación del sistema mundo capitalista y de sus condiciones de surgimiento revela tanto las limitaciones como las posibilidades de transformación revolucionaria en el Capitaloceno tardío, y en el Holoceno aún no tan tardío. Tales evaluaciones nos alertan de los peligros de la especulación utópica. *Utópica*, no en el sentido de imaginarios poscapitalistas

creativos y experimentales, sino más bien en la apreciación marxista clásica: la desconexión de la visión socialista de la historia del capitalismo, sus revolucionarios desafiantes y el compromiso de las fuerzas imperialistas de «destruir el pueblo para salvarlo». Los pluriversalistas, en su huida de la historia, no tienen forma de calcular y movilizar las fuerzas históricas compensatorias que podrían permitir su transición «re-mundializadora» —así como tampoco ningún programa para defender las conquistas revolucionarias una vez realizadas—. (Qué hacer cuando se impongan sanciones económicas, lleguen las fuerzas especiales, se desplieguen los drones y lleguen los bombarderos, nunca aparece en esas discusiones).

Marx bromeó una vez diciendo que las ideas pueden convertirse en «fuerzas materiales» cuando el proletariado se apodera de ellas, algo igualmente cierto para la burguesía en su periodo revolucionario (Marx, 1970: 137). ¿Qué definía la cosmología revolucionaria del universalismo europeo? Más que nada, era un materialismo que desafiaba la metafísica teleológica del feudalismo (Foster, 2000). Su núcleo era el humanismo burgués y su antónimo necesario, el naturalismo burgués. De esta ruptura surgieron no solo nuevas filosofías, sino también nuevas técnicas: nuevas herramientas prácticas del imperio y del capital, como las nuevas cartografías, las nuevas técnicas contables y las nuevas formas de clasificar a los seres humanos civilizados y a los que no lo eran. El «largo» siglo XVI fue testigo no solo del «descubrimiento de la humanidad», sino de su invención (Abulafia, 2008). *La Naturaleza* se convirtió en todo lo que el Hombre Civilizado no era.

Las raíces de las Naturalezas Baratas y su doble registro —explotación económica y dominación geocultural— se encuentran en el imperialismo moderno. El imperialismo es el modo preferido de la burguesía para la formación de clases, porque pone en juego más fácilmente el poder militar y jurídico de los Estados, que deben perseguir una formación de clases «barata» para pagar a los banqueros y crear buenos entornos empresariales. El imperialismo no es gratis. Lo financian los banqueros, no los impuestos, que se destinan a pagar a los banqueros en una horrible alquimia de dinero mundial, poder mundial y naturaleza mundial (Patel y Moore, 2017; Arrighi, 1994; Antonacci, 2021). Es un procedimiento de dominación destinado a hacer avanzar la tasa de ganancia y resolver el problema del capital excedente endémico del capitalismo.

La expresión ya habitual de que debemos «descolonizar» nuestro pensamiento comunica algo esencial. A saber, debemos resistirnos a cualquier aceptación de la autorrepresentación del capitalismo, que, por supuesto, no es la de la lucha de clases, sino la del Proyecto Civilizador y el Hombre contra la Naturaleza. Esta es la arrogancia del universalismo europeo y su borrado de la política de clases en favor del progreso: la marcha histórico-mundial de la «racionalidad europea de la dominación mundial»

de Weber (Altvater, 2016). La marcha de la racionalidad social, cultural y económica civiliza a los incivilizados, desarrolla a los subdesarrollados. Los frutos del desarrollo capitalista son regalos para los «salvajes», aquellos seres humanos que no pueden o no quieren aceptar el progreso. En esta cosmología, la Civilización representaba lo mejor de la Humanidad. Los que se resistían eran irrazonables e irracionales; a pesar de su biología, estos seres humanos, invariable pero no exclusivamente súbditos coloniales, formaban parte de la Naturaleza, no de la Civilización (Patel y Moore, 2017). Así pues, fue la burguesía la que llegó a «sobrerrepresentarse» como el Hombre, para que la mayoría de los humanos, y el resto de la vida pudieran ser *subrepresentados* como Naturaleza, y ser devaluados en consecuencia (Wynter, 2003).

En la huida de la historia —«¡por favor, no digas Capitaloceno!»— también hay una huida de dos ideas del materialismo histórico. Una es que la sociedad de clases siempre está con y dentro de las tramas de la vida. La segunda, no menos fundamental, es que las sociedades de clases en la trama de la vida generan contradicciones que no pueden fijarse dentro de un modo de producción dado y su estructura de clases. Aunque el pensamiento dialéctico se desarrolla *a través* de variaciones, no las cosifica. En su lugar, se centra en el movimiento histórico real de las fuerzas y relaciones socioecológicas como una «rica totalidad de muchas determinaciones». Todo lo que es sólido bien puede desvanecerse en el aire, pero la dialéctica de la fijación y el movimiento no puede abolirse. Se trata de un pluriversalismo no abstracto, sino histórico, que fundamenta las posibilidades de liberación humana y extrahumana en la historia del capitalismo. Apunta hacia un socialismo biotariano capaz de abordar en la práctica la crisis planetaria mediante la solidaridad internacionalista.

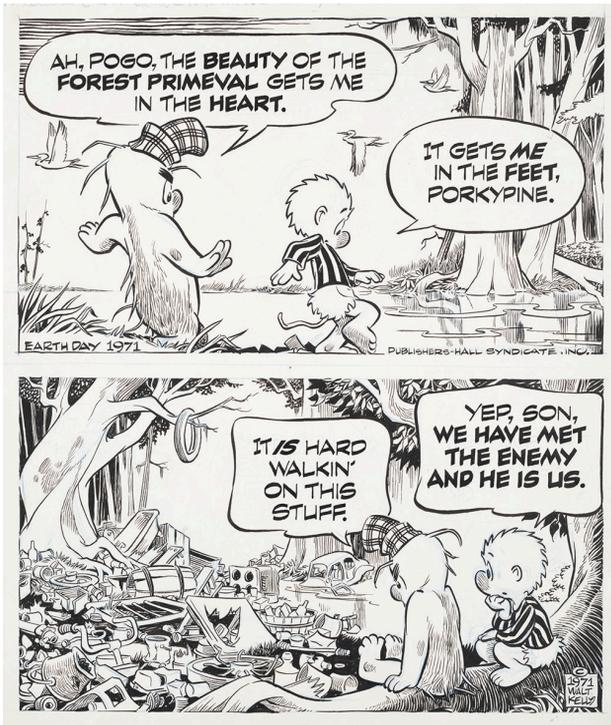
Proletariado. Femitariado. Biotariado. Estos son los ejes relacionales del proletariado planetario, formado en la crisis climática del siglo XVII, y que ahora regresa, al final del Holoceno. Se trata de un punto de vista revolucionario, que abraza sin miedo un humanismo dialéctico y un naturalismo dialéctico, que celebra la creatividad y la potencialidad de todas las formas de vida, nunca por igual, siempre en relación (Lukács, 1998; Moore, 2021d). Si el universalismo europeo sobrerrepresenta el proyecto civilizador y sus aspiraciones prometeicas, un universalismo proletario capta el carácter distintivo de las formas de vida y las fuerzas de trabajo conectadas a través de las violentas síntesis capitalistas de trabajo y territorio.

El universalismo dialéctico nos guía para ver la política de clases a través de una lente relacional y educativa. Una óptica que saca a la luz la complejidad de las diversas relaciones de trabajo, vida y poder, unificadas pero nunca aplanadas por el desarrollo capitalista. Se trata de un análisis antiformalista y antieurocéntrico que persigue la posibilidad de un nuevo

metabolismo de la justicia planetaria. En este sentido, una cierta reverencia por el *oikeios* –el pulso generativo, creativo y de múltiples capas de la creación de vida– puede y debe entretenerse en evaluaciones contundentes de los antagonismos en la ecología mundo capitalista (Moore, 2015). En lugar de localismos y globalismos unilaterales, podemos cultivar respuestas internacionalistas a la explosiva volatilidad del capitalismo tardío, siempre con la vista puesta en los «eslabones débiles» de la modernidad. Solo entonces podremos convertir la espada de Damocles de la burguesía imperial en rejas de arado. Solo entonces esas rejas de arado podrán ser reinventadas y puestas a trabajar por los «productores –¡y reproductores!– asociados» en la trama de la vida (Marx, 1981: 568 y ss.).

VII EL HOMBRE, LA NATURALEZA Y EL ECOLOGISMO DE LOS RICOS.

ANTROPOCENO, CAPITALOCENO Y EL PROLETARIADO PLANETARIO*



EL CAPITALOCENO se ha convertido en la contranarrativa más importante al Antropoceno popular con su reciclaje neoliberal del lamento de Pogo: «Hemos conocido al enemigo y somos nosotros».¹ La fuerza mítica del

* Publicado por primera vez en castellano como «El Hombre, la Naturaleza y el ambientalismo de los ricos» en F. F. Herrera *et al.* (eds), *Pensar la ciencia de otro modo*, Caracas, Mincyt, 2022, pp. 55-82. La presente versión está basada en la traducción original de Carlos Ron.

¹ «Pogo» fue una tira cómica de larga duración creada por Walt Kelly en 1948. La caricatura y su eslogan —«hemos conocido al enemigo y somos nosotros»— se popularizaron durante el primer Día de la Tierra, en 1970, convirtiéndose en una imagen y expresión icónicas asociadas con el ecologismo estadounidense. La imagen recortada ha sido reproducida bajo patrones del uso justo: baja resolución y para propósitos educativos: <https://en.wikipedia>.

Hombre y la Naturaleza no se socava fácilmente, y sus linajes cartesianos, lockeanos y maltusianos son fácilmente olvidados—si es que acaso se les dio un vistazo en primer lugar—. Como cualquier idea que gana fuerza, la tesis del Capitaloceno ha sido bastante malentendida y abundan las caricaturas. No es, como en ocasiones se sugiere, un sustituto de la historia geológica. El Capitaloceno toma los argumentos de los científicos de los sistemas terrestres sobre los llamados «picos dorados» como uno de los muchos puntos de partida necesarios. El Capitaloceno es una argumentación geohistórica, que se desarrolla a través de la historia geológica y a su vez la produce. No es una argumentación a favor de las motivaciones económicas primarias, sino más bien una crítica del economicismo—un punto donde coinciden tesis normalmente divergentes del Capitaloceno²—. Finalmente, en su visión de historia universal, el Capitaloceno es una crítica de las conceptualizaciones eurocéntricas del capitalismo, en tanto enfatiza la dinámica constitutiva y dispereja de las estrategias de Naturaleza Barata en *ambos* lados del Atlántico, llegando a decir incluso que Europa, como entidad geohistórica, no existe antes de 1492. Esta alternativa subraya la centralidad del imperialismo y de las dinámicas opresivas del Proyecto Civilizador como elementales para los regímenes de acumulación mundial, la vida planetaria y la «lucha de clases mundial del capitalismo».³

En el ajetreo de la crisis climática y la erudición y movilización política sobre la justicia climática, es fácil perder de vista algo fundamental sobre la coyuntura climática: se trata de la lucha de clases en la trama de la vida y de las tramas de la vida en la lucha de clases.⁴ La tesis del Capitaloceno plantea que la actual crisis planetaria es el resultado de una lucha de clases mundial—entendida, siguiendo a Marx, como una unidad diferenciada—.

Para aquellos que han seguido el debate, hay diferentes concepciones sobre la lucha de clases en juego, con premisas geográficas distintas. Desde mi punto de vista los orígenes del capitalismo como un asunto mundial son posteriores a la invasión colombina de 1492. Desde esta perspectiva, la acumulación primitiva tiene que ver con la formación mundial de la clase y la lucha de clases—incluyendo, primordialmente, relaciones propias del desarrollo desigual y combinado, entre las plantaciones y los proletarios mineros

org/wiki/File:Pogo_-_Earth_Day_1971_poster.jpg. Un análisis excelente sobre esto es F. Dunaway «Gas Masks, Pogo, and the Ecological Indian: Earth Day and the Visual Politics of American Environmentalism», *American Quarterly*, núm. 60, enero de 2008, pp. 67-99. Sobre la tesis del Capitaloceno, ver Moore, J. W., «The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis...»; «The Capitalocene, Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work Energy...».

² A. Malm, *Fossil capital...*

³ I. Wallerstein *Historical Capitalism...*

⁴ J. W. Moore, «La crisis climática es una lucha de clases...»; J. W. Moore, «Del Gran Abatamiento a la Gran Implosión: Clase, clima y la Gran Frontera...».

del Nuevo Mundo y los proletarios protoindustriales y fuertemente feminizados de Europa—. Otros ven los orígenes del capitalismo en términos del desarrollo inglés, en ese entonces británico, que culmina en la transición inducida por la lucha de clases de la energía hidráulica a la energía del vapor alrededor de 1830.⁵ Para el Capitaloceno de 1492, el Capitaloceno de 1830 es un punto de inflexión que no se puede explicar solamente dentro de Gran Bretaña; las contribuciones indispensables de la «segunda esclavitud» y la limpieza étnica indígena en el sur de los Estados Unidos, el gran productor de algodón, debe ser traída a colación.⁶ Aunque el Capitaloceno de 1830 sostenga el manto de la ortodoxia de la lucha de clases, esto es engañoso. Ambas versiones destacan la lucha de clases —aunque de distinta forma—.

La discusión sobre la ecología mundo —referida al Capitaloceno de 1492— es decididamente heterodoxa en su análisis de clase. Se nutre del marxismo antiimperialista de Luxemburg, Fanon y Wallerstein —todos ellos practicantes de un análisis de clase mundial que comprende la tendencia hacia el aburguesamiento y la proletarización en sus formas diversas y concretas—. Dialécticamente —pero también históricamente—, la unificación de esta diversidad concreta constituye al imperialismo: el modo de formación de clase preferido por la burguesía mundial desde Colón hasta el Consenso de Washington. Esta lectura de las relaciones de clases y mercado, facilitadas y apoyadas por el poder político, rompe con la idea dominante del nacionalismo metodológico —abrazado no solo por el marxismo «ortodoxo», sino también por una teoría crítica decididamente no marxista, con frecuencia vestida con lemas descriptivos como «colonialismo de asentamiento» y la elevación de desarrollos locales como el terreno empírico de lo real—, al tiempo que brinda una alternativa.

De manera distintiva entre las principales corrientes ecosocialistas, la ecología mundo insiste en que la lucha por la justicia planetaria parte de la lucha contra la hegemonía ideológica burguesa, cuyo pivote es el *Hombre* y la *Naturaleza*. Hombre y Naturaleza —estas palabras están escritas deliberadamente en mayúscula— son y han sido, desde el principio del capitalismo, abstracciones dominantes. Son formas culturales eminentemente prácticas —abstracciones incluidas en la producción de la vida cotidiana, así como en la acumulación mundial—. Estas abstracciones han guiado la política de clases, los avances imperiales y la dominación geocultural, que ha dado forma a la explotación despiadada del trabajo y la apropiación extraeconómica del trabajo no remunerado de «la mujer, la naturaleza y las colonias».⁷

⁵ Malm, *Fossil capital*.

⁶ J. W. Moore, «World Accumulation and Planetary Life, or, Why Capitalism Will Not Survive Until the “Last Tree is Cut”...».

⁷ Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World-Scale*...

La ecología mundo confronta al ecologismo *mainstream* –el ecologismo de los ricos– en su tendencia a reducir la cuestión climática al *Hombre* contra la *Naturaleza*. Estas son palabras tan comunes que es difícil comunicar lo complicadas –y lo peligrosas– que son las ideas que representan *en la práctica*. Marx, en una ocasión, bromeó diciendo que las ideas pueden convertirse en «fuerzas materiales» cuando son tomadas por el proletariado –un punto que, igualmente, es cierto para la burguesía en sus momentos revolucionarios⁸. Pero ¿qué ha definido esta cosmología revolucionaria? Más que nada, fue un materialismo que disputó la metafísica teleológica propia de las civilizaciones tributarias. En su centro, estaba el humanismo burgués y su antónimo necesario, el naturalismo burgués. De esta ruptura, surgieron no solo nuevas filosofías, sino también nuevas técnicas –nuevas herramientas prácticas del imperio y del capital, como las nuevas cartografías, nuevos métodos de contabilidad y, sobre todo, nuevas formas de diferenciar qué humanos eran civilizados y cuáles no–. En otras palabras, el «largo» siglo XVI fue testigo no solo del «descubrimiento de la humanidad», sino de su invención.⁹ *La Naturaleza* se convirtió en todo lo que no era el hombre civilizado.

El carácter real histórico de la crisis climática –el que está echando el telón sobre el Holoceno, ese periodo de 11.700 años de inusual estabilidad climática– no es, por supuesto, un periodo del *Hombre* y de la *Naturaleza*: es la consecuencia directa de las ecologías contradictorias de poder, beneficio y vida del capitalismo. La crisis climática de hoy no es *antropogénica* (hecha por el hombre), sino *capitalogénica* (hecha por el capital).

El Hombre, la Naturaleza y la violencia del naturalismo burgués

Podemos, entonces, comenzar por negarnos a aceptar la fantasía de la burguesía acerca de sí misma como *Hombre*, y del mismo modo, por negarnos a aceptar que la crisis climática es un problema de la condición humana determinada por una naturaleza altamente abstracta. Este es el corazón del naturalismo burgués, cuya expresión madura data de Thomas Malthus a finales del siglo XVIII. Para Malthus, la desigualdad creciente de la época, al igual que las revueltas obreras, campesinas y anticoloniales, eran la consecuencia de la «ley natural», no del imperialismo y los cercamientos. Tal naturalismo burgués –incluso antes de Malthus– subrayaba la arrogancia del universalismo occidental y su supresión de la política de clases a favor

⁸ Marx, *Critique of Hegel's «Philosophy of Right»*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. cast.: *De la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Madrid, Gedisa, 2003].

⁹ Abulafia, *The Discovery of Mankind: Atlantic Encounters in the Age of Columbus...*

del *progreso*: la marcha de la historia universal de lo que Weber una vez llamó la «racionalidad europea de la dominación universal».¹⁰

El Proyecto Civilizador ha tomado muchas formas, pero su esencia ha permanecido constante a lo largo de los siglos: la marcha de la racionalidad social, cultural y económica civiliza a lo no civilizado, desarrolla a lo no desarrollado. Los frutos del desarrollo capitalista son obsequios para los que los comentaristas de la Edad Moderna temprana llamaban «salvajes», esos humanos que, de distintas formas, no eran capaces o no deseaban aceptar la manifiesta superioridad de la civilización europea. En esta cosmología, la Civilización representaba lo mejor de la Humanidad. Quienes se resistían eran irracionales; independientemente de su biología, estos humanos –generalmente, pero no exclusivamente, sujetos coloniales–, eran parte de la Naturaleza, no de la Civilización. Así fue como la burguesía llegó a «sobrerrepresentarse» a sí misma como *Hombre*, lo mejor de la mayoría de los humanos, y el resto de la naturaleza, podría ser *subrrepresentada* como Naturaleza y ser devaluada en consecuencia.¹¹

Estamos socializados para aceptar *Hombre* y *Naturaleza* como descripciones inocentes. No lo son. *La Sociedad* y sus cognados –como la *Economía*– son igualmente tratados como inocentes. Estas son palabras que se conectan directamente con los sucesivos Proyectos Civilizadores del capital. Son fetiches.

Expresan y ocuyen un proyecto de clase comprometido con un absurdo palpable: la acumulación infinita del capital como un bien en sí mismo. *Hombre* y *Naturaleza* son *inventos* de un proyecto de clase específico para rehacer las relaciones humanas en la trama de la vida a imagen del capital.¹² No puedes escucharlos cuando los cito, pero estos términos no tan inocentes son considerados, justamente, como nombres propios, con mayúscula en cada instancia: *Hombre*, *Naturaleza*, *Civilización*, *Sociedad*. Estas no son palabras por encima de la lucha de clases universal; son inmanentes a ella. Este es el proyecto ideológico de la burguesía imperialista: un proyecto bajo la premisa de las Naturalezas Baratas y su doble estrategia de reducción de costes (valorización) y dominación (devaluación) geocultural. Podemos sacar provecho volviendo al planteamiento fundacional del materialismo histórico, *La ideología alemana*. Marx y Engels no estaban en lo cierto con respecto a todo, pero el esbozo del materialismo histórico de *La ideología alemana* es profundamente instructivo –y relevante–; habla directamente de una de

¹⁰ E. Altvater, «The Social and Natural Environment of Fossil Capitalism» en L. Panitch y C. Leys (eds.) *Coming to Terms with Nature: Socialist Register*, Merlin Press, 2007, pp. 37-59

¹¹ S. Wynter, «Unsettling the coloniality of being / power / truth / freedom: Towards the human, after man, its overrepresentation –An argument», *CR: The new centennial review*, núm. 3, marzo de 2003, pp. 257-337.

¹² Marx, *Capital*, vol. I..., p. 916.

las mayores limitaciones del materialismo histórico «verdaderamente existente»: la negativa de situar el desarrollo de la sociedad de clases dentro de la trama de la vida, para conectar la formación de clase con la ideología: las «abstracciones dominantes» de una era determinada.¹³ No hacer estas conexiones «compele» a los intelectuales «a *compartir la ilusión de esa época*».¹⁴ Desde el principio, Marx y Engels expusieron su punto de vista explícitamente en *La ideología alemana*: «Todo escrito histórico debe partir de estas bases naturales [geológicas, orohidrográficas, climáticas y demás] y su modificación en el curso de la historia a través de la acción de los hombres».¹⁵ Esto abre una forma poderosa de ver la sociedad de clases en la trama de la vida, una donde las clases hacen el medio ambiente y, al hacerlo, establecen las condiciones para el ascenso y declive de tales modos de producción. Abraza la sensibilidad dialéctica de que la sociedad de clases no es solo un sujeto de la historia, sino también un objeto de las tramas de la vida. Estas tramas de la vida están atravesando una transformación –en gran medida, independientemente de las luchas de clases en el Capitaloceno, pero que, de forma parcial y progresiva, también están causadas por esta–. Al hacerlo, podemos entender la crisis climática como una lucha de clases.

Para la burguesía, la crisis climática lleva una doble existencia: por una parte, el apocalipsis; por otra, un problema gerencial que es resuelto simplemente con la aplicación correcta de ciencia, tecnología y una administración racional. La división entre ecosocialistas y verdes convencionales refleja esta concepción burguesa de la crisis. Ambos coinciden en que la crisis climática representa una amenaza apocalíptica: los primeros creen que el capitalismo no puede contener la amenaza, los últimos creen que sí.

La historia de la crisis climática es, sin embargo, más compleja y más esperanzadora.¹⁶ Históricamente, los desafíos ambientales han acompañado las transiciones de época: la crisis del Occidente romano, la crisis del feudalismo, la «crisis global» del siglo XVII.¹⁷

Estas transiciones climáticas fueron profundamente desestabilizadoras para las clases dominantes y sus arreglos metabólicos, cuyas contradicciones se intensificaron durante estos tiempos turbulentos. Una forma de pensarlo es así: las civilizaciones son «construidas» para prosperar en condiciones climáticas definitivas. La formación de la civilización feudal y su era dorada en la Alta Edad Media ocurrió durante fases sucesivas de

¹³ Marx y Engels en *Marx and Engels 1845-1847, Collected Works, vol. 5...*, p. 59.

¹⁴ Marx y Engels, *Collected Works, vol. 5...*, pp. 55 y 145.

¹⁵ *Ibidem*, p. 31

¹⁶ J. L. Brooke, *Climate change and the course of global history*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014.

¹⁷ G. Parker, *Global Crisis*, Yale University Press, 2017.

calentamiento. Cuando el clima cambió, también lo hizo todo lo demás. Esto es, particularmente, notorio en el hemisferio norte, donde cambios climáticos dramáticamente desfavorables—tales como las «Pequeñas Edades de Hielo» de la Antigüedad Tardía y de principios de la Edad Moderna—fueron muy perjudiciales para las clases dominantes. Estas fueron seguidas por crisis epocales. Pero la crisis no fueron algo necesariamente malo, el colapso del poder de la clase dominante favoreció la elevación del nivel de vida de la vasta mayoría, una vez liberada de la dominación parasitaria.

Hoy (como en eras previas), la crisis climática nos amenaza a todos, pero socava la base misma del gobierno capitalista, directa e indirectamente. En ningún lugar, esto se hace tan evidente como en las formas en las que el calentamiento global está suprimiendo el modelo de la revolución agrícola que comenzó en Inglaterra y los Países Bajos, hace cinco siglos.¹⁸ En 2020, se han perdido ya ocho años de crecimiento de la productividad, «suprimidos» por el cambio climático.¹⁹ La agricultura capitalista ha quedado a merced del estancamiento del crecimiento de la productividad que dura ya décadas y del cual no se recuperará debido a la crisis climática, así como a un conjunto de contradicciones socioecológicas que incluyen a los movimientos de soberanía alimentaria. Este modelo agrícola es fundamental para el capitalismo y está inseparablemente unido al «modelo laboral» de la ampliación de la proletarización. El clima, en consecuencia, no es «solo» un problema alimenticio, es también fundamentalmente un problema de clase. El resultado es claro. Distinto de las crisis ocurridas en épocas pasadas, pero con ciertas similitudes, el cambio climático contemporáneo está desestabilizando los metabolismos civilizatorios del poder de clase y la (re) producción socioecológica. Las crisis epocales están así impregnadas no solo de un peligro extraordinario, sino también de posibilidades políticas. La nuestra —la era del infierno planetario— clama por una reinención dialéctica y generativa del proyecto socialista que tenga en cuenta la importancia de las tramas de la vida.

El infierno planetario. Durante años, he usado esa frase como metáfora. Hoy, todavía resulta una descripción más o menos precisa. Incendios e inundaciones fuera de control otorgan a la crisis actual una especie de carácter bíblico; pero quiero que nos resistamos a llevar muy lejos esa percepción. El milenarismo ha sido, desde hace mucho tiempo, una expresión de los pueblos oprimidos que enfrentan el fin de sus mundos *que, en verdad, existen*—uno piensa en el movimiento al final del siglo XIX de «la danza de los espíritus» de los indígenas estadounidenses—. No debemos tomarnos

¹⁸ J. W. Moore, «The End of the Road? Agricultural Revolutions in the Capitalist World-Ecology, 1450-2010...».

¹⁹ A. Ortiz-Bobea *et al.*, «Anthropogenic climate change has slowed global agricultural productivity growth». *Nature Climate Change*, núm. 11, abril de 2021, pp. 306-312.

estas experiencias a la ligera, pero tampoco deberíamos abrazarlas como un programa político. La cultura estadounidense, en particular, ha disfrutado de una relación amorosa de más de un siglo con el apocalipsis, lo cual es una de las razones por las cuales los ecosocialistas estadounidenses golpean la linterna metafórica, una y otra vez, diciéndonos que el final está cerca, que lo nuestro es la «hora de la verdad».²⁰

Ya no esperamos que la «crisis» llegue: *ya llegó*. Lo que sea que venga después no será capitalista. Es casi seguro que no será unitario y planetario en escala. Dónde y hasta qué grado prevalecerán proyectos de clase igualitarios, democráticos y sostenibles es un tema de políticas universales de clase —si el siglo XX constituye algún tipo de referencia, podemos confiar en que el *uno por ciento* no caerá sin dar la pelea—. Mucho antes de que los oficiales del ejército norteamericano lo dijeran durante la Ofensiva del Tet de 1968, «Tuvimos que destruir la ciudad para salvarla» fue el mantra de todos los imperios.²¹ Pese a todas las dificultades, y la violencia que acompaña el desencadenamiento de las crisis epocales, nuestro tiempo histórico es también un momento de posibilidades políticas. Tal es la naturaleza de las crisis epocales. La encrucijada no es ni «el clima» ni el «capitalismo», sino ambos simultáneamente. Podemos decir esto tanto sobre el cambio climático, como sobre el capitalismo. Ninguno lo es todo, pero es imposible explicar *nada* sobre estas dos dinámicas planetarias —íntimamente ligadas entre sí, desde el largo siglo XVI— sin considerar la una con la otra. Hoy, la dialéctica del capitalismo y el clima han superado el umbral —los marxistas lo llamarían una transición cantidad-calidad—. Ni el «sistema climático», ni el «sistema capitalista» pueden reproducir los viejos métodos. El capitalismo está dentro del clima; el sistema climático ha sido internalizado por el capital, y por todas partes las cuentas del *capital* están venciendo.

La acumulación infinita del capital es precisamente un sistema del no pago de las cuentas. Todo —no solo la contaminación, sino también la mayor parte del trabajo humano— debe ser externalizado del vínculo monetario. Esto es bastante conocido, incluso por los críticos liberales del capitalismo. Entendemos que la externalización reubica los costes fuera del nexo monetario, pero con frecuencia no entendemos que la zona de externalización es la zona de la *Naturaleza* —esas tramas de vida forzosamente, coercitivamente, pero también culturalmente bajo el dominio del trabajo no remunerado—. ¡Por favor!, nótese que la *Naturaleza*, en mayúscula, incluye *el trabajo no remunerado humano* así como el extrahumano.

²⁰ J. B. Foster, B. Clark y R. York (eds.), «Ecology – The Moment of Truth (special issue)», *Monthly Review*, núm. 60, marzo de 2007; sobre la relación amorosa estadounidense con el apocalipsis, ver B. Hartmann *The America Syndrome: Apocalypse, War, and Our Call to Greatness*, San Francisco, Seven Stories Press, 2017.

²¹ Arnett, *The Only Way to «Save» City was to Destroy It...*

Pero detengámonos una vez más a reconocer los engaños del naturalismo burgués. El naturalismo burgués es un conjunto de argumentos ideológicos que justifica e interpreta los asuntos humanos sobre el fondo de una «ley natural». Recuerden que el humanismo burgués y el naturalismo burgués son dos lados de la misma moneda. El ejemplo más famoso es el de Thomas Malthus, que argumentaba que las desigualdades sociales de la Gran Bretaña del siglo XVIII fueron el resultado de la ley natural en lugar de los cercamientos y los mercados capitalistas. Sus orígenes se trazan tan atrás como en el surgimiento del capitalismo varios siglos antes. Esta es la era en la que se produjo una ruptura ideológica que definió una época: la invención del Hombre y la Naturaleza, dos inventos cuyos mejores resultados serían gestionados por el Proyecto Civilizadorio (siempre desde la perspectiva del Imperio). ¿Qué fue lo que los civilizadores –los imperios europeos y sus financiadores– descubrieron al llegar a las costas de nuevas tierras? «Descubrieron» que los habitantes de esas nuevas tierras no estaban civilizados y no eran cristianos. Mucho después, en 1949, el presidente Truman declararía que el 80 % de la población mundial era «subdesarrollada». Evidentemente el camino al *desarrollo* era, en sí, recetado por la ley natural en su forma económica. Para citar al exsecretario del Tesoro, Larry Summers, «son como las leyes de la ingeniería; un conjunto de leyes funciona en todas partes».²² Las palabras pueden cambiar, pero el significado sigue siendo el mismo. En todas partes, todos aquellos que se resistieron a la ley natural –identificados por la civilización y sus intelectuales de clase– fueron calificados como irracionales, *salvajes*. No eran *civilizados*, sino parte de la *Naturaleza*.

Los nuevos imperios dependieron de las Biblias tanto como de las pistolas, prometiendo la salvación (y luego el *desarrollo*) a los humanos «salvajes», con la única condición de que trabajaran para los civilizadores. Negarse a trabajar, resistirse al trabajo, era no solo un acto de desafío, sino también un rechazo, irracional y salvaje, a aceptar la salvación. Era el rechazo de seres humanos que vivían en lo que John Locke y otros llamarían un «estado natural» –así sus tierras podrían ser fácilmente robadas y redirigidas hacia actividades lucrativas–. El trágico hecho de la historia universal es que la vasta mayoría de la humanidad, bajo el gobierno capitalista, fue desposeída no solo de sus hogares y sus tierras; fue despojada de su humanidad. La feminista socialista Ynestra King llamó esto alguna vez –y todavía me da escalofríos decirlo en voz alta– una forma específicamente moderna de «sacrificio humano».²³ El naturalismo burgués proclama que la Gran Mortandad fue un acto de la naturaleza, una invasión microbiana

²² Citado en Klein, *The Shock Doctrine...*, p. 218,

²³ Y. King, «Healing the wounds» en A. M. Jaggar y S. R. Bordo (eds.), *Gender / body / knowledge*, Rutgers University Press, 1989, pp. 115-141.

independiente del capitalismo, pero no lo fue –no más de lo que la actual pandemia proviene de la «Naturaleza» independientemente del capitalismo neoliberal–²⁴. Cuando la primera gran ola de cristianización ibérica y esclavización culminó en la Gran Mortandad –entre 1492 y 1610 la población indígena del hemisferio occidental declinó en un 95 %–, los imperios encontraron nuevos «salvajes» en nuevas tierras. Nació, así, la trata transatlántica de esclavos y el impulso ecocida y genocida de una nueva agricultura y un nuevo extractivismo capitalista, transformaron el mundo atlántico.

El humanismo y el naturalismo burgués fueron, entonces, los pilares ideológicos gemelos del capitalismo moderno. Todavía continúan con nosotros hoy en día. Alguien me describió recientemente como un «pos-humanista», me pareció extraño, ya que nunca me he descrito a mí mismo en esos términos. Soy, sin embargo, un crítico del humanismo burgués, que junto con el naturalismo burgués, es una forma de encuadrar las crisis y las contradicciones del capitalismo como si fueran impulsadas por un conflicto eterno: entre el Hombre, el Proyecto Civilizadorio y las «grandes fuerzas de la naturaleza».²⁵

La abstracción binaria Hombre Naturaleza fue y es más que un tema de debate filosófico: es una práctica política y es una estrategia de acumulación. Esta es la estrategia de la Naturaleza Barata, que se une a la estrategia «económica» de reducción de costes (para el capital) con la dominación geocultural: sobre todo a través del racismo y sexismo. ¿Por qué? Para aumentar la tasa de beneficio y para dividir a la clase trabajadora. Parafraseando a Claudia von Werlhof, la Naturaleza es todo lo que las clases dominantes no quieren pagar. Cuanto más valioso es el trabajo en términos prácticos, para Von Werlhof, más debe devaluarse la capacidad de la mujer de tener hijos en tanto trabajo. No hay nada menos «natural» y nada más «social» que las ideas dominantes de la Naturaleza –y su complemento, la Sociedad–. Estas abstracciones dominantes gotean, como diría Marx, sangre y polvo.

Al rechazar las cosmologías de Hombre y Naturaleza, estamos rechazando las abstracciones prácticas –*abstracciones dominantes*– que crean beneficio, ecocidio y genocidio. Estas han permitido la acumulación de capital durante siglos –y están alimentando los actuales fuegos del infierno planetario–. Desafiar la cosmología Hombre y Naturaleza es, en particular, hacer un llamamiento a la transformación socialista del régimen socioecológico capitalista de trabajo no remunerado. Permítanme dejar claro que el

²⁴ R. Wallace, A. Liebman, L. F. Chaves y R. Wallace, «COVID-19 and circuits of capital: New York to China and Back», *Monthly Review*, núm. 72, 2020, pp. 1-12.

²⁵ Steffen, Crutzen y McNeill, «The Anthropocene: are humans now overwhelming the Great Forces of Nature?...».

capitalismo es un sistema de trabajo no remunerado. El trabajo no remunerado de los seres humanos y del resto de la naturaleza –del femitariado y el biotariado– es el pedestal del proletariado universal y de la burguesía universal. Dejar clara esta conexión es acercarse a cometer un crimen de pensamiento, dado que nos conduce a abrazar un tejido emancipador de conexiones del proceso de hacer vida –la «producción y reproducción de la vida real»–²⁶, que abre nuestros ojos a las contradicciones planetarias de la crisis capitalista en el final del Holoceno.

Tristemente, el naturalismo burgués está hoy vivo y coleando. Es abrazado por la mayoría de ecologistas en los países ricos del mundo –el ecologismo de los ricos–²⁷. Su concepto más famoso es el Antropoceno. Me refiero aquí al Antropoceno popular, no al campo especializado del estudio geológico y sus debates sobre los «picos dorados», sino de la explicación de la crisis climática basada en la actuación del Hombre sobre la Naturaleza.²⁸

Hoy, no hay término más desastroso y patológicamente peligroso que el del Antropoceno: literalmente la «edad del hombre». Los científicos de los sistemas terrestres detrás del concepto no tienen miedo de desdibujar las líneas entre la «Buena Ciencia» y la historia de los asuntos humanos –incluyendo, por supuesto, el presente como historia–. Hay una arrogancia profunda aquí en juego, sostenida por el naturalismo burgués y la ideología de la ciencia (que no debe ser confundida con las prácticas concretas científicas, las cuales, por supuesto, son buenas y necesarias): dado que los científicos del Antropoceno asumen que la historia humana puede ser resumida en sus gráficos exponenciales, conocidos como «palos de hockey», no necesitan preocuparse por los movimientos desordenados y conflictivos de la historia moderna. Es como decir: «Somos muy inteligentes. Somos científicos. *Nosotros* podemos entender los asuntos humanos». ¡Claro! –vayan y lean los artículos de Will Steffen y sus colegas, si quieren una confirmación–, no han entendido casi nada de la historia humana. Borradas de estos gráficos de «palos de hockey» están las dinámicas de clase, de Estado, de imperios, de capital –y cómo esas dinámicas no solo son el producto de la trama de la vida, sino que también la producen, pero de manera cada vez más desequilibrada–. Las políticas resultantes son algo que encontramos en Johan Rockström, codirector de Instituto Potsdam de Alemania y padre del enfoque de los «límites del planeta».

²⁶ Engels, «Comunicación personal a J. Bloch en Königsberg», 1890, disponible en https://www.marxists.org/archive/marx/works/1890/letters/90_09_21.htm.

²⁷ Dauvergne, *Environmentalism of the Rich...*

²⁸ Moore, «*Confronting the Popular Anthropocene...*».

Ya basta de estos «abraza árboles y activistas de fronteras», nos dice Rockström. Necesitamos «banqueros y ejecutivos».²⁹ Para la superestrella de los límites planetarios, no amerita ningún gran ajuste ni en la imaginación política ni en la estrategia; solo más comercialización, más financiarización. ¡Claro!, no podemos esperar menos de los «científicos jefes» de Conservation International, una ONG multimillonaria con vínculos bastante publicitados con empresas ecorresponsables como Monsanto, Cargill y Shell (una investigación de 2011 registró al personal de CI acordando lavar la imagen ecológica de un fabricante de armas).³⁰ Al mismo tiempo, Rockström anuncia –de la manera más anodina y general posible– que «nuestra lógica económica actual ya no funciona».³¹ Tal es el poder ideológico del Hombre y la Naturaleza. ¡Sea lo que sea que haga, por favor no nombres el sistema!

Y el ecologismo de los ricos no nombra al sistema. Eso lo hacen los movimientos emancipadores. El materialismo histórico, en particular, es una forma de pensar bajo la premisa de identificar grandes transiciones históricas. Marx y Engels estaban obsesionados con la tarea de historizar las relaciones concretas de los humanos con «el resto de la naturaleza». Para ellos, la premisa interpretativa para el estudio de la sociedad de clases era algo que llamaron, de manera evocativa, «el modo de vida».³² Tales modos de vida toman forma no solo a partir de las «bases naturales», sino también del *qué* y del *cómo* producen. Se trata de una dialéctica creadora de medio ambiente: «La *modificación* [de la «naturaleza externa»] en el curso de la historia a través de la acción de los hombres».³³ Tal y como Marx subraya en su introducción al proceso del trabajo en el *capital*, las sociedades de clase organizan las relaciones y procesos laborales a través de la transformación de la «naturaleza externa».³⁴

Al hacerlo, especifican las contradicciones del trabajo humano dentro de los modos de producción y vida. De manera crucial, estas contradicciones giran sobre lo que académicos posteriores llamarían la reproducción social. Los modos de producción son irreductiblemente socioecológicos.

²⁹ J. Watts, «Johan Rockström: We need bankers as well as activists... we have 10 years to cut emissions by half», *The Guardian*, 29 de mayo de 2021.

³⁰ J. Levitt, «Conservation International 'agreed to greenwash arms company», *The Ecologist*, 11 de mayo de 2011; para el problema más amplio, incluyendo el lavado de imagen de la proempresarial Conservation International, ver Hari, «The Wrong Kind of Green», *The Nation*, 22 de marzo de 2022.

³¹ J. Rockström, «Bounding the Planetary Future: Why We Need a Great Transition», *Great Transition Initiative*, 2015

³² Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 5..., p. 31.

³³ *Ibidem*, p. 31.

³⁴ Marx, *Capital*, vol. I...

Giran sobre «la producción de la vida [...] aparece ahora como una *relación doble*: por un lado, como natural; por el otro, como relación social».³⁵

¿Qué tiene que ver esto con el Antropoceno? ¡Todo! Para entender el Antropoceno geológico, tenemos que entender el Holoceno, esa larga era de estabilidad climática inusual durante la que se han desarrollado la agricultura sedentaria, la vida urbana, los Estados recolectores de impuestos y, por supuesto, la sociedad de clases. Aun en el nivel más alto de la abstracción *histórica*, la *longue durée* de la especie humana, uno necesita explicar la historia climática particular del Holoceno. El Holoceno es un período interglaciar, que comenzó hace alrededor de 11.700 años atrás. Los humanos biológicamente modernos han existido durante mucho más tiempo, al menos 300.000 años. Por ahora, pondré a un lado el debate acerca del surgimiento de la agricultura sedentaria y la sociedad de clases que exasperó a los arqueólogos durante el siglo pasado. Es suficiente observar que la historia climática del Holoceno parte significativamente de los diecinueve periodos interglaciares anteriores. Este es el descubrimiento de William F. Ruddiman, cuyo argumento algunas veces es llamado la «temprana hipótesis antropogénica».³⁶ Su premisa es malthusiana: el Hombre y la Naturaleza, y demás, pero su perspectiva apunta hacia una interpretación muy diferente: *el clima y la clase, no el Hombre y la Naturaleza*. Después de un tiempo, hacia el 8000 a. de C., surgieron las primeras sociedades de clases y, dentro de ellas, las primeras divisiones pueblo-país del trabajo, políticamente aglutinado por algo que podríamos denominar como maquinaria estatal. Esto corresponde aproximadamente a lo que el gran arqueólogo marxista V. Gordon Childe llamó la «revolución urbana», la cual, por supuesto, también era una revolución de la formación de clases en su sentido más básico.³⁷ Esta «revolución» fue, ciertamente, desequilibrada y se llevó a cabo a lo largo de milenios, pero no existe duda de que el despertar de la agricultura y el despertar de la sociedad de clases estaban estrechamente vinculados. Lo que Ruddiman sugiere es que el largo trecho de estabilidad del Holoceno fue el producto de la revolución agrícola-urbana, incluyendo su influencia sobre la expansión de cazadores, pastores y recolectores, mucho más allá de los centros agrícolas. En vez de una descarbonización más o menos lineal —característica de períodos interglaciares anteriores—, el Holoceno experimentó la *recarbonización*. La «tendencia natural» hacia una nueva glaciación fue detenida y revertida. ¿Por qué? La respuesta corta es: por la sociedad de clases. Estas nuevas formaciones de clase establecieron nuevos regímenes demográficos bajo la premisa de la

³⁵ Marx y Engels, *Collected Works*, vol. 5..., p. 43.

³⁶ W. F. Ruddiman, *Plows, plagues, and petroleum: how humans took control of climate*, Princeton, Princeton University Press, 2005.

³⁷ V. G. Childe, *Man Makes Himself*, Londres, Mentor, 1951.

intensificación del trabajo, que alentaron relaciones de comercio remotas y promovieron sucesivas oleadas de domesticación de caballos y ganado, desde al menos 6000 años antes, con la domesticación del arroz un milenio antes. La sociedad de clases se convirtió en la palanca de Arquímedes de la estabilización del Holoceno medio.

Las sociedades de clases, no la expansión demográfica como tal, fueron el principal promotor de la carbonización atmosférica. Resulta que la sociedad de clases no solo fue un producto de la estabilidad del Holoceno, sino también su productora. El éxito, en sí, de la sociedad de clases está creando ahora las condiciones para su desmantelamiento —o, al menos, el desmantelamiento de su forma específicamente capitalista—. Si la sociedad de clases puede o no descarbonizarse es una pregunta abierta, pero no es abstracta. Hay una historia definida desde la cual podemos aprender; esta sintetiza la dialéctica de Marx y Engels —parafraseo— de la «transformación de la tierra» y la «formación social». Esta es una *relación doble* de modos de producción y esa dialéctica anima la conversación sobre la ecología mundo. Frente a las abstracciones del Antropoceno popular, la ecología mundo entiende las civilizaciones como procesos de construcción de entornos —no solo la adaptación al mosaico de la vida planetaria, sino su transformación a través de la adaptación³⁸ (y viceversa)—. Tal producción de entornos transforma no solo las «naturalezas externas», sino las relaciones de clase concebidas en su mayor amplitud. Esto, por supuesto, extiende la visión de Marx del proceso del trabajo y la fábrica socioecológica de las relaciones de valor con la historia de la sociedad de clases. ¿Recuerdan cómo Marx y Engels introducen el materialismo histórico diciendo que debemos situar la sociedad de clases, no solo dentro de sus condiciones geográficas y climatológicas, sino también a través de su «*modificación*» en el curso de la historia? Insisten en la conceptualización de las sociedades de clases no solo en relación con las llamadas «condiciones naturales», sino también a través de grandes olas de construcción del medio ambiente, las cuales constituyen los cambiantes arreglos metabólicos en el corazón de toda sociedad de clases.

Entender el capitalismo como un metabolismo de poder, beneficio y vida, es el centro de la tesis del Capitaloceno.³⁹ Esta tesis toma en serio la premisa del materialismo histórico: que la historia humana y la historia de la sociedad de clases en particular, es una historia de las relaciones con (y entre) tramas de la vida. La transformación de la tierra y la formación social están dialécticamente unidas de forma activa. El argumento

³⁸ Lewontin y Levins, «Organism and environment...»; J. W. Moore, *Capitalism in the Web of Life...*

³⁹ Moore, «The Capitalocene Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis...»; «The Capitalocene Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work / Energy...».

del Capitaloceno, por consiguiente, desafía al Antropoceno popular, pero entra en diálogo activo con el Antropoceno geológico.

La tesis del Capitaloceno implica un debate sobre los orígenes del capitalismo –la transición del feudalismo al capitalismo– dirigido a entender mejor la lucha actual hacia una transición del capitalismo al socialismo mundial. Mi argumento es reducido con frecuencia a un significativo vaciado de su contexto histórico-geográfico –lo cual es un asunto ideológico diseñado para evitar nombrar el sistema o para evitar lidiar con su especificidad histórica, o ambas cosas–. Durante dos décadas, he subrayado que, si queremos entender la actual crisis planetaria, debemos entender su origen. No encuentro apoyo empírico para alegar que los orígenes del capitalismo se iniciaron en Inglaterra alrededor de 1800. Marx argumenta repetidamente en contra de una formulación tan estrecha. Está claro que la capacidad del capitalismo de transformar la vida y el trabajo se expandió al máximo en el siglo XIX; esto fue precisamente consecuencia de múltiples capas de revolución imperial y económica sobre los tres siglos anteriores (capas en el doble sentido de Marx y Engels, uniendo la transformación de la tierra y la formación social). Más importante aún, como sostiene empíricamente la tesis del Capitaloceno, la gran ruptura en la transformación de la tierra/trabajo ocurrió en los siglos inmediatamente posteriores a 1492. No solo la proletarianización, la acumulación de capital y la mercantilización sobrepasaron cualquier cosa conocida en la Europa medieval. La velocidad, escala y alcance de la transformación de la tierra aumentó de forma aguda después de 1492 y, especialmente después de 1550, con frecuencia en un orden de magnitud muy superior respecto de la ecología política del feudalismo. El Capitaloceno comprende muchos debates, ciertamente, pero gira sobre una acumulación de afirmaciones históricas que los ecosocialistas, y todos a quienes les importa la justicia planetaria, deben tomar en serio.

El Capitaloceno también incorpora otra dimensión clave del materialismo histórico: la lucha de clases en la trama de la vida. Aquí alguien como Andreas Malm y yo estamos de acuerdo: el Capitaloceno es un análisis de la lucha de clases. Mi argumento difiere, sin embargo, en tomar la crítica antiimperialista seriamente, entendiendo el colonialismo, por ejemplo, como el modo preferido de formación de clase del capitalismo –esto es, establecer las condiciones para el trabajo barato–. La formación del proletariado de las plantaciones –que tenía en su centro la esclavización de los africanos– fue un momento primordial en este proceso. ¡Claro que la palabra inglesa *plantation*, «plantación», deriva de la subordinación colonial de Irlanda a Inglaterra, la cual sirvió como entrenamiento para el imperialismo británico alrededor del mundo! La lucha de clases en el campo inglés –por ejemplo, en los pueblos con molinos, que Malm efectivamente narra– es igual a las luchas de clases en Irlanda y a lo largo del

Sur estadounidense, antes de la Guerra Civil. Recordemos que el triunfo de la burguesía de las plantaciones en el Sur, antes de la Guerra Civil, fue la condición previa decisiva para «la» Revolución Industrial, la cual no iba a ningún lado sin el algodón barato.

Esta concepción del análisis de clase y de género apunta a las continuas dinámicas de sobreexplotación colonial, racializada y de género que han estado en el centro del desarrollo capitalista desde 1492. También, desde aquí, se ponen objeciones al formalismo de clase eurocéntrico que condujo a los partidos socialdemócratas europeos a votar a favor de la guerra en 1914 y que, célebremente, llevó al Partido Comunista Francés a rechazar su apoyo a la lucha por la liberación nacional de Argelia. La ecología mundo, en contraste, se suma a la tradición del marxismo anti-imperialista de Rosa Luxemburg, Frantz Fanon, Immanuel Wallerstein, Maria Mies y muchos otros. Esta comprende que los mercados capitalistas son instituidos políticamente y asegurados políticamente por el poder estatal e imperial que la burguesía ostenta. ¡Claro que la prioridad de tales mecanismos políticos es garantizar un «buen entorno de negocios»! Esto significa no solo la supresión de salarios, sino también la creación de regímenes políticos y culturales que garantizan el trabajo no remunerado de «las mujeres, la naturaleza y las colonias». ⁴⁰ ¿Recuerdan aquella peligrosa palabra, Naturaleza?

Esto es lo que los Estados y los imperios crean, porque la Naturaleza es todo por lo que la burguesía no quiere pagar: el trabajo de la vida humana y extrahumana, cada vez que sea posible, cada vez que sea necesario. ⁴¹ Para la ecología mundo, las apuestas prácticas no podrían ser más altas. Porque, si el capitalismo es sobre todo un sistema de trabajo no remunerado, hecho posible a través de la dominación geocultural, las luchas contra el prometeísmo, el sexismo y el racismo son luchas de clase en la trama de la vida. Esto apunta a un análisis del capitalismo que entiende su lógica económica y, al mismo tiempo, entiende que los capitalistas no pueden hacer gran parte de lo que se necesita para producir un medio ambiente favorable a los negocios; la acumulación del capital depende del poder territorial y muy frecuentemente, de la fuerza bruta. ⁴²

La política moderna es ciertamente compleja, más allá de lo que pueda medirse, pero uno de sus pilares ideológicos es el Proyecto Civilizador, cuyo dualismo dominante es el Hombre y la Naturaleza. Estas últimas son lo que Marx y Engels llamaron «ideas dominantes», pero esto no llega a ser una formulación suficientemente fuerte. Hombre y Naturaleza son

⁴⁰ Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale...*

⁴¹ Werlhof, *Nature and Society...*

⁴² Wallerstein, *Historical Capitalism...*

abstracciones dominantes sobre las que se articulan sistemas de creencias enteros –entre ellos, no menos importante, el ecologismo, posterior a 1968–. Tales abstracciones dominantes son las guías prácticas para el dominio burgués, especialmente en su forma imperial, que configuran estrategias concretas para la producción y la reproducción de la Naturaleza Barata: las relaciones del trabajo no remunerado por encima de todo. El Hombre y la Naturaleza no son meramente una interpretación engañosa, son los principios emergentes de un dominio burgués, con el «globo como su campo de batalla [ideológico]». ⁴³

Esto no es ni remotamente tan controvertido como algunos marxistas piensan, ya que la reducción del trabajador a «manos» –a un «fragmento» de una persona, como escribe Marx– es la reducción de un ser humano al estado de un animal. ⁴⁴ Pero uno no necesita esperar al surgimiento de una industria de gran escala para entender la cuestión. La formación del racismo y el sexismo modernos –reduciendo la mayor parte de la humanidad al estado de salvajismo– ocurrió simultáneamente en el largo y frío siglo XVII (1550-1700). ⁴⁵ No por casualidad, la formación del patriarcado globalizador y la línea de color mundial fueron indispensables para el paso de la acumulación primitiva a la proletarización, que fue el resultado de aquella era. ⁴⁶ ¿Necesito señalar que esto también marcó la explosión de las plantaciones y las revoluciones extractivas que devastaron el paisaje a lo largo del Atlántico? ⁴⁷

Este régimen de sobreexplotación –con el prometeísmo, el sexismo y el racismo en su centro– se desarrolló en un momento crucial para la historia del capitalismo. Entre los años 1550 y 1700, se produjo el momento de la primera crisis climática del capitalismo. El surgimiento del capitalismo después de 1492 no solo forjó una Pangea moderna, unificando biológicamente al Viejo y al Nuevo Mundo. A través de la Gran Mortandad, el capitalismo contribuyó directamente a la descarbonización (temporal) del

⁴³ Marx, *Capital*, vol I..., p. 915.

⁴⁴ Karl Marx: «La burguesía ve en el proletariado no un ser humano, sino una fuerza capaz de generar riqueza, una fuerza que puede, además, compararse con otras fuerzas productivas –un animal, una máquina– y si la comparación no es favorable al hombre, la fuerza que un hombre posee debe ceder ante la fuerza de un animal o una máquina». Borrador de un artículo sobre el libro de Friedrich List *Das nationale System der politischen Oekonomie*, en *Marx and Engels 1844-1845 Collected Works*; Lewis y Maslin, «Defining the Anthropocene...».

⁴⁵ E. Ladurie y V. Daux, «The climate in Burgundy and elsewhere, from the fourteenth to the twentieth century.», *Interdisciplinary Science Reviews*, núm. 33(1), 2008, pp. 10-24.

⁴⁶ Véase capítulo 10.

⁴⁷ Moore, «Amsterdam is Standing on Norway'. Part I: The Alchemy of Capital, Empire, and Nature in the Diaspora of Silver, 1545-1648...»; Moore, «Amsterdam is Standing on Norway. Part II: The Global North Atlantic in the Ecological Revolution of the Seventeenth Century...».

largo siglo XVII. Se trata del Pico de Orbis de Maslin y Lewis.⁴⁸ El forzamiento natural, sobre todo el cambio en la oscilación del Atlántico Norte y el volcanismo (y posteriormente el mínimo de Maunder), siguió siendo decisivo. Pero este forzamiento natural se intensificó por las dinámicas genocidas de la invasión europea y el reclutamiento laboral, que condujo directamente al Pico de Orbis. Como en transiciones climáticas anteriores, la inclinación transatlántica hacia condiciones más frías –y en los trópicos, más secas– estaba atada a una crisis política y económica, expresada desde hacía largo tiempo en la historiografía de la «crisis general del siglo XVII».⁴⁹ A diferencia de las crisis climáticas anteriores, el capitalismo logró sobrevivir, en gran medida, a través de una extensión rápida de las fronteras mercantiles y la esclavitud a lo largo del Atlántico tropical y subtropical.

A través de esta primera crisis climática moderna, surgió la trinidad de la historia universal mejor descrita como *capitalogénica* o «hecha por el capital».⁵⁰ Sus momentos de definición fueron la división de clases climáticas, el apartheid climático y el patriarcado climático. Aquí el Antropoceno *geológico* y el Capitaloceno *geohistórico*, encuentran su unidad dialéctica en la creación de una Pangea moderna –un momento donde (*algunos*) humanos se convirtieron en un «agente geológico» y llevaron a cabo los genocidios promovidos por la esclavitud–. Sus elementos se formaron en la *Reconquista*, la banca genovesa y el sistema temprano de plantaciones en el Atlántico.⁵¹ Dos momentos de la crisis climática del siglo XVII merecen una especial atención. El primero requiere confrontar la tesis Crosby sobre la Gran Mortandad, «las epidemias en suelo virgen» y su determinismo microbiano subyacente.⁵² Como ha dejado claro una generación de historiadores, la vulnerabilidad inmunológica de los pueblos indígenas explica solo una porción –no más de un tercio– de la despoblación.⁵³ La ferocidad de las políticas de redadas para capturar esclavos y las «reducciones» de poblados, en vigor después de 1550, impulsaron la destrucción de las poblaciones indígenas en todas partes, pero sobre todo en todos los focos de mercantilización: Perú, Nueva España y el noreste brasileño.⁵⁴ Estas

⁴⁸ S. L. Lewis y M. A. Maslin, «Defining the Anthropocene», *Nature*, núm. 519, 2015, pp. 171-180.

⁴⁹ G. Parker y L. M. Smith (eds.), *The general crisis of the seventeenth century*, Routledge, 2005.

⁵⁰ Moore, «World Accumulation and Planetary Life, or, Why Capitalism Will Not Survive Until the “Last Tree is Cut”...».

⁵¹ Patel y Moore, *History of seven cheap things...*

⁵² A. W. Crosby, *Ecological imperialism: the biological expansion of Europe, 900-1900*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986.

⁵³ Cameron, Kelton y Swedlund (eds.), *Beyond Germs: Native Depopulation in North America...*

⁵⁴ Koch, Brierley, Maslin y Lewis, «Earth system impacts of the European arrival and Great Dying in the Americas after 1492», *Quaternary Science Reviews*, núm. 207, 2019, pp. 13-36.

regiones fueron el hogar de la dinámica minería de plata y de la frontera de las plantaciones de azúcar en aquella era.

Los pueblos indígenas resistieron ferozmente; en Brasil, los aimorés llevaron a cabo una guerra de guerrillas que duró décadas, algunas veces en concierto con esclavos africanos recién llegados y recién escapados. La Gran Mortandad condicionó, a su vez, el surgimiento de la trata esclava transatlántica, a la vez que contribuyó a la crisis climática de la época: el largo y frío siglo XVII. La despoblación rápida dejó suelos intactos y permitió la regeneración de los bosques, lo que condujo a una reducción dramática del carbono, el Pico de Orbis. He aquí el segundo momento, que gira sobre el clima y la clase, no sobre el Hombre y la Naturaleza. En resumen, la Pequeña Edad del Hielo no *simplemente sucedió*. El forzamiento capitalogénico asociado con el Pico de Orbis coprodujo algunas de las condiciones climáticas más frías y volátiles de la Pequeña Edad del Hielo. Estas, a su vez, estaban ligadas a la guerra eterna, la crisis política y la incertidumbre económica del siglo XVII.

La crisis del siglo XVII fue resuelta a través de un «arreglo climático» que comprendió dos tipos de movimientos fronterizos. El primero fue la extensión de las plantaciones y los centros extractivistas a lo largo de América. El segundo, estrechamente relacionado, consistió en la formación del proletariado planetario. He escrito bastante en otros lugares sobre el primer momento, así que déjenme enfocarme en el segundo. La proletarización planetaria se extendió mucho más allá del concepto formal de las condiciones proletarias definidas por la dependencia del salario. Esto tiene que ver con tres grandes dimensiones: *proletariado*, *femitariado* y *biotariado*. Una es la proletarización entendida convencionalmente, marcada por la expansión de las relaciones de trabajo asalariado a lo largo del centro occidental y europeo. Desde 1550, la proletarización sobrepasó el crecimiento poblacional dentro de Europa por un margen considerable.⁵⁵

Probablemente lo hizo también en América, al menos en los grandes centros urbanos y en las zonas de frontera mercantil. Un segundo momento es la creación del *femitariado*. Esta supuso la imposición de nuevas formas culturales y legales que, definitivamente, hacia 1700, encerraron a las mujeres en la esfera «privada» y redefinieron su trabajo como «natural» —que es como decir que, en verdad, no es *trabajo* como tal—. La mujer, en la frase memorable de Federici, se convirtió en la «salvaje de Europa».⁵⁶ Los momentos coloniales fueron aún más brutales. El femitariado es la creación en curso de un proyecto ideológico burgués que une a la categoría

⁵⁵ Ch. Tilly, «The demographic origins of the European proletariat» en David Levine (ed.), *Proletarianization and family history*, Orlando, Academic Press, 1984, pp. 1-85.

⁵⁶ Federici, *Caliban and the Witch...*

Hombre la categoría Naturaleza (prometeísmo), y desde ahí, se le aplica al hombre o a la mujer (sexismo), por el interés de extender la jornada de trabajo no remunerado. La proletarización de género fue, por supuesto, indispensable para la Europa capitalista azotada por la crisis económica y en la cual la burguesía europea «sufría» por los altos salarios de los trabajadores antes de 1550. Aquí estamos viendo, con fuerza plena y en medio de una crisis climática, la formación de la interdependencia socialmente necesaria del trabajo «remunerado» y «no remunerado». No hay proletariado sin femitariado.

Nuestro tercer momento –pero, históricamente, el primero en tomar forma– es la creación de la Naturaleza como una abstracción dominante, expresada ideológicamente en el prometeísmo. Esto lógica e históricamente sirvió de condición previa a la racialización y al surgimiento de las relaciones de trabajo después de 1550. La naturaleza fue el hogar del *biotariado*, aquellas naturalezas humanas y extrahumanas no remuneradas puestas a trabajar para el capital.⁵⁷ El biotariado –como el proletariado y el femitariado con los cuales se solapó– fue dominado, fragmentado y resguardado por el capital, la ciencia y el imperio. Se puede sostener que el biotariado es el más poroso de estos tres momentos interpenetrantes, en tanto comprende todas las formas de vida, humana y otras, movilizadas y dominadas con el fin de incrementar la tasa de beneficio. El prometeísmo permitió, en primer lugar, la apropiación histórica y continua del trabajo no remunerado necesario para la «compulsión opacada de las relaciones económicas».⁵⁸ En segunda instancia, cuando las crisis sociales revelan el carácter ideológico de las «leyes naturales extremas» del capitalismo, el prometeísmo viene al rescate. Renueva el naturalismo burgués, cuya principal contribución es naturalizar de nuevo la desigualdad y traer materia prima ideológica para el patriarcado climático y el *apartheid* climático.⁵⁹

Proletariado, femitariado, biotariado. Estos son los ejes de relación del proletariado planetario, conformado en la crisis climática del siglo XVII, que ahora regresan, como venganza, al final del Holoceno. Claro que ninguna civilización ha sido más prometeica en sus aspiraciones que el capitalismo. Así que una pregunta fundamental sobre la solidaridad y la lucha es la siguiente: ¿cómo estimulamos una alianza del proletariado, el femitariado y el biotariado? ¿Cómo hacemos para aclarar a los tejidos conectores dialécticos de cada momento, para que podamos tratar cada uno como parte dinámica de un todo que evoluciona? La pregunta está en el centro de la estrategia ecosocialista, y molesta tanto al marxismo

⁵⁷ S. Collis, *Once in Blockadia...*

⁵⁸ Marx, *Capital*, vol. I, p. 899.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 925.

ortodoxo como al ecologismo dominante. Las respuestas fructíferas dependerán de un abordaje histórico serio y sostenido —que está profundamente ausente en el discurso ecosocialista—. Evidentemente, necesitaremos ir más allá de las lecciones históricas, las cuales no hablan directamente de la magnitud de la crisis de época del capitalismo al final del Holoceno.

La justicia planetaria o trata de la liberación de toda la vida de la tiranía del trabajo capitalista o no trata de nada.⁶⁰ Se trata de una visión para un socialismo biotario, y exige la emancipación del proletariado, el femi-tariado y el biotariado —de tal forma que el daño a uno sea un daño a todos (para tomar prestado el viejo lema del movimiento sindical estadounidense)—. Soy muy consciente de que tales luchas emancipadoras han sido, y seguirán siendo, desiguales. Aun así, no podemos avanzar sin un internacionalismo de la clase trabajadora que confronte la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático, como una «rica totalidad de muchas voluntades»⁶¹ —siempre con las tramas de la vida (y dentro de ellas) que, en sí, han sido degradadas y alienadas—. Recordemos que el corolario afirmativo dialéctico de la observación de Marx sobre la degradación capitalista del «suelo y el trabajador» es este: el horizonte comunista es el verdadero movimiento histórico de la lucha de clases en la trama de la vida.⁶²

⁶⁰ Moore, «The Capitalocene and Planetary Justice...».

⁶¹ Marx *Grundrisse...*, p. 100.

⁶² Marx, *Capital*, vol. I..., p. 638.

VIII PODER, BENEFICIO, PROMETEÍSMO.

PRIMERA PARTE: MÉTODO, IDEOLOGÍA Y VIOLENCIA DEL PROYECTO CIVILIZATORIO*

NINGUNA CIVILIZACIÓN ha sido más prometeica que el capitalismo en sus aspiraciones. Llamado así por el titán griego que trajo el fuego a la humanidad, el prometeísmo se entiende como una especie de estrategia medioambiental –pero no (necesariamente) ecologista– para el dominio y la gestión de algo que suele llamarse Naturaleza. Por desgracia, el debate suele detenerse ahí. Pero si el prometeísmo es dominación, ¿cómo obtiene beneficios? Esta es una pregunta elemental, aunque a menudo no formulada, en una civilización que prescinde de todo lo que no se ajusta a la ley del valor. La afirmación incontrovertible de que el capitalismo es un sistema de poder de clase que maximiza el beneficio no se ha traducido en una síntesis dialéctica de poder y beneficio en la trama de la vida. Seguramente hay muchas razones para ello. Una de ellas es la aceptación sistemática de la Naturaleza por parte de la izquierda como un concepto neutral desde el punto de vista de los valores. Y sin embargo, históricamente, el naturalismo burgués ha sido el eje ideológico de los sucesivos Proyectos Civilizadores, así como de los momentos malthusianos. Ignorar esto es desarmar las luchas por la justicia climática y el socialismo planetario.

La «dominación de la naturaleza» nunca ha tenido que ver con la dominación como tal. Tampoco se trata de la trama de la vida en un sentido directo. Tales puntos de vista olvidan que no hay nada natural en la idea de Naturaleza (Williams, 1972; Werlhof, 1985). Del prometeísmo ha surgido no solo la visión abstracta del hombre contra la naturaleza, sino todo tipo de dominación naturalizada, sobre todo el racismo y el sexismo modernos (Fields y Fields, 2012; Patel y Moore, 2017). El prometeísmo es una forma de dominación de clase basada en el «sacrificio humano» –desde genocidios hasta trabajadores desechables– diseñada específicamente para aumentar la tasa de beneficio y eternizar los acuerdos sociales actuales. Recordemos que el toque de corneta del neoliberalismo –el «no hay alternativa» de Maggie

*Texto publicado originalmente como «Power, Profit and Prometheanism, Part I: Method, Ideology and the Violence of the Civilizing Project», *Journal of World-Systems Research*, núm. 21, 2022, pp. 415-426.

Thatcher– encontró su principio básico no en la economía sino en la ley natural. «Las leyes de la economía», dijo Larry Summers en un seminario del Banco Mundial en 1991, «son como las leyes de la ingeniería; un conjunto de leyes funciona en todas partes» (citado en Klein, 2007: 218).

La lucha contra el prometeísmo y sus expresiones intelectuales, ideológicas e imperiales es esencial para la lucha por la justicia climática. No hay nada natural en la crisis climática capitalógena. El naturalismo que recorre el racismo y el sexismo modernos –invocando diferencias raciales *naturales* o proclividades *naturales* inscritas en el sexo biológico– encuentra, como su preconditione lógica e histórica, el prometeísmo y la invención de la Naturaleza. En efecto, el racismo y el sexismo *modernos* no estaban ahí «desde el principio» (por ejemplo, Saldanha, 2020).¹ Pero el prometeísmo *sí*. De este modo, estos pilares de la superexplotación no tardaron en cristalizar. Los tres –prometeísmo, racismo y sexismo– quedaron posteriormente unidos por los Proyectos Civilizadores y la dinámica de acumulación en el sistema mundo.

En este ensayo y en otro que lo acompaña, exploro las siguientes ideas:

En primer lugar, los relatos sobre las dominaciones geoculturales del capitalismo que no tengan en cuenta su naturalismo caerán invariablemente en categorías fragmentadas y fetichizadas que confunden las unidades de observación con las unidades de análisis. Esta fragmentación intelectual refleja las estrategias burguesas de «divide y vencerás» y «define y vencerás» (Mamdani, 2012). Además, estas estrategias socavan «la unidad de la clase [trabajadora]» (Federici, 2012: 19, 39). Como muestra Federici (2004), la Naturaleza fue fundamental para desunir a las clases re/productoras bajomedievales a través del poder de su fetichización, y para transformar la diferencia en dualismos fuertemente vigilados.

Esto nos lleva a abordar la historia moderna de la ideología desde una nueva perspectiva. La «idea dominante» de la Naturaleza –explicaré lo de las mayúsculas en su momento– no es una afirmación epistemológica estrecha (Marx y Engels, 2010: 59). Es, más bien, la palanca de la

¹ Esta formulación, en alguna de sus versiones, está muy extendida. Suele ir acompañada de un margen considerable de holgura histórico-geográfica y conceptual, dada la reticencia igualmente generalizada a abordar la *aparición* de la línea de color mundial en su especificidad social, jurídica y cultural. Típica es la paráfrasis de Saldhana (2020) y de Robinson (1983): «El capitalismo es desde el principio [...] *un proceso desbocado intrínsecamente orientado a expandirse explotando a las poblaciones consideradas menos dignas de vida*» (Saldhana, 2020: 16, énfasis añadido). Esta tendencia, sin embargo, no es racismo, sino prometeísmo. Es un naturalismo burgués imperial que proporciona la materia prima ideológica necesaria para construir *no solo* la línea de color mundial sino también la línea de género mundial en sus formas modernas y completamente naturalizadas.

fetichización en los procedimientos del reduccionismo filosófico (burgués). Este reduccionismo articula los dominios intelectual e ideológico. El naturalismo, en pocas palabras, es una fábrica de fetichización que no solo *justifica* la desigualdad en nombre de la «ley natural» y la «Buena Ciencia» —como en la clásica explicación malthusiana de la desigualdad (Moore, 2021a)—. También es una estrategia de acumulación que establece las condiciones de poder, beneficio y vida necesarias para garantizar flujos crecientes de trabajo no remunerado hacia el vórtice de la acumulación. El prometeísmo es, a su vez, el mismo *ethos* empresarial de control y racionalidad social que evacúa la política de clase de la toma de decisiones civilizatorias sobre las relaciones entre los seres humanos y el resto de la vida.

Siguiendo el argumento de Bourdieu a favor de un enfoque reflexivo, destaco el imperativo de una interrogación radical de los tejidos conectivos entre los marcos académicos y las arenas movedizas de la ideología burguesa. Poniendo en primer plano el Proyecto Civilizador en los registros metodológicos e históricos, esbozo las posibilidades de repensar las relaciones de poder, dominación y explotación en la historia moderna del mundo. Esto sugiere una visión interpretativa —llamémosla «interciencia» desde un punto de vista proletario (Braudel, 1984; Hartsock, 1988; Wallerstein, 2001)—. Esta forma de ver permite repensar y replantear los tropos dominantes en la izquierda académica, sobre todo los relacionados con el «colonialismo de asentamiento» y el pensamiento decolonial.

En la segunda parte, rastreo cómo estos tropos, al no abordar el prometeísmo como palanca de Arquímedes de la ideología burguesa, han derivado en una tesis subalterna del «choque de civilizaciones». Dado que la crítica sin reconstrucción es un ejercicio vacío, trazo las posibilidades de unir una recuperación del pensamiento antiimperialista con una reconstrucción histórica del Proyecto Civilizador. Esta línea de argumentación desentraña la tesis de la superexplotación, entendida como unidad diferenciada de explotación y apropiación, de trabajo remunerado y no remunerado realizado por los seres humanos y el resto de la vida (Moore, 2015, 2018). Esta alternativa ilumina las líneas de falla internas, así como las condiciones de su unidad, del Proletariado Planetario y su trinidad de proletariado, femitariado y biotariado (Moore, 2022a). Esto es fundamental a la hora de construir la política internacionalista de solidaridad necesaria para hacer frente a la crisis climática y transformar el Capitaloceno en un Proletarioceno (Salvage Collective, 2021).

Prometeísmo: ideas dominantes, abstracciones dominantes y la dinámica de clase del naturalismo

En su expresión académica dominante, el prometeísmo es una abstracción del pensamiento (Meyer, 2016). Los ecologistas han utilizado durante mucho tiempo este término de forma peyorativa. Esa es una discusión importante. Mi interés está, sin embargo, en otra parte. La propia polaridad de la discusión ambientalista habla de un acuerdo sobre su cosmología subyacente: prometeicos y ecologistas están de acuerdo en la cosmología del Hombre y la Naturaleza. Este acuerdo admite las relaciones sociales, técnicas y tecnológicas, al tiempo que elimina las cuestiones históricas de clase y las ideologías de los Proyectos Civilizadores. Si este reduccionismo se justifica a menudo como un inocente sentido práctico, con la misma frecuencia constituye una pretensión ideológica disfrazada de Buena Ciencia (Lewontin, Rose y Kamin, 1984). Transmite la impresión de que las abstracciones mecánicas son inocentes en la lucha ideológica en curso —a pesar de la aceptación gestual generalizada de la insistencia de Bourdieu en la reflexividad (Moore, 2017a, 2021a; Bourdieu y Wacquant, 1992)—.

Es en el nexo entre método e ideología donde el prometeísmo, entendido no como una abstracción del pensamiento, sino como una abstracción dominante, adquiere su importancia. Las abstracciones dominantes del capitalismo conforman lo que vemos y lo que no vemos, lo que ponemos en primer plano y lo que abstraemos. Las abstracciones dominantes son más que las premisas de las «ideas dominantes» de la burguesía —obsesionada con el Hombre, la Naturaleza y los Proyectos Civilizadores desde el principio (Moore, 2021b)—. Rompiendo bruscamente con los holismos premodernos, el Proyecto Civilizador forjó zonas ideológicas separadas ontogenéticamente y estructuradas jerárquicamente: Hombre y Naturaleza. Los civilizadores ilustrados asumieron la responsabilidad moral de la supervisión racional y la gestión activa. El resultado fue despolitizar y, por tanto, legitimar el capitalismo desterrando sus antagonismos al terreno de la «ley natural» (Moore, 2021a). El Hombre, la Naturaleza y la Civilización se convirtieron en hilos conductores de la violencia práctica del imperialismo y de su afán por establecer las condiciones necesarias para la acumulación mundial (Moore, 2022a). El problema del dualismo ontológico —institucionalizado en las dos culturas de las «ciencias»: humanas y físicas (Snow, 1959)— está empapado de la sangre y la suciedad de la conquista imperialista y los patrones mundiales de formación de clases racializadas y de género que contribuyó a crear (Wallerstein, 1983).

Esto nos lleva a otra afirmación incontrovertible: tras el «descubrimiento» de nuevas tierras, uno de los primeros actos de toda gran potencia imperial fue declarar salvajes a sus habitantes. No cristianos, no civilizados,

no desarrollables, no sostenibles, eran parte de la naturaleza; no humanos, o no del todo humanos. O aún no humanos. Salvaje significaba revoltoso y perezoso (Alatas, 1977), un movimiento ideológico que naturalmente justificaba el trabajo como camino hacia la salvación. A veces, había debates. La Controversia de Valladolid² fue solo la más destacada (Patel y Moore, 2017). Pero una tendencia dominante se impuso: el imperialismo y la formación de la clase mundial se desplegarían a través de una lógica cultural de «sacrificio humano» que entrelazaba lo ideológico y lo biológico (King, 1989).

Nuestra incontrovertible observación se presta a algo impensable dentro del marco imperial del Hombre y la Naturaleza. A saber, la arquitectura intelectual esencial de este binario dominante tenía muy poco que ver con la especie humana y el resto de la vida. Humanidad, civilización, salvajismo, todos reflejaban, e intentaban alterar a favor del capital, el gradiente de resistencia efectiva al imperialismo. Así, China, por ejemplo, podía ser celebrada o menospreciada según el equilibrio global de fuerzas de la modernidad temprana (Hung, 2003). A fin de cuentas, ya se tratase del planeta o de la plantación, todo era cuestión de control administrativo: los civilizadores pensaban, mientras que los salvajes trabajaban. Este gerencialismo imperial-burgués forma una línea transversal desde Descartes y Locke hasta Frederick Winslow Taylor y el Gran Reinicio del Foro de Davos (Moore, 2021a, 2022d). Su prometeísmo permitió la rápida apropiación de la Naturaleza Barata, cuyo aprovechamiento rentable dependía de todo tipo de semiproletarizaciones coercitivas (Wallerstein, 1983; Rediker y Linebaugh, 2000; Federici, 2004; Moore, 2017b).

Esta transición ideológica estableció a algunos humanos como Hombres y a la mayoría como salvajes y parte de la Naturaleza. El racismo y el sexismo modernos están crudamente binarizados. Se basa en un procedimiento de «exclusión radical» (Plumwood, 1993). Combinado con el prometeísmo y el reduccionismo filosófico, tenemos un brebaje ideológico tóxico. A diferencia de la Europa medieval, durante el auge del capitalismo, el Hombre y la Naturaleza se conceptualizaron como «ontológicamente anteriores al todo que componen las unidades» (Lewontin *et al.*, 1984: 6). Esto es común al dualismo tanto ideológico como intelectual, un procedimiento mediante el cual las propiedades del Hombre y las propiedades de la Naturaleza no solo se generan ontogenéticamente, sino que se excluyen mutuamente (Moore, 2015, 2017a). Plumwood (1993) lo llama la «lógica del colonialismo». Al hacerlo, nos permite unificar dialécticamente las

² Las Controversias o Debates de Valladolid se celebraron entre el 15 de agosto de 1550 hasta mayo de 1551 en el colegio de San Gregorio de Valladolid entre partidarios de los derechos de los indígenas americanos, representados por Bartolomé de las Casas y partidarios del sometimiento de los mismos, cuyo representante más conocido y activo fue Juan Ginés de Sepúlveda. [N. del T.]

relaciones entre los «medios de producción mental» del capitalismo (Marx y Engels, 2010: 59) y sus estrategias de clase de poder, ganancia y vida.

¿Por qué el reduccionismo burgués es una cuestión tan acuciante? La respuesta corta es que habla de cómo la crisis climática es una victoria para el capital en una lucha de clases posibilitada –tanto como oscurecida– por el prometeísmo y su cosmología del Hombre y la Naturaleza. La crisis climática actual es una triple hélice capitalogénica formada por la división de clases climática, el patriarcado climático y el apartheid climático (Moore, 2019, 2021a, 2022a, 2022b). No se trata de una trinidad unida mecánicamente como plantearía un pluralismo causal abstracto a la manera de la interseccionalidad. Más bien, la trinidad del barco esclavista Tierra surgió en un momento decisivo de la historia capitalista: el «largo y frío siglo XVII» (Ladurie y Daux, 2008; Moore, 2021c, 2022c). Entre 1550 y 1700, el Proyecto Civilizador, las fronteras mercantiles y la acumulación militarizada contribuyeron a la primera crisis climática capitalógena. Se trataba del «Pico de Orbis», una descarbonización (y por tanto un enfriamiento) dramática si bien temporal, derivada de los genocidios inducidos por la esclavitud después de 1492 (Maslin y Lewis, 2015; Cameron *et al.*, 2015; Koch *et al.*, 2019).

Ese largo y frío siglo XVII –el tramo más prolongado y desfavorable de la Pequeña Edad de Hielo– fue un momento de crisis capitalista sin precedentes, marcado por el malestar social, la crisis política y la volatilidad económica (Parker, 2013). Las burguesías imperiales avanzaron rápidamente hacia una estrategia de «arreglo climático» basada en nuevas rondas de proletarización coercitiva y nuevas fronteras mercantiles, forjando nuevos regímenes de acumulación racializados y de género (Moore, 2021b, 2021c). Esta formación inicial del apartheid climático y el patriarcado climático fue impulsada por la dinámica de clase de la solución climática, incluso si modas recientes como el «Plantacioceno» (Wolford, 2021) y el «Capitaloceno racial» tratan de negarlo (Vergès, 2017).³

Para apoyarnos en la bien utilizada frase de Barbara J. Fields (1990), las ideologías no tienen «vida propia»: son *proyectos de clase*. Más precisamente, estos proyectos de clase son moldeados por la «compulsión sorda de las relaciones económicas» en la trama de la vida (Marx, 1977: 899; Moore, 2015). Las políticas de clase son cruciales porque la mayor parte de las condiciones para un buen entorno empresarial están más allá de la capacidad de los capitalistas como actores económicos. Se requieren maquinarias estatales, y las maquinarias estatales requieren ideologías con

³ En ambos casos, los argumentos proceden evitando la hipótesis del Capitaloceno sobre cómo la clase, la raza, el género y las tramas de la vida se construyen en su especificidad histórico-geográfica (Moore, 2017b, 2018).

el fin de cohesionar la unidad efectiva entre los estratos dirigentes y los cuadros (trabajadores intelectuales), así como algún tipo de consentimiento de la gran mayoría (Gramsci, 1971). Como ilustra Wallerstein, el largo y frío siglo XVII fue un momento en el que el *estatismo* —«una reivindicación [legitimadora] de un mayor poder en manos de la maquinaria estatal»— cuajó como la ideología del absolutismo (Wallerstein, 1974: 144ss, cita: 147). Sin embargo, esto fue claramente insuficiente para llevar a cabo el arreglo climático emprendido a partir de 1570. Alguna medida de universalismo —inicialmente, una teología «natural» cristiana cada vez más instrumentalizada— era necesaria para la hegemonía colonial (Wallerstein, 1974; Betancor, 2017). De ahí el prometeísmo «universal» del Proyecto Civilizador como ideología de la acumulación sin fin. El prometeísmo:

Domina el pensamiento y la acción de gobernantes y gobernados, opresores y oprimidos. Es la cosmología del «más», más de todo, más para todos, pero más particularmente (o si es necesario) para «mí» o «nosotros». Aparentemente hay rebeliones contra esta cosmología: rebeliones de los «límites del crecimiento» que a menudo resultan ser formas ocultas de defender el «más» que interesa a un grupo frente al «más» de otro grupo; rebeliones «igualitarias» que a menudo operan sobre el supuesto de que el camino hacia la igualdad pasa por más de lo mismo, pero esta vez para otro, «nosotros». (Wallerstein, 1978: 7)

Aquí encontramos un momento ideológico decisivo de la formación de clase a escala mundial. Desde los orígenes del capitalismo, el prometeísmo unifica las estructuras del conocimiento, la ideología y el capital (Moore, 2021b). Produce sucesivas versiones del Proyecto Civilizador, y estas resultan necesarias para consolidar sucesivos regímenes de acumulación. Desde el cóctel genocida del instrumentalismo metafísico y la «guerra justa» en el siglo XVI, hasta la hegemonía nuclear de Truman, vinculando la contrainsurgencia de la Doctrina Truman con el desarrollismo del Punto Cuatro, el Proyecto Civilizador ha representado el interés propio de la burguesía imperial como portador de salvación, civilización, desarrollo y, hoy, sostenibilidad (Moore, 2021a). Ningún régimen de acumulación puede renunciar a tal legitimación.

Al unificar mecánicamente el humanismo burgués y el naturalismo burgués, el Proyecto Civilizador mató dos pájaros de un tiro. Sobrerrepresentó a la burguesía imperial como lo mejor de la Humanidad (Wynter, 2003) y, a la vez, los imperios y sus cuadros inventaron la Naturaleza como estrategia para asegurarse todo aquello por lo que no querían pagar (von Werlthof, 1985). Mientras las revoluciones científicas encontraban la forma de convertir las redes de la vida en oportunidades lucrativas, las

revoluciones militares se aseguraban de que nadie se interpusiera en su camino (Antonacci, 2021).

La Naturaleza fue el pegamento ideológico que mantuvo unidos ambos momentos. Sirvió como martillo ideológico de la formación de clase en todo el mundo, no solo externalizando costes, sino permitiendo modos de apropiación del trabajo no remunerado que definieron una época (Moore, 2018). Cuando Federici considera al semiproletariado femenino de Europa occidental como los «salvajes de Europa», sitúa esta transición como una «palanca» decisiva en la producción de plusvalía mundial (Federici, 2004: 100, 103-104). Fue fundamental para la «lucha proletaria» (Federici, 2004: 80) y constituyó el «arreglo climático de la época». Dicho naturalismo burgués fue, en otras palabras, fundamental no solo para la creación del semiproletariado mundial, sino también del feminitariado y su provisión de trabajo *no remunerado* socialmente necesario. A esto podemos añadir la unidad estratégica de la gran ciencia, el gran capital y el gran imperio en la cartografía y la obtención de oportunidades de lucro en la vida planetaria, forjando un *biotariado* de trabajadores extrahumanos no remunerados unidos al motor de la acumulación sin fin (Moore, 2018, 2022a).

Clase, proyectos civilizadores y el problema del método

La línea entre lo *Civilizado* y lo *Salvaje* se trazó pronto y a menudo a través de una serie en cascada de desarrollos geográficos y geoculturales capitalistas tempranos (Patel y Moore, 2017). Maduraría como la revolución cartesiana después de 1648, pero sus hilos se entretrejieron cada vez más en el tejido de un precoz aunque desigual naturalismo burgués cuyos linajes se remontan al largo siglo XVI (Crosby, 1997; Abulafia, 2008). En el siglo XVII, Naturaleza y Salvajismo asumieron su significado moderno.

El Salvajismo, en particular, se convirtió en la materia prima ideológica de dos pilares de la dominación burguesa: el sexismo y el racismo (Federici, 2004; Bethencourt, 2013). El *naturalismo* permitió una nueva forma de explotación de clase. Se trataba de la superexplotación, basada en la apropiación del trabajo no remunerado de los seres humanos y del resto de la naturaleza bajo el signo de una u otra «ley natural» (Moore, 2021b, 2022d). La naturaleza se convirtió no solo en una «idea dominante», sino en una *abstracción dominante* que permitía esta superexplotación (Moore, 2015, 2022b). Como hemos visto, la aparición del sexismo moderno fue un momento constitutivo de la acumulación primitiva —un movimiento de formación de clases (Marx, 1977)— a través del cual las mujeres se convirtieron en las «salvajes de Europa». En ausencia de feminización en y a través de la proletarización, no hubiera habido trabajo barato ni capitalismo.

El racismo moderno se formó de manera similar pero distinta. Robinson lo explica muy bien cuando identifica el «salvajismo» como fundamental para el trabajo barato en la ecología mundo capitalista:

El colonialismo inglés había [inventado] el salvajismo de los irlandeses [...] La noción [...] viajó bien. *Cuando lo que se necesitaba era mano de obra*, los irlandeses, los pobres de las ciudades de la metrópoli, los africanos y los nativos americanos fueron cómodamente agrupados bajo la noción de salvajismo. Cuando la cuestión era la expropiación de las tierras de los nativos, había pocos motivos para respetar las reivindicaciones de los salvajes o para entender su resistencia como algo más que *salvajismo*. De hecho, el pensamiento colonial esperaba todo lo contrario. Los colonos eran la «civilización avanzada». Dichas sociedades demostraban su importancia histórica mediante la destrucción o dominación de los salvajes. (Robinson, 1983: 186-187, énfasis añadido)

Desde este punto de vista, podemos empezar a dar sentido a un giro intelectual de gran alcance entre los intelectuales críticos, especialmente pero no solo en el Norte global. Se trata de la tendencia a eludir la dinámica del capital y la clase a través de metáforas como «colonialismo de asentamiento», extractivismo, plantacioceno y, a veces, engañosamente, «Occidente» o Europa (por ejemplo, Wolfe, 1999; Blaser, 2013; Hixson, 2013; Brand *et al.*, 2016; Wolford, 2021; para críticas, véase Ajl, 2020; Moore, 2022b). Si bien estos enfoques son diversos entre sí, el impacto ideológico más amplio de estos tropos ha sido bastante uniforme. En general, estas metacategorías y las culturas académicas que los sustentan privilegian lo siguiente: el particularismo regional, el negacionismo de la clase y el capital, el nacionalismo metodológico y el grupismo, y una especie de «nuevo institucionalismo» (Lecours, 2005) que privilegia una forma productiva o política específica (Estados, minas, plantaciones, etc.) a expensas de la interpretación de sus relaciones subyacentes. ¿Es descortés observar que tal empirismo encuentra su raíz histórica en el empirismo inglés del siglo XVII? ¿O que dicho empirismo estaba estrechamente vinculado a la acumulación primitiva realmente existente, al «colonialismo de asentamiento» y a la trata de esclavos (Glausser, 1990)? Probablemente. Pero no veo otra salida.

¿La alternativa? Podríamos retomar provechosamente una oleada anterior de estudios sobre el «colonialismo de asentamiento». Ligados a las tensiones de las luchas por la liberación nacional y la descolonización, los estudiosos radicales de los años setenta trataron de dar sentido a los antagonismos globales y nacionales de la formación de clase, la política y las luchas dentro de un sistema imperialista de acumulación (Arrighi, 1965; Emmanuel, 1972; Good, 1976; Samed, 1976; McMichael, 1984). A

través de todo un espectro de interpretaciones, estos enfoques rechazaron en general el formalismo de clase eurocéntrico en favor de reformulaciones creativas y dialécticas de la clase y el capital, el género y la raza desde la perspectiva del moderno sistema mundo histórico.

Estos pensadores forman un linaje fundamental para el estudio histórico del sistema mundo. Sus ideas han sido eclipsadas en gran medida por múltiples expresiones del reduccionismo burgués, un metaprocedimiento del modo de pensamiento capitalista a partir de la revolución científica (Lewontin *et al.*, 1984). Estos pensadores lucharon contra ese reduccionismo desde el principio. Gran parte de la reciente oleada de investigación del «colonialismo de asentamiento» ha favorecido formas variadas de nacionalismo metodológico, así como procedimientos similares. De estos últimos, es especialmente relevante el grupismo, una especie de pensamiento de «unidad básica» que toma a los grupos delimitados como unidades fundamentales de análisis.

Se las ha arreglado para resistir un cuarto de siglo de teorización constructivista en las ciencias sociales [...] que las «culturas», «comunidades», «tribus», «razas», «naciones» y «grupos étnicos» no son conjuntos delimitados. A pesar de estos y otros avances, los grupos étnicos y de otro tipo se siguen concibiendo como entidades y se presentan como actores [...] La «grupalidad» es una variable, no una constante; *no se puede presuponer*. (Brubaker, 2004: 2-4, énfasis añadido)

El grupismo metodológico, al igual que el nacionalismo metodológico, contrasta fuertemente con el método de los sistemas-mundo y su preferencia por la emergencia dialéctica, la consolidación y el movimiento de las totalidades relacionales (Hopkins, 1982; Moore, 2017a). El método dialéctico se opone a los argumentos basados en la «invariabilidad estructural»: la noción de que los procesos históricos (incluidos los constructos civilizatorios, nacionales, raciales y de otro tipo) se expanden cuantitativamente sin reestructuración cualitativa (Arrighi, 2004). La dependencia de unidades no relacionales como bloques de construcción se basa en el reduccionismo filosófico. El reduccionismo no es exactamente lo mismo que el popular dicho académico: «No has prestado suficiente atención al tema x, y o z». O alternativamente: «¡Es mucho más complicado que eso!», el grito de guerra del empirismo. Este abarca más bien:

Un conjunto de métodos generales y modos de explicación tanto del mundo de los objetos físicos como de las sociedades humanas. A grandes rasgos, los reduccionistas intentan explicar las propiedades de conjuntos complejos –moléculas, por ejemplo, o sociedades– a partir de las unidades que los componen. Sostienen que [...] las propiedades de

una sociedad humana no son más que la suma de los comportamientos y tendencias individuales de los seres humanos que la constituyen [...] El reduccionismo es la afirmación de que las unidades que componen un todo son ontológicamente anteriores al todo que componen las unidades. Es decir, las unidades y sus propiedades existen antes que el todo, y hay una cadena de causalidad que va de las unidades al todo. (Lewontin *et al.*, 1984: 5-6)

A modo de conclusión: del método a la práctica

Los enfoques basados en unidades básicas no se limitan a la investigación académica. Están íntimamente ligados a las estructuras de conocimiento del capitalismo, a los «medios de producción mental» y a las recurrentes iteraciones malthusianas de las justificaciones biologicistas, demográficas, genéticas y otras justificaciones «naturales» de la desigualdad capitalista (McNally, 1993; Moore, 2021a). Una alternativa dialéctica atraviesa el nudo gordiano de la diferencia no separando mecánicamente (y luego recombinando o intersectando) unidades observables, sino más bien abrazando la diferencia como mutuamente –aunque asimétricamente– constitutiva (por ejemplo, Federici, 2004). Conviene repetir que la dialéctica fluye *a través* de la variación, no a pesar de ella.

La dialéctica es, en otras palabras, un método *eductivo* (Moore, 2015). El hilo conductor de Marx permite explorar el potencial «para el cambio, [...] para la construcción de nuevas totalidades (por ejemplo, ecosistemas sociales) y similares». La *edución* «más que la deducción o la inducción es [...] el motivo central de la praxis dialéctica» (Harvey, 1993: 37). Solo entonces puede la dialéctica, como «gran aflojador de nudos», permitirnos involucrar unidades observables específicas dentro de movimientos históricos más amplios de creación y disolución (Bhaskar, 2008; Moore, 2017a). En este sentido, no se me ocurre nada mejor que concluir destacando la trayectoria de Marx en *El capital* (1977). Una historia que comienza con la mercancía no concluye con una repetición limpia y ordenada de la forma celular de la mercancía. Marx concluye con la expropiación de los expropiadores. Como subraya Marx, el materialismo histórico no es solo método, sino praxis.

IX PODER, BENEFICIO, PROMETEÍSMO.

SEGUNDA PARTE: LA SUPEREXPLORACIÓN EN LA TRAMA DE LA VIDA*

EN EL AJETREO DE LOS ESTUDIOS sobre el clima es fácil perder de vista algo fundamental sobre la crisis climática: esta es el resultado directo del propósito de la burguesía de convertir toda la vida en oportunidad de lucro. La crisis climática es una lucha de clases. Pero esto plantea algunas preguntas: ¿qué tipo de lucha de clases? ¿Y qué tipo de análisis de clase es necesario?

Casi medio siglo de triunfo neoliberal ha silenciado esta línea de investigación. Dentro de la fábrica del conocimiento, la intelectualidad occidental abrazó una teoría democrática de la causalidad tras su realineamiento de los años setenta, provocado por la ruptura de una minoría con la fidelidad a la clase dominante que había caracterizado a los intelectuales (Chomsky, 2017). Tanto para los pensadores *mainstream* como para los de izquierda, el pluralismo causal volvió con fuerza. Para los primeros, el marxismo era simplemente acientífico; para los segundos, era una «construcción occidental» (por ejemplo, Robinson, 1983; Mignolo, 2012; véase San Juan, Jr., 2002; Moore, 2022a). El marxismo se convirtió en algo más que una erudición de mal tono. Este podía costarte una carrera profesional. Buscar síntesis dialécticas del capitalismo en la trama de la vida se había convertido en políticamente retrógrado. En diversos movimientos académicos –desde el postestructuralismo hasta la globalización– se impuso el «neoliberalismo progresista» (Fraser, 2019). Prevalció el «izquierdismo de *cualquier cosa menos la clase* (CCMC)», una forma de agrupar a la progresía que se niega a aceptar cualquier teoría de la explotación de clase (Vieux, 1994; Parenti, 1997). En su lugar llegaron distintas nociones de la interactividad general, todas ellas flojas.

Pero si todo está conectado, no todo está conectado por igual. El «punto de vista de la totalidad» no es –como a veces se supone– un «truco revanchista para jugar a ser Dios» (Haraway, 1988). Es un procedimiento metodológico emancipador (Lukács, 1971; Moore, 2022b). Como

* Texto publicado originalmente como «Power, Profit & Prometheanism, Part II: Superexploitation in the Web of Life», *Journal of World-Systems Research*, núm. 29, 2023, pp. 558-582.

aprendimos en la primera parte de este artículo, ese método busca desarrollar una *praxis* revolucionaria. Al permitir sofisticadas reevaluaciones de momentos *específicos* de la lucha de clases según el nivel de abstracción, la resolución geográfica y temporal, así como el ángulo de visión, el materialismo dialéctico dota al movimiento socialista de la capacidad de discernir conjuntos *específicos* de contradicciones «primarias» y «secundarias» (Ollman, 1993; Mao, 2007).

Esta alternativa metodológica marca directamente las tareas del movimiento socialista global en la era de la crisis climática. La gran contribución del materialismo geohistórico es revelar el carácter ideológico del pluralismo causal, con sus ensamblajes de «concepciones caóticas» (Marx, 1973: 100). Su contrapunto dialéctico es el «punto de vista del proletariado» (Lukács, 1971). En este, el materialismo revolucionario se une al «proceso vital histórico» y al «proceso vital físico» del capitalismo (Marx y Engels, 2010: 36). Su unidad diferenciada es una contradicción entre «modo de producción» y «modo de vida» (Marx y Engels, 2010: 58).

El objetivo no es una «mejor» comprensión del capitalismo de una manera empírica abstracta –confusión académica de los hechos básicos e históricos (Carr, 1961)–. El materialismo geohistórico se compromete con la «lucha teórica» –*interna* a la política y la lucha de clases– (Engels 1926; Lenin, 1961). Una dialéctica materialista es, por tanto, una «filosofía de la praxis», un método de investigación interno al método de la praxis revolucionaria (Gramsci, 1971).

Para Marx, la acumulación de capital, desgarrada por la contradicción de sus momentos constantes y variables, es también una lucha de clases, desgarrada por el conflicto entre burgueses y proletarios. Así como la lucha de clases asume una expresión económica en el circuito del capital, también encuentra expresión en los «metabolismos sociales» centrados en el trabajo (Marx, 1981: 949). Estos incluyen tramas de vida más allá del control de cualquier formación humana (Marx y Engels, 2010). Dentro de estos metabolismos, las tramas de vida próximas, sujetas a la transformación y el agotamiento social, también están conformadas por antagonismos no dialécticos. Testigo de ello es la contribución de la erupción del Hunga Tonga de 2022 al calentamiento global (Besl, 2023). Los ciclos solares, el vulcanismo, las variaciones orbitales y el giro de la Tierra dan forma a la dialéctica geohistórica de los metabolismos de clase (Moore, 2015). Por último, el materialismo de Marx es una concepción *política*. Reconoce que la burguesía reproduce su poder de clase a través de la violencia organizada del Estado moderno, desplegada contra las clases re/productoras en aras del «buen entorno para los negocios».

Dentro de cualquier sociedad de clases, esta «rica totalidad de muchas determinaciones» (Marx, 1973: 100) está animada por una ontología socioecológica fundamental. Esa ontología se basa en el proceso de trabajo como «codeterminación recíproca» en la trama de la vida (Engels, 1987; Levins y Lewontin, 1997; Moore y Antonacci, 2023). La sociedad de clases —y el capitalismo en particular— posee un «doble carácter [...] por un lado es natural, por otro es relación social» (Marx y Engels, 2010: 43). Esta tensión socioecológica es la «producción de vida» a través de la cual la producción cotidiana de subsistencia se entrelaza con la producción intergeneracional de «vida nueva en la procreación[:] social en el sentido de que denota la cooperación de distintos individuos, no importa en qué condiciones, de qué manera y con qué fin» (Marx y Engels, 2010: 43; véase especialmente Seccombe, 1992).

Se trata de una idea necesaria cuando nos planteamos la reconstrucción socialista tras el ecocidio capitalogénico. *La cooperación* es una «fuerza productiva» (Marx y Engels, 2010: 43; véase O'Connor, 1998). Como «fuente de riqueza» y como «cuerpo inorgánico» del hombre histórico, las tramas de vida extrahumanas son internas a la lucha proletaria por desalienar las relaciones de la «tierra» y del «trabajador» (véase, respectivamente, Marx, 1970, 1975: 275, 1977: 283). En pocas palabras, la lucha de clases es un asunto multiespecífico a través del cual «el suelo» y «el trabajador» se interpenetran. La emancipación proletaria y la liberación biotariana son dos momentos del viaje hacia el horizonte comunista (Collis, 2014; Moore, 2018b, 2022c).

Esto no se da por alguna cálida y difusa razón ecocéntrica. De ninguna manera. El desarrollo socialista de las fuerzas productivas *solo* puede realizarse a través de dicha cooperación.¹ La vida extrahumana no está fuera sino que es inmanente a las potencialidades cooperativas que pueden ser despertadas por las luchas revolucionarias de los «productores asociados» (y reproductores) (Marx, 1977: 283, 1981: 959). Una praxis de unidad biotariana / proletaria haría avanzar un prometeísmo *rojo*, no como una lógica burguesa de dominación, sino como la chispa de un camino realmente revolucionario, que desarrolle las fuerzas productivas *a través de* la liberación de la vida. «También las criaturas deben llegar a ser libres» (Thomas Münzer, citado en Marx 1978a: 51; Moore, 2018b; Salvage Collective, 2021).

Esto proporciona un hilo conductor para dos tareas. La primera es la crítica del «doble carácter» del capitalismo, que reproduce la vida y también el poder, y esto da forma a la lógica geohistórica de la lucha de clases moderna. Marx y Engels rompen con el materialismo vulgar cuando vinculan la

¹ He aquí la contribución vital de la agroecología a la reconstrucción socialista (por ejemplo, Altieri 1989; Altieri y Funes-Monzote, 2012).

dominación «material» de la clase dominante con la producción de «ideas dominantes» (Marx y Engels, 2010: 59). La acumulación primitiva es, por tanto, una formación de clase que integra los momentos ideológico y material. Las sociedades de clases entrelazan las relaciones materiales con los «medios de producción mental» (Marx y Engels, 2010: 59). Es este segundo momento el que genera un prometeísmo burgués que «envuelve» una ciencia y una ideología «abstractamente materiales», borrando las líneas que las separan (Marx, 1975: 303). Esa difuminación de líneas no podría ser más relevante en una época en la que la ciencia del clima está estrechamente vinculada a la Buena Ciencia como ideología, a la vez que las relaciones entre ambas son profundamente confusas (Moore, 2021c).

La ontología socioecológica de Marx permite la crítica de la peculiar lógica de dominación del capitalismo, que pivota sobre el divorcio del productor y reproductor directo de los medios de producción y reproducción. (En contraste con las ideologías precapitalistas, rompe con el holismo en lugar de afirmarlo como por ejemplo, en la Gran Cadena del Ser del feudalismo [Moore, 2017a, 2019]). La base material de esa fragmentación es la alienación bajo la ley del valor, entendida como una síntesis desigualmente combinada de valoración económica y devaluación geocultural (Moore, 2017c). Su cosmovisión mecánica, estrechamente vinculada al imperalismo, deriva de los mismos motores que impulsaron los cercamientos desde Inglaterra hasta Brasil (Merchant, 1980; Moore, 2018a, 2021b). He aquí un elemento infravalorado del materialismo de Marx y Engels: su sociología del conocimiento y la ideología, y los «medios de producción mental» (2010: 59). Estos ponen al desnudo los antagonismos de clase modernos como algo que abarca –y aliena– múltiples ámbitos: producción y reproducción; ideología, ciencia y clase; cooperación como fuerza productiva; el conflicto irreprimible entre el modo de producción del capitalismo y los «modos de vida» de los que depende.

De aquí se desprende una segunda tarea: los movimientos socioecológicos e histórico-mundiales del desarrollo capitalista sustentan la posibilidad de la unidad proletaria entendida como una rica totalidad de múltiples determinaciones. La totalidad dialéctica es *eductiva*: un método que extrae la complejidad y busca sus tejidos conectivos en aras de una «síntesis superior» (Marx, 1977: 637). Esta es la contratendencia no solo al «izquierdismo CCMC», sino también al renacimiento del formalismo de clase (por ejemplo, Malm, 2016; Huber, 2022). Contra tales formalismos, el método dialéctico explora las posibilidades de una praxis de unidad de clase que toma como punto de partida el carácter desigualmente combinado del proletariado planetario. Como vimos en la primera parte, la interpretación dialéctica y la praxis socialista fluyen a través de –y no a pesar de– la variación (Moore, 2022e).

Prometeísmo, naturalismo burgués y el problema de la superexplotación

Uno de los problemas más espinosos del socialismo del siglo XX fue la gran división entre los análisis y las estrategias basadas entre los «más explotados» y los «más oprimidos» (Wallerstein, 1973). Estos dilemas no han desaparecido; simplemente han sido llevados a la clandestinidad por el triunfo político de la burguesía neoliberal y sus cuadros. El marxismo anti-imperialista que informó a Fanon (1963), Wallerstein (1974) y Rodney (1972) apenas se ve. En su lugar hay múltiples especies de reduccionismos raciales y civilizatorios: el capitaloceno racial, los enfoques decoloniales, el desgarrado plantacioceno. Cada uno de ellos suele desplegar una retórica que suena radical, pero al final predica alguna combinación de nacionalismo burgués despierto o tibia socialdemocracia con una saludable dosis de anticomunismo (Moore, 2022b).

En el debate sobre la crisis climática, este «grupismo» metodológico y político (Brubaker, 2004) manifiesta una curiosa neoliberalización de la tesis del Capitaloceno, la alternativa ecosocialista a las payasadas burguesas del Antropoceno (Moore, 2017a, 2018a). Aceptando que no todos los humanos son responsables de la crisis climática, algunos prefieren que discutamos el Capitaloceno sin clases. Esto resignifica al villano de la crisis climática: de un Hombre abstracto a una Europa abstracta o una Blancura metafísica. La clase puede mencionarse de pasada, como descripción o categoría formal; el análisis de clase como *dialéctica* es aparentemente impensable.

El «capitaloceno racial» es un buen ejemplo. Incluso una analista tan perspicaz como Françoise Vergès (2017) invoca la tesis del Capitaloceno, si bien limpia de su crítica marxista. En ese sentido, obedece al *dictado* neoliberal que permite hablar de fuerza de trabajo y raza, pero no de clase. Queda así desterrado un pilar de la tesis del Capitaloceno: la afirmación de que la raza es un proyecto de clase del naturalismo burgués y del poder imperial enraizado en el «arreglo climático» del largo y frío siglo XVII (Moore, 2021c). El apartheid climático se convierte en una consecuencia más que en una causa de la crisis climática capitalogénica.

Vergès y los «izquierdismos CCMC» afines, han perdido la oportunidad de enfrentarse al Ecologismo con «E» mayúscula y a su proyecto de clase: una política de «salvación de la naturaleza» ciega a la raza y a la clase (Moore, 2022f). También se pierde la posibilidad de situar los movimientos de justicia medioambiental dentro de la «naturaleza racializada de la lucha de clases» (Pulido, 1996: 196). Indicativo de su izquierdismo CCMC, Vergès (2019) invoca a la gran teórica del Partido Comunista de EEUU Claudia Jones, al tiempo que borra el marxismo-leninismo de Jones. Se

trata de un argumento que merece la pena explorar. Jones impulsó, como línea del Partido Comunista estadounidense, la lectura teórica de la superexplotación racializada y los superbeneficios para incorporar la cuestión de la mujer desde el punto de vista de la lucha de clases del sistema mundo (Davies, 2007). Destacó la centralidad del imperialismo, el racismo y el sexismo en la producción de plusvalía y la reproducción de la fuerza de trabajo (Jones, 2010). Borrar la relación de clase del centro del pensamiento de Jones y sustituirla por una concepción fragmentada del trabajo y la raza falsifica su contribución. En este trabajo de limpieza anticomunista, Vergès también borra los argumentos del Capitaloceno sobre las mismas cuestiones que a ella le preocupan: el trabajo no remunerado de «las mujeres, la naturaleza y las colonias» (Mies, 1986: 77); la centralidad del trabajo *no remunerado* socialmente necesario; las luchas de clase racializadas y de género en la creación de la crisis climática.

Empujando en la otra dirección están las críticas obreristas, que abarcan un espectro de perspectivas socialdemócratas, trotskistas y de izquierdas (Malm, 2016; Huber, 2022). Estos ponen en primer plano, y con razón, los argumentos de clase frente a los pluralismos caóticos de la izquierda académica; argumentan correctamente que no se puede dar sentido político al capitalismo sin clase. Pero en su postura «ortodoxa» de definir la clase en la producción (Huber, 2022), pasan por alto sus implicaciones interpretativas y políticas más amplias. En resumen, no llevan el método de la lucha de clases *lo suficientemente lejos*. Su formalismo reduce la clase a una «unidad básica» del capitalismo y no, como para Marx y Engels, a su base ontológica. Esto distingue un método formal de uno dialéctico; este último toma el núcleo socioecológico de las relaciones de clase como hilo conductor, un enfoque *eductivo* de las múltiples expresiones de explotación y dominación del capitalismo en la trama de la vida (Moore, 2022e).

Aquí nos encontramos con una situación curiosa. Los enfoques obreristas comparten con el reduccionismo racial una reticencia a perseguir el Santo Grial del marxismo revolucionario del siglo XX: la unidad de contestación de las dinámicas de explotación y dominación del capitalismo. En ambos casos se toma un polo de la dialéctica por el motor principal en lugar de abordar la relación en su totalidad. De este modo, los formalistas de clase son incapaces de ver, empírica o teóricamente, cómo el proletariado depende del trabajo / energía no remunerado proporcionado por el femitariado y el biotariado. Los grupistas son incapaces de ver la rica totalidad de la formación racial y de género dentro de la acumulación del sistema mundo y la estructura de clases. En consecuencia, ninguno de los dos es capaz de conceptualizar la creación del medio ambiente como una lucha de clases, condicionada por la dominación geocultural, conformada por antagonismos dialécticos y no dialécticos. No pueden ver cómo la

lucha de clases mundial y sus mallas de dominación y explotación siempre se despliegan a través de las tramas de vida, ellas mismas dominadas, y hoy en abierta revuelta (Moore, 2021d).

Si los obreristas insisten (con razón) en la primacía de la división de clases climática, el otro bando subraya (con razón) la dominación inscrita en el apartheid climático y el capitaloceno racial (por ejemplo, Vergès, 2017; Tuana, 2019). ¡Ay! Rara vez se encontrarán los dos. Ambas tendencias se mantienen alejadas de la ontología metabólica del trabajo de Marx. El formalismo de clase y el reduccionismo racial se conceptualizan independientemente de las tramas de vida. Ambos recurren por defecto a la ilusión del Hombre abstracto de Feuerbach, tan rotundamente criticada por Marx. Desde una perspectiva geohistórica, ni la explotación de clase ni la dominación geocultural son independientes la una de la otra, así como de las tramas de vida en las que están incrustadas y de la infraestructura ideológica de las ideas dominantes del capitalismo, manifestadas en la trinidad geocultural del Hombre, la Naturaleza y la Civilización.

El reto de unificar explotación y dominación fue una prioridad de los pensadores antiimperialistas en los largos años setenta. Estos reconocieron la interdependencia de la explotación de clase, el poder geopolítico y las formas cambiantes de dominación geocultural, principalmente el etnonacionalismo, el racismo y el sexismo. Esto les llevó a experimentar con el concepto de superexplotación, considerando que la segmentación coercitiva del mercado laboral y las artimañas geoculturales del *divide et impera* se reforzaban maliciosamente.² Al hacerlo, sugirieron elementos de una teoría de la historia del sistema mundo que podría explicar cómo la acumulación de capital *requiere* la dominación geocultural y cómo la geocultura moderna está moldeada por la explotación de clase. El grupismo radical y el obrerismo marxista podrían entonces iniciar un diálogo fructífero. Esto implica una teoría renovada de la superexplotación. Por un lado, estos pensadores se centraron en la extensión cuantitativa de la jornada laboral, remunerada y no remunerada, sucia y peligrosa. Por otro lado, a menudo justo debajo de la superficie, se tocaba la apropiación *cualitativa* del trabajo / energía no remunerado, para el que la «creación de vida fresca en la procreación» es indispensable. Este giro desafía el formalismo de clase y el reduccionismo de raza. Une la proletarización a los regímenes de trabajo no remunerado socialmente necesario, realizado por los seres humanos y el resto de la vida: el femitariado y el biotariado. Este trabajo / energía no remunerado es la condición dialéctica inversa y posibilitadora de la relación salario-trabajo; es al trabajo asalariado lo que el valor de uso es al valor

² Entre estos estudios sobre la superexplotación se incluyen Goldberg, 1970; Gorz, 1970; Harris, 1972; Marini, 1973, 1974; Dixon 1977; Amin, 1980; Frank, 1981; Dixon *et al.*, 1983.

de cambio. Esa relación de valor es desproporcionadamente favorable al trabajo no pagado (Altvater, 1993).

La acumulación de valor implica un aumento de la producción material. Sin embargo, la contradicción cualitativa no se eclipsa, sino que se intensifica. En su momento de género, el excedente ecológico es siempre cualitativo, incluso cuando el capital exige *desproporcionadamente* cada vez más y más de su masa abstractamente material (Moore 2015). Como subraya Federici (2004), la dominación burguesa es una forma perversa de asegurar la «cooperación» como fuerza productiva. Dicha dominación geocultural —ampliada por el poder institucional y la violencia organizada— es, en consecuencia, fundamental para la reproducción ampliada del capital. Sus sucesivas eras de «equivalencia económica» exigieron nuevas formas de «distinción natural» a través de las cuales solucionar las crisis de acumulación anteriores (Marx, 1973: 141; Moore, 2015).

La dominación geocultural es esencial para esta dialéctica entre equivalencia y distinción que define el sistema mundo capitalista. Este se fabrica con la materia prima ideológica de la *Naturaleza*. Naturaleza es la palabra más peligrosa del lenguaje por esta razón. El prometeísmo es su motor extractivo (Moore, 2023b), arrancando materialismos unilaterales de la Naturaleza en interés de la hegemonía burguesa. Como hemos visto en la primera parte (Moore, 2022e), la larga historia de las ideologías de la «ley natural» —hoy reconocibles como neomalthusianas ambientales— producen material ideológico a partir de la Naturaleza y lo Naturalizado, reelaborado en el racismo y sexismo modernos después de 1492. En todo lugar de la ecología mundo capitalista, las fuerzas burguesas pusieron en marcha una gran ofensiva ideológica con el inicio del largo y frío siglo XVII (1550-1700) (Ladurie y Daux, 2008; Moore, 2021c, 2023c). Fue entonces cuando se forjaron los fetiches naturalizados hombre / mujer y negro / blanco —no por casualidad, el momento exacto de la formación de clases que hizo época en el capitalismo— (Seccombe, 1992; Federici, 2004; Bethencourt, 2014).

También constituyeron los albores del Proyecto Civilizador, una estructura de dominación desigual pero íntimamente conectada que inventó el «salvajismo» como lógica geocultural (Moore, 2023c). Las geopoéticas burguesas del *Hombre*, la *Sociedad*, la *Civilización*, la *Naturaleza* y el *Salvajismo* fueron los pilares de este prometeísmo imperial. Tomaron forma *no* en una era de expansión del mercado en sentido estricto, sino durante la crisis climática y de clase del poder mundial, el dinero y la naturaleza después de 1550 (Parker, 2013). Para la ecología mundo capitalista ascendente, el punto de inflexión se alcanzó en los años posteriores a la gran crisis financiera de 1557. Prácticamente todo lo que asociamos con el capitalismo moderno cristalizó en esta época. La

rápida proletarización, el sistema de plantación, el extractivismo a gran escala, los imperios coloniales formales, la revolución militar, la racionalidad cartesiana y la ciencia prometeica, la feminización del trabajo no remunerado, la línea de color mundial, el desarrollo de robustas maquinarias estatales, una creciente dependencia de los combustibles fósiles y, hacia 1648, la geopolítica moderna. Todo ello se combinó para producir la mayor revolución medioambiental desde las revoluciones urbana y agrícola de mediados del Holoceno. Los paisajes se transformaron a un ritmo sin precedentes en la historia de la humanidad. Lo que a las civilizaciones medievales y a otras civilizaciones tributarias les costó siglos conseguir –la tala de bosques y los desplazamientos y reorganización de las poblaciones humanas a gran distancia– se hizo realidad en apenas unas décadas (Moore, 2017a, 2018a; Patel y Moore, 2017).

Se pueden extraer de esto dos implicaciones necesarias. En primer lugar, la tesis del «racionalismo transhistórico», ahora ampliamente adoptada por la izquierda académica, es históricamente insostenible y políticamente peligrosa. Refuerza las tendencias pequeñoburguesas y de *divide et impera* del racionalismo (por ejemplo, Robinson, 1983; véase Briggs, 1931; Reed, 2018; Robinson, Rangel y Watson, 2022). En segundo lugar, la trinidad capitalogénica –la división de clases climática, el apartheid climático, el patriarcado climático– no es ni abstractamente «interseccional» ni el resultado del infierno planetario actual; es una rica totalidad que se unió durante la primera crisis climática del capitalismo y se reinventó desde entonces a través de sucesivos cercamientos terrestres, acuáticos y atmosféricos (Moore, 2019, 2022a).

Es crucial identificar la lógica geohistórica y sus patrones relevantes. La mistificación de la historia del capitalismo es una tarea central de la ideología burguesa; la huida de la izquierda académica de la historia y su preferencia por el teoricismo al estilo del joven Hegel dice mucho de su rendición a la ideología neoliberal (Moore, 2022b). Solo una imaginación histórica mundial puede permitir una crítica socialista de cómo se cohesionó el proletariado planetario y cómo se ha enfrentado a sí mismo. Tal crítica nos permite superar la tiranía del naturalismo cartesiano: revelar que esas ideologías del *divide et impera* y vencerás no solo son ilusorias, sino que son fundamentales para la política de acumulación en la trama de la vida.

Prometeísmo, trabajo barato y capitalogénesis

La crisis climática no es antropogénica, sino *capitalogénica*. En otras palabras, la crisis climática es un producto de la lucha de clases mundial. *Pero la historia climática también produce las condiciones de lucha*. Parafraseando

a Marx, una clase y una estructura de clase que no encuentra «su naturaleza fuera de sí misma» no es una clase (1975: 337).

El punto de inflexión de la formación de clases moderna se produjo en el largo y frío siglo XVII (Tilly, 1984). Fue el periodo más frío de la Pequeña Edad de Hielo y la época más fría de los últimos 8.000 años. Este largo y frío siglo, en gran medida resultado de fuerzas naturales, se vio amplificado por los genocidios inducidos por la esclavitud en el Nuevo Mundo, un acontecimiento que fomentó el comercio transatlántico de esclavos y múltiples formas de proletarización, desde los Andes hasta la campaña inglesa (Lewis y Maslin, 2015; Moore, 2015; Wanner, Pfister y Neukom, 2022).

También fue el momento de una acumulación primitiva violentamente sexista en toda Europa occidental (Seccombe, 1992; Federici, 2004). Se trataba de una coyuntura clima-clase de primer orden. Sus contradicciones generaron la trinidad capitalogénica: la división de clases climática, el apartheid climático, el patriarcado climático. Fueron momentos diferenciados en la formación de clases moderna bajo una dominación espectacular y una revolución medioambiental sin precedentes, que unió el trabajo remunerado y el no remunerado bajo una nueva ley del valor. Fue el nacimiento del proletariado planetario, humano y extrahumano. En la primera gran crisis climática del capitalismo, proletariado, biotariado y feminitariado se desarrollaron como un todo orgánico, no como una trinidad taxonómica. Esta distinción es crucial en la última gran crisis climática del capitalismo. Si el proletariado planetario nos orienta hacia la revolución biosférica, también arrastra el autoritarismo tecnocrático de la gestión planetaria. La elección es entre, por un lado, el camino profesional-gerencial, con sus eslóganes orwellianos sobre la «administración planetaria» y la «naturaleza positiva», y, por otro, la liberación de los productores y reproductores asociados en la trama de la vida: el Proletarioceno (Salvage Collective, 2021; Moore, 2021c).

Reconstruir nuestro pasado que por supuesto no es pasado, y nunca menos que en la coyuntura actual, es un paso fundamental para avanzar hacia el Proletarioceno. La historia del sistema mundo no lo es todo. Pero sin ella, el movimiento socialista vuela a ciegas.

El capitalismo histórico surgió de la coyuntura clima-clase en los albores de la Pequeña Edad de Hielo. Fue la crisis epocal del feudalismo, cuando el clima, las enfermedades, el estancamiento productivo y la revuelta popular acabaron con la lógica feudal de acumulación (Wallerstein, 1974). El resultado no fue una reestructuración tributaria, sino una revolución capitalista posibilitada por una novedosa forma de expansión geográfica: la Gran Frontera (Moore, 2023d). Paradójicamente, las conquistas geográficas

posteriores a 1492 fueron secundarias a la subordinación del trabajo. En un ejemplo esclarecedor, la *encomienda* fue modificada por los invasores españoles inmediatamente después de su llegada, pasando de ser una concesión de tierras a una concesión de fuerza de trabajo (Elliot, 1964). Conquistar tierras era fácil; organizar la fuerza de trabajo era otro asunto completamente distinto (Patel y Moore, 2017). Las «ganancias inesperadas» de la Gran Frontera dependían de ello (Webb, 1952).

La ruptura radical del capitalismo temprano con las civilizaciones premodernas fue el impulso de subordinar la tierra a una nueva lógica: la ley del valor y su peculiar valoración de la productividad del trabajo. Esa productividad del trabajo se construyó de forma restrictiva para excluir el trabajo / energía no remunerados necesarios para una acumulación sin fin. Esa estrecha construcción se promulgó a través de una nueva mezcla de poder monetario y coercitivo, este último entrelazando de diversas maneras la fuerza cultural, física y legal. Un modo de pensamiento radicalmente nuevo sobredeterminó estas compulsiones, unido de forma inseparable a una geocultura prometeica. Fue el surgimiento del Hombre y la Naturaleza como las principales abstracciones dominantes del capitalismo: el primero se convirtió en la fantasía sobrerrepresentada de la burguesía imperial sobre sí misma, la segunda se convirtió en todo aquello por lo que la burguesía imperial no deseaba pagar (von Werlhof, 1985; Wynter, 2003; Moore, 2022d).

El prometeísmo cohesionó esta fantasía imperial del Hombre y la Naturaleza. La palabra ha circulado en la teoría ecologista durante las últimas décadas. Con frecuencia se asume que el prometeísmo es sinónimo de la fantasía cibernética: el control total del hombre sobre la naturaleza.³ Los pensadores ecologistas han acusado promiscuamente de prometeísmo no solo a los regímenes burgueses sino también a los socialistas, y a Marx como pensador prometeico paradigmático (por ejemplo, Clark, 1989).

No cabe duda de que existe un Prometeo burgués, celebrado y denunciado de diversas formas a lo largo de los dos últimos siglos. También existe un Prometeo proletario. Es el Prometeo embaucador, rebelde, desafiante con los dioses y facilitador de la creatividad humana. Este era el Prometeo que Marx admiraba. Por buenas razones, muchos socialistas abogan por un prometeísmo rojo cuando imaginamos la terraformación revolucionaria necesaria para hacer habitables los paisajes infernales planetarios del capitalismo tardío en los siglos venideros (Salvage Collective, 2021).

Estas discusiones tienen su lugar. Ponen en primer plano el prometeísmo como abstracción del pensamiento. Mi argumento va en una

³ Fluss y Frim (2022) ofrecen un estudio esclarecedor. Sheasby (1999) ofrece un lúcido estudio de los debates ecologistas.

dirección diferente. Considero el prometeísmo como una formación geocultural específicamente capitalista, incluidas sus infraestructuras para producir *abstracciones dominantes* (Sohn-Rethel, 1978; Moore, 2022d; Marx y Engels, 2010). Cada fase del capitalismo reinventa esa infraestructura: los medios de producción mental apropiados para las tareas instrumentales e ideológicas de la época.

El prometeísmo, en tanto formación geohistórica, se desarrolló inicialmente como una forma de ver, interpretar y ordenar la realidad a través del auge del capitalismo. Fue sin duda un impulso de dominación, pero no una abstracta «voluntad de poder» europea o colonial. El prometeísmo no navega bajo su propio poder. Su lógica geocultural se dirigía a resolver la crisis feudal: el estancamiento económico del largo siglo XIV y un equilibrio de poder de clase que favorecía a los re/productores directos (Moore, 2003). Su avance clave fue tanto técnico como ideológico: la mirada prometeica unía directamente los procedimientos cartográficos y ocularocéntricos con la civilización de las Américas salvajes (Moore, 2018a, 2023e).

Esa lógica evolucionaría. Pero su foco en la movilización del trabajo, la civilización de lo salvaje y la maximización del beneficio persistiría. En contraste con la comercialización premoderna, la novedad de la expansión capitalista temprana consistió en la primacía de la conquista para asegurar las condiciones necesarias de la acumulación de excedente. Lejos de fijarse en la tierra, la intención central era asegurar una fuerza de trabajo manejable en condiciones de dominio colonial formal. Prefigurando la idea de Marx, de que la acumulación de capital es la multiplicación del proletariado, *el colonialismo* fue el modo preferido de la burguesía para la formación de clases. Los *conquistadores* no vinieron al Nuevo Mundo a buscar metales, por muy preciosos que fueran. Sin proletariado, el territorio no valía nada. Sin naturalización, el proletariado era demasiado costoso.

Esto significaba que el capitalismo estructuraba el mundo, ideológica y materialmente, en torno a una lógica completamente binarizada de «nosotros contra ellos». Simplemente el prometeísmo fue el modo de pensamiento que correspondió al ascenso del capitalismo. Sucesivas encarnaciones revisarían, pero nunca alterarían, su lógica esencial: cartesianismo, maltusianismo, cibernética (Moore, 2021c). Este *inventó* –de hecho sacralizó– las categorías de Hombre y Naturaleza. La mediación geocultural del Hombre y la Naturaleza, que poco tenía que ver ni con los suelos y los ríos, ni con los seres humanos como tales, era el Proyecto Civilizador (Moore, 2023c).

El prometeísmo no se define por la tecnología en abstracto ni por las espectaculares perspectivas tecnológicas de la terraformación, la geoingeniería y otras soluciones ecológicas. Se entiende mejor como el código

fuente del software del capitalismo, animando el hardware de inventos de época como las revoluciones de la construcción naval-cartográfica o de las máquinas de vapor (Moore, 2023e). Los desarrollos tecnológicos del capitalismo interiorizan ese código fuente prometeico. Sus impulsos creativos y dominadores crearon, de forma dramática hacia el siglo XVII, la idea dominante de la *Naturaleza* y su estrategia de acumulación: un proyecto por el cual la mayoría de los seres humanos y el resto de la vida podían ser convertidos en máquinas de trabajo no remunerado para el capital. Por cada momento de extracción de plusvalía, habría una *apropiación* desproporcionadamente mayor del trabajo no remunerado de los humanos y otras tramas de vida: trabajo / energía. Por cada proletariado, habría un biotariado y un femitariado todavía mayores, no como categorías separadas, sino como antagonismos interpenetrantes del trabajo planetario: un *proletariado planetario* (Moore, 2015, 2021a).

El prometeísmo justificó dos grandes procesos. Uno fue el Proyecto Civilizador. Los nuevos imperios veían la «civilización» de los humanos «salvajes» como una de sus mayores responsabilidades. A través de la *Naturaleza*, los civilizadores encerraron las vidas y los trabajos de la mayoría de los seres humanos junto con nuevas fronteras territoriales. La abstracción dominante *Naturaleza* sirvió a las pretensiones imperiales sobre el trabajo / energía no remunerado de «las mujeres, la naturaleza y las colonias» (Mies, 1986). La segunda fue la instrumentalización de la Civilización y la *Naturaleza* en una filosofía imperial-gerencial. Tomando prestado de Descartes, las «cosas pensantes» gestionaban las «cosas extensas» (incluidos los seres humanos). De ahí la responsabilidad epocal de la burguesía: «Debemos hacernos dueños y poseedores de la naturaleza» (Descartes, 2006: 51; véase Moore, 2021c). *La naturaleza se convirtió en la visión patronal de la trama de la vida.*

La superexplotación en la trama de la vida

La superexplotación se formuló inicialmente en la década de 1930 (Briggs, 1931; Allen, 1938). Pero tuvo una existencia discreta. Eso cambió en la década de 1970.⁴ Se le ha llamado el «concepto más fundamental de la escuela marxista de la dependencia» (Antunes de Oliveira, 2021). Se perdona a los lectores si esto es una novedad. Los marxistas de la historia del sistema mundo fueron pioneros en su elaboración dentro del núcleo imperial (Dixon, 1977; Mies, 1986; pero también Harris, 1972). Pero los analistas de los sistemas mundiales abandonaron la idea en la década

⁴ Véase la nota 3.

de 1980. Últimamente, los «izquierdistas CCMC» han retomado el concepto, como era de esperar eliminando su crítica de clase, así como la atención de Mies (1986) a la proletarianización (véase, por ejemplo, Collard y Dempsey, 2020).

Pero esto no ha quedado sin respuesta. Los autores antiimperialistas han revisado el concepto de superexplotación en los últimos años.⁵ La reciente traducción al inglés en *Monthly Review Press* del clásico de Marini de 1973, *Dialéctica de la dependencia*, sin duda fomentará el debate. A pesar de su diversidad, estos enfoques destacan la «supresión de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo» (Smith, 2018).

También se ha materializado una lectura distinta pero complementaria de la superexplotación, centrada en la dominación y los mercados laborales. Ese movimiento vino prefigurado por comunistas estadounidenses como Haywood (1933), Allen (1938) y Jones (2010). Después de 1968 se renovó la crítica. Los socialistas investigaron y debatieron las formaciones de raza / clase a través de los mercados laborales, el «subproletariado» negro y el colonialismo interno (Baron, 1971; Harris, 1972; Oppenheimer, 1974; Bush, 1981-1982; véase Wood, 2022). Otras intervenciones se centraron precozmente en la migración transnacional (Gorz, 1970). Todos coincidían en la importancia de la dominación nacional, racial y de género; y en que esta dominación implica mercados laborales políticamente constituidos; a la vez que había algo distintivo en la explotación de la plusvalía. Lamentablemente, hubo poca polinización cruzada entre estas tendencias, al igual que hubo poco diálogo con la tesis de la superexplotación de Marini (véase Mies, 1986; Maroney, 1978).

Hay, pues, dos momentos de la tesis de la superexplotación. Uno es económico (pero no economicista), que hace hincapié en el valor de la fuerza de trabajo. La llamamos superexplotación I. La otra se centra en el papel de la dominación geocultural –raza, género, nación– en la reducción de los salarios, en gran medida a través de la segmentación del mercado laboral, facilitada por las ideologías dominantes y reforzada por una expansiva «economía de cuartel» con policías, fronteras y prisiones (Gordon *et al.*, 1982; Bowles *et al.*, 1992). La llamamos superexplotación II.

Los dos momentos son dos ángulos de visión singulares sobre la dinámica histórica del sistema mundo. Una síntesis adecuada a la lucha teórica debe ir más allá de las fórmulas banales de interactividad. Aquí destaca el foco de los historiadores del sistema mundo en el hogar más que en el individuo como unidad de análisis de clase (Smith, Wallerstein y Evers,

⁵ Véase Bond, 2021; Duque García, 2021; Portes Virginio *et al.*, 2023; Pröbsting, 2015; Smith, 2016; Wood, 2022; Valencia, 2015; Selwyn, 2020. Higginbottom (2023) ofrece una útil aportación.

1984; Smith y Wallerstein, 1992). Este rompió el control del individualismo metodológico sobre el marxismo, rechazando la noción de que el trabajador asalariado pertenecía a una clase y el ama de casa a otra (Arrighi *et al.*, 1979). Hoy utilizamos un lenguaje diferente. Pero el valor heurístico permanece.

Para Mies (1986), la proletarización y la «domesticación», la posición de la mujer en el ámbito doméstico como «ama de casa», formaban una *relación* de superexplotación bajo la hegemonía capitalista. Mies conceptualizó al «ama de casa» como parte de una relación de opresión que movilizaba el trabajo no remunerado *interno a la proletarización*. La proletarización y la domesticación no son procesos colisionantes y autónomos. Son internos el uno al otro: una unidad diferenciada de la formación de la clase mundial. Sus contradicciones formaron y volvieron a formar el hogar semiproletario a lo *largo de la longue durée*, remodelando las formaciones ideológicas del género naturalizado y los sucesivos regímenes de trabajo barato (Dunaway, 2001). Al establecer el hogar como una institución fundamental del capitalismo mundial, los marxistas del sistema mundo instalaron el trabajo no remunerado como inmanente a la ley del valor, sostenido por la coerción extraeconómica: legal, política y cultural. Pero aún no se habían enfrentado a la vida extrahumana como fuente de trabajo no remunerado.

¿Cómo sintetizar los momentos cuantitativo y cualitativo de la superexplotación? La superexplotación es, en efecto, una estrategia de acumulación que busca suprimir los salarios por debajo de los costes de reproducción. Evidentemente, el saldo debe compensarse en alguna parte. Ese *algún* lugar es la relación del trabajo humano no remunerado en el territorio: femitariado y biotariado. La tesis de la superexplotación I desentrañada por Marini y Smith encuentra su condición sistémica en un creciente excedente agrícola arrebatado a la tierra según la misma lógica: la supresión de los requisitos de reproducción a costa de la sostenibilidad a largo plazo. Al igual que en la superexplotación II, la apropiación extraeconómica del trabajo / energía no remunerados de la Tierra se basa en regímenes laborales entrelazados con el prometeísmo burgués y sus ilusiones de «dominio».

Dada la tendencia de la ley del valor a inducir costes crecientes —a través del agotamiento y la resistencia popular—, la superexplotación es inmanente a los arreglos recurrentes del capitalismo, que persiguen nuevas y ampliadas fuentes de trabajo / energía no remunerado. El tiempo de trabajo socialmente necesario se sitúa en el pedestal del trabajo / energía no remunerado socialmente necesario, suministrado por el femitariado y el biotariado. Esta desproporción contrarresta la tendencia al aumento de los costes y a la caída de la tasa de beneficio al permitir un elevado (o creciente) «excedente ecológico»: la relación entre el (bajo) trabajo remunerado y el

(alto) trabajo no remunerado. La tasa de beneficio y, por tanto, la inversión suben y bajan en respuesta a ese excedente ecológico mundial. La tasa de explotación, en particular, está determinada de manera decisiva por las relaciones entre los puntos de producción y la apropiación extraeconómica del trabajo no remunerado (Moore, 2015). Los puntos de producción y reproducción también se interpenetran dialécticamente en la política de clase; en un ejemplo que Huber (2022) podría apreciar, las mujeres proletarias desempeñaron un papel decisivo en la huelga de brazos caídos de los *United Auto Workers* en Flint en 1936-37, un punto de inflexión en la historia laboral estadounidense (Dollinger, 1996). En contra de la posición obrerista, *las luchas proletarias se desarrollan dentro y a través de estos ámbitos*: producción y reproducción, trabajo remunerado y no remunerado, trabajo humano y extrahumano (O'Connor, 1998; Federici, 2004).

Sin geopoder, la trama de la vida es solo trabajo / energía potencial. A través del geopoder, la alianza del capital, el imperio y la ciencia identífica, asegura y permite la apropiación de las tramas de vida. El geopoder imperial, y otras múltiples estrategias de producción de entornos, son por tanto fundamentales para la acumulación por apropiación, necesaria para reproducir la acumulación por capitalización en épocas sucesivas (Moore, 2015, 2018a; Parenti, 2015). He aquí la superexplotación I y II como una rica totalidad. Cada proyecto hegemónico del sistema mundo ha creado de nuevo la unidad del proletariado, el femitariado y el biotariado en el proletariado planetario. Cuando un momento se rebela —como en la actual «huelga general» del biotariado en condiciones de crisis climática— las clases dominantes deben ajustar y fijar las condiciones de estas revueltas, o pagar las consecuencias (Moore, 2021d).

Esta relación entre trabajo remunerado y no remunerado, que determina el excedente ecológico y, por tanto, las condiciones para los superbeneicios, es cuantitativa solo en apariencia. Como Marilyn Waring (1988) lamentó hace tres décadas, el cuantitativismo económico tiene dificultades con el trabajo cualitativo externo al nexo monetario, pero necesario para el mismo. (De ahí la importancia de la acumulación políticamente dependiente en las fronteras). Esas nuevas y ampliadas fuentes de trabajo / energía no remunerado que anclan cada gran arreglo capitalista también implican desarrollos cualitativos, incluyendo nuevas *naturalezas históricas* que incluyen los requisitos socio-metabólicos humanos del capitalismo (Moore, 2015).

Mientras que el *resultado* de la superexplotación es cuantitativo (llevar los salarios por debajo de los costes de reproducción), la *relación* de superexplotación es una contradicción específica entre «equivalencia económica» y «distinción natural». Los *resultados* cuantitativos de la superexplotación dependen de formas específicas de opresión y coerción

necesarias para proporcionar formas cualitativas indispensables de trabajo que no son fácilmente desplazadas por la proletarización «normal». Para los trabajadores humanos, esto ha implicado históricamente todo tipo de trabajo social reproductivo y agroextractivo. No por casualidad, cada ola de desarrollo capitalista ha creado nuevas ficciones para justificar el carácter «natural» del confinamiento de los proletarios racializados y de género a estos segmentos laborales.

Desde aquí podemos dar sentido a la opresión de la mujer como una relación estratégica del capitalismo. Este fetiche moderno, *la mujer*, es un resultado específico de la lucha de clases en la Europa moderna temprana, con ramificaciones significativas en las colonias. El prometeísmo dio forma directa e íntima a este fetiche. Al definir a las mujeres como las «salvajes de Europa», se «naturalizó» la «esfera de la reproducción», lo que permitió la subordinación de las mujeres (Federici, 2004: 100, 8; también Mies, 1986: 68-69ss). Esto no vino impulsado por una voluntad masculinista de poder, una visión que confunde causa y consecuencia. El pilar de género de la acumulación primitiva era, más bien, un proyecto de clase necesario para resolver la mayor crisis estructural de la época: la subproducción de fuerza de trabajo (Moore, 2017a). El ritmo vertiginoso de la proletarización a finales del siglo XVII es testimonio del triunfo de las fuerzas burguesas en la resolución de esta crisis. La consolidación geocultural de Civilización / Salvajismo y hombre / mujer dentro de las primeras formaciones sociales capitalistas fue esencial para ese triunfo. No hubiera existido una gran proletarización sin la gran domesticación (Tilly, 1984; Patel y Moore, 2017). La opresión de la mujer, que giraba en torno al carácter cualitativo de la relación de superexplotación y su naturalismo prometeico, fue el tejido dialéctico que unió este cambio de época.

La naturaleza permitía a la burguesía eludir el pago de sus costes de reproducción. Desde el punto de vista de la ley del valor:

Hay [...] una tendencia a maximizar la gama de recursos, productos y personas (como portadores o poseedores de fuerza de trabajo) con el fin de tratarlos como si fueran naturaleza y estuvieran disponibles gratuitamente [...] El trabajo de estas personas se pronuncia por tanto como no trabajo, como biología: [...]. Su capacidad de trabajo aparece como un recurso natural [...] [El capitalismo se define por] una ampliación progresiva del concepto de naturaleza hasta abarcar a todas las personas. (Von Werlhof, 1985: 97)

Von Werlhof aclara la dependencia específica del capitalismo de la capacidad biológica femenina, dando la razón a la concepción de Marx y Engels de que los modos de producción se definen por una «doble relación»: entre las condiciones inmediatas de producción y la «creación de nueva vida en

la procreación». Si la «acumulación de capital es, por tanto, multiplicación del proletariado» (Marx, 1977: 764), von Werlhof aclara el significado sociobiológico de la opresión de la mujer en la formación de clases:

El capital solo puede [...] establecer una relación con la naturaleza externa no humana a través de las personas [...]. Y el único proveedor de personas son las mujeres y sus úteros. Pero los úteros no pueden simplemente producir tantos nuevos seres humanos como se demanden, incluso si se transformaran en máquinas productoras de niños. Hasta ahora, [el capital] ha sido incapaz [...] de liberarse de su dependencia del útero [...] [L]a capacidad de tener hijos probablemente nunca ha desempeñado un papel tan central en la historia como bajo nuestro sistema actual [...] Por mucho que quisiera sustituir el trabajo vivo por el muerto, ningún otro sistema ha dependido tan radicalmente de una depredación tan masiva de la naturaleza y de la fuerza de trabajo humana. (Von Werlhof, 1985: 100).

La visión de von Werlhof puede situarse dialécticamente. Un biologicismo unilateral es siempre una tentación. Esto llevó a algunas ecofeministas a ver a la «mujer» como algo más cercano a la «naturaleza». (Un biologicismo unilateral invierte el prometeísmo baconiano-cartesiano, celebrando en lugar de demonizar el carácter opresivo del naturalismo [Plumwood, 1993]). Para von Werlhof, esta tendencia biologicista condujo a una falsa priorización del sexismo sobre el racismo —algo a lo que nos referiremos más adelante—. *Hay* un momento biológico en los regímenes de clase basados en el género bastante diferente del racismo, cuya relación ideológica con la biología es puramente idealista. Pero un retroceso al biologicismo es interpretativamente innecesario e indebidamente favorable a las clases dominantes, como atestigua la historia de la ideología de la «ley natural» (Moore, 2022e).

El mero imperativo —«la acumulación de capital es la multiplicación del proletariado»— es analíticamente insuficiente. Como muestra Federici, el fetiche mujer tomó forma solo cuando lo biológico y lo social fueron alienados, y se impusieron las abstracciones dominantes modernas. La victoria geocultural de la burguesía —la cristalización del patriarcado climático— exigió el prometeísmo y su naturalismo. Los fetiches modernos, hombre / mujer, solo podían ensamblarse a través de la Naturaleza, que debía inventarse —como *así fue*— inmediatamente antes del *crescendo* de la acumulación primitiva de género.

Parfraseando a von Werlhof (1985), no había nada natural en el patriarcado capitalista; su ideología biologizada específica creó a la mujer como natural. No solo la gestación y el parto, sino todo tipo de trabajo

doméstico y de cuidados, fueron redefinidos como naturales: indignos de remuneración. Había nacido el trabajo barato.

El racismo también creció en el suelo del naturalismo. Al igual que la formación de clases en función del género, este surgió durante el largo y frío siglo XVII. La geohistoria de esa primera crisis climática capitalógena es relevante. Los genocidios que siguieron a 1492 fueron impulsados por el esclavismo imperialista. Las incursiones de esclavos y las «reducciones» de aldeas produjeron entornos de enfermedades que diezmaron a los pueblos del Nuevo Mundo (Moore, 2021c, 2023c). Como era de esperar, la subproducción de fuerza de trabajo se intensificó. La despoblación condujo a una modesta pero significativa descarbonización atmosférica, al regenerarse los bosques y colapsarse los cultivos. Este fue el Pico de Orbis (Lewis y Maslin, 2015). Le siguió un drástico enfriamiento planetario y, con este, la inestabilidad política y económica desde París hasta Pekín (Parker, 2013). Desgraciadamente para nosotros, pero afortunadamente para el capital, la solución climática estaba al alcance de la mano: la aniquilación de la mano de obra indígena dio lugar al comercio transatlántico de esclavos a partir de 1570 (Moore, 2017a, 2021c).

Así pues, el patriarcado climático y el apartheid climático surgieron simultáneamente y en respuesta a la misma crisis: la subproducción de fuerza de trabajo. Como ideología y práctica de formación de clase —el proletariado de plantación (Linebaugh y Rediker, 2000)—, el carácter socioecológico cualitativo del racismo iba a hacer posible la apropiación orientada al beneficio de los valores de uso en las Américas de una manera que era imposible en Europa. Recordemos, con Marx, que los valores de uso no son la utilidad abstracta de la economía burguesa; sino que están geohistóricamente habilitados por modos de re/producción, a su vez influidos por condiciones geográficas y climáticas específicas (Smith, 1984; Marx y Engels, 2010). En la fórmula clásica de la economía de los recursos: *los recursos no existen como tales, se convierten en recursos* (Zimmerman, 1951).

Lo mismo ocurre con el racismo moderno. Su ayudante es la semiproletarización coercitiva, definida por la desproporción del trabajo / energía remunerado frente al trabajo no remunerado en los puntos de producción y reproducción. El capital teme que esa desproporcionalidad se tambalee, lo que puede ocurrir y ocurre a menudo a través de luchas políticas en las que la dinámica de clase / raza ocupa un lugar destacado (Wallerstein, 1983). El capitalismo prospera cuando se despliegan islas de mercantilización dentro de océanos de Naturaleza potencialmente barata (Moore, 2017b). La superexplotación se produce cuando y donde las relaciones semiproletarias re/producen valores de uso cualitativos que son difíciles o imposibles de obtener excepto a través de una combinación de dominación geocultural en sus formas modernas: prometeísmo, sexismo y racismo.

Para la burguesía, esta dominación requiere el uso de «la fuerza como arma permanente» (Luxemburg, 2003: 351).

En América (e Irlanda), la superexplotación reveló la misma lógica que en la narrativa de Federici, pero esta vez con pueblos enteros. Esto inauguró una sangrienta dinámica de etnicización y vigilancia de las vidas baratas (Quijano y Wallerstein, 1992; Patel y Moore 2017). Del mismo modo que solo las mujeres podían realizar el trabajo reproductivo necesario y específico para los imperativos del capitalismo, el prometeísmo decía que «solo» los pueblos indígenas, redefinidos como *naturales*, podían realizar las labores cualitativas necesarias para sostener las primeras fronteras mercantiles de la era.

Recordemos las dos grandes fases de la invasión y conquista capitalista. A una economía de «saqueo» que duró hasta la década de 1550 le siguió un giro productivista que marcó una época y que alcanzó su punto álgido en la década de 1570. Este giro tuvo tres localizaciones geográficas: el complejo minero de la plata del Perú colonial, la frontera azucarera del noreste de Brasil y la mezcla de ganadería y minería de plata de Nueva España. Todos ellos pusieron en marcha nuevos regímenes laborales de semiproletarización coercitiva, cohesionados a finales del siglo XVI en *la mita* del Perú colonial. Hasta el cambio de siglo, la mano de obra indígena fue la única fuente de fuerza de trabajo (Moore, 2010). Se trataba de una acumulación primitiva a escala continental. El trabajo racializado *se convierte en*: «Un negro es un negro. Solo bajo ciertas condiciones se convierte en esclavo» (Marx, 1978b: 207).

La cristalización inicial de un régimen racial vasto pero todavía débil ocurrió durante la transición del saqueo al productivismo. Ese cambio —no sorprende— fue el comienzo de una prolongada crisis de subproducción de fuerza de trabajo manejable y barata:

El periodo de incubación de esta [Naturalización] [...] de «lo nativo» puede fecharse entre [...] 1542 y 1590. Durante este periodo, la relación entre la naturaleza y el nativo comienza a cohesionarse en esfuerzos teológicos y científicos por identificar una relación primaria y continua entre ambos. Esa relación se expresa de forma variable en los respectivos términos *naturales* en español y *naturall inhabitants* en inglés. Dos figuras [...] ejemplares. Para el Imperio español, Bartolomé de Las Casas, el fraile dominico y «Protector de los Indios» nombrado por la Corte, reconfigura el significado de la categoría jurídica castellana *naturales*. En el contexto inglés, Thomas Harriot, el [...] principal navegante en los esfuerzos iniciales de Sir Walter Raleigh por colonizar Virginia, inaugura el uso del término *naturall inhabitants* en su única obra publicada, *A Brief and True Report of the New Found Land of Virginia*. (Vasko, 2022: 9)

Los puntos álgidos de la transición capitalista –la mercantilización, la proletarización y la formación racial– se produjeron en las zonas de las minas de plata y en la plantación de azúcar. El primer auge de la minería de plata en el capitalismo se había visto truncado por la revuelta de clases y el agotamiento socioecológico tras la guerras campesinas alemanes (1525). Las reservas de minerales de cobre-plata de Europa Central estaban agotadas y eran mucho más modestas que las de Potosí, la «montaña rica», cuyos valores de uso permitieron al capitalismo temprano crear un régimen duradero de dinero barato, condición esencial para suavizar las potencialmente problemáticas «crisis de cambio»⁶ en el circuito del capital (Patel y Moore, 2017). Sin la avalancha de plata de América, la división interregional del trabajo que unía el azúcar brasileño, los cereales polacos, la madera noruega, la construcción naval holandesa y el cobre sueco nunca podrían haberse estabilizado. Todo ello dependió de las reformas imperiales en Perú después de 1571 y de la consiguiente redefinición ideológica de los pueblos indígenas –reclutados bajo diversas *mitas*– como *naturales* (Moore, 2010; Vasko, 2022).

El azúcar solo podía cultivarse, en su forma capitalista madura, en zonas tropicales como Brasil. La revolución azucarera del Nuevo Mundo comenzó en Pernambuco en la década de 1570. La esclavitud indígena ya estaba formalmente prohibida, pero continuó *de facto* bajo diversas formas de semiproletarización coercitiva. Como en el caso de la minería de la plata, solo una infraestructura moderna de cultura, ley y violencia organizada podía sostener este modo de movilización de mano de obra en los cañaverales, así como su división regional del trabajo. Una taxonomía racial extraordinariamente compleja se desarrolló rápidamente a medida que los esclavos africanos llegaron en números crecientes a finales de siglo (Eichen, 2020). En el centro de esta dinámica de superexplotación estaba la socioecología de la caña de azúcar, que estrechó las condiciones de su rentabilidad a gran escala a un régimen laboral racializado. El complejo azucarero solo podía contener estas contradicciones explosivas –y mantener su papel estratégico como productor de la mercancía de masas definitiva de la época– mediante la superexplotación. Esto animó no solo el racismo, sino también las fantasías burguesas de dominar la Naturaleza, íntimamente unidas a lo largo del complejo de plantaciones de principios de la modernidad. Esta dinámica de superexplotación se desarrolló de nuevo, a mayor

⁶ Moore toma el concepto de «crisis de cambio» o de «conmutación» [*switching crisis*], de David Harvey en *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024. En palabras de Harvey: «Las crisis se reducen a crisis de cambio a medida que los flujos de capital y de fuerza de trabajo se desplazan de una región a otra, o incluso vuelven, así como desatan devaluaciones regionales (que en ocasiones pueden ser intensas) así como importantes ajustes en las estructuras espaciales (como el sistema de transporte) diseñadas para facilitar los flujos espaciales». [N. del T.]

escala, dos siglos más tarde, durante la «segunda esclavitud» y el consiguiente auge del algodón. Sus contribuciones cualitativas permitieron la industrialización textil de Gran Bretaña (Marx, 1971; Tomich, 2016; Patel y Moore, 2017; Moore, 2023a). El capital fósil nació en la plantación.

En ambas épocas, el Proyecto Civilizador fusionó cuestiones «indígenas» y «raciales» dentro de su cosmología prometeica. Los procesos cualitativos de trabajo estratégicamente necesarios –incluida la reproducción socio-biológica– fueron redefinidos como naturales. Este naturalismo implicaba un espectro de abstracciones violentas (y reales). Ese espectro abarcaba múltiples gradaciones de trabajo naturalizado, desde el «no-trabajo» de la reproducción sociobiológica hasta el trabajo culturalmente devaluado, casi siempre relacionado con la producción primaria y el trabajo doméstico. No por casualidad, este espectro de devaluación se correspondía perfectamente con la nueva división mental y manual del trabajo y sus jerarquías (Marx y Engels, 2010). En todo momento, se dijo que los grupos de trabajadores –africanos, indígenas, mujeres, celtas– estaban «naturalmente» predispuestos a la posición que se les asignaba en la división del trabajo. En estos términos, podemos entender la revolución cartesiana y su prometeísmo burgués como fundamentales para la racialización y el género de la clase y la segmentación del «mercado» laboral. De ahí el doble registro de devaluación económica y ético-política de la Naturaleza Barata.

Proyectos civilizadores, crisis climática, guerra de clases: ¿hacia el Proletarioceno?

Este esbozo de la superexplotación nos orienta hacia la lógica geocultural de la dominación en la modernidad como un momento de la evolución de la ecología mundo capitalista. Tal dominación es lo más alejado del grupismo transhistórico que ahora impregna la izquierda académica (por ejemplo, Robinson, 1983; véase Robinson, Rangel y Watson, 2022). La dominación geocultural del capitalismo comienza con la invención de la Naturaleza como abstracción dominante (Patel y Moore, 2017). Su orientación estratégica era el trabajo y la creación de mano de obra barata a través del imperialismo como «solución» necesaria –si no suficiente– a la crisis feudal tardía. Esto se logró a través del naturalismo burgués y el momento original de dominación del capitalismo: el prometeísmo.

A partir de este hecho histórico se puede prescindir de las explicaciones metafísicas de la dominación, y verlo explícita e íntimamente como un momento del impulso del capitalismo para convertir las tramas de la vida en oportunidades de lucro. Separar esta trinidad –poder, beneficio y vida– ha sido el logro del giro neoliberal en la academia, insistiendo en todas

partes en la prioridad de estos fragmentos y sus particularidades. Pero en el terreno de la especificidad histórica *real*, pienso en las fronteras azucareras de Bahía y Barbados, no se produjo tal fractura. La dominación racista, la despiadada explotación de clase, el incesante afán de lucro, las extraordinarias deforestaciones... todo estaba enredado en una ecología mundo capitalista que recompensaba la aptitud competitiva y castigaba a quienes no lograban hacer crecer la tasa de beneficio.

Las fronteras eran lugares que atraían la riqueza, precisamente porque las fronteras eran lugares donde las posibilidades de resistencia efectiva eran menores y la «fertilidad natural» (suelos, minerales, bosques, etc.) era mayor. El Proyecto Civilizador –desde Colón hasta el desarrollismo de Truman– ha aportado la contribución geocultural a:

Una tendencia similar al apartheid [...] [que anima] dos tipos muy diferentes de desarrollo y dos tipos diferentes de socialidad capitalista en el núcleo mismo del capitalismo explotador. Uno se define por una explotación civilizada, cosmopolita, regulada por el Estado, legal, respaldada por el bienestar y preocupada por la ecología. La otra se define por un capitalismo salvaje y anárquico, espacial o socialmente periférico al centro cosmopolita (esta lógica centro-periferia puede ser internacional o intranacional), y dominado por la explotación, el robo y el pillaje sin control. Uno está regulado por una lógica policial. El otro es un espacio de guerra. (Hage, 2017: 60)

La brillante formulación de Hage de la estrategia «similar al apartheid» del imperialismo cristaliza la lógica geocultural del capitalismo. También es un excelente ejemplo de «izquierdismo CCMC». La metáfora del apartheid no puede desplegarse razonablemente abstraída de su base de clase. El apartheid sudafricano fue un proyecto de clase ligado a las ambiciones imperiales, orientado interna y externamente a asegurar Naturalezas Baratas, trabajo sobre todo. Esto implicaba y necesitaba de un régimen político racializado basado en la superexplotación I y II. Impuso así estrictos controles sobre la movilidad laboral y reprodujo hogares semiproletarios desesperadamente inseguros. El apartheid significaba propiamente una estrategia de acumulación imperial-desarrollista de superexplotación (Bond, 2007). En el África meridional del siglo XX –pero con paralelismos que se remontan a la temprana Irlanda moderna, Perú y otros lugares– el dominio colonial se comprometió con una estrategia de «reserva de mano de obra» para garantizar un suministro fiable de mano de obra barata (Meillassoux, 1981). El racismo y el Proyecto Civilizador se reinventaron para servir a estas prioridades en cada caso.

Históricamente, la principal diferencia entre esos Estados «subimpe-
riales» y los plenamente imperiales es la facilidad comparativa con la que

pudieron asegurarse la fuerza de trabajo; de ahí la ilusión de «mano de obra libre» en estos últimos. Hoy en día, el estancamiento cada vez mayor de la población y la productividad –en conjunto, y especialmente en la agricultura y otros trabajos al aire libre– propicia un resurgimiento de las estrategias de superexplotación en los centros imperialistas. La vigilancia cada vez más violenta en todas partes del «muro climático» imperial y de los trabajadores inmigrantes nos asegura la realidad de esta tendencia (Moore, 2022b).

La victoria de la burguesía imperial en la guerra de clases neoliberal fue una inversión histórica del sistema mundo (Wallerstein, 1995). Estas condiciones se han intensificado a medida que la productividad se ha estancado, la sobreacumulación se ha intensificado y el clima se ha calentado (Moore, 2021d). Esta coyuntura puso fin al costoso «apaciguamiento» de las clases trabajadoras, marcando un «retorno a la estrategia anterior a 1848 de manejar el descontento obrero mediante indiferencia y represión» (Wallerstein, 1995: 26). Tal y como predijo Wallerstein, la acumulación militarizada se ha intensificado a medida que se profundizaba el estancamiento. Un tercio de las intervenciones militares extranjeras de Estados Unidos desde la independencia se han producido a partir de 1999. Las fuerzas especiales estadounidenses operan en tres cuartas partes de los países del mundo (Moore, 2023f). Como previó Wallerstein, la mayoría de esos países están al «otro» lado de la línea de color mundial. Así, las burguesías imperialistas enfrentan al proletariado planetario contra sí mismo: *divide et impera*.

La crisis planetaria exige una política de justicia planetaria basada en una crítica singular, que aúne la explotación de la plusvalía, la apropiación del trabajo / energía no remunerados y el «dominio» de la «naturaleza exterior» (Engels, 1987: 460, 105). Los tres momentos se funden en la dinámica de la superexplotación, posibilitada por el prometeísmo capitalista y el Proyecto Civilizador. Independientemente de que los contornos precisos de esta formulación resistan o no la prueba del tiempo, la cuestión de la síntesis –del poder, el beneficio y la vida– es indudablemente correcta. Las fuerzas que están detrás de la trinidad capitalogénica –la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático– no se irán tranquilamente a dormir. El peligro de una transición «decadente» hacia un orden poscapitalista –que preserve las desigualdades existentes de riqueza y poder en un nuevo modo de producción– es real (Amin, 2018).

¿Podrá imponerse una alternativa revolucionaria? Esto dependerá de la capacidad de la izquierda para identificar un terreno común y forjar un interés proletario general, algo que no ocurrirá sin una lucha teórica militante, basada en la síntesis dialéctica. El objetivo del imperialismo y sus ideas dominantes es dividirnos y ocultar sus relaciones reales. El objetivo

del materialismo geohistórico es identificar esas relaciones diversas pero conectadas, para que podamos poner al descubierto sus eslabones débiles, y avanzar en las posibilidades de liberación del proletariado planetario: el triunfo de los productores y reproductores asociados en la trama de la vida.

X DEL GRAN ABARATAMIENTO A LA GRAN IMPLOSIÓN.

CLASE, CLIMA Y GRAN FRONTERA*

EL CONCEPTO DE «FRONTERA MERCANTIL» se ha convertido en una especie de referencia conceptual para los estudiosos de la historia capitalista en las últimas dos décadas. Muchos han señalado mis primeras reflexiones sobre ello y sobre el auge del capitalismo como un momento decisivo en la historia medioambiental mundial. En una serie de ensayos escritos entre 1997 y 2002, esboqué una geografía histórica del capitalismo que situaba en primer plano lo que Walter Prescott Webb llamó en su día «la Gran Frontera». La intuición de Webb (1952) consistía en entender cómo la historia del capitalismo había sido moldeada fundamentalmente por una serie de «beneficios inesperados» que apuntalaron el largo auge de la modernidad; este terminó, según dicho autor, durante la Gran Depresión de los años treinta. El diagnóstico no era tan absurdo como podría parecer. Sin duda, Webb no previó cómo la acumulación militarizada y el desarrollismo de la Guerra Fría producirían nuevos y robustos «estímulos especiales» para impulsar la acumulación mundial en la edad de oro de la posguerra (Sweezy y Magdoff, 1972; Baran y Sweezy, 1966).¹ Pero había captado el problema: la acumulación mundial depende de las fronteras de las Naturalezas Baratas, cuyo cierre dio paso a nuevas formas de inestabilidad económica y agitación política. Las tendencias de la historia del sistema mundo y sus puntos de inflexión tienen invariablemente una relación no lineal. Es un problema para el que las bolas de cristal no sirven; no obstante, el final del largo siglo XX sugiere la intimidad de esa relación no lineal. Una era que comenzó con un nuevo imperialismo y una «segunda» Revolución Industrial termina con una crisis planetaria marcada por un triple cierre: no solo del largo siglo XX, sino del Holoceno y del capitalismo histórico.

* Artículo publicado originalmente como «Del Gran Abaratamiento a la Gran Implosión. Clase, clima, y la gran frontera», *Relaciones Internacionales*, núm. 47, 2021. La presente versión está basada en la traducción de Yoan Molinero Gerbeau.

¹ En el capítulo «Age of Restructuring», John Bellamy Foster (1989) ofrece un *tour de force* resumiendo los estímulos especiales —«factores de desarrollo autolimitantes»—.

La frontera es una metáfora resbaladiza. Hoy en día, suele invocar algo llamado «colonialismo de asentamiento». En contraste con una literatura anterior que ponía en primer plano la formación de clases, la moda académica actual propone una metafísica del «choque de civilizaciones» que muestra poca preocupación por ello, incluso en sus registros coloniales e imperialistas.² La Gran Frontera de Webb desprende, de hecho, un cierto tufillo a estas dinámicas. Pero es posible hacer una reconstrucción dialéctica extrayendo elementos de las tres formulaciones parciales, si se entiende la Gran Frontera como parte integrante de un Proyecto Civilizador, de apropiación imperialista de tierras y de formación de clases racializadas, así como la historia de creación de un ecosistema que transformó la vida planetaria de un modo sin precedentes. En mis formulaciones originales luché contra todo esto, y lo he seguido haciendo desde entonces (Moore, 2000a; 2000b; 2000c; 2001; 2002; 2003a; 2003b; 2003c; 2003d; 2004a y 2004b).

El concepto de frontera, por muy tosco que sea, me ayudó a ver que el capitalismo no se formó dentro de una Europa reificada para luego expandirse. El capitalismo se formó a través de la Gran Frontera. Las fronteras mercantiles –sobre todo en la plantación de azúcar y la minería de plata– fueron las cristalizaciones más espectaculares de la Gran Frontera (aunque otras, como la «Gran Domesticación» del llamado trabajo femenino, también fueron decisivas) (Patel y Moore, 2017). Las fronteras, siguiendo esta interpretación, no eran los límites lineales en los bordes de una proyección cartográfica (que es en sí misma una tecnología fronteriza): eran estrategias de poder, beneficio y vida, así como puntos geográficos de sus contradicciones. Las fronteras mercantiles no eran, fundamentalmente, regiones como tales, sino patrones de movimiento interregional. Por ejemplo, la frontera mercantil del azúcar, en esta interpretación, era el gran arco del complejo azucarero / esclavista que se desplazaba a través del Atlántico capitalista (véase la tabla 1). Como observó Friedrich Engels en una carta de 1873 dirigida a Marx, «identificar los diferentes tipos de movimiento es identificar los cuerpos mismos» (Engels en Banaji, 2010: 58), algo que se aplica fácilmente a las fronteras de mercancías.

Esta inquietud geográfica no es una casualidad. La interminable conquista de la Tierra en pos de una infinita acumulación de capital son dos expresiones de un proceso singular: el surgimiento y la continua desaparición de la ecología mundo capitalista (Moore, 2015a). El imperialismo es el pegamento que une ambos momentos. Sin embargo, la conexión entre la conquista interminable y la acumulación infinita nunca se ha entendido bien, ni siquiera en la izquierda. Muchos siguen creyendo que el capitalismo

² Merece la pena contrastar, por ejemplo, a McMichael (1984) con Hixson (2013). En los estudios de frontera véase la negación de clase de Barbier (2015). Algunos estudios se toman en serio la frontera mercantil, como Marley (2016).

continuará «hasta que se corte el último árbol» (Moore, 2017a), pero la principal regla de reproducción del capitalismo no es simplemente crecer o morir; es, en igual medida, conquistar o morir. Y es que, cada gran ola de acumulación se ha basado en un nuevo imperialismo, cuya principal tarea histórica ha sido crear y abaratar el trabajo: la unidad diferenciada de proletariado, femitariado y biotariado.³

Tabla 1. La frontera del azúcar (1450-1800)

Región	Periodo de primacía mundial
Chipre	1350-1470
Madeira	1480-1520
Santo Tomé	1540-1570
Pernambuco	1570-1620
Bahía	1620-1670
Barbados	1670-1720
Jamaica y Santo Domingo	1720-1790/1820

Fuente: Jason Moore (2010e).

El capitalismo no actúa sobre una Naturaleza externa —a pesar de los fetichismos de la teoría de sistemas—. El capitalismo se desarrolla a través de la trama de la vida; estableciendo «fuerzas naturales específicamente explotadas» cuyas contradicciones activan progresivamente, en turnos sucesivos, el auge capitalista y la necrosis planetaria.⁴ La tesis de la frontera mercantil insiste en que el capitalismo surgió a través de un nexo prodigiosamente generador de mano de obra barata, poder imperial y trabajo / energía no remunerados de suelos, bosques, arroyos y todo tipo de flora y fauna autóctonas no capitalizadas anteriormente. A partir de la estrategia de la Gran Frontera, se formaron no solo los proletarios modernos, sino también múltiples formas de trabajo no remunerado socialmente necesario, principalmente, el biotariado, entendido como el *quantum* de naturaleza extrahumana «puesta a trabajar» por el

³ Biotariado es un término acuñado por el poeta Stephen Collis (2016). El biotariado abarca todas las cosas en las que pensamos cuando oímos hablar de «servicios de los ecosistemas», pero también incluye a muchos seres humanos, que son desvalorizados sobre la base de la abstracción dominante de la Naturaleza: principalmente a través de la raza, la nacionalidad, el género, la sexualidad, etc. Véase especialmente von Werlhof (1988). El argumento de «poner la naturaleza a trabajar» proviene de Moore (2015b).

⁴ La cita es de Karl Marx (1973). Para la activación de los valores negativos-formas de vida que constituyen barreras cada vez más insuperables para una renovada acumulación de capital, véase McBrien (2016) y Moore (2015a, 2015c y 2015d). Puede consultarse también el video «Negative Value defined by Jason W. Moore» disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=KeE9yzAZEdw&t=9s>

capital y el imperio, así como el femitariado, referente a las relaciones abrumadoramente feminizadas de trabajo social-reproductivo no remunerado. Esta trinidad no es una combinación ecléctica y caótica, sino que diferencia y unifica el esfuerzo de *longue durée* de la burguesía imperial para «poner a trabajar a la naturaleza» de la forma más barata posible. Una estrategia de *longue durée* que surgió y se mantuvo a lo largo de los siglos, en el filo de la navaja de la Gran Frontera.

En lo que sigue, tomo la Gran Frontera —entendida como un proyecto de dominio imperial-burgués y un proceso socio-geográfico de sostenimiento de la acumulación de capital— como hilo conductor. Al hacerlo, espero suscitar un debate en torno a una amplia perspectiva sobre la frontera mercantil. Se trata de una tarea intelectual de gran envergadura en la que se corre el riesgo de ceñirse demasiado a la práctica del pasado o de romper por completo con las conceptualizaciones anteriores. Haré lo posible por enhebrar la aguja. Este enhebrado exige una cierta ruptura con las convenciones académicas, pero tengo poco interés en contribuir a ellas. Como enseñé a mis estudiantes de doctorado, la crítica no consiste en catalogar lo que el argumento X y el enfoque Y no hacen (mucho menos implica, como parece ser la norma hoy en día, escoger frases que puedan luego desvanecerse como un castillo de naipes). La crítica dialéctica debe partir de una ética de la síntesis,⁵ reconociendo que ninguna totalidad lo es todo, y que los puntos ciegos conceptuales y empíricos, una vez reconocidos e integrados, pueden cambiar el «movimiento del todo». La carga de la crítica consiste en revelar cómo la inclusión de la realidad A o B cambia la interpretación del cambio histórico y conduce a nuevas estrategias narrativas. Como he argumentado en otro lugar, el problema de la aritmética verde —la suma de Naturaleza y Sociedad— es su enfoque aditivo y no sintético. El lector atento observará cómo los elementos clave de lo que sigue son contribuciones a una autocrítica basada precisamente en ese espíritu de síntesis, que exige, como diría Marx, una estrategia «despiadada» de reinención filosófica, teórica y conceptual-histórica (Gaffney *et al.*, 2020). Esta alternativa demuestra cómo la incorporación (o la exclusión) de un determinado conjunto de relaciones histórico-geográficas permite o inhabilita un argumento sobre puntos de inflexión específicos y patrones de desarrollo en la historia del capitalismo (Moore, 2017b).

A la luz de esto, he reelaborado mi contribución a la reflexión sobre la Gran Frontera en tres partes, centrándome sucesivamente en la historia ambiental de los Proyectos Civilizadores y la crisis climática actual, en lo que yo llamo la «Gran Implosión». En una especie de camino largo y sinuoso, quiero vincular estas reflexiones a formas de estudiar las fronteras

⁵ Gracias a John P. Antonacci por esta frase, ética de la síntesis, y por permitirme emplearla aquí.

de la Naturaleza Barata capaces de resistir distintas tentaciones: el reduccionismo de las mercancías, una tesis neomalthusiana de agotamiento del suelo y el negacionismo de clase del «colonialismo de asentamiento». En la primera parte, vuelvo a exponer los contornos histórico-geográficos de la frontera mercantil en el surgimiento del capitalismo. Mi premisa es que la figuración histórica de los orígenes, los puntos de inflexión y los patrones de desarrollo están calibrados de forma más o menos directa con nuestras evaluaciones políticas de la crisis climática, una cuestión que abordamos en la tercera parte. Comienzo revisando los elementos centrales de mi primer argumento sobre la frontera mercantil, que desarrollé con el fin de comprender el cambio de época en la historia medioambiental mundial después de 1492. Con demasiada frecuencia, tanto los académicos como los estudiantes juegan con la especificidad histórica, y, sobre todo, con la especificidad del sistema mundo histórico (como si la historia del sistema mundo capitalista fuera una generalidad de alguna manera «menos real» o «más teórica» que la historia regional).⁶ El argumento de la frontera mercantil está unido dialécticamente a la especificación de los puntos de inflexión en la historia del capitalismo, desde la transición original hasta las crisis de desarrollo que marcaron la transición de una era del capitalismo a la siguiente. No puedo decir si una narrativa de la frontera mercantil desvinculada de esta prioridad interpretativa es útil o no. Cabe destacar que la frontera mercantil nunca se concibió como un concepto único o una observación empírica abstracta que «generaliza» sobre el capitalismo. Lo cierto es que fue tomando forma para explicar la dinámica específica del ascenso del capitalismo como ecología mundo del poder, el beneficio y la vida (Moore, 2007a).

En distintos momentos desde principios de la década del 2000, he llegado a observar que cada nueva era de desarrollo capitalista emerge a través de nuevas estrategias de frontera, centradas en nuevas mercancías estratégicas, incrustadas dentro de nuevos Proyectos Civilizadores y nuevos hegemonos creadores de mundo (Moore, 2007b, 2008, 2009, 2010a, 2010b, 2010c, 2010d, 2010e, 2011a y 2011b). A partir de este esbozo histórico-geográfico, desgloso un doble argumento. Primero, que las fronteras mercantiles no tienen que ver estrictamente con las mercancías o la mercantilización «en amplitud o en profundidad» (Lenin, 1964). Tienen que ver con el imperialismo, que es siempre el modo de formación de clase preferido por la burguesía mundial. El imperialismo es la política mundial de la tendencia (y contratendencia) a la caída de la tasa de beneficio

⁶ Una posición ahora explicitada por la tesis del Plantacioceno y su alianza con el «*Earthbound*» de Latour –cuya tarea ideológica concreta es borrar la clase y el capital en la creación del mundo moderno en favor de un choque de civilizaciones de sangre y tierra–. Véase Bruno Latour (2018) y Wolford (2021).

(Lenin, 1963; Magdoff, 1989). Este se basa no solo en la fuerza militar sino también en la violencia ideológica de los Proyectos Civilizadores. Este es el tema central de la segunda parte. Sin duda, la mercantilización está en juego; pero reducir la historia a las fuerzas del mercado repite un error neosmithiano. No capta la centralidad del imperialismo y sus mecanismos de poder de clase para forjar las principales fronteras mercantiles del capitalismo. Las relaciones capitalistas de la Naturaleza –utilizo la mayúscula para subrayar la abstracción real– siempre están mediadas políticamente por los Estados que persiguen la creación y reproducción de un «buen entorno empresarial» (O'Connor, 2018; Parenti, 2016 y 2020). El proyecto (geo)político de gestionar y asegurar las tramas de la vida para el capital depende de un proyecto geocultural que hace posible la violencia práctica del fetichismo de la mercancía en las fronteras (Moore, 2018a). Este es el fetichismo civilizatorio. Sus expresiones se encuentran en los sucesivos y superpuestos proyectos cristianizadores, civilizadores y desarrollistas de los grandes imperios, expresados intelectualmente durante mucho tiempo por figuras que van desde Francisco de Vitoria a Walt W. Rostow. Estos proyectos reproducen y reinventan las abstracciones dominantes de Civilización y Salvajismo (Escobar, 2011)– como la división del Cuarto Punto de Truman entre el «mundo subdesarrollado» y el «mundo no desarrollado» después de 1949–. Nuestro lenguaje conceptual de Sociedad y Naturaleza, forjado en la época de la primera gran campaña de limpieza étnica de Inglaterra en Irlanda, reproduce discursivamente estas abstracciones reales (Patel y Moore, 2017). Un segundo argumento pondrá de relieve los tejidos conectivos que unen nuestras evaluaciones histórico-geográficas sobre la creación de las fronteras capitalistas con la crisis climática actual.

En la tercera parte, voy a enmarcar la crisis planetaria como la unión de dos momentos fundamentales: una creciente crisis de creación de vida, registrada ampliamente en la bibliografía sobre el clima y la biodiversidad; y una creciente crisis de creación de beneficios, registrada ampliamente en el discurso sobre el «estancamiento secular» (Summers, 2016; Bellamy Foster y Yates, 2014). Estos dos momentos se combinan de forma desigual en el carácter geohistórico de la crisis climática en el que el punto de inflexión geofísico se expresa en la desestabilización de una trinidad nacida en el siglo XVII: la división de clases climática, el patriarcado climático y el apartheid climático (Moore, 2019). La crisis climática del siglo XVII impulsó la Gran Frontera como estrategia de acumulación, asumiendo su forma moderna entre 1550 y 1700 como solución climática a la «crisis general» de la época: una era de guerra interminable, crisis política endémica e inestabilidad económica. El florecimiento de la Gran Frontera como una revolución productivista en toda regla –la Revolución de la Plantación– inauguró el Gran Abaratamiento, un descenso secular a largo plazo del

precio (composición del valor) de los cuatro grandes insumos: fuerza de trabajo, alimentos, energía y materias primas,⁷ lo que denominamos como «los cuatro baratos».⁸ Nació así una naturaleza histórica específicamente capitalista, y su servicio de época a la acumulación mundial consistió en permitir la reducción sistemática de los costes de re/producción del capital. Hoy asistimos a la implosión de esa estrategia. La trama de la vida está pasando rápidamente de ser una fuente de insumos baratos a constituir un vector inevitable de aumento de los costes. El biotariado está en abierta rebelión.

Parte I. Las fronteras mercantiles y los orígenes de la crisis planetaria: proletariado, biotariado y femitariado en la Gran Frontera

La Gran Frontera es un debate sobre la Transición (Hilton, 1976). El largo debate sobre los orígenes del capitalismo nunca desaparecerá y en este, las cuestiones geográficas, pese a ocupar un lugar destacado, han sido cuidadosamente evitadas. Ya puede buscarse a lo largo y ancho de este debate una historia ambiental que nunca se encontrará una historia del clima.⁹ El resultado es una geografía de la transición que debe más a von Thunen que a Marx.¹⁰ Los dos momentos –las geografías y las historias ambientales de la Transición– vienen resaltados en la creación de la Gran Frontera. Ignoramos estas dinámicas por nuestra cuenta y riesgo. Desvincular la historia de los modos de producción de la coproducción del espacio –que también es la coproducción de la vida– da lugar a una narrativa parcial con implicaciones peligrosamente parciales para la política planetaria. Sobre todo, conduce a nociones fetichizadas del poder y la política de clase. Parafraseando un viejo eslogan anarquista, no se puede reventar una relación socio-ecológica. Una historia del poder y del beneficio sin una historia de la vida, reproduce invariablemente una historia medioambiental

⁷ Véase, a este respecto, mi ponencia en el Departamento de Estudios Africanos y de la Diáspora Africana de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee el 6 de noviembre de 2020 titulada «On the Origins of Climate Apartheid: Climate Class & Colonialism in the Making of Planetary Crisis»; disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=bV4uR8iO2-8>

⁸ Para que quede claro, después de varios años recibiendo unas alucinantes difamaciones por parte de John Bellamy Foster y sus colegas: el precio, en mi trabajo, ha sido siempre una forma de abreviar sobre la composición del valor en el sentido clásico marxista –lo que incluye el trabajo no remunerado en la trama de la vida–.

⁹ Una notable excepción a ello la conforman Wallerstein (1974) y Moore (2003a y 2003c).

¹⁰ La más clara expresión de ello puede encontrarse en el formalismo de Wood (2017). Robert Brenner (1977) no está muy lejos de aceptar las premisas geográficas del nacionalismo metodológico de la Guerra Fría bajo la bandera de la ortodoxia marxista entre los movimientos obreros y medioambientales.

sin clases y una lucha de clases sin tramas de vida, una grieta epistémica que mantiene la gran división.

¿Cómo se conjugan el capital, la clase y las tramas de la vida en la historia del capitalismo? Mi camino ha venido poderosamente moldeado por el primer gran esbozo de materialismo histórico de Marx y Engels en *La ideología alemana*. Por supuesto, apelar a Marx en cuestiones históricas no resuelve nada. Sin embargo, dada la huida de la geografía, puede ser fructífero revisar su extraordinario tejido de geografía física, creación de entornos y formación de clases. Pasando, como siempre, de las abstracciones generales a las determinadas, el «primer hecho que hay que establecer [en una investigación histórico-materialista] es la organización física de los individuos y su consiguiente relación con el resto de la naturaleza. Por supuesto, no podemos entrar aquí en la naturaleza física real del hombre, ni en las condiciones naturales en las que el hombre se encuentra –geológicas, oro-hidrográficas, climáticas, etc.–. Todo escrito histórico debe partir de estas bases naturales y de su modificación en el curso de la historia por la acción de los hombres» (Marx y Engels, 1976).

Marx y Engels no recomendaban simplemente ofrecer unas cuantas observaciones introductorias sobre el «contexto medioambiental» para luego seguir adelante, como si los entornos y la creación de entornos fueran epifenómenos a la formación de clases, los modos de producción y las divisiones del trabajo entre el campo y la ciudad. Más bien, cada una de estas últimas abstracciones –que incorporan más determinaciones– encarnan y rehacen «su consiguiente relación *con el resto de la naturaleza*» (Murray, 2013; Moore, 2015a y 2017b). Es a través de la Gran Frontera que las agencias protocapitalistas –cada civilización tributaria disponía de una parte de estas– se enfrentaron a un mosaico de «condiciones naturales» y promulgaron una serie de «modificaciones».

La *problemática* histórico-geográfica de la Gran Frontera se pregunta así cómo esta totalidad socio-ecológica favoreció una resolución capitalista y no tributaria de la crisis feudal. ¿Qué impulsó la Gran Frontera? No fue el comercio, ni la codicia, ni una metafísica de la expansión europea, como indican los argumentos aduladores del «milagro europeo» o del declinante «colonialismo de asentamiento». Recordemos que los albores de la Pequeña Edad de Hielo (c. 1300-1850) detonaron la crisis múltiple y socio-ecológica del feudalismo, que condujo directamente al colapso de la agricultura feudal en la Gran Hambruna (1315-1322) y los brotes epizooticos asociados, amplificando las contradicciones de clase a fuego lento. El siglo siguiente se caracterizó por una «guerra de clases generalizada entre los señores y los campesinos», cuyos contornos fueron definidos por el clima de la Pequeña Edad de Hielo y el resurgimiento de enfermedades catastróficas (Wallerstein, 1974, p. 24). Por ser claros, la crisis no respondió a una

dinámica maltusiana, sino marxista: como los historiadores marxistas han subrayado durante mucho tiempo, las cuestiones de la fertilidad del suelo tenían que situarse dentro de las relaciones de clase del feudalismo (Patel y Moore, 2017; Hilton, 1951). Y por abreviar la historia, los señores perdieron la guerra de clases –no por no lucharla–, sino porque el excedente feudal se contrajo drásticamente en la coyuntura climática-de clases. La Europa feudal entonces se desmercantilizó y la balanza del poder de clase en el continente se inclinó a favor del campesinado.

La entrada en la Gran Frontera fue una conquista a modo de síntesis continua. Combinaba las estrategias premodernas de la Guerra Santa y el comercio armado con un énfasis novedoso: mano de obra barata a cualquier precio. La productividad de la mano de obra, no de la tierra, era –después de 1492, pero especialmente después de 1550– lo que importaba. Había que crear y asegurar nuevas clases trabajadoras si se quería establecer una nueva base de enriquecimiento. Habiendo perdido la lucha de clases en el corazón de Europa, los asediados estratos gobernantes tributarios del continente –incluidos los comerciantes-banqueros de lugares como Génova y Flandes– miraron hacia la frontera. Pero las fronteras no sirven de nada sin una mano de obra que las trabaje, y la proletarización moderna requirió unas formas de poder territorial totalmente nuevas. Después de 1492, en un abrir y cerrar de ojos de la historia mundial, la encomienda, una concesión de tierras utilizada ampliamente en la Reconquista en la Península Ibérica, se reinventó como una concesión de mano de obra en las Américas; esto produjo feroces debates teológicos e incluso políticos, pero la suerte ya estaba echada. La Gran Frontera, como frontera de mano de obra barata –en contraste con Europa occidental– fue fundamental para las mayores innovaciones del capitalismo temprano. Los momentos definitorios de la Transición se aglutinaron en la Gran Frontera: nuevas organizaciones productivas, sistemas de crédito, estructuras imperiales, proletarización coercitiva, tecnologías que marcaron una época (sobre todo el nexo construcción naval / barcos / cartografía). Todo ello permitió a los actores imperiales, financieros, señoriales y otros superar su histórica derrota de clase a lo largo del siglo XIV. Las nuevas fronteras no fueron una salida demográfica para una Europa reificada y llena de blanquitud reificada, sino un conjunto de oportunidades políticamente aseguradas para el beneficio y la acumulación de capital (de hecho, dichas oportunidades constituyeron los propios mecanismos de producción de estos fetiches; ¡evitemos poner la carreta delante de los bueyes!). Las antiguas fronteras demográficas, comerciales y de recursos se volvieron del revés –junto con todo lo demás– después de 1450. Las nuevas fronteras mercantiles –encabezadas por los imperios financiados por la deuda– forjaron no solo estrategias para

ampliar el «pastel económico», sino que transformaron el carácter de la propia acumulación de excedentes.¹¹

La exclusión de estas nuevas estrategias de creación de frontera ecológica en el debate sobre la Transición es sorprendente. Por ello, a continuación, repasaremos la historia del medioambiente. El debate contemporáneo se remonta a la Guerra Fría, momento en el que el poder de los trabajadores en los países imperialistas y las luchas antiimperialistas en el Tercer Mundo estaban en auge. Por entonces, se entendía que la orientación estratégica hacia la lucha por el socialismo mundial dependía de la visión histórica —de ahí los sorprendentes paralelismos entre el socialismo y el capitalismo «en un país» y el «internacionalismo» proletario y burgués—¹². El debate sobre la Transición fue (y sigue siendo) un debate que unifica una narrativa de los orígenes del capitalismo con una evaluación política de la crisis capitalista. Retomando un viejo chiste de Marx, se puede cerrar la puerta principal del debate de la Transición, pero siempre se encontrará una forma de entrar por la ventana de la cocina. Lo mismo ocurre con el Antropoceno popular hoy en día y su alternativa el Capitaloceno (Moore, 2017d y 2017e). No nos equivoquemos, la discusión sobre el Antropoceno es un debate sobre la Transición.

A partir de la década de 1470 —en regiones hasta entonces oscuras como el Erzgebirge [los llamados Montes Metalíferos hoy en la frontera entre Alemania y República checa] y Madeira—, la lógica medieval de auge y caída se transformó por completo (Moore, 2007b; 2009; 2010e; Brenner, 1976). Sus beneficios enriquecieron no solo a los potentados locales, sino a los financieros que hicieron posible las nuevas organizaciones productivas. Las revoluciones productivas recientes pusieron en marcha el cambio ambiental y la proletarización a una velocidad vertiginosa, cuyas contradicciones de clase estallaron en una insurrección abierta en 1525. Los Fuggers y los Welsers financiaron el auge minero de Europa Central; los comerciantes flamencos y genoveses financiaron la revolución azucarera de Madeira. Fueron estos burgueses los que se beneficiaron —y en el caso de

¹¹ Véase especialmente Wallerstein (1974). Una lectura socio-ecológica de Wallerstein se ofrece en Moore (2003a y 2003c). Estas implicaciones vienen profundizadas en Patel y Moore (2017) y Moore (2017c y 2018a).

¹² La oposición clásica entre Robert Brenner y Wallerstein no es —como a menudo se afirma— entre «producción» e «intercambio». La diferencia fundamental gira en torno al encuadre respectivo de la geografía de la lucha de clases y, crucialmente, sobre el modo de construir «unidades de observación» con y dentro de las «unidades de análisis». La afirmación de que el esquema interpretativo de Wallerstein pivota sobre el mercado mundial es una canallada. La diferencia fundamental entre ambos reside en la lucha de clases de Brenner en «un solo país» y la de Wallerstein en la división transatlántica del trabajo. Véase Wallerstein (1974) y Brenner (1976). Podemos observar que Wallerstein pone en primer plano la Gran Frontera, mientras que la unidad de análisis de Brenner descarta no solo las fronteras, ¡sino incluso la subordinación colonial de Irlanda en la transición del capitalismo!

los Fugger, perecieron— sobre la base de invertir en «capital real». Y fueron estos beneficios acumulados los que financiaron las fronteras mercantiles a través del Atlántico capitalista.

Estas contradicciones alcanzaron una masa crítica a mediados de siglo. Su condición previa fue la invasión colombina iniciada en 1492, caracterizada por la globalización de la «revolución militar» y, en la medida de lo posible, por el saqueo de oro y plata. No se trataba de una empresa directamente productivista, ni tenía por qué serlo. Sin embargo, en la década posterior a 1549, los signos de crisis se encontraban por todas partes. Un giro productivista resultaba claramente necesario —e inmediatamente reconocido en las Cortes de Europa—. Los portugueses asumieron la administración directa de Brasil (1549). Los españoles debatieron el destino de los pueblos indígenas en Valladolid (1550-1551). El español Felipe II se declaró en quiebra y el rey francés Enrique II vio «colapsar» sus finanzas en 1557, precipitando la primera gran crisis financiera de la modernidad (Spooner, 1972; Moore, 2010c). Con sus casas fiscales en llamas, los dos grandes rivales alcanzaron la paz en Cateau-Cambresis en 1559, codificando lo que era obvio: ninguna gran potencia resolvería la crisis feudal mediante conquistas a lo Carlomagno y un nuevo *imperium*. «Europa no se convertiría en un imperio-mundo (Wallerstein, 1974). La extraordinaria inflación de los precios —la revolución de los precios— había abaratado el crédito y lo había hecho indispensable para la agricultura de cultivos comerciales en toda Europa, llegando rápidamente a lugares como Brasil y Barbados en el siglo posterior a 1559. Todo ello favoreció un giro productivista transatlántico después de 1559 (Tawney, 1941; Schwartz, 1985), transformando las fronteras imperiales en fronteras *mercantiles* sin que, por ello, fueran menos imperialistas.

Finalmente, en la década de 1550, los signos de empeoramiento del clima se hicieron ya evidentes, deteriorándose las condiciones climáticas rápidamente después de 1600. La coyuntura sociofísica, que en su mayor parte fue el resultado de un forzamiento natural, se vio amplificada por los genocidios inducidos por la esclavitud en el Nuevo Mundo, donde la destrucción de pueblos provocó una dramática disminución del dióxido de carbono atmosférico —el Pico de Orbis (1610)— que, a su vez, agravó el deterioro climático de Europa (Lewis y Maslin, 2015). Este fue, como veremos, el momento geofísico inscrito en los orígenes de la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático: la trinidad capitalógena que ahora nos conduce a toda velocidad hacia el infierno planetario (Moore, 2019). El resultado fue un «largo y frío siglo XVII» de guerras interminables, revueltas endémicas y turbulencias económicas (Le Roy Ladurie y Daux, 2013; Cameron, Kelton y Swedlund, 2016; Jones, 2014).

Lo que siguió fue el primer *arreglo climático* del capitalismo.¹³ Este reforzó los anteriores empujes del imperio y del capital a través del Atlántico, en sí mismo una respuesta a la coyuntura de clima y clase del largo siglo XIV. El largo y frío siglo XVII fue, para un capitalismo emergente, el momento más desfavorable de la Pequeña Edad de Hielo, aunque el término desfavorable sea deliciosamente impreciso. Valga decir que fue más que incómodo. Las condiciones climáticas más o menos comparables a las de los largos siglos V y XIV fueron testigos de las crisis epocales del Occidente romano y de la Europa feudal.¹⁴

¿Cómo, entonces, sobrevivió el capitalismo allí donde no lo hicieron las civilizaciones anteriores?

¿La respuesta corta? La Gran Frontera (Webb, 1954),¹⁵ aunque se trata de un reduccionismo brutal, por supuesto. Así que permítanme explicarlo. La conjunción clima-clase-finanzas de la década de 1550 contribuyó poderosamente a un giro productivista en las Américas y en Europa del Este.¹⁶ Este arreglo climático se formó a través de un nuevo intercambio político centrado en el productivismo entre banqueros, imperios y productores de mercancías del Nuevo Mundo (Arrighi, 2010; Patel y Moore, 2017; Moore, 2010f). El resultado fue una revolución medioambiental sin precedentes en cuanto a escala, alcance y velocidad. Su expresión superficial fue una revolución paisajística, pero su contenido real implicó una revolución audaz de la re/producción, el gobierno y la formación de clases. Hizo necesario el Proyecto Civilizador y su lógica cartesiano-gerencial (*avant la lettre*) de «pensamiento» y materia «extensa» —el tema de la segunda parte—, desarrolló formas novedosas y violentas de proletarización a través del Atlántico, incluyendo la esclavitud moderna y otras formas de trabajo racializado.¹⁷ Fundamentó, además, la acumulación global dentro de

¹³ Al respecto, nuevamente véase «On the Origins of Climate Apartheid: Climate Class & Colonialism in the Making of Planetary Crisis»; disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=bV4uR8iO2-8>

¹⁴ Una excelente introducción a la historia del clima es la realizada por Brooke (2014); sobre la severidad climatológica y la turbulencia social del largo y frío siglo XVII, existen ahora muchas contribuciones. Véase, por ejemplo, Parker (2013) o White (2017). Un resumen de referencia sobre la dinámica geofísica de la Pequeña Edad de Hielo es el realizado por Mann (2002).

¹⁵ Volveré a Webb en la tercera parte.

¹⁶ Véase, especialmente, Moore (2010c y 2010d), aunque esos ensayos no explican, sin embargo, el giro productivista en respuesta a los cambios climáticos.

¹⁷ «Cuando hace tres siglos los esclavos llegaron a las Antillas, entraron directamente en la agricultura a gran escala de la plantación de azúcar, que era un sistema moderno. Además, exigía que los esclavos vivieran juntos en una relación social mucho más estrecha que cualquier proletariado de la época. La caña, una vez cosechada, tenía que ser transportada rápidamente a lo que era la producción de la fábrica. El producto se enviaba al extranjero para su venta. Incluso la tela que vestían los esclavos y los alimentos que comían eran

estrategias de abaratamiento de las vidas y el trabajo necesarios para producir los cuatro baratos: trabajo remunerado y no remunerado, alimentos, energía y materias primas. En este punto solo puedo caracterizar, de forma no exhaustiva,¹⁸ los principales momentos fronterizos de las mercancías a lo largo de este largo y frío siglo XVII cuya muestra representativa incluye: 1) la revolución azucarera de Brasil a partir de 1570 que se desplazó a Santo Tomé, tras un auge momentáneo cortocircuitado por la resistencia de los esclavos; 2) la dramática reestructuración de Potosí a partir de 1571, que trasladó definitivamente la minería de plata capitalista de Europa Central a Perú; 3) la rápida sucesión de fronteras de mercancías forestales desde Noruega hasta Polonia y el noreste del Báltico que comenzó –de nuevo– en la década de 1570; 4) las agresivas ampliaciones de la agricultura cerealista del Vístula (y la consiguiente deforestación) después de 1550 que proporcionaron una protección indispensable contra la inseguridad alimentaria para el capitalismo holandés; 5) el surgimiento del «Potosí del Norte», la Stora Kopparberg sueca, que enviaba cobre (el litio del siglo XVII) a los plantadores de azúcar, fabricantes de armas y artesanos del otro lado del Atlántico; 6) el traslado de la construcción naval ibérica a América, donde lugares como Salvador de Bahía y La Habana contarían con importantes astilleros a principios del siglo XVII; 7) la notable expansión de las flotas pesqueras en el Atlántico Norte, que marcó un momento clave de la «Gran Caza» (Richards, 2003); y 8) la revolución azucarera en el Caribe, que primero llegó a Barbados, pero se extendió rápidamente a Jamaica y luego a islas francesas como Martinica y Santo Domingo.

Es imposible exagerar el carácter sin precedentes de esta temprana revolución ambiental capitalista. Tanto la escala como el alcance son impresionantes. Sin embargo, quizá lo más significativo sea su carácter temporal. En el largo y frío siglo XVII, el «proceso histórico [se] aceleró repentinamente de forma aterradora» (Burkhardt, 1979, p. 224). En ese momento, el antagonismo entre el impulso del capital para reducir el tiempo de rotación socialmente necesario se combinó sistemáticamente con los proyectos imperialistas para crear las condiciones para la apropiación del trabajo no remunerado: la *acumulación por apropiación*.¹⁹ Esto marcó la formación

importados. Los negros, por tanto, vivían desde el principio una vida que era, en su esencia, una vida moderna» (James, 1989).

¹⁸ Pueden encontrarse referencias detalladas a estas y otras transformaciones epocales en Moore (2010c, 2010d, 2017c y 2018a).

¹⁹ La *acumulación por apropiación* designa las relaciones y fuerzas extraeconómicas en curso que combinan la represión salarial, la subreproducción crónica y la extracción de trabajo/energía no remunerado al servicio de la acumulación de capital. Se solapa con la acumulación primitiva, así como con su dinámica de formación de clases y de capital, pero no se reduce a ella. Tampoco es reducible a la acumulación por desposesión y desplazamiento, que identifica un momento de desterritorialización y reterritorialización fundamental en la geografía histórica del capitalismo. Históricamente, la *acumulación por*

moderna del femitariado y el biotariado –los momentos específicamente binarizados del trabajo reproductivo humano y extrahumano no remunerado necesarios para el régimen capitalista de Naturalezas Baratas–. Ambos estuvieron, por tanto, vinculados dialécticamente a una extraordinaria (y extraordinariamente violenta) aceleración de la proletarización de género, racial y colonial (Federici, 2004; Linebaugh y Rediker, 2013; Tilly, 1983). Esta Gran Proletarización –entendida como la unidad diferenciada de Proletariado-Biotariado-Femitariado– dependía de las dos fronteras fundamentales de la época: las fronteras mercantiles a través de las Américas y Europa del Este, así como la Gran Domesticación, cuyo hilo conductor sostenía que el Hombre se situaba ante la Mujer como la Burguesía ante la Naturaleza (Patel y Moore, 2017). La Gran Proletarización y la Gran Domesticación fueron las dos caras de la misma moneda del sistema mundo, esenciales para el clima del siglo XVII. Sin la mano de obra barata no habría habido trabajadores que trabajaran en los campos, las minas, los talleres, los bosques y las ciudades del primer capitalismo, ni beneficios que extraer. Además, sin estas fronteras laborales extraídas a la fuerza, los límites de la apropiación del trabajo / energía extrahumana (y el cambio medioambiental asociado) eran insuperables.

Toda zona de sacrificio medioambiental –entonces como ahora– dependía de los trabajadores baratos y desechables. Fue en esta coyuntura sociofísica cuando el arreglo climático del capitalismo emitió una «compresión espacio-temporal» que degradó no solo el suelo, sino también al trabajador. En esta coyuntura se introdujeron relaciones de poder, beneficio y de vida que marcaron una época y que aceleraron el cambio histórico más allá de lo conocido antes de Colón (Harvey, 1989). Durante los milenios anteriores a 1492, el ritmo del cambio del paisaje se medía en siglos. Cuando los campesinos de la Picardía medieval se pusieron a limpiar la tierra en el siglo XII, tardaron dos siglos en roturar 12.000 hectáreas. Avancemos ahora hasta el noreste de Brasil en la cúspide de su revolución azucarera. Durante la gloriosa década de 1650, los ingenios azucareros de Bahía obligaban a destruir 12.000 hectáreas de bosque... cada año. La destrucción resultante de la selva fue, por tanto, una dinámica de clase. Algunos humanos, poseedores de dinero y poder, dirigían el trabajo de otros humanos –¿con qué facilidad olvidamos que el esclavo de la plantación era también un proletario de

apropiación funciona con la misma facilidad para reterritorializar y limitar la movilidad de las clases trabajadoras, como atestigua la larga historia de la aldeanización desde el Perú colonial hasta la Sudáfrica del apartheid. Las dinámicas extraeconómicas que subyacen a la acumulación por apropiación comprenden no solo la fuerza directa, sino también todo tipo de fuerzas jurídicas y geoculturales (por ejemplo, el racismo y el sexismo). Estos argumentos se destacan en Moore (2018a y 2015a).

la plantación!²⁰-. Estos proletarios eran –como siempre, en condiciones de superexplotación racializada y de género– desechables. La devastación de «la tierra» fue el producto de un régimen que destruía al trabajador y enriquecía a los burgueses, en este caso a los plantadores y a los comerciantes-banqueros que los financiaban. La lógica gerencial de ese régimen, como observa Schwartz en su clásico estudio del conflicto de clases en las zonas azucareras de Brasil del siglo XVII, era bastante simple: «Extraer la mayor cantidad de mano de obra al menor costo posible» (hecho que Marx ya intuyó en el capítulo sobre la jornada de trabajo en *El capital*). La frontera mercantil era un agujero negro demográfico: se calcula que un cuarto de millón de esclavos africanos que desembarcaron en Bahía y Pernambuco entre 1600 y 1650 murieron por la explotación excesiva. De hecho, en este periodo, el noreste de Brasil apenas lograba mantener una población esclava de poco más de 60.000 personas (tampoco hemos considerado la desgarradora mortalidad del proceso de tránsito). El agotamiento de la fuerza de trabajo en los campos y bosques suponía no solo la asunción de la existencia de fronteras terrestres de abundancia aparentemente ilimitada, sino también de la disponibilidad de las fronteras laborales de África. Para cada acaparamiento y ocupación de tierras, había que encontrar, asegurar y suministrar fuentes de fuerza de trabajo fresca «físicamente no corrompidas»²¹ y es que, cada frontera mercantil supone una nueva frontera de trabajo. Y así fue como la frontera del azúcar se unió a las fronteras de la esclavitud en África, cuya dinámica política autónoma se articuló cada vez más con el «mercado de trabajo» recién racializado del comercio transatlántico de esclavos. La revolución azucarera brasileña coincidió con el redireccionamiento geográfico de la trata de esclavos hacia el sur, en dirección a Angola. En los albores del siglo XVIII, la frontera esclavista había agotado ya los suministros de la costa angoleña y se dirigía rápidamente hacia el interior (Miller, 1988; Thornton, 1992).

²⁰ Sobre la proletarianización de las plantaciones y las luchas de clase transatlánticas del largo y frío siglo XVII, véase Linebaugh y Rediker (2000). El debate sobre el carácter proletario de la esclavitud moderna se remonta a Marx, y no lo retomaré aquí. Sin embargo, desde el punto de vista del capital, el esclavo de plantación se reproducía a través del circuito del capital. La falta de libertad jurídica era necesaria para esa reproducción. Pero debemos resistir las tentaciones de un excepcionalismo esclavista a este respecto. Los límites jurídicos de los proletarios no se limitan a la ideología racista; la observación se aplica igualmente, aunque de forma distintiva, a la abstracción dominante referente a «la Mujer como necesaria para la proletarianización». Existe una fuerte tendencia a conceder un peso indebido a las normas de propiedad burguesas eurocéntricas sobre la proletarianización realmente existente. El hecho de que un esclavo fuera una propiedad formal y pudiera ser comprado y vendido sitúa al esclavo de la plantación en un extremo del espectro proletario, sin duda, pero no hace que ese esclavo sea menos proletario. Se ofrece un importante estudio del debate sobre la esclavitud y la proletarianización en Walter Johnson (2004); la contribución de Sidney Mintz (1978) también ha sido muy citada pero rara vez comprendida.

²¹ La frase proviene de la traducción de Moore y Aveling de *El capital* de Karl Marx (1967: 256).

Todo ello contribuye a aportar la necesaria visión geográfica que requiere el enfoque de la frontera mercantil: las propias estrategias de «golpear y huir ecológicamente» que apuntalan la rápida creación y apropiación del proletariado y el biotariado aseguraron su relativo agotamiento socioecológico siguiendo un patrón evidente. En una región tras otra, la rentabilidad regional se tambaleó, de nuevo en relación con los posibles emplazamientos verdes en las fronteras. De manera crucial, como observa Marx sobre el agotamiento de la naturaleza humana en la producción capitalista, este es posible debido a la propia estrategia de frontera, de ahí la dependencia del capital del imperio (y su intercambio político con él). El desplazamiento de Brasil al Caribe después de 1650 es un buen ejemplo. Las fronteras mercantiles eran patrones de movimiento geográfico, producidas por sus antagonismos socioecológicos. Si mis formulaciones originales se acercaron peligrosamente a un marxismo neomalthusiano —retroalimentando esencialmente una tesis de agotamiento del suelo más antigua—, las sucesivas elaboraciones realizadas desde entonces han dejado claro que este patrón de movimiento geográfico estaba impulsado por una ecología compleja y de múltiples capas de poder, beneficio y vida. En estos estudios sobre el agotamiento socioecológico, uno se enfrenta rápidamente a una tentación sustancialista: ver este como el agotamiento de las sustancias en lugar de las relaciones que implican a las propias sustancias. Esta cuestión es, sin embargo, cualquier cosa menos metafísica. *El agotamiento de las sucesivas fronteras mercantiles estuvo tendencialmente —y sobre el terreno, cada vez más— sobredeterminado por la revuelta proletaria*. Por ejemplo, la revolución azucarera de Haití fue detenida en seco por la insurgencia proletaria, no por el agotamiento del suelo (Fick, 2000; James, 1989; Schwartz, 1992).²²

El agotamiento del suelo y del trabajador fue, en efecto, fundamental, pero no debe olvidarse que la frontera mercantil era a la vez regional y sistémica. Los esclavos caribeños, el azúcar y los suelos fueron figuras del sistema mundo, y deben situarse dentro de los flujos de capital, la geopolítica y las transformaciones de la industria metropolitana en todo el mundo, como demostraría la segunda esclavitud después de 1793 (Tomich, 2003). El rastro de la devastación socioecológica que siguió a las fronteras mercantiles se sitúa, por tanto, de forma más eficaz dentro de dos capas histórico-geográficas: los movimientos entre regiones, así como entre las sucesivas hegemonías mundiales y los regímenes ecológico-mundiales en los que están integrados. Esto nos permite unir los proyectos de la clase imperial-burguesa de rehacer la naturaleza mundial junto con la apertura de fronteras mercantiles específicas para producir, en una era,

²² Sobre el «punto de inflexión» de la Revolución haitiana y la transición hacia una política revolucionaria semiproletaria que «presagió las revoluciones proletarias y anticoloniales del siglo XX», véase Eugene D. Genovese (1981).

las condiciones para nuevas (y ampliadas) fronteras mercantiles en la siguiente. El aumento de la demanda existió, pero esto solo explica una parte del movimiento geográfico. La «mercancía» y el «mercado mundial» desempeñan su papel, pero los aumentos más prodigiosos del consumo –como demuestran el algodón y el azúcar– *siguieron* a los momentos más prodigiosos de expansión de la producción (Moore, 2017a). Las fronteras mercantiles *permitieron* la industrialización metropolitana, que a su vez reforzó las presiones para intensificar la producción. Este antagonismo expresaba una poderosa contradicción –entre la expansión de la acumulación de capital y la simple reproducción de la vida– que produjo *la frontera* mercantil: la sobreexplotación secuencial de una región tras otra. El movimiento de la producción de mercancías primarias hacia nuevas fronteras implicaba, y de hecho necesitaba, el avance de la producción de mercancías primarias hacia fronteras aún más nuevas, cuya «fertilidad natural» podía «actuar como un aumento del capital fijo» (Marx, 1973, p. 748).

Lejos de ser una dinámica geofísica, este movimiento de puesta en funcionamiento de las tramas de vida –la formación del biotariado– estaba necesariamente ligada a los Proyectos Civilizadores, a los que ahora nos referiremos.

Parte II. Las fronteras mercantiles y el Proyecto Civilizador. De lo «real» a las abstracciones dominantes

La tesis de la Gran Frontera ofrece una alternativa a los modelos imperantes de expansión capitalista y de cercamiento planetario. Conuerdo con el argumento de que existe una lógica económica en la modernidad, y que esta lógica obliga al agotamiento en serie de las tramas de la vida. Acerca de esta posición, impera una versión neoclásica que hace hincapié en la racionalidad del mercado y en las capacidades tecnocientíficas para sustituir un recurso «escaso» por otro. Sin embargo, existe también una variante radical que incide en la narrativa catastrofista: la acumulación de capital implica su colisión inevitable con la trama de la vida. Ambas tienen la virtud de insistir en que la modernidad se desarrolla a través de un modelo de acumulación de capital, aunque desde premisas muy diferentes. Esto es lo que he llamado el modelo de la «aritmética verde» ¿El problema? La economía sumada a la ecología no cuadra. En el mejor de los casos, dispondremos de una abstracción general que combina «concepciones caóticas» arrancadas de su especificidad histórica (Marx, 1973, p. 100).

Un segundo modelo considera la modernidad como un choque de civilizaciones. En este esquema de cosas, «la fuente fundamental de conflicto... [no es] principalmente ideológica ni principalmente económica.

Las grandes divisiones entre la humanidad y la fuente dominante del conflicto... [son] culturales» (Huntington, 1993, p. 22). En la expresión crítica de esta, el conflicto entre opresores y oprimidos pasaría al centro del escenario, alineándose las simpatías claramente con los segundos.²³ En ambos casos, sin embargo, la civilización –así como el racismo en general– se convierte en «una especie de hecho ontológico de la existencia política» (Said, 2000). Los orígenes de la civilización europea y de la formación racial encuentran sus raíces en un pasado lejano y decididamente premoderno.²⁴ Hoy en día, esta tendencia se expresa bajo la bandera del «colonialismo de asentamiento» y el capitalismo racial. Este enfoque va más allá del economicismo de la aritmética verde, al identificar correctamente la dominación geocultural y política en la formación del mundo moderno, pero se queda atrás al borrar la distinción entre la lógica del capital –que a menudo ignora por completo– y el terreno geocultural de las luchas de clase a favor y en contra de la superexplotación. Al igual que la aritmética verde, esta posición comercia con concepciones caóticas. Y, al igual que la teoría neoliberal, tiende a abstraer o a minimizar radicalmente la explotación de clase –y la política de clase, a menudo por medio de formas nacionales y raciales– de la historia del capitalismo como ecología del poder, el beneficio y la vida. Sus desagradables implicaciones pueden encontrarse en la reciente «defensa» de Latour de la «patria europea» (Latour, 2018). Frente a ello, la alternativa dialéctica, especificada por figuras como Harry Haywood ya en 1933, identificaba la dialéctica de la «cuestión nacional colonial» y la «revolución proletaria».²⁵

La tesis de la Gran Frontera une estos dos momentos –la lógica del capital y el pivote geocultural de la dominación– con la historia medioambiental. Rechaza la concepción de las metáforas de la «huella» para comprender el doble registro de la naturaleza: como trama de la vida y como abstracción dominante producida a través de los Proyectos Civilizadores y sus múltiples opresiones, altamente binarizadas (Moore, 2018b; Hage, 2017). La creación del medioambiente es, como subraya Marx, una dialéctica continua de transformación mutua: el trabajador («naturaleza interna») y las tramas de la vida («naturaleza externa») se producen mutuamente, pero

²³ La exploración que Asad Haider hace de esta cuestión en «In the Shadow of the Plantation», *Viewpoint Magazine* (13 de febrero de 2017) es indispensable.

²⁴ Véase, por ejemplo, Robinson (1984) que es, además, explícito al afirmar que el capitalismo moderno temprano no es –realmente– capitalismo.

²⁵ Véase Harry Haywood, «The Struggle for the Leninist Position on the Negro Question in the United States», *The Communist*, septiembre de 1933; y James W. Ford, *Negro's Struggle Against Imperialism*, Nueva York, Provisional International Trade Union, Committee of Negro Workers, 1930.

nunca de la misma manera, siempre asimétrica, siempre histórica²⁶ (Marx, 1967). Desde este punto de vista, podemos hablar de algo llamado capitalismo porque la reproducción ampliada del capital y sus reglas definidas de reproducción son cada vez más hegemónicas en la *longue durée* de la Gran Frontera. La «lógica del capital» no es una abstracción del pensamiento, sino una *abstracción real*, una fuerza operativa que rehace la vida planetaria, reproducida por la acumulación primitiva (Sohn-Rethel, 2020). Es lo que los marxistas llaman la ley del valor (Moore, 2014), cuyas «leyes inmanentes» sobre la competencia capitalista recompensan a los que compiten eficazmente, y castigan a los que no lo hacen.

¿La trampa? La lógica del capital es impotente –de hecho, no puede madurar– sin la dominación geocultural y el poder territorial. Los capitalistas, como actores económicos, no son aptos para crear buenos entornos empresariales. La capacidad de hacer avanzar la tasa de beneficio en la lucha competitiva mundial está fundamentalmente condicionada por el poder territorial y las ideologías de dominación –sobre todo, el racismo, el sexismo y los Proyectos Civilizadores en los que están inmersos–. Al igual que el restablecimiento de la energía barata puede ampliar, por ejemplo, las oportunidades para el capital, que de otro modo se sobreacumularía, también lo hacen los Proyectos Civilizadores. Como bromea Barbara J. Fields (1990, p. 102) «nadie podía obtener beneficios cultivando [cultivos de plantación] con métodos democráticos. Solo quienes podían obligar a un gran número de personas a trabajar para ellos [en los campos] podían enriquecerse». Por lo tanto, la dinámica de la dominación mundial no era una fuerza metafísica que se situara al lado de la acumulación mundial, ni era reducible a una lógica económica estrechamente definida. Las mismas ideologías de dominación –y sus estructuras imperiales– que hicieron posibles las Naturalezas Baratas en el corazón de la acumulación mundial también se reprodujeron a través de la lógica del capital. A la hora de la verdad, el equilibrio de la dialéctica se resolvió por la fuerza armada. De ahí nuestra segunda crítica: no solo el economicismo es indebidamente parcial, sino también el civilizacionismo y la invocación «caótica» de la opresión y la resistencia como metafísica.

En mis formulaciones originales, la frontera mercantil abarcaba, pero también se resistía, a la aritmética verde. Por un lado, situé en primer plano la historia medioambiental en un marco más o menos convencional. Por otro lado, conceptualicé esta historia medioambiental como inmanente a la ley del valor, un hilo conductor que me llevó a ver que la degradación medioambiental se extendía tanto al trabajador como a la tierra. Esto

²⁶ La expresión más concisa de esta dialéctica de creación de entornos es la de Richard Lewontin y Richard Levins (1977), «Organism and environment...».

desafiaba los argumentos antiobreros del «intercambio ecológicamente desigual» (Moore, 2000b). Así, al interiorizar las contradicciones metabólicas y de clase de la frontera mercantil dentro de la ley del valor, se me abrieron nuevas perspectivas. Pude ver cómo estas disposiciones metabólicas se articulaban estratégicamente con las contradicciones inmanentes del capitalismo en lo que se refiere al poder y a la acumulación mundial. En esto, el vínculo con el innovador relato de Giovanni Arrighi es instructivo. El capitalismo, argumentaba Arrighi, se reinventa a sí mismo a través de sucesivas y largas oleadas de acumulación lo que implica una reinención de la relación del capitalismo con la vida planetaria.²⁷ La inquieta geografía del capitalismo dramatizada en las sucesivas «revoluciones gerenciales» de las superpotencias se unió dialécticamente a las revoluciones en las formas de organizar las naturalezas *históricas* –revoluciones que incluían tanto las dimensiones geoculturales de la hegemonía mundial como nuevas formas de imperialismo botánico, revoluciones agrícolas y urbanización planetaria (Moore, 2011a)–. Esta línea de marcha se centró, por tanto, en una estrecha, aunque desigual, relación entre las secuencias regionales de auge y caída –el patrón de «sobreexplotación secuencial» de la frontera mercantil– y las reglas de reproducción del capitalismo²⁸ (Gadgil y Guha, 1994, p. 121). La ley del valor del capitalismo –la dinámica especificable de la acumulación sin fin– es una unidad diferenciada de poder, beneficio y vida (Moore, 2003b). Esto pone de manifiesto las conexiones internas entre la hegemonía ideológica, la dominación geocultural y la explotación de clase en la trama de la vida. Cada momento de poder, ganancia y vida contiene contradicciones específicas que favorecieron la superexplotación mediante la creación de un nuevo dominio cosmológico: la Naturaleza.

La Naturaleza y sus cognados –salvaje, bárbaro y demás– son el antónimo del Proyecto de Civilización. El martillo geocultural de la dominación imperial tiene como prioridad hacer avanzar la tasa de beneficio contra las alianzas imperiales rivales (y a veces, desarrollistas) de capital-Estado. El corazón de esta lucha es el proyecto imperial-burgués de perseguir y crear oportunidades de superbeneficio a través de la superexplotación (Amin, 2012; Smith, 2016; Lenin, 1963), una novedosa síntesis de explotación opresiva que enreda, como hemos visto, al proletariado, al biotariado y al femitariado.

²⁷ «Los dominios metropolitanos de cada [hegemonía mundial] en esta secuencia abarcan un territorio más amplio y una mayor variedad de recursos que los de su predecesora» (Arrighi, 2010: 14). A principios del siglo XIX, por ejemplo, «Gran Bretaña no solo era un Estado-nación plenamente desarrollado y, como tal, una organización más grande y compleja de lo que nunca habían sido las Provincias Unidas; también estaba en proceso de conquistar un imperio comercial y territorial que abarcaba todo el mundo y *que daba a sus grupos dirigentes y a su clase capitalista un dominio sin precedentes sobre los recursos humanos y naturales del mundo*» (Arrighi, 2010: 223, énfasis añadido).

²⁸ Para una concepción histórico-mundial de la sobreexplotación secuencial, véase Moore (2000).

Las Naturalezas Baratas forman parte de una estrategia de superexplotación que trata de reducir los costes de re/producción a niveles inferiores a la media del sistema, una dinámica que da a las burguesías específicas una ventaja competitiva. El agente histórico-mundial de la superexplotación es la burguesía imperialista, una relación de intercambio político expresada en el geopoder imperial y la explotación de clase (Arrighi, 2010). Sus mecanismos son modos de dominación política y culturalmente forzados que operan a través de *abstracciones dominantes* de la naturaleza racializada y de género. Sus mecanismos geoculturales no solo reducen la factura salarial de una capa significativa del nuevo (semi)proletariado (por ejemplo, las «brechas salariales» raciales y de género, así como la segmentación del mercado laboral) sino que también amplían la jornada laboral *no remunerada* –el «segundo turno»– e imponen el «subconsumo forzado» (Araghi, 2009). DuBois (1999: 15) llamó a esto «la última explotación» de la plantación proletaria, la cual unifica el agotamiento de los paisajes y los cuerpos trabajadores en tensión dialéctica. La larga historia de los «trabajadores desechables» en la feliz frase de Melissa Wright (2006) se extiende desde los campos de caña de Bahía hasta las fábricas de Manchester y las maquiladoras del México neoliberal. El proletario desechable es el eje de las Naturalezas Baratas y el resultado de la superexplotación –antes como ahora, aunque nunca de la misma manera–. Marx anticipó el argumento en su exposición sobre la Jornada de Trabajo: ¿Por qué, se pregunta Marx, el capitalista industrial «produce el agotamiento prematuro y la muerte de la fuerza de trabajo»? (Marx, 1967, p. 376). Por dos razones, respondió. La una era necesaria para la otra. Primero, «las leyes inmanentes de la producción capitalista se enfrentan al capitalista individual como una fuerza coercitiva externa a él» (Marx, 1967, p. 381). Y, sin embargo, el agotamiento de la fuerza de trabajo solo puede producirse en la medida en que puedan movilizarse nuevas fuentes de trabajo «físicamente incorruptas» (suministros latentes de fuerza de trabajo) (Marx, 1967, p. 256). Es la frontera –en condiciones de dominio imperial-burgués– la que contrarresta la tendencia al aumento de los costes de reproducción en las zonas centrales relativamente capitalizadas (Moore, 2015a).

La gran mayoría del proletariado mundial en los siglos posteriores a 1492 estaba encerrado en la Natureza, siendo objeto del Proyecto Civilizador, del que surgieron nuevas estrategias, cada vez más modernas, de dominación racializada y de género. Hacer que estas estrategias sean primordiales –o independientes de la lucha de clases mundial– ignora las especificidades del racismo y el sexismo *capitalista* en la formación de clases y la superexplotación que posibilitó. La cosmología de la Civilización y el Salvajismo fue el latido del corazón de esa proletarización racializada y de género; esto es, fue en definitiva un instrumento de dominio de clase. Elaborada

a partir de 1492, vemos esa nueva cosmología en funcionamiento –y con ella, un conjunto práctico de supuestos y directrices originarios para los nuevos imperios marítimos– en relación con la Naturaleza, la Civilización, la Sociedad, Europa y lo europeo. Estas no son solo abstracciones reales sino abstracciones de gobierno, inventadas y reinventadas desde el largo siglo XVI (1450-1648).²⁹ Lejos de ser una preocupación aislada de teólogos y filósofos, el Proyecto Civilizador se convirtió en una cuestión práctica de gobierno para las conquistas y las mercantilizaciones que siguieron. Quién y qué era civilizado, y quién y qué no era civilizado y, por tanto, natural, fue una cuestión que preocupó a soldados y sacerdotes, plantadores y propietarios de minas, banqueros y reyes, a lo largo de la *longue durée* del primer capitalismo.

La revolución ontológica del primer capitalismo, que creó límites cada vez más rígidos entre la Civilización y la Naturaleza, fue una revolución ideológica que precipitó las *abstracciones dominantes*. Estas son los bloques de construcción de la ideología capitalista. Las abstracciones dominantes no son abstracciones del pensamiento que preceden a la acción concreta; son, más bien, los resultados de la praxis capitalista. El binarismo dominante original, la Civilización y la Naturaleza, se produjo activamente a través de la formación de clases supervisada por el imperialismo, su *ethos* de gestión planetaria y su alienación del trabajo mental y manual a escala mundial.³⁰

El surgimiento de estas abstracciones dominantes dio, a su vez, forma a la praxis capitalista, sobre todo a un Proyecto Civilizador notablemente flexible. En esta praxis, la Civilización y la Naturaleza eran abstracciones tratadas como reales por los burgueses imperialistas y utilizadas prácticamente por las potencias territorialistas para crear buenos ambientes de negocios. Rápidamente se transformaron en los binarismos favorecidos por el naturalismo burgués del sexismo y el racismo mundial, pilares ideológicos de la superexplotación capitalista. El racismo y el sexismo naturalizados eran, en otras palabras, necesarios para extender la jornada laboral, imponer el subconsumo y apropiarse del trabajo no remunerado. Estas abstracciones dominantes –como la Humanidad y la Naturaleza actuales– describen el mundo para reproducir los negocios habituales del capitalismo (o crear

²⁹ El gran clásico sobre la abstracción real fue escrito por Sohn-Rethel (2020) que, sin embargo, aborda una dinámica de abstracción-formación real dentro de la ley capitalista del valor y las abstracciones producidas a través de sus momentos monetarios. Para entender la naturaleza como abstracción real, véase Moore (2017).

³⁰ Esta afirmación está, por supuesto, influida por Sohn-Rethel (2020), cuya formulación se centra en la dinámica de la acumulación de capital propiamente dicha, mientras que la abstracción dominante pone de relieve la aparición de ideas dominantes tratadas como reales en la praxis capitalista a escala mundial. Ambas –abstracciones reales y dominantes– encuentran un terreno común en la producción ideológica del *ethos* empresarial basado en la alienación del trabajo mental y manual.

nuevas condiciones de rentabilidad). Son, como subrayan Marx y Engels, «ideas dominantes» que invitan a la clase obrera a «*compartir la ilusión de [su] época*» –y, en la medida en que lo hacen, podemos hablar de *abstracciones dominantes* (Marx y Engels, 1976, p. 55)–.

Su raíz proviene de un naturalismo burgués que explica la opresión y la desigualdad –y, por tanto, la subordinación de las clases re/productoras– en términos de una ley natural y no de relaciones de clase. Aunque hoy asociamos esto con el legado de Malthus y el eugenismo, sus raíces se remontan al instrumentalismo metafísico del primer imperialismo español (McNally, 1993; Robertson, 2012; Betancor, 2017). Entre el «conquisto, luego existo» de Colón y el «pienso, luego existo» de Descartes, se encontraba el proyecto cristianizador español. Su lema bien podría haber sido «conquisto, luego trabajas», pues la posición teológica emergente de principios del siglo XVI era el instrumentalismo metafísico, que sostenía que los españoles se situaban ante los pueblos indígenas del mismo modo que Dios se situaba ante los españoles cristianos (Betancor, 2017). El carácter «imperfecto» de los pueblos indígenas podría remediarse mediante el trabajo duro. El *Arbeit macht frei* proviene de los orígenes del capitalismo y su empuje genocida de superexplotación formado a través de la Gran Frontera.

Este era el *Proyecto Civilizador*, la lógica geocultural del nuevo imperialismo. Todas las fronteras mercantiles fueron habilitadas por alguna variante de este Proyecto, cada una con inflexiones específicas de formación de clase racializada y de género, así como de dominio de clase. La antigua xenofobia fue desplazada progresivamente por una nueva lógica de dominación moderna, que enfrentaba a los civilizados con los salvajes. Cada nueva frontera mercantil fue habilitada por los imperios que «descubrieron» que los habitantes de la nueva tierra eran perezosos, irracionales o bárbaros (Alatas, 1977) (una de las razones por las que eslóganes como «ecosocialismo o barbarie» me dejan mal sabor de boca). La lógica geocultural era la de la «exclusión radical» a través de la cual los «civilizados» expropiaban las propiedades de los «salvajes» –los blancos a los negros, los hombres a las mujeres, los pensadores y gerentes a los trabajadores (Plumwood, 1993)–. Las fronteras mercantiles fueron de esta manera el caldo de cultivo de exclusiones radicales y de la formación del binarismo cartesiano como lógica cultural de superexplotación, que a su vez dio forma a una lógica de gestión de la racionalización del lugar de trabajo con su separación en varios niveles de trabajo mental y manual (Braverman, 1975).

Cada frontera mercantil produjo nuevas expresiones de lo civilizado y lo salvaje: los andinos del siglo XVII se convirtieron en *naturales*; los irlandeses del siglo XVI, en *wild* [salvajes]; los pueblos indígenas de las Carolinas de finales del siglo XVII vivían, según Locke, en estado de naturaleza. Y en todas partes, los seres humanos que vivían, respiraban y residían en las

nuevas fronteras eran despojados de su Humanidad, definidos de diversas maneras como perezosos, no cristianos, no civilizados o no desarrollados (Patel y Moore, 2017). La frontera mercantil, parafraseando a Ynestra King (1989), era una zona de «sacrificio humano».

¿Qué puede decirnos la frontera mercantil sobre esta historia mundial? Nos orienta sobre cómo la lógica geocultural de dominación del capitalismo estaba explícita e íntimamente conectada con el impulso del capitalismo para convertir a los seres humanos y al resto de la naturaleza en oportunidades de obtener beneficios, y cómo ambos produjeron y fueron producidos por la creación de un entorno capitalista. Separar esta trinidad –poder, beneficio y vida– ha sido un logro del giro neoliberal en la academia, insistiendo en todas partes en estos fragmentos y sus particularidades. Pero en el terreno de la especificidad histórica *real* (pienso en las fronteras azucareras / esclavistas de Bahía y Barbados) no se produjo tal fractura. La dominación racista, la despiadada explotación de clase, el incesante afán de lucro, las extraordinarias deforestaciones... todo estaba enredado en una ecología mundo capitalista que premiaba la aptitud competitiva y castigaba a los que no cumplían con la tasa de beneficio. Las fronteras eran lugares en los que las riquezas atraían, precisamente, porque las fronteras eran lugares en los que las posibilidades de resistencia efectiva eran más bajas, y las formas variadas de «fertilidad natural» (suelos, minerales, bosques, etc.) eran más altas.

Las fronteras eran zonas de la naturaleza cuyo «salvajismo» podía ser civilizado a través del trabajo. El propio trabajo fue redefinido de forma que favoreció la búsqueda de poder y la acumulación de capital. A este respecto, es sabido cómo el llamado trabajo de las mujeres fue redefinido como «natural», o como «no trabajo» (Federici, 2004). La «Gran Domesticación» fue fundamental para la Gran Frontera (Patel y Moore, 2017). La racialización fue igualmente, aunque de forma diferenciada, indispensable para autorizar todo tipo de opresión para extraer trabajo remunerado y no remunerado,³¹ especialmente después de 1550, cuando empezamos a ver las cristalizaciones decisivas de un nuevo modo de hacer frontera totalmente diferente de las civilizaciones precapitalistas. Reconfiguradas como zona de salvajismo (naturaleza), las fronteras mercantiles se convirtieron en zonas de fuego libre para la acumulación militarizada. Así, a través del Proyecto Civilizador, la estrategia de la frontera mercantil proporciona:

La base estructural de una tendencia similar al apartheid, una tendencia a tener al menos dos tipos de desarrollo muy diferentes y dos tipos diferentes de socialidad capitalista en el núcleo mismo del capitalismo

³¹ Véase Moore «On the Origins of Climate Apartheid»; disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=bV4uR8iO2-8>

explotador. Uno se define por una explotación civilizada, cosmopolita, regulada por el Estado, legal, apoyada por el bienestar y preocupada por la ecología. La otra está definida por un capitalismo salvaje y anárquico, espacial o socialmente periférico al centro cosmopolita (esta lógica centro-periferia puede ser internacional o intranacional, incluso puede ser intraurbana, entre dos formas de habitar socialmente la misma ciudad cosmopolita), y dominada por la explotación, el robo y el saqueo sin control. Uno está regulado con una lógica policial. El otro es un espacio de guerra (Hage, 2017, p. 60).

Esta estrategia «parecida al apartheid» era —como el régimen sudafricano— una estrategia desarrollista basada en la superexplotación. Se trataba de una política *de clase*; la racialización era fundamental tanto para «dividir y gobernar» como para «definir y gobernar» (Bond, 2007; Lotta, 1985; Mamdani, 2012) siendo también una estrategia *imperialista*, revelada por las ocupaciones e invasiones de Namibia y Angola por parte de Sudáfrica. El apartheid sudafricano fue una estrategia de acumulación que prometía las riquezas del desarrollo; no era más que la reedición del Proyecto Civilizador después de 1949. Así, el vínculo entre «Civilización» y «Salvajismo» se reproduce a través de la acumulación mundial, sostenida a su vez por movimientos fronterizos basados en la lógica geopolítica y geocultural del Proyecto Civilizador. Esto es lo que yo llamo —para disgusto de mis camaradas brennerianos— un *marxismo político a escala mundial* (Moore, 2018a). Este está en el corazón de la conversación sobre la ecología mundo, que insiste en que las relaciones del capitalismo con la Naturaleza (la abstracción dominante), la trama de la vida y los *oikeios* (su pulso de creación de vida) están siempre culturalmente fundamentadas y políticamente mediadas.

¿Qué sucede cuando la lógica de superexplotación del capitalismo en la trama de la vida se acerca al fin de las fronteras que se abrieron en el gran arreglo climático del largo y frío siglo XVII? ¿Qué podemos esperar de la trinidad capitalogénica —la división de clases climática, el apartheid climático, el patriarcado climático— en la era del infierno planetario y el cierre total de los bienes comunes atmosféricos? A estas preguntas podemos dirigirnos ahora.

Parte III. La Gran Implosión. De la solución climática a la crisis climática

Hoy en día, las mismas estrategias de poder, beneficio y vida que se encuentran detrás del arreglo climático del siglo XVII están impulsando la crisis climática, la cual es también a la vez geofísica, en tanto marca el final del Holoceno, y geohistórica, pues se trata de una crisis epocal de la ecología

mundo capitalista. A menudo suelen separarse ambas facetas, analítica y políticamente. Pero es un error.

Las condiciones climáticas son fundamentales para la sociedad de clases y la sociedad de clases ha sido –¡hasta hace poco!– fundamental para la estabilidad del Holoceno. De hecho, la estabilización del CO₂ atmosférico en torno a 270-280 ppm hacia el año 4000 a. C. fue el producto de una revolución agrícola-urbana afroeuroasiática (Ruddiman, 2005; Childe, 1951). La sociedad de clases se convirtió en una palanca arquimédica de la estabilización del Holoceno, contrarrestando la tendencia a la descarbonización y a la renovación de la glaciación que caracterizó los diecinueve periodos interglaciares anteriores. El clima, en esta lectura, ciertamente no lo es todo. Pero es imposible explicar nada sobre la *longue durée* de la sociedad de clases sin él.

El arreglo climático del siglo XVII, basado en la Gran Frontera, tropezó con una expresión muy moderna de esta dinámica. El impulso de la mano de obra barata, como hemos visto, magnificó los impactos de las enfermedades en las Américas más allá de lo que la humanidad había experimentado. La consiguiente descarbonización –el Pico de Orbis (1610)– reforzó el «forzamiento natural» que impulsaba el peor clima de la Pequeña Edad de Hielo. Como hemos visto, las crisis financieras y fiscales se unieron a las guerras y al malestar político para obligar a los imperios europeos y a los capitalistas a dar un giro productivista, con repercusiones que sacudieron la tierra, y que se sintieron desde el Atlántico Sur hasta el Sudeste Asiático. Esta fue la revolución en la ecología mundo del largo y frío siglo XVII (Moore, 2010c; 2010d; 2017c; 2018a). Al igual que la revolución urbano-agrícola de unos 8.000 años antes, la solución climática del primer capitalismo fue una máquina de carbonización, aunque esta vez con esteroides. Su palanca de Arquímedes, desde el punto de vista organizativo, fue la revolución extractiva de las plantaciones. Su base de clase estableció una polaridad emergente entre burguesías imperialistas (desgarradas por rivalidades geopolíticas) y proletariado planetario, entendido como nuestra unidad diferenciada de proletariado, biotariado y femitariado. Así tomó forma la trinidad capitalogénica: la división de clases climática, el patriarcado climático y el apartheid climático.

Esta trinidad fue fundamental para la solución climática del primer capitalismo y es ineludible en la crisis climática actual. No es el resultado –sino la *causa*– de la Gran Implosión actual. La Gran Implosión es algo más que la «desaparición de la frontera» (Turner, 1921). Para enmendar la formulación clásica de Frederick Jackson Turner, estamos asistiendo no al «cierre», sino a la *implosión*, de «un gran movimiento histórico» (Turner, 1921). La transición geohistórica en curso es una inversión epocal de la relación definitoria del capitalismo con la trama de la vida y dentro de

ella. Se trata de la transición de la trama de la vida como una dinámica de reducción de costes y aumento de la productividad a una dinámica de incremento de costes y reducción de la productividad. La clase dirigente y los economistas marxistas han entendido sus primeros signos como el Gran Estancamiento,³² pero esto es solo el principio, lo que podríamos llamar una «crisis de señalización» (Arrighi, 2010). El Gran Estancamiento señala los primeros momentos de la Gran Implosión.

La Gran Implosión es una inversión epocal del Gran Abaratamiento que inauguró la era capitalista. Al igual que el Gran Abaratamiento, la Gran Implosión es un acontecimiento no lineal en el que el *capitalismo* se ha convertido en un *nuevo* tipo de «fuerza geológica», parafraseando a Vernadsky. Y es que conviene recordar que el capitalismo fue, desde el principio, una fuerza geológica. Su mayor logro en los dos siglos posteriores a 1492 fue la creación de una Pangea moderna, que unificó la vida planetaria por primera vez en 175 millones de años. Los críticos podrían objetar que esta Pangea moderna fue accidental, pero fue todo lo contrario. Las flotillas transoceánicas de armas, esclavos y capital no tenían precedentes en la historia de la sociedad de clases. La Gran Implosión de hoy es la transformación cantidad / calidad de esa Pangea moderna, un logro geohistórico que conduce en línea directa al «cambio de estado» de la biosfera, a la vez productor y producido por la crisis del capitalismo.

Los científicos de los sistemas terrestres utilizan el concepto de «cambio de estado» para seguir los puntos de inflexión fundamentales —como el cambio climático— en la biosfera. Estos cambios de estado se producen «de forma abrupta e irreversible [...] cuando [los sistemas ecológicos] se ven forzados a cruzar umbrales críticos» (Barnosky *et al.*, 2012; Steffen *et al.*, 2015). La incorporación de la no linealidad en el pensamiento biológico no es, por supuesto, nueva, y mantiene una relación polémica con el catastrofismo (Eldredge y Gould, 1972; McBrien, 2016), pero el principio de transformación cantidad/calidad es totalmente compatible con el pensamiento dialéctico.³³ A pesar de esto, la mayoría de los marxistas se han resistido a la idea de que los modos de producción están ontológicamente conectados a la trama de la vida.³⁴ Esto ha dejado al materialismo histórico

³² Habitualmente es denominado como «estancamiento secular», pero véase Cowen (2011). Roberts (2016) lo denomina como la «larga depresión».

³³ La mejor introducción concisa sobre esta materia es la realizada por Ollman (1993).

³⁴ La astuta observación realizada por Harvey (1998; 327-328) a finales de los años noventa sigue siendo relevante: «El marxismo ha compartido con gran parte de la ciencia social burguesa un aborrecimiento general por la idea de que la “naturaleza” pueda controlar, determinar o incluso limitar cualquier tipo de esfuerzo humano. Pero, al hacerlo, ha evitado cualquier visión fundacional de la naturaleza o ha recurrido a una retórica demasiado simplista sobre “la humanización de la naturaleza” respaldada por un materialismo dialéctico e histórico que de alguna manera absorbió el problema apelando a un conjunto de principios

mal equipado para ver la dialéctica de la doble internalidad: el capitalismo en la trama de la vida y la trama de la vida en el capitalismo. A pesar del implacable énfasis de Marx en la interpenetración mutua de capital, clase y trabajo en la trama de la vida —y la regla dialéctica de las relaciones intercambiables entre sujeto y objeto— los marxistas, en general, se abstienen de ver las tramas de la vida como productos y productores variables de la sociedad de clases. El énfasis metodológico está ligado a una cuestión práctica: ¿De qué manera el «forzamiento del capital» no lineal del cambio climático induce el «forzamiento del clima» lineal de la crisis capitalista? En otras palabras, ¿cuál es la relación histórico-dialéctica de la «formación de la tierra» y la «formación social»?

La apertura y el cierre de la Gran Frontera nos llevan del Gran Abaratamiento a la Gran Implosión ¿Qué ocurre con la acumulación mundial una vez que comienza el cierre —y, por tanto, la implosión— de las fronteras? Para subrayar la cuestión con precisión: estamos ante la contracción del trabajo / energía no remunerados (los cuatro baratos) en relación con la masa creciente de capital que busca salidas de inversión rentables (Moore, 2015a, 2011b, 2017a). El dinamismo capitalista crea más capital del que puede invertirse de forma rentable. Esto es una obviedad marxista. Aunque las formulaciones precisas varían, toda la economía política marxista lucha con una u otra versión del problema de la absorción del capital excedente. La principal contra-tendencia se deriva de la apertura de fronteras que entregan mano de obra barata, alimentos, energía y materias primas a un coste muy inferior al preexistente (de nuevo, entendido en términos de valor). La Gran Frontera es crucial para solucionar las crisis de sobreacumulación porque las sucesivas revoluciones industriales y sus «paisajes operativos» dependen de uno u otro producto primario estratégico: los *fluitschips* holandeses se ensamblaron con madera barata de Noruega; las fábricas textiles de Manchester, con algodón barato del sur de Estados Unidos; los modelos T de Henry Ford fueron rentables solo gracias al petróleo barato.³⁵

La Gran Implosión no significa que no existan en absoluto fronteras de Naturaleza Barata, solo que las fronteras que existen hoy en día (por ejemplo, la Amazonía) no pueden restaurar los cuatro baratas lo suficiente como para absorber el capital excedente. No cabe duda de que hoy existe

ontológicos y epistemológicos [...] La respuesta de la izquierda a las crecientes preocupaciones ecológicas ha sido rechazar la política ambiental/ecológica como una distracción burguesa (como, de hecho, en gran parte lo es) o hacer concesiones parciales a la retórica ambiental y tratar de reconstruir el marxismo/socialismo sobre bases teóricas y prácticas bastante diferentes de las que tradicionalmente se han elegido como fundamento de la política de la clase obrera».

³⁵ Para la historia de la Naturalezas Baratas y las industrializaciones véase Moore (2015); Patel y Moore (2017); Brenner (2019); Katsikis (2016); Brenner, y Katsikis (2020).

un problema de capital excedente muy inflado lo que es a la vez síntoma y causa del Gran Estancamiento de la ganancia y la productividad, al que ahora nos referiremos.

El Gran Estancamiento de los beneficios y la productividad: preludio de la Gran Implosión

El Gran Estancamiento es el agotamiento de la Naturaleza Barata. Los signos de ello se encuentran por todas partes, pero tres son expresivos, y giran en torno al capital sobreacumulado y a la vacilante productividad del trabajo. Prefiguran contracciones dramáticas en el horizonte. El primero es el declive secular de la rentabilidad. La tasa de beneficio mundial lleva cayendo desde la década de 1870, contrarrestada temporalmente en algunas coyunturas, especialmente entre 1947 y 1966, y de nuevo entre 1983 y 2003 (Roberts, 2016; Maito, 2018; Carchedi y Roberts, 2013). La masa de capital acumulado sigue creciendo sin una expansión correspondiente de las oportunidades de inversión rentable. El giro es hacia un tipo de capitalismo rentista cada vez más dependiente —necesariamente— del poder del Estado a fin de asegurar su reproducción (Christophers, 2020).

Los capitalistas «buscan inversiones improductivas, como la propiedad, para sustituir la inversión en la producción cuando la rentabilidad de los activos productivos cae» (Roberts, 2016, p. 226). Un indicador de la enormidad de ese capital sobreacumulado se encuentra en los informes de 2019 que identifican 17 billones de dólares en bonos del Estado con «rendimientos por debajo de cero».³⁶ Mientras tanto, la inversión inmobiliaria capitalista —«propiedad poseída con el propósito expreso de lograr rendimientos de inversión»— se disparó, creciendo un 50 % entre 2013 y 2019 cuando alcanzó los 9,8 billones de dólares.³⁷ Las corporaciones financieras estadounidenses, cuya creciente participación en los beneficios empresariales definió el capitalismo neoliberal euroamericano, vieron cómo esa participación disminuía bruscamente después de 2002 y luego se estancaba (Skarstein, 2011). La inversión no financiera en EEUU —y en

³⁶ Los rendimientos de los bonos se han reactivado modestamente desde el «histórico» endeudamiento de los gobiernos, alcanzando los 15 billones de dólares en 2020, véase Marc Jones, «Rising yields still “a world away” from impacting sovereign ratings - S&P Global», *yahoolfinance*, 3 de marzo de 2021, disponible en <https://finance.yahoo.com/news/rising-yields-still-world-away-180715448.html>; también Joy Wiltermuth, «That near-\$17 trillion pile of negative-yielding global debt? It's a cash cow for some bond investors», *MarketWatch*, 22 de agosto de 2019, disponible en <https://www.marketwatch.com/story/that-near-17-trillion-pile-of-negative-yielding-global-debt-its-a-cash-cow-for-some-bond-investors-2019-08-22>; y Adam Haigh, «The World Now Has \$13 Trillion of Debt With Below-Zero Yields», *Bloomberg.com*, 20 de junio de 2019.

³⁷ Véase Kyle Campbell, «Growth of the \$9trn Global Real Estate Market in Six Charts», *PERE News*, 27 de julio de 2020.

todo el centro mundial— colapsó a principios de la década de 2000³⁸ y aún no se ha recuperado (Roberts, 2016). China, cuyo agresivo keynesianismo en medio de la Gran Recesión (c. 2008-10) «rescató» al capitalismo mundial (Harvey, 2018), es por supuesto una contratendencia. Pero no hay que exagerar. También en China han aumentado los costes laborales y, con ellos, la composición orgánica del capital. Tras un aumento momentáneo durante la Gran Recesión, la rentabilidad ha caído y se mantiene muy por debajo de los niveles anteriores a 2008.³⁹ Esto explica sin duda la inteligente estrategia de adquisición de recursos de China. A falta de vastas fronteras de Naturaleza Barata —suficientes para reanimar la tasa de beneficio mundial—, China no parece dispuesta a conducir el capitalismo hacia una nueva edad de oro. Nuestros dos siguientes indicadores de la Gran Implosión giran en torno a lo que suele llamarse la «base real» de la acumulación de capital: la productividad del trabajo. Podemos destacar dos formas principales de productividad laboral. Una de ellas es la agricultura, y está relacionada con la cuestión de los alimentos baratos, que a su vez influye decisivamente en el coste de la fuerza de trabajo. La segunda se refiere a los llamados sectores «secundario» y «terciario».

En el corazón de la agricultura capitalista, el crecimiento de la productividad ha disminuido drásticamente desde los años ochenta. En la agricultura estadounidense, el crecimiento de la productividad del trabajo en las últimas cuatro décadas ha disminuido en más de un tercio en relación con la media de la posguerra (1948-1980/1981-2014); en la Unión Europea, el crecimiento de la productividad del trabajo agrícola luchó por alcanzar el uno por ciento anual en la década de 2010 (Fuglie *et al.*, 2007; Eurostat, 2019). El crecimiento del rendimiento estadounidense en cultivos básicos tan importantes como el maíz y el trigo cayó bruscamente en la década de los dos mil con respecto a la media de la posguerra. En relación con el período 1936-1990, el crecimiento del rendimiento del maíz estadounidense cayó un 39 % y el del trigo un 70 % (Andersen *et al.*, 2018: 1085). En el caso del trigo indio, en el centro de la Revolución Verde, el crecimiento del rendimiento se desplomó en el mismo periodo, pasando del 3,4% anual en la década de 1980 a solo el 0,6 % en la de 1990 (Matuschke y Qaim, 2007).

El cambio climático explica una parte importante de esta caída de la agricultura. Existe un amplio consenso entre los investigadores de que la agricultura se ha vuelto más —no menos— «sensible al clima» (Ortiz-Bobea *et al.*, 2018). Esta es una descripción bastante anodina con implicaciones fundamentales

³⁸ Véase Rex Nutting, «Shareholder primacy is ruining America», *MarketWatch*, 22 de mayo de 2019; Michael Roberts, «The Debt Dilemma», *The Next Recession*, 10 de mayo de 2020.

³⁹ Véase Editores, «Measuring the Profitability of Chinese Industry», *Chuñ*, 21 de junio de 2020.

para el capitalismo, pues recordemos que este se basa en un modelo sencillo: producir cada vez más alimentos con menos fuerza de trabajo. Hasta ahora, el modelo sigue funcionando, aunque más lentamente que antes. Pero la crisis climática presagia un cambio epocal (Moore, 2010e y 2015d).

Un aleccionador informe de 2017 considera que el cambio climático hará retroceder la productividad agrícola a «niveles anteriores a 1980 en 2050, incluso teniendo en cuenta las tasas actuales de innovación» (Liang *et al.*, 2017). Tampoco debemos imaginar que la supresión de la productividad agrícola por parte del clima es meramente especulativa. En 2008, la producción mundial de maíz y sus derivados eran un 3,8 por ciento y un 5,5 por ciento, respectivamente, menores de lo que habrían sido en un mundo sin cambio climático (Lobell *et al.*, 2011). Para 2021, el cambio climático capitalogénico habrá sido responsable de la «pérdida de los últimos siete años de crecimiento de la productividad» (Ortiz-Bobea *et al.*, 2021, p. 309). En otras palabras, si no fuera por el cambio climático, los aumentos de productividad logrados en 2020 se habrían alcanzado en 2013. Como todo lo relacionado con el cambio climático, la media global oculta una considerable desigualdad. Mientras que el cambio climático suprimió el crecimiento de la productividad mundial en un 20 % desde 1961, esa cifra fue un 30 % mayor para el Caribe y un enorme 70 % para el África subsahariana (Ortiz-Bobea *et al.*, 2021, p. 310).

Si el cambio climático está suprimiendo la productividad del biotariado, también lo está haciendo con la del proletariado. Una investigación realizada en 2019 por la OIT descubrió que el aumento del estrés térmico «es un problema grave para una gran proporción de los mil millones de trabajadores agrícolas del mundo» (OIT, 2019, p. 3).⁴⁰ A medida que el estrés por calor se intensifica, para 2030, se proyecta que el 2,2 por ciento del «total de horas de trabajo en todo el mundo se perderá cada año, ya sea porque hace demasiado calor para trabajar o porque los trabajadores tienen que trabajar a un ritmo más lento». Obviamente, esas pérdidas proyectadas aumentarán de forma no lineal, a medida que el estrés térmico y otros momentos del cambio climático se intensifiquen, también de forma no lineal. En regiones como el sur de Asia y África occidental, subraya la OIT (2019, p. 3), las pérdidas de productividad serán más del doble de la media mundial (Zander *et al.*, 2015). Visto así, no es de extrañar que, para 2030, la agricultura mundial soporte un tercio de los costes globales derivados del cambio climático, y dos tercios para 2060 (Braconier *et al.*, 2014).

⁴⁰ Un relato brillante –aunque desgarrador– sobre el trabajo agrícola, el estrés térmico y la devastación de la salud de los trabajadores se ofrece en Nading, «The Heat of Work: Dissipation, Solidarity, and Kidney Disease in Nicaragua», en Sarah Besky y Alex Blanchette (eds.), *How Nature Works: Rethinking Labor on a Troubled Planet*, Santa Fé, University of New Mexico, Press, 2019, pp. 97-114.

Por último, desde principios de la década de 1970, el crecimiento de la productividad laboral en la industria y los servicios también se ha ralentizado drásticamente. En Estados Unidos, la productividad laboral se disparó entre 1920 y 1970, avanzando a un ritmo anual del 2,84 %. Entre 1970 y 2014, esa tasa se redujo en más de un tercio, hasta el 1,62 %. Robert Gordon (2016) prevé un descenso continuado, hasta solo un 1,2 % anual de aquí a 2040, aunque puede incluso ser optimista. En el sector manufacturero estadounidense, la productividad laboral –la producción real por hora– «fue menor en 2017 que en su pico de 2010». Benanav (2019, p. 19) prevé descensos comparables, incluso más dramáticos, para Francia y Alemania: el crecimiento de la productividad de este último país se desplomó del 6,3 %, en las décadas de 1950 y 1960, a solo el 2,4 después de 2000. El crecimiento de la productividad del sector de los servicios sigue siendo más débil y, en la mayor parte del Sur global, probablemente negativo. Ni siquiera el espectacular crecimiento de la productividad laboral de China –un 7,2 % anual entre 1993 y 2013– compensa la tendencia sistémica (OIT, 2014, p. 52). La productividad laboral en el Norte global sigue siendo cuatro veces mayor, y los avances de China en cuanto a su productividad se han visto contrarrestados por el aumento de los costes laborales unitarios: un 85 % entre 2000 y 2011 (Midnight Notes Collective, 2009, p. 4).⁴¹

La paradoja, por supuesto, es que «las tasas de crecimiento de la productividad en el sector manufacturero se desplomaron precisamente cuando se suponía que estaban aumentando rápidamente debido a la automatización industrial» (Benanav, 2019, p. 19). Podría decirse que el mayor no acontecimiento de la era neoliberal es la no aparición de una nueva «revolución industrial» basada en la automatización y su promesa de avances significativos en la productividad (Moore, 2015a). En los años setenta, críticos sociales tan diversos en su política como Alvin Toffler (1984) y Ernest Mandel (1999) anticiparon sin aliento un mundo automatizado, pero este nunca llegó. Esa no aparición tiene que ver con el cierre de la Gran Frontera y el correspondiente agotamiento de la Naturaleza Barata. En pocas palabras, las revoluciones tecnológicas del capitalismo que abren nueva época están condicionadas geográficamente por las apropiaciones en las fronteras. La revolución de las TIC, aunque aparenta erigirse como un momento de prodigioso avance tecnológico, ha tenido poco impacto en el crecimiento de la productividad del trabajo. Ni la «alta tecnología» ni la tecnología «verde» han invertido la tendencia a la baja.⁴² En los años setenta, se prometieron fábricas robotizadas; en cambio, el capital creó el «taller de trabajo global».

⁴¹ Véanse también los datos del Departamento Estadounidense de Comercio en su herramienta «Assess Costs Everywhere» disponible en <https://acetool.commerce.gov/>

⁴² Sobre el antagonismo entre la «tecnología limpia» y el rentismo neoliberal, véase la importante obra de Jesse L. Goldstein.

La Gran Implosión: de la acumulación de capital a la activación del valor negativo

El abaratamiento y la devaluación no lineales del proletariado, el biotariado y el femitariado que permitieron la supervivencia del capitalismo en el siglo XVII están activando hoy su negación no lineal. Se trata de la movilización del valor negativo: relaciones que inicialmente se vuelven resistentes, y luego intratables, frente a los negocios habituales del capitalismo (Moore, 2015a; Otero y Lapegna, 2016; Graham, 2017; De Loughry, 2019). Mientras que la escuela de pensamiento de los «límites del crecimiento» privilegia las sustancias, la crítica dialéctica pone el acento en las relaciones que envuelven a las sustancias, que a su vez condicionan materialmente las relaciones. Las caras del valor negativo son múltiples: abarcan todo, desde las supermalezas hasta la proliferación de movimientos de «justicia» (alimentaria, climática, energética, etc.), pasando por el cambio climático. No se pueden «arreglar» de la forma en que se estableció por primera vez en el largo y frío siglo XVII. De hecho, a pesar de que se diga lo contrario, cuanto más se cierra la Gran Frontera, mayores son la desesperación y la fuerza tanto de la división de clases climáticas, como del apartheid y el patriarcado climáticos. La Gran Implosión es también una Gran Involución: las contradicciones del capital se repliegan sobre sí mismas, dando lugar a un ataque violento y tóxico sin precedentes.

La razón de que esto sea así es sencilla: los negocios habituales del capitalismo —es decir, el conjunto de innovación técnica, acumulación militarizada y Naturalezas Baratas— fluyeron a través de la Gran Frontera. Esos sucesivos movimientos fronterizos permitieron a las burguesías imperiales frenar la tendencia al aumento de los costes de producción en el sentido de Marx, y contener a las clases peligrosas politizadas por la industrialización y la superexplotación imperialista. Su cierre representa un punto de inflexión cantidad-calidad: una crisis *epocal* del capitalismo. La Gran Implosión está estrechamente conectada con el mayor movimiento fronterizo del siglo XX: el cercamiento de los bienes comunes atmosféricos como vertedero de las emisiones de gases de efecto invernadero del capital. Lo que Andreas Malm (2016) denomina «capital fósil» es uno de los vectores de este cercamiento, que a su vez es un producto del arreglo climático del siglo XVII. Las revoluciones extractivas de la turba y el carbón de esa época coincidieron con el giro productivista de la Gran Frontera después de 1550, fundamental para la proletarización y el avance de las fuerzas productivas.

Las fronteras adoptan múltiples formas geográficas: terrestres, subterráneas, marítimas, atmosféricas, ¡incluso los cuerpos humanos! No siempre tienen que ver con la producción directa: la acumulación primitiva de género que convirtió a las mujeres en las «salvajes de Europa» (Federici,

2004) es un ejemplo de ello. La proletarización requirió la feminización como condición dialéctica. Las burguesías tenían que asegurarse el «monopolio» de las fuerzas de *reproducción* como condición para la proletarización de las masas y la extensión de las condiciones fabriles en Europa (Barca, 2020). Podría decirse que este fue el punto de inflexión de un naturalismo burgués que redefinió, por motivos biológicos, la actividad de la mujer como «no trabajo» (Federici, 2004, p. 92; von Werlohf, 1988). A partir de 1492, la acumulación primitiva formó, fusionó y diferenció el femitariado y el biotariado a través del crisol geocultural de la Naturaleza —que a su vez se desarrolló a través del crisol geográfico de la Gran Frontera—. Esta fue la abstracción dominante que legitimó la subordinación de los reproductores directos de trabajo y energía socialmente necesarios, aunque no remunerados. No reducibles, pero dialécticamente unidos, el femitariado y el biotariado produjeron las condiciones de la proletarización expandida y el circuito del capital. La «cuestión sexual» de la Gran Domesticación era una «cuestión general de clase» (von Werlhof, 1988, pp. 102-103).

Cabe decir que el avance de la frontera de los residuos también lo fue. Un rasgo distintivo del neoliberalismo ha sido encerrar [*enclose*] completamente no solo los cielos, sino también nuestros cuerpos, ahora movilizados como vertederos ambulantes de residuos tóxicos para la contaminación capitalista y causantes de todo tipo de cánceres, trastornos autoinmunes y, ominosamente, el colapso de la fertilidad. Esto último revela una configuración diferente del biotariado y femitariado en la Gran Implosión. La fertilidad mundial se redujo en un 50 % entre 1960 y 2015 por muchas razones, incluyendo lo que *The Economist* llamó una «huelga de bebés» por parte de las trabajadoras profesionales (Swan y Colino, 2021). Pero una parte cada vez mayor de ese descenso está, en opinión de Shanna Swan, impulsado por los plásticos y otros tipos de contaminación, lo que provoca el aumento de las tasas de abortos espontáneos y el descenso del número de espermatozoides. Tan grave es esto último que el recuento de espermatozoides entre los hombres de los «países occidentales» —la fertilidad masculina es, al parecer, más sencilla de medir— ha caído más de la mitad desde finales de los años setenta. Se espera así que, para 2045, «tendremos un recuento medio de esperma igual a cero». ⁴³ La demografía se une a la Gran Implosión.

La Gran Implosión pone en entredicho las ortodoxias establecidas. En un ejemplo sorprendente del poder de las Dos Culturas y de la disonancia cognitiva que produce, esa no-linealidad ha sido —hasta ahora— encerrada

⁴³ Véase la entrevista realizada por Corbyn a Swan para *The Guardian*, el 28 de marzo de 2021, titulada «Interview: Shanna Swan: “Most couples may have to use assisted reproduction by 2045”», disponible en <https://www.theguardian.com/society/2021/mar/28/shanna-swan-fertilityreproduction-count-down>.

dentro de la abstracción dominante: la Naturaleza. De ahí el impulso del catastrofismo ecomarxista: el capitalismo sobrevivirá «hasta que se corte el último árbol» (Bellamy Foster, 2013, p. 206; Moore, 2017a). Esto exagera drásticamente la resistencia del capitalismo. Pensar que el capitalismo puede sobrevivir al final del Holoceno y reestructurarse en medio de una inestabilidad climática extraordinaria es, verdaderamente, dotarle de poderes sobrenaturales.

Dejando de lado el pensamiento mágico, son muchos los factores que sustentan la fe radical en la resistencia del capitalismo. El más importante es la incapacidad de reconocer el capitalismo como un sistema de acumulación, dominio y lucha de clases basado en la Gran Frontera, tal y como ya expuso Webb en 1952. Aunque muchas de sus formulaciones específicas eran parciales, incluso incorrectas, el concepto iluminaba algo fundamental sobre lo que él llamaba el «*boom* fronterizo» del capitalismo (Webb, 1954). Esta gran expansión económica de los siglos comprendidos entre 1492 y 1914 no fue el resultado de la superioridad tecnológica, civilizatoria o política de Europa. Fue más bien el resultado de grandes expansiones territoriales que proporcionaron «beneficios inesperados» a una escala inimaginable. Estos beneficios inesperados fueron los momentos epocales del Gran Abaratamiento. Webb no negó que se produjeran innovaciones tecnológicas, civilizatorias o políticas; argumentó que las ganancias inesperadas hicieron posible estas innovaciones. Desde este punto de vista, el capitalismo no se formó dentro de una Europa reificada, sino que surgió en y a través de la Gran Frontera. Fue, no hace falta decirlo, un movimiento sangriento a través del cual la riqueza económica creció y el poder político se justificó en nombre de los Proyectos Civilizadores. Olvidamos con demasiada facilidad que las fronteras siempre fueron creadas y conquistadas por soldados con armas, sacerdotes con Biblias y contables con libros de contabilidad (Patel y Moore, 2017).

Hoy en día, la implosión de la Gran Frontera viene ampliamente entendida en su faceta geofísica, la del Antropoceno geológico, pero esa comprensión es indirecta pese a la avalancha de investigaciones extraordinarias producidas en todas las ciencias del sistema terrestre. Sin embargo, desde el punto de vista geohistórico, la Gran Implosión no se comprende correctamente, incluso para la minoría que *quiere* hablar del capitalismo y del Capitaloceno. La inversión epocal que subrayé al principio de la tercera sección implica no solo una transición que se aleja de la trama de la vida como oportunidad para obtener beneficios, sino una transición hacia una resistencia epocal al impulso prometeico del capitalismo. El «ciclo de domesticación» a través del cual el capital, el imperio y la ciencia realizaron el control sobre esferas limitadas de la vida está llegando a su fin (Wallis, 2000). Las supermalezas, las superplagas y las superenfermedades

están alterando las geografías del capitalismo y de la vida cotidiana de una manera que está frustrando las disciplinas del capital. Esto está desestabilizando el cálculo de beneficios de la acumulación mundial tal y como lo hemos conocido durante cinco siglos. El Gran Estancamiento es lo que ocurre cuando una civilización preparada para la acumulación y la expansión geográfica sin fin se enfrenta a una realidad biosférica que no coopera. Lo podemos llamar «la rebelión del Biotariado».

¿Seguirán otras capas del Proletariado Planetario esta lógica? Volvemos al problema de la bola de cristal. Ni la predicción ni la retrodicción ofrecen respuestas fáciles. Pero, sin duda, la crítica inmanente del capitalismo en la trama de la vida, que gira en torno a la expansión y la implosión en curso de las Grandes Fronteras, constituye un punto de partida necesario. Poner en primer plano la dialéctica de la lucha de clases dentro de la movilización planetaria del capitalismo de Biotariado, Femitariado y Proletariado abre un medio para mantener el diálogo –¿y la praxis?– en torno a la justicia planetaria al final de la Gran Frontera.

Conclusión: ¿revuelta del Proletariado Planetario? La lucha de clases mundial en la trama de la vida

El capitalismo está cerrando el telón a esa larga era de inusual estabilidad climática que llamamos Holoceno. Son malas noticias para todos nosotros. Sin embargo, los últimos cuatro milenios de historia climática y sociedad de clases también señalan algo esperanzador: el dramático cambio climático es el gran desestabilizador del dominio de clase.

Históricamente, los cambios climáticos drásticamente desfavorables han hecho saltar por los aires aquellos límites de asentamiento y dominio bien establecidos, alterando el carácter de las fronteras imperantes. La crisis epocal del Occidente romano a partir del año 376 ilustra esta pauta. El ascenso de Roma estuvo respaldado por unas condiciones climáticas tan favorables que los historiadores lo llaman el «Óptimo Climático Romano». Cuando llegó a su fin en algún momento de finales del siglo II, las contradicciones del Imperio se profundizaron. Sobrevino entonces la «crisis del tercer siglo» de guerras civiles, enredadas con el resurgimiento de la enfermedad, la peste de Cipriano, que vino acompañada de sorprendentes derrotas militares. En el año 251, el rey goda Cniva destruyó las legiones romanas dirigidas por el emperador Decio en Abritus, en la actual Bulgaria. Toda la frontera romana desde el Rin hasta el Danubio «implosionó» (Harper, 2017).

El orden, por supuesto, fue restablecido, pero estos hechos fueron la señal de aviso de la inminente crisis epocal que se avecinaba. A partir del año 330, la estepa euroasiática sufrió una de las sequías más graves de los últimos 2000 años y que persistiría durante las cuatro décadas siguientes (Holt, 2011; McCormick *et al.*, 2012). Esto amplió una conexión anterior entre la sequía y la migración⁴⁴ (Drake, 2017; Holt, 2011; McCormick *et al.*, 2012).

La gravedad de la sequía del siglo IV contribuyó al audaz empuje hacia el oeste de los pueblos hunos, que a su vez expulsaron a los godos a través del Danubio en el año 376. Lo que comenzó como un paso fronterizo convencional y regulado se convirtió rápidamente en un conflicto abierto, provocado por las artimañas y el lucro de los romanos. El cronista Ammianus cuenta que los romanos vendían carne de perro a los godos a cambio de sus hijos. Otros cronistas «lamentaron el frenesí de los comandantes romanos que se apresuraban a adquirir esclavos sexuales [godos] y trabajadores agrícolas a bajo precio» (De Ste. Croix, 1981, p. 258). La migración climática, entonces como ahora, era una lucha de clases. Ese comportamiento era el «negocio habitual» de los romanos. Sin embargo, esta vez les salió el tiro por la culata.

Los godos del otro lado del Danubio se rebelaron y rápidamente se les unieron los comandantes militares godos al servicio de Roma, que se amotinaron y tomaron la armería de Adrianópolis. Por último, elementos clave del proletariado godo —especialmente los mineros— también se sublevaron, dando pie a lo que hoy llamaríamos una huelga general armada (De Ste. Croix, 1981). Al enfrentarse a las temibles legiones romanas en Adrianópolis en 378, los godos destruyeron el ejército imperial y quemaron vivo al emperador Valente. Desde Aníbal en la batalla de Cannas del 216 a. C., Roma no había sufrido una pérdida tan devastadora, solo que entonces no se restableció el orden ni la seguridad de las fronteras, al menos en Occidente. Las migraciones bárbaras hacia el centro-oeste de Europa se vieron complementadas por los campesinos intranquilos —los bagaudas— en Hispania y especialmente en la Galia. Estas rebeliones, que se gestaron a partir de la crisis del siglo III, «alcanzaron tal clímax en la primera mitad del siglo V que fueron casi continuas» (Thompson, 1952, p. 20). En este punto, la propia Roma fue saqueada por las fuerzas visigodas en el año 410. Las puertas de la Ciudad Eterna no habían sido traspasadas desde Brennus en el 387 a. C., antes del inicio del Óptimo Climático Romano. Finalmente, los vándalos conquistaron Cartago en el 439, rompiendo la espalda del Estado fiscal romano y asestándole así un golpe mortal (Wickham, 2006).

⁴⁴ Sobre los acontecimientos que condujeron a la batalla de Adrianópolis en 378 véase Halsall (2007).

La historia climática, de clase y de crisis epocal fue dramática, pero no excepcional. Lo que merece la atención es el vínculo entre los cambios climáticos desfavorables y la crisis civilizatoria. Y bien digo «crisis», no «colapso», pues este se refiere a un discurso neomaltusiano que combina argumentos poblacionales con un imaginario apocalíptico.⁴⁵ Lo que ocurrió en la crisis del Occidente romano, y de nuevo durante la crisis del feudalismo, no fue ni una pesadilla malthusiana ni neohobbesiana. En ambos casos, siguió una «edad oscura» para las clases dominantes, en cambio, para las clases productoras, las secuelas de la crisis epocal fueron algo así como una edad de oro. Qué fácil es olvidar –en un momento en que la izquierda promueve eslóganes como «ecosocialismo o barbarie» (Löwy, 2015)– que las invasiones «bárbaras» contribuyeron poderosamente a la destrucción de la mayor sociedad esclavista que el mundo había conocido⁴⁶ (y qué fácil es olvidar que dicho eslogan debe más a la filosofía política autoritaria de Hobbes que al socialismo revolucionario de Marx). Entre los siglos V y VII, un campesinado más o menos igualitario –Wickham (2006, pp. 535-547) lo llama «modo de producción campesino»– reorganizó el poder, los asentamientos y la vida en toda Europa centro-occidental. Las villas de los oligarcas fueron ocupadas y reutilizadas, y su centralidad en el campo fue rápidamente desplazada por una nueva forma de asentamiento: la aldea⁴⁷ (Wickham, 2006, pp. 473-481). El igualitarismo campesino coincidió, sin duda, con una reducción de la «complejidad social», tomando prestada una frase de los colapsólogos (Diamond, 2005) (la complejidad social es más o menos un eufemismo para referirse a la sociedad de clases). Liberados de los oligarcas romanos –la tiranía del grano y otros cultivos comerciales– los campesinos siguieron estrategias de subsistencia creativas y diversas.⁴⁸

⁴⁵ La versión más popular de la tesis del colapso es la expuesta por Jared Diamond (2005) aunque su exponente más sofisticado es Joseph Tainter (1990).

⁴⁶ «Cinco siglos, tres continentes, decenas de millones de almas: la esclavitud romana es el verdadero antecedente antiguo de los sistemas de esclavitud masiva del Nuevo Mundo [...] Una población de esclavos del orden de 5 millones de almas habría requerido cientos de miles de nuevos cuerpos al año para mantener los niveles de reposición. La reproducción natural era la principal fuente de nuevos esclavos, pero la exposición de niños, la autoventa, el secuestro y la importación transfronteriza eran importantes complementos» (Harper, 2011: 3).

⁴⁷ La investigación de Tamara Lewit (2005) sobre la ocupación campesina y la reutilización de las villas es extraordinaria. Véase, entre otros, Lewit, «Bones in the Bathhouse: Re-evaluating the Notion of "Squatter Occupation" in 5th-7th Century Villas», en Gian Pietro Brogiolo, Alexandra Chavarría Arnau y Marco Valenti (eds.), *Dopo la fine delle ville: le campagne dal VI al IX secolo*, Mantua, 2005, pp. 251-62.

⁴⁸ Sobre la creatividad agroecológica del campesinado, véase Lewit, «Pigs, presses and pastoralism: farming in the fifth to sixth centuries AD», *Early Medieval Europe*, núm. 17, enero de 2009, pp 77-91, citas: 83, 77; y Matthew Innes, *Introduction to Early Medieval Europe, 300-900: The Sword, The Plough and the Book*, Nueva York, Routledge, 2007, p 449.

Como consecuencia, gozaron de mejor salud que sus predecesores de la época romana (Koepeke y Baten, 2008). Tampoco se produjo un colapso de la población⁴⁹ sino que, por el contrario, se produjo un prolongado declive que no se invirtió hasta finales del siglo VII en Francia y más tarde en otras regiones, lo que se corresponde con los primeros movimientos tentativos hacia un modo de producción feudal y el descongelamiento de la Pequeña Edad de Hielo de la Antigüedad Tardía hacia el año 650. De hecho, el colapso de la estructura de clases romana en la Antigüedad tardía se correspondió aproximadamente con un movimiento hacia la relativa igualdad de género⁵⁰ (French, 2008; Halsall, 1995). Dado que las mujeres gozaron de una libertad comparativamente mayor para regular la fertilidad en ausencia de un mandato de clase, los campesinos ajustaron sus regímenes demográficos a las condiciones climáticas del período frío de la Edad Media.

Una historia similar tuvo lugar durante la crisis climática del feudalismo (Federici, 2004; Seccombe, 1995). Mientras que la Gran Hambruna (1315-1322) y la Peste Negra (1347-1353) se vivieron como un acontecimiento milenarista, la crisis feudal no fue en realidad «el fin del mundo», sino la *crisis* de un tipo particular de sociedad de clases. Como vimos en la primera parte, la apertura de la Gran Frontera fue una reorientación estratégica consciente de las capas dominantes de Europa, que habían perdido la lucha de clases en la campaña europea occidental.⁵¹ Al igual que en la crisis epocal del Occidente romano mil años antes, lo que sucedió a la crisis fue una edad de oro para los trabajadores y los campesinos. El siglo y medio que siguió a la Peste Negra puede haber sido una edad oscura para los gobernantes, pero para todos los demás fue una edad de oro. Durante dos siglos después de la Peste Negra, como observa Braudel, las clases productoras experimentaron un «nivel de vida extremadamente favorable»:

⁴⁹ Aunque la Peste de Justiniano (c. 541-549) tuvo consecuencias, la descomercialización de la época permitió a los campesinos del interior del litoral mediterráneo cierta protección epidemiológica.

⁵⁰ Sin duda, las formaciones campesinas medievales tempranas difícilmente constituían un paraíso feminista, véase Wickham (2006: 554-557).

⁵¹ Tras la Peste Negra, «el patrón de retirada de las aldeas precarias reveló no solo una huida desesperada por la infestación de la peste y una búsqueda de pastos más verdes en un sentido ecológico, sino también un repudio desafiante de los peores terratenientes en favor de sus hermanos más adaptables que demostraron estar dispuestos a aligerar las rentas y renunciar a las cuotas más nocivas de la tenencia servil. A escala local, la resistencia podía adoptar muchas formas: huelgas de alquileres; retirada de los servicios de mano de obra; negativa a pagar los derechos de servidumbre o a atender los mandatos señoriales de reparar los edificios en mal estado, las cercas derribadas y las zanjas obstruidas; rechazo de las órdenes de ocupar las tierras vacantes en las antiguas condiciones serviles; e intimidación de los recaudadores de impuestos reales. Este desafío se extendió como un incendio en las últimas décadas del siglo XIV» (Seccombe, 1995).

Los salarios reales nunca habían sido tan altos como entonces. En 1388, los canónigos de Normandía se quejaban de que no encontraban a nadie para cultivar sus tierras «que no exigiera más de lo que se hubiera pagado a seis criados a principios de siglo». Hay que subrayar la paradoja, ya que a menudo se piensa que la penuria aumenta cuanto más se retrocede hacia la Edad Media. En realidad, ocurre lo contrario con el nivel de vida del pueblo llano —la mayoría—. Antes de 1520-1540, los campesinos y artesanos del Languedoc (todavía poco poblado) comían pan blanco, un detalle revelador. Pero con el paso del tiempo, tras el «ocaso» de la Edad Media, el deterioro se agravó progresivamente, prolongándose hasta bien entrado el siglo XIX (Braudel, 1981, pp. 193-194).⁵²

La retrodicción y la predicción están unidas dialécticamente. El pasado no es un prólogo. Pero tampoco ha terminado. Uno se pregunta, con razón, si la crisis planetaria actual no es diferente de estos episodios anteriores. Sí y no, y ambas respuestas son motivo para una ecología de la esperanza. Existen paralelismos instructivos entre la crisis planetaria actual y la crisis del feudalismo. La agricultura feudal, tras siglos de avance de la productividad, se estancó. La gran expansión comercial de la época, que siguió a estas revoluciones agrícolas, creó una «reserva de enfermedades» afroeu-roasiáticas que posibilitó pandemias devastadoras (McNeill, 1976). La penetración fiscal del Estado feudal en el campo transformó las luchas campesinas que pasaron de ser asuntos meramente locales a ser regionales e incluso «nacionales» (Moore, 2003a). Las clases dominantes, mientras tanto, cayeron progresivamente en la decadencia, luchando por capturar una parte mayor del excedente incluso cuando la «economía real» se estancó. Y, por supuesto, el clima cambió. El auge y el florecimiento del feudalismo se enredaron con la Anomalía Climática Medieval cuya crisis es inseparable del inicio de la Pequeña Edad de Hielo.⁵³ Una sociedad de clases que se desarrolla y prospera en una época climática es poco probable que persista en la siguiente.

Pero el capitalismo persistió. Prosperó en las condiciones de la Pequeña Edad de Hielo que habían sumido al Occidente romano y a la Europa feudal en crisis epocales. Esas condiciones de la Pequeña Edad de Hielo se deterioraron aún más en la década de 1550, cuando los observadores

⁵² Cursiva añadida por el autor. Existe, por supuesto, una vasta literatura sobre esta edad de oro de los estándares de vida y sobre los factores institucionales, demográficos y de clase que intervinieron en ella, así como los debates controvertidos al respecto. El propio Braudel se inclina por una interpretación demográfica. Para una explicación de la lucha de clases, véase Federici (2004: 76-82).

⁵³ Para una revisión de la historia del clima y la transición de la Anomalía Climática Medieval a la Pequeña Edad de Hielo, véase Brooke (2014). La literatura científica e histórica sobre esta transición es voluminosa.

contemporáneos registraron una serie de inviernos desfavorables. Fue el comienzo del largo y frío siglo XVII, el peor tramo de «mal clima» de la Pequeña Edad de Hielo. Al igual que los momentos anteriores de cambio climático, la Antigüedad y el feudalismo tardíos fueron épocas de guerras interminables, revueltas sociales y crisis económicas. Los genocidios del Nuevo Mundo, al devastar a las poblaciones indígenas, provocaron una disminución sin precedentes del dióxido de carbono atmosférico, a medida que los bosques avanzaban y los suelos quedaban sin alterar por la agricultura.

Fue el Pico de Orbis (1610), el primer episodio de cambio climático capitalogénico, lo que amplificó los cambios contemporáneos en la Oscilación del Atlántico Norte, la intensidad solar y el vulcanismo. El Pico de Orbis contribuyó así al frío severo de la era –y a su volatilidad social y política sin precedentes–. El capitalismo tal y como lo conocemos podría haberse detenido en seco.

Esto no era impensable. De hecho, era el resultado más probable. Desde el punto de vista de los cuatro milenios anteriores, los cambios climáticos y las crisis de clase estaban estrechamente vinculados. Las crisis del Occidente romano en el largo siglo V y de la Europa feudal en el largo siglo XIV señalan la íntima dialéctica entre clima, clase y gobierno. También podemos incluir la crisis de la Edad de Bronce en el siglo XII a. C., durante la cual se produjeron migraciones, guerras y revueltas populares en medio de la sequía y el hambre (Kaniewski *et al.*, 2013; Kaniewski *et al.*, 2019).

La forma en que la ecología / mundo capitalista sobrevivió a condiciones climáticas aproximadamente comparables a las anteriores crisis del Occidente romano y del feudalismo es de gran importancia para la política climática actual. El capitalismo sobrevivió a través de tres grandes revoluciones, cada una de las cuales giró en torno a la Gran Frontera y contribuyó al surgimiento del Proletariado Planetario. Estas tres revoluciones fueron el núcleo de una *solución climática* a la larga crisis climática del siglo XVII, exacerbada, como hemos visto, por el forzamiento capitalógeno del Pico de Orbis. Una de ellas fue la revolución militar en marcha desde finales del siglo XV y que alcanzó un punto de inflexión después de 1550 (Parker, 1976; Patel y Moore, 2017). Los ejércitos se hicieron más grandes, más intensivos en capital y más letales, ciertamente en lo referente a su magnitud, al coste y a la fuerza de trabajo. Los nuevos ejércitos eran a la vez motores de la proletarización y palancas de la acumulación impulsada por la deuda, ya que los reyes pedían dinero prestado para financiar sus guerras, lo que les impulsaba a favorecer un giro productivista en toda América. En ningún lugar fueron más evidentes estas contradicciones que en las nuevas colonias, donde las posibilidades de apropiación de las Naturalezas Baratas y el poder de los Proyectos Civilizadores eran mayores. En las colonias, «el

desarrollo de las fuerzas productivas [...] procede muy rápidamente» (Marx y Engels, 1976, pp. 82-83). Como hemos visto, toda gran industrialización se apoya en el desarrollo de las «fuerzas productivas» –pivotando sobre la lógica de la acumulación por apropiación– que surgen a través de la Gran Frontera. Fue precisamente el *establecimiento político* por medios militares de las condiciones de apropiación, y por tanto de superexplotación, lo que más directamente permitió la formación del Proletariado Planetario. Esto supuso un conjunto de formaciones de clase interrelacionadas. Estas comprendían no solo el cercamiento y la apropiación de la vida y la fertilidad extrahumanas –la biotarianización– sino la creación de los requisitos de trabajo humano (incluida la fertilidad) necesarios para la rápida acumulación: proletarización y femitarización.

Una segunda revolución fue la Gran Domesticación, que formó el femitariado. La mitad del siglo XVI marca, como demuestra Federici (2004), un punto de inflexión epocal en la estructura de clase y de género del capitalismo temprano. No es ningún secreto que el declive climático y el recrudescimiento de la «caza de brujas» estuvieran estrechamente relacionados (Oster, 2004). La subordinación de la mujer –formada a través de la abstracción dominante de la Naturaleza que hizo de las mujeres las «salvajes de Europa»– fue una lucha de clases. La redefinición del trabajo de la mujer como «natural» y, por tanto, *no* social (es decir, sin necesidad de remuneración) fue fundamental para la gran ola de proletarización de los dos siglos siguientes. La Gran Domesticación superexplotadora hizo posible la Gran Proletarización. Los campesinos europeos se convirtieron en trabajadores al menos dos veces y media más rápido que el crecimiento de la población entre 1550 y 1750 (Tilly, 1983).

En las Américas –el corazón de la frontera mercantil de principios de la modernidad– las burguesías imperialistas forjaron una de las revoluciones productivistas más audaces de la historia de la humanidad. Podemos llamarla «la Revolución de la Plantación» por lo indispensables que fueron sus procesos extractivos, manufactureros y ganaderos.⁵⁴ Su eje histórico-mundial fueron las plantaciones de azúcar. En una rápida secuencia de movimientos fronterizos –que comenzó en Brasil durante la década de 1560– las riquezas del Rey Azúcar engrasaron las ruedas de la acumulación mundial en el siglo XVII y proporcionaron, en el siguiente, los incrementos cruciales de formación de capital para la Revolución Industrial (Blackburn, 1998, pp. 511-580). El racismo y el sexismo intensificaron, de la manera más brutal, el «segundo turno» de la mujer esclava (Morgan, 2004). El prometeísmo impuso una lógica similar al Biotariado, de hecho, el agotamiento asesino de la tierra y el proletariado de las plantaciones estaban

⁵⁴ Esta denominación proviene de Sheridan (1969).

íntimamente ligados en las fronteras de las plantaciones (Moore, 2000c). La cristalización de la Revolución de la Plantación en la división de clases y el apartheid climático proporcionaría, a su vez, el aparato esencial de poder y beneficio para la combinación de tecno-recursos fundamentales para la revolución industrial dependiente del algodón y la desmotadora de algodón en un régimen de trabajo superexplotado (Moore, 2017a) y no del carbón y la máquina de vapor. Manchester se «levantó» sobre las clases trabajadoras superexplotadas del Delta del Mississippi (Moore, 2010c y 2010d). Tampoco fue una coincidencia que el Rey Algodón apareciera en escena durante la última gran ola de frío de la Pequeña Edad de Hielo, como lo había hecho el Rey Azúcar dos siglos antes. En conjunto, esta época marcó el nacimiento de la trinidad capitalógena: la división de clases climática, el apartheid climático y el patriarcado climático.

La burguesía mundial actual no es ajena a este patrón. De hecho, el impulso hacia la superexplotación característico de épocas pretéritas se repite (¿como una farsa?) en el actual resurgimiento del etnonacionalismo y la militarización de las fronteras. Pero no basta con reafirmar las verdades eurocéntricas de la lucha de clases, ni combinarlas con las nociones reificadas de raza, o de combustibles fósiles, o de residuos, o de crecimiento. Para dar sentido al Capitaloceno necesitamos conceptualizar y mapear estas y otras dinámicas en lo que Marx y Engels (1976, p. 49) llaman el «movimiento real» de sus relaciones «histórico-mundiales». Lo fundamental es una dialéctica de múltiples capas, en la que dos momentos ocupan un lugar destacado. Uno es la conexión entre las ideologías opresoras fundamentales del capitalismo, las prácticas que permiten, la interminable acumulación de capital y la formación del Proletariado Planetario. El racismo, el sexismo y el prometeísmo han sido fundamentales para el ADN del capitalismo porque –en sus sucesivas reinvenções desde 1492– han favorecido la tasa de beneficio y facilitado la tendencia a la sobreacumulación. Otra es la conexión entre el capitalismo como *proyecto* y *proceso* ecohistórico de las tramas de la vida que incluye la sociedad de clases y la lucha de clases. La Gran Frontera, su surgimiento y su actual desaparición, ha sido fundamental para ambos. ¿Qué camino seguir? El carácter distintivo de la crisis climática del siglo XXI no se limita a la magnitud del momento geofísico, sino que también se encuentra en la no linealidad del cambio geohistórico. Se trata de la transición de la Gran Frontera al Gran Estancamiento y la Gran Implosión, una dinámica no solo de estancamiento económico y técnico, y no solo de inestabilidad geofísica, sino también de intensificación de la lucha de clases. Ciertamente, desde la década de 1970, la lucha de clases mundial ha favorecido a las burguesías imperialistas. La no aparición de una nueva revolución que promueva la productividad en medio de la Gran Implosión ha hecho que el capitalismo sea vulnerable a

una poderosa crítica. Esa crítica subraya el carácter rentista y depredador del capitalismo tardío, rompiendo con la dialéctica de «productividad-susmisión» del capitalismo de siempre (Sassen, 2014; Klein, 2008; Harvey, 2005). Esto marca una «importante inversión de la estrategia de las clases privilegiadas [...] un retorno a la estrategia anterior a 1848 de manejar el descontento de los trabajadores mediante la indiferencia y la represión. Después de 1848 y hasta 1968, aproximadamente, las clases privilegiadas intentaron apaciguar a las clases trabajadoras mediante la institución de un Estado liberal combinado con dosis de concesiones económicas». Por supuesto, esas «concesiones económicas» (Wallerstein, 1995, p. 26), por limitadas que fueran, lo debían todo a las sucesivas industrializaciones que aumentaban la productividad y, en el siglo XX, al espectro del comunismo «realmente existente». Hoy en día esa inversión histórica se manifiesta en una fuerte intensificación de la vigilancia y de las formas militarizadas de disciplina social y geográfica. También se expresa en el agotamiento de la imaginación de la burguesía, sobre todo en el agotamiento de su capacidad para frenar el calentamiento global desbocado. Su contratendencia histórica se encuentra enterrada en lo más profundo de los orígenes del capitalismo y de la Gran Frontera: la tendencia a la proletarianización planetaria como el «todo orgánico» del Proletariado-Biotariado-Femitarariado. En esta alternativa, la cuestión de la biosfera se convierte en una cuestión de transformación revolucionaria, no de gestión planetaria.⁵⁵

La crisis planetaria de hoy es, por tanto, diferente en el grado de interdependencia alcanzado a través del impulso histórico-mundial del capitalismo para colonizar la vida cotidiana al servicio de la acumulación de capital. Esto implica, como hemos visto, Proyectos Civilizadores, dinámicas de clase y estrategias de Naturalezas Baratas de todo tipo como «premisa práctica absolutamente necesaria» (Marx y Engels, 1976, p. 49). El doble registro de las Naturalezas Baratas –de valorización y devaluación– crea las condiciones para la «existencia empírica de los hombres en su ser *histórico-mundial*, en lugar de local» (Marx y Engels, 1976, p. 49). Esta transformación sin precedentes –permitida por la dinámica de clase espacializada de la Gran Frontera– marcó el triunfo epocal de la burguesía mundial y la derrota (temporal) del proletariado mundial, que «se esclaviza cada vez más bajo un poder que le es ajeno» (Marx y Engels, 1976, p. 51). Sin embargo, cuanto más transforma el capitalismo las fuerzas de producción en «hechos histórico-mundiales» –y seguramente esto debe incluir el impulso prometeico de convertir la Naturaleza en una fuente de trabajo no remunerado (biotarización)–, más establece las posibilidades del «comunismo» como «*movimiento histórico-mundial* [...] que suprima el actual estado de cosas» (Marx y Engels, 1976, p. 51). Marx y Engels no

⁵⁵ Sobre el gerencialismo planetario, véase Fernando Elichirigoity (1999).

están diciendo que esto sea inevitable –de hecho, tal hegelianismo precisamente va *en contra* de lo que estaban argumentando–. Por el contrario, plantean la tendencia mundial a la destrucción de «la tierra y el trabajador» y la contratendencia hacia su (necesaria) emancipación mutua dentro de la historia del sistema mundo capitalista. Lo que he llamado «la revuelta del biotariado» es, desde este punto de vista, una relación interna del capitalismo y su dinámica de clase –parte del movimiento histórico-mundial que Marx llama *comunismo*–. Prefigura la Justicia Planetaria como la política del Proletariado Planetario.

Por supuesto que se trata de una tendencia en el «sentido hegeliano de lo “abstracto”», constituida a través de sus contratendencias (Sweezy, 1968, p. 19). Y, por supuesto que se trata de una unidad diferenciada. No es necesario –puedo oír las objeciones incluso mientras escribo estas palabras!– plantear un aplanamiento del biotariado, femitariado y proletariado. De hecho, desde una perspectiva dialéctica tal aplanamiento es anatema. La revolución proletaria abstraída de una lucha continua para abolir la relación biotariana –la alienación, fragmentación y disciplinamiento centrado en el trabajo del «resto de la naturaleza»– es una receta para la necrosis planetaria. Y como las feministas socialistas han argumentado durante más de un siglo, la emancipación de la clase trabajadora no puede abstraerse de las dinámicas de opresión y apropiación en las diversas zonas de reproducción social, donde se encuentra el nexo feminista. En lugar de los «límites del crecimiento», la ecología mundo ofrece una alternativa: no solo «otro mundo es posible» –el eslogan extraoficial del Foro Social Mundial–, sino que «otra lucha de clases es posible». En el Gran Estancamiento la revuelta del Biotariado ya ha comenzado –cuya contribución a la desestabilización revolucionaria del capitalismo ha sido subestimada tanto por los ecologistas como por los marxistas–. Con demasiada frecuencia, la izquierda ha visto las tramas de la vida desde el punto de vista del gestor, en lugar de percibirlos como compañeros en la lucha por la justicia planetaria –por el Socialismo Biotariano contra la dictadura biosférica del capital–. Aunque es fácil romantizarlo, captar la trama de la vida a través del *oikeios*, el pulso creativo, generativo y multicapa de la creación de vida, nos pide que reexaminemos la solidaridad humana con el resto de la naturaleza de forma que desafíe la dominación prometeica de la vida y que explore las posibilidades comunistas de liberación: «También las criaturas deben ser libres» (Müntzer citado por Marx en Tucker, 1978, p. 51). Poniendo en primer plano las dinámicas opresivas y explotadoras del trabajo, la vida y el poder, la Justicia Planetaria da prioridad a la abolición de la relación proletaria-biotaria-femitaria creada a través de la Gran Frontera después de 1492. Este es el reto de la lucha de clases planetaria en los últimos días del Holoceno –y los primeros días de la Gran Implosión–.

BIBLIOGRAFÍA

- Abulafia, D. S. H (2008), *The Discovery of Mankind*, New Haven, Yale University Press.
- Ajl, M. (2020), «What is at Stake in the Study of Settler Colonialism?», *Developing Economics*, disponible en [https://developingeconomics.org/\(2020\)/10/26/what-is-at-stake-in-the-study-of-settler-colonialism/](https://developingeconomics.org/(2020)/10/26/what-is-at-stake-in-the-study-of-settler-colonialism/)
- Alatas, H. (1977), *The Myth of the Lazy Native: A Study of the Image of the Malays, Filipinos and Javanese from the 16th to the 20th Century and Its Function in the Ideology of Colonial Capitalism*, Londres, Psychology Press.
- Albo, G. (2006), «The limits of eco-localism», *Socialist Register*, núm. 43, pp. 337-363.
- Allen, J. S. (1938), *Negro Liberation*, Nueva York, International Publishers.
- Altieri, M. A. (1989), «Agroecology», *Agriculture, Ecosystems & Environment*, núm. 27, pp. 37-46.
- Altieri, M. A. y F. R. Funes-Monzote (2012), «The paradox of Cuban agriculture», *Monthly Review*, núm. 63, agosto, pp. 23-33.
- Altwater, E. (1993), *The Future of the Market*, Londres, Verso.
- _____ (2016), «The Capitalocene, or, geoengineering against capitalism's planetary boundaries» en J. W. Moore (ed.), *Anthropocene Or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*, Oakland, PM Press, pp. 138-152.
- Amin, S. (1980), «The Class Structure of the Contemporary Imperialist System», *Monthly Review*, núm. 31, pp. 9-26.
- _____ (1974), *Accumulation on a World Scale, vol. 1*, Monthly Review Press, Nueva York.
- _____ (1991), «The ancient world-systems versus the modern capitalist world-system», *Review*, núm. 3.
- _____ (2012), «The Surplus in Monopoly Capitalism and the Imperialist Rent», *Monthly Review*, núm. 64, pp. 78-83.
- _____ (2018), «Revolution or Decadence?», *Monthly Review*, núm. 70, pp. 17-23.
- Antunes de Oliveira, F. (2021), «Who are the Super-Exploited?» en A. Madariaga y S. Palestini (eds), *Dependent capitalisms in contemporary Latin America and Europe*, Berlín, Germany, Springer International, pp. 101-128.
- Andersen, M. A., P. G. Pardey, J. M. Alston y A. Smith (2018), «A Century of U. S. Farm Productivity Growth: A Surge Then a Slowdown», *American Journal of Agricultural Economics*, núm. 100, pp. 1072-1090.

- Anderson, P. (1974), *Passages from Antiquity to Feudalism*, Londres, New Left Books.
- Antonacci, J. P. (2021), «Periodizing the Capitalocene as Polemocene», *Journal of World-Systems Research*, núm. 27, febrero, pp. 439-467.
- Araghi, F. (2009), «Accumulation by Displacement: Global Enclosures, Food Crisis, and the Ecological Contradictions of Capitalism», *Review Fernand Braudel Center*, núm. 32, pp. 113-146.
- Armiero, M. (2020), *Wasteocene*, Cambridge, Cambridge Univ. Press [ed. cast.: *Wasteoceno: la era de los residuos*, Madrid, La Catarata, 2023].
- Arrighi, G. (1994), *The Long Twentieth Century*, Londres, Verso [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 2014].
- _____ (1996), «The Political Economy of Rhodesia», *New Left Review*, núm. 1/39, pp. 35-65.
- _____ (2004), «Spatial and Other “Fixes“ of Historical Capitalism», *Journal of World-Systems Research*, núm. 10, pp. 527-539.
- Arrighi, G., T. K. Hopkins y I. Wallerstein (1989), *Antisystemic Movements*, Londres, Verso [ed. cast.: *Movimientos antisistémicos*, Madrid, Akal, Cuestiones de Antagonismo, 1999].
- Arrighi, G., J. Higginson, B. Magubane, J. Saul, y I. Wallerstein (1979) «Theoretical Implications», *Review*, núm. 3, pp. 325-371.
- Banaji, J. (2011), *Theory As History: Essays On Modes Of Production And Exploitation: Historical Materialism*, Leiden, Brill.
- Baran, P. A., y P. M. Sweezy (1996), *Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press [ed. cast.: *El capital monopolista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006].
- Barca, S. (2020), *Forces of Reproduction*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Barbier, E. B. (2015), *Nature and Wealth. Overcoming Environmental Scarcity and Inequality*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Baron, H. M. (1971), «The Demand for Black Labor», *Radical America*, núm. 5, pp. 1-46.
- Barker, C., G. Dale y N. Davidson (eds.) (2021), *Revolutionary Rehearsals in the Neoliberal Age*, Chicago, Haymarket Books.
- Barnosky, A. D., E. A. Hadly, J. Bascompte, E. L. Berlow, J. H. Brown, M. Fortelius y A. Smith (2012), «Approaching a state shift in Earth's biosphere», *Nature*, núm. 486, pp. 52-58.
- Benanav, A. (2019), «Automation and the Future of Work - I», *New Left Review*, núm. 119, pp. 5-38.
- Berberoglu, B. (2020), *The Global Rise of Authoritarianism in the 21st Century*, Nueva York, Routledge.
- Betancor, O. (2017), *The Matter of Empire*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
- Bethencourt, F. (2013), *Racisms*, Princeton, Princeton University Press.
- Bethea, M. (2018), «Could Smithfield Foods Have Prevented the “Rivers of Hog Waste” in North Carolina After Florence?», *New Yorker*, 30 de septiembre.
- Besl J., (2023), «Tonga Eruption May Temporarily Push Earth Closer to 1.5° C of Warming», *Eos*, 16 de marzo.
- Bhaskar R. (2008), *Dialectic*, Nueva York, Routledge.

- Brundtland, G. H. (1987), *Our Common Future*, Oxford, Oxford University Press.
- Blackburn, R. (1998), *The Making of New World Slavery*, Londres, Verso Books.
- Blaser, M. (2009), «Political Ontology», *Cultural Studies*, núm. 23, pp. 873-896.
- _____. (2013), «Ontological conflicts and the stories of peoples in spite of Europe», *Current Anthropology*, núm. 54, pp. 547-568.
- Bond, P. (2007), «Two Economies or One System of Superexploitation?», *Africanus*, núm. 37, pp. 1-21.
- _____. (2021), «Measuring Capital's Super-Exploitation of People and Nature in South Africa» Committee for the Abolition of Illegitimate Debt, disponible en <https://www.cadtm.org/Measuring-Capital-s-Super-Exploitation-of-People-and-Nature-in-South-Africa>.
- Boscov-Ellen, D. (2021), *After the Flood: Political Philosophy in the Capitalocene*, tesis doctoral, Nueva York, New School for Social Research.
- Bookchin, M. (1970), *Post-Scarcity Anarchism*, Berkeley, Ramparts.
- Bourdieu, P. y L. Wacquant (1992), *An Invitation to Reflexive Sociology*, Chicago, University of Chicago Press [ed. cast.: *Una invitación a la sociología reflexiva*, Madrid, Siglo XXI, 2013].
- Bowles, S., D. M. Gordon y T. E. Weisskopf (1992), «An Economic Strategy for Progressives», *The Nation*, pp. 163-165.
- Bowman, (1924), *Supplement to the New World: Problems in Political Geography*, Chicago, World Book Company.
- Braconnier, H., G. Nicoletti y B. Wetmore (2014), *Policy Challenges For the Next 50 Years*, París, OCDE.
- Brand, U., y M. Wissen (2021), *The imperial mode of living*, Londres, Verso.
- Braudel, F. (1961), «European Expansion & Capitalism, 1450-1650» en Contemporary Civilization Staff of Columbia College, Columbia University (eds.), *Chapters in Western Civilization*, Nueva York, Columbia Univ. Press.
- _____. (1981), *Structures of Everyday Life, Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, Nueva York, Harper Collins Publisher.
- _____. (1984), «Une vie pour l'histoire», *Magazine Littéraire*, núm. 212, pp. 18-24.
- Braverman, H. (1974), *Labor and Monopoly Capital*, Nueva York, Monthly Review Press [ed. cast.: *Trabajo y capital monopolista*, Ciudad de México, Nuestro Tiempo, 1974].
- Brecher, J. (2017), *Against Doom*, Oakland, PM Press.
- Brenner, N. (2020), *New Urban Spaces*, Oxford, Oxford University Press.
- Brenner, N., y N. Katsikis (2020), «Operational Landscapes: Hinterlands of the Capitalocene», *Architectural Design*, núm. 90, pp. 22-31.
- Brenner, R. (1976), «Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe», *Past & Present*, núm. 70, pp. 30-75.
- _____. (1977), «The origins of capitalist development: a critique of neo-Smithian Marxism», *New Left Review*, núm. 104, pp. 25-92.
- _____. (2001), «The Low Countries in the Transition to Capitalism», *Journal of Agrarian Change*, núm. 1, febrero, pp. 169-241.
- Briggs, C. (1931), «The Decline of the Garvey Movement», *The Communist*, núm. 10, pp. 547-52.

- Brockington, D. (2002), *Fortress Conservation*, Bloomington, Indiana University Press.
- Brooke, J. L. (2014), *Climate Change and the Course of Global History: A Rough Journey*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Brubaker, R. (2004), *Ethnicity Without Groups*, Cambridge, Harvard University Press.
- Buckminster Fuller, R. (1969), *Operating Manual for Spaceship Earth*, Carbondale, Southern Illinois University Press.
- Burckhardt, J. (1979), *Reflections on History*, Indianápolis, Liberty Fund Inc.
- Büscher, B., y R. Fletcher (2015), «Accumulation by Conservation», *New Political Economy*, núm. 20, pp. 273-298.
- Bush, R. (1981), «Racism and the Rise of the Right», *Contemporary Marxism*, núm. 4, pp. 40-47.
- Burkett, P. (1999), *Marx and Nature*, Nueva York, St. Martin's Press.
- Cameron, C. M., P. Kelton y A. C. Swedlund (eds.) (2015), *Beyond Germs. Native Depopulation in North America*, Tucson, University of Arizona Press.
- Campbell, C., M. Niblett y K. Oloff (eds.) (2021), *Literary and Cultural Production, World-Ecology, and the Global Food System*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Carr, E. H. (1961), *What is History?*, Londres, Macmillan.
- Carson, R. (1962), *Silent Spring*, Boston, Houghton Mifflin [ed. cast.: *Primavera silenciosa*, Barcelona, Crítica, 2014].
- Carchedi, G., y M. Roberts (2013), «The Long Roots of the Present Crisis: Keynesians, Austerians, and Marx's Law», *World Review of Political Economy*, núm. 4, pp. 86-115.
- Catton, W. R. (1980), *Overshoot*, Urbana, Univ. of Illinois Press.
- Ceballos, G., et al. (2015), «Accelerated modern human-induced species losses», *Science Advances*, núm. 1.
- Chakrabarty, D. (2009), «The climate of history: Four theses», *Critical Inquiry*, núm. 35, pp. 197-222.
- _____ (2014), «Climate and capital: On conjoined histories», *Critical Inquiry*, núm. 41, pp. 1-23.
- _____ (2021), *The Climate of History in a Planetary Age*, Chicago, University of Chicago Press.
- Childe, V. G. (1951), *Man Makes Himself*, Nueva York, New American Library.
- Chomsky, N. (2017), *The Responsibility of Intellectuals*, Nueva York, The New Press.
- Chomsky, N. y E. S. Herman (1979), *The Washington connection and Third World Fascism*, Boston, South End Press.
- Christophers, B. (2020), *Rentier Capitalism: Who Owns the Economy, and Who Pays for It?*, Londres, Verso.
- Chwałczyk, F. (2020), «Around the Anthropocene in Eighty Names», *Sustainability*, núm. 12, pp. 44-58.
- Cockburn, A. (1996), *The Golden Age Is in Us: Journeys and Encounters (1987-1994)*, Londres, Verso.
- Clark, J. P. (1989), «Marx's Inorganic Body», *Environmental Ethics*, núm. 11, pp. 243-258.

- Collard, R.-C., y J. Dempsey (2020), «Two Icebergs», *Environment and Planning A*, núm. 52, pp. 237-247.
- Collis, S. (2014), «Notes Towards a Manifesto of the Biotariat», *Beating the Bounds*, disponible en [https://beatingthebounds.com/\(2014\)/07/25/notes-towards-a-manifesto-of-the-biotariat/](https://beatingthebounds.com/(2014)/07/25/notes-towards-a-manifesto-of-the-biotariat/)
- _____ (2016), *Once in Blockadia*, Vancouver, TalonBooks.
- Commoner, B. (1971), *The Closing Circle*. Nueva York, Bantam [ed. cast.: *El círculo que se cierra*, Madrid, Plaza y Janés, 1973].
- Cowen, T. (2011), *The Great Stagnation: How America Ate All The Low-Hanging Fruit of Modern History, Got Sick, and Will, Eventually, Feel Better*, Boston, Dutton.
- Crawford, N. C. (2019), *Pentagon fuel use, climate change, and the costs of war*, Documento de trabajo, Watson Institute, Brown University.
- Crosby, Jr., A. W. (1997), *The Measure of Reality*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Crutzen, P. J., y E. F. Stoermer (2000), «The Anthropocene», *IGBP [International Geosphere-Biosphere Programme] Newsletter*, núm. 41, pp. 17-18.
- Crutzen, P. J. (2002), «Geology of Mankind», *Nature*, núm. 415.
- Daily, G. C., P. R. Ehrlich, H. A. Mooney y A. H. Ehrlich (1991), «Greenhouse economics: learn before you leap», *Ecological Economics*, núm. 4, pp. 1-10.
- Dale, G. (2010), *Karl Polanyi: The Limits of the Market*, Cambridge, Polity.
- Davis, R. (1970), «Up Agnew Country», en National Staff of Environmental Action (ed.), *Earth Day-The Beginning: A Guide to Survival*, Nueva York, Bantam, pp. 87-88.
- Davies, C. B. (2007), *Left of Karl Marx*, Durham, Duke University Press.
- _____ (ed.) (2010), *Claudia Jones: Beyond Containment*, Londres, Ayebia.
- Dauvergne, P. (2016), *The Environmentalism of the Rich*, Cambridge, MIT Press.
- Dawson, A. (2016), *Extinction*, Nueva York, OR Books.
- Dean, J. (2012), *The Communist Horizon*, Londres, Verso [ed. cast.: *El horizonte comunista*, Barcelona, Bellaterra, 2020].
- Deese, R. S. (2009), «The artifact of nature: Spaceship Earth and the dawn of global environmentalism», *Endeavour*, núm. 33, pp. 70-75.
- Degroot, D. (2018), *The Frigid Golden Age*, Cambridge, Cambridge Univ. Press.
- De la Cadena, M. (2015), *Earth Beings: Ecologies of Practice Across Andean Worlds*, Durham, Duke University Press.
- De Loughry, T. (2019), «Polymeric chains and petrolic imaginaries: world literature, plastic, and negative value», *Green Letters*, núm. 23, pp. 179-193.
- Descartes, R. (2006), *A discourse on the method of correctly conducting one's reason and seeking truth in the sciences*, Oxford, Oxford University Press [ed. cast.: *El discurso del método*, Oviedo, KRK, 2023].
- De Ste Croix, G. E. M. (1981), *Class Struggle in the Ancient Greek World: From the Archaic Age to the Arab Conquests*, Ithaca, Cornell University Press.
- Diamond, J. (2005), *Collapse: How Societies Choose to Fail or Succeed*, Nueva York, Viking.
- Dixon, M. (1977), «On the Super-Exploitation of Women», *Synthesis*, núm. 1, pp. 1-11.

- _____ (2012) «Phosphate Rock Frontiers: Nature, Labor, and Imperial States, from 1870 to World War II», *Critical Historical Studies*, núm. 8, pp. 271-307.
- Dixon, M., E. Martínez, Ed McCaughan y S. Jonas (1983), «Chicanas and Mexicanas Within a Transnational Working Class», *Review*, núm. 7, pp. 109-150.
- Dollinger, G. (1996), *Striking Flint: Genora, Johnson, Dollinger Remembers the 1936-37 General Motors Sit-Down Strike as told to Susan Rosenthal*, Chicago, L. P. Page.
- Dowie, M. (1996), *Losing Ground: American Environmentalism at the Close of the Twentieth Century*, Cambridge, MIT Press.
- Drake, B. L. (2017), «Changes in North Atlantic Oscillation drove Population Migrations and the Collapse of the Western Roman Empire», *Scientific Reports*, núm. 7, pp. 12-27.
- Dryzek, J. S., y J. Pickering (2019), *The politics of the Anthropocene*, Oxford, Oxford Univ. Press.
- Du Bois, W. E. B. (1935), *Black Reconstruction in America 1860-1880*, Nueva York, Atheneum [ed. cast.: *La Reconstrucción negra en EEUU*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2025].
- Dunaway, W. A. (2001), «The Double Register of History», *Journal of World-Systems Research*, núm. 7, pp. 2-29.
- Dunaway, F. (2008), «Gas Masks, Pogo, and the Ecological Indian: Earth Day and the Visual Politics of American Environmentalism», *American Quarterly*, núm. 60, pp. 67-99.
- Duque Garcia, C. A. (2023), «Unpaid Housework and Super-Exploitation of Labor», *Review of Social Economy*, núm. 81, pp. 549-573.
- Dussel, E. (2002), *Toward an Unknown Marx*, Nueva York, Routledge.
- Ehrlich, P. R. (1968), *The Population Bomb*, Nueva York, Bantam.
- Ehrlich, P. R., y A. H. Ehrlich (1972), *Population, Resources, Environment*, 2ª ed., San Francisco, W. H. Freeman.
- Ehrlich, P. R., L. Bilderback y A. H. Ehrlich (1979), *The Golden Door: International Migration, Mexico, and the United States*, Nueva York, Ballantine.
- Ehrlich, P. R., y A. H. Ehrlich (1989), «The Environmental Dimensions of National Security», en J. Rotblat y V. I. Goldanskii (eds.), *Global Problems and Common Security*, Berlín, Springer, pp. 180-190.
- Eichen, J. R. (2020), «Cheapness and Labor-Power», *Environment and Planning D*, núm. 38, pp. 35-52.
- Elichirigoity, F. (1999), *Planet Management: Limits to Growth, Computer Simulation, and the Emergence of Global Spaces*, Evanston, Northwestern University Press.
- Elliot, J. H. (1996), *Imperial Spain 1469-1716*, Nueva York, Mentor [ed. cast.: *La España imperial 1469-1716*, Barcelona, Vicens Vives, 1979].
- Engels, F. (1895), «Engels to J. Bloch in Königsberg», *Marxist Internet Archive*, disponible en https://www.marxists.org/archive/marx/works/1890/letters/90_09_21.htm.
- Engels, F. (1926), *The Peasant War in Germany*, Nueva York, International Publishers.

- _____ (1987), «Dialectics of Nature», en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, vol. 25, Nueva York, International Publishers, pp. 313-590.
- _____ (1987), «Anti-Dühring: Herr Eugen Dühring's Revolution in Science», en K. Marx y F. Engels, *Collected Works*, Vol. 25, Nueva York, International Publishers.
- Escobar, A. (2011), *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press.
- Escobar, A. (2018), *Designs for the Pluriverse: Radical Interdependence, Autonomy, and the Making of Worlds*, Durham, Duke University Press.
- Evelyn, J. (1908), *Sylva, or A Discourse of Forest Trees*, Londres, Arthur Doubleday & Company.
- Faber, D. (1992), «Imperialism, Revolution, and the Ecological Crisis of Central America», *Latin American Perspectives*, núm. 19.
- Fanon, F. (1963), *The Wretched of the Earth*, Nueva York, Grove [ed. cast.: *Los condenados de la Tierra*, Tafalla, Txalaparta, 2022].
- _____ (1967), *Toward the African Revolution*, Nueva York, Monthly Review Press
- Federici, S. (2004), *Caliban and the Witch*, Brooklyn, Autonomedia [ed. cast.: *Calibán y la bruja*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010].
- _____ (2004), «The Great Caliban: The Struggle Against the Rebel Body, Part II», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 15, pp. 13-28.
- _____ (2010), *Revolution at Point Zero*, Oakland, PM Press [ed. cast.: *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2013].
- Ferguson, J. (1990), *The Anti-Politics Machine*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Ferrando, T. et al. (2021), «Capitalizing on Green Debt», *Journal of World-Systems Research*, núm. 27, pp. 410-438.
- Fields, B. J. (1990), «Slavery, Race and Ideology in the United States of America», *New Left Review*, núm. 181, pp. 95-118.
- Fields, B. J., y K. E. Fields (2012), *Racecraft*, Londres, Verso.
- Fick, C. (2000), «Emancipation in Haiti: From Plantation Labour to Peasant Proprietorship», *Slavery & Abolition*, núm. 21, pp. 11-40.
- Forchtner, B. (ed.) (2019), *The Far Right and the Environment*, Nueva York, Routledge.
- Frank, A. G. (1967), *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Frank, A. G. (1981), *Reflections on the World Economic Crisis*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Frank, A. G. (1988), *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press.
- Fraser, N. (2014), «Behind Marx's Hidden Abode», *New Left Review*, núm. 86, pp. 55-72.
- _____ (2019), *The Old Is Dying and the New Cannot Be Born*, Londres, Verso.
- Freudenthal, G., y P. McLaughlin (eds.) (2009), *The Social and Economic Roots of the Scientific Revolution: Texts by Boris Hessen and Henryk Grossmann*, Dordrecht, Springer.

- Fuller, R. B. (1969), *Operating Manual for Spaceship Earth*, Carbondale, Southern Illinois University Press.
- Foster, J. B. (1989), *Age of Restructuring, Instability and Change in the World Economy*, Nueva York, Monthly Review Press.
- ____ (1992), «The Absolute General Law of Environmental Degradation Under Capitalism», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 3, pp. 77-86.
- ____ (1994), *The Vulnerable Planet: A Short Economic History of the Environment*, Nueva York, Monthly Review Press.
- ____ (1999), *Marx's Ecology*, Nueva York, Monthly Review Press [ed. cast.: *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza*, Barcelona, El Viejo Topo, 2024].
- ____ (2013), *The Ecological Revolution: Making Peace with the Planet*, Nueva York, Monthly Review Press.
- ____ (2016), «In Defense of Ecological Marxism: John Bellamy Foster Responds to a Critic», *Climate & Capitalism*, disponible en: <https://climateandcapitalism.com/2016/06/06/in-defense-of-ecological-marxism-john-bellamy-foster-responds-to-a-critic/>.
- Foster, J. B., y M. D. Yates (2014), «Piketty and the Crisis of Neoclassical Economics», *Monthly Review*, núm. 66, pp. 1-24.
- Fulbright, J. W. (1970), *The War and Its Effects: The Military-Industrial-Academic Complex*, en H. I. Schiller (ed.), *Super-State: Readings in the Military-Industrial Complex*, Urbana, University of Illinois Press, pp. 171-178.
- Fukuyama, F. (1989), «The End of History?», *National Interest*, núm. 16, pp. 3-18.
- Gibson, K. (2021), *Subsumption as Development: A World-Ecological Critique of the South Korean "Miracle"*, tesis doctoral, Environmental Studies, York University.
- Gleijeses, P. (2002), *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*, Durham y Londres, University of North Carolina Press.
- Grosfoguel, R. (2002), «Colonial Difference, Geopolitics of Knowledge, and Global Coloniality in the Modern/Colonial Capitalist World-System», *Review*, núm. 25, pp. 203-224.
- Guha, R. (2000), *Environmentalism: A Global History*, Nueva York, Longman.
- Good, K. (1976), «Settler Colonialism», *Journal of Modern African Studies*, núm. 14, pp. 597-620.
- Gramsci, A. (1971), *Selections from the Prison Notebooks*, Nueva York, International Publishers.
- Goldberg, M. P. (1970), «The Economic Exploitation of Women», *Review of Radical Political Economics*, núm. 2, pp. 35-47.
- Gordon, D. M., R. Edwards y M. Reich, (1982), *Segmented Work, Divided Workers*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gorz, A. (1970), «Immigrant Labour», *New Left Review*, núm. I/61, pp. 28-31.
- Gadgil, M. y R. Guha (1994), *This Fissured Land: An Ecological History of India*, Oxford, Oxford Paperbacks.
- Gaffney, M., C. Ravenscroft, y C. Williams (2020), «Capitalism and Planetary Justice in the Web of Life: An Interview with J. W. Moore», *Polygraph*, núm. 28, pp. 161-182.
- Gordon, R. J. (2016), *The Rise and Fall of American Growth: The U.S. Standard of Living since the Civil War*, Princeton, Princeton University Press.

- Graham, J. (2017), «A Country with Land but No Habitat: Women, Violent Accumulation and Negative-Value in Yvonne Vera's *The Stone Virgins*», *Journal of Postcolonial Writing*, núm. 53, pp. 355-366.
- Gore, A. (1992), *Earth in the Balance: Ecology and the Human Spirit*, Nueva York, Houghton Mifflin.
- Gore, T. (2020), «Confronting Climate Inequality», *Oxfam Media Briefing*, 21 de septiembre.
- Gottlieb, R. (2005), *Forcing the Spring*, Washington, Island Press.
- Gilbert, D., R. Gottlieb y G. Tenney (2011), «The "Port Authority Statement" (1967)», en C. Davidson (ed.), *Revolutionary Youth & the New Working Class*, Pittsburgh, Changemaker, pp. 52-127.
- Genovese, E. D. (1981), *From Rebellion to Revolution*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.
- Geertz, C. (1963), *Agricultural Involution*, Berkeley, University of California Press.
- Goldstein, J. (2018), *Planetary Improvement*, Cambridge, MIT Press.
- Habermas, J. (1987), *Toward a Rational Society*, Cambridge, Polity.
- Hartsock, N. C. M. (1998), *The Feminist Standpoint Revisited, and Other Essays*, Boulder, Westview.
- Halsall, G. (2007), *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Hage, G. (2017), *Is Racism an Environmental Threat?*, Cambridge, Polity.
- Haraway, D. (1988), «Situated Knowledges», *Feminist Studies*, núm. 14, pp. 575-599.
- Hardin, G. (1968), «Tragedy of the Commons», *Science*, núm. 162, pp. 1243-1248.
- Hari, J. (2010), «The Wrong Kind of Green», *The Nation*, 22 de marzo.
- Harris, D. J. (1972), «The Black Ghetto as Colony», *Review of Black Political Economy*, núm. 2, pp. 3-33.
- Harris, J. F. (2019), «Davos Elites Fear They're on a Toboggan Ride to Hell», *Político*, 24 de enero.
- Harvey, D. (1982), *The Limits to Capital*, Chicago, University of Chicago Press [ed. cast.: *Los límites del capital*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2024].
- _____ (1989), *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Blackwell [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, Madrid, Amorrortu, 2008].
- _____ (1993), «The Nature of Environment: Dialectics of Social and Environmental Change», *Socialist Register*, núm. 29, pp. 1-51.
- _____ (1998), «The Geography of Class Power», *Socialist Register*, núm. 34, pp. 49-74.
- _____ (1998), «What's Green and Makes the Environment Go Round?», en F. Jameson y M. Miyoshi (eds.), *The Cultures of Globalization*, Raleigh, Duke University Press, pp. 327-355.
- _____ (2003), *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004].
- _____ (2018), «Abstract from the Concrete: Capitalism Spiraling Out of Control», en A. Andreotti y D. Benassi (eds.), *Western Capitalism in Transition*, Manchester, Manchester University Press, pp. 45-60.

- Hayes, D. (1970), «The Beginning», en Staff of Environmental Action (ed.), *Earth Day – The Beginning: A Guide to Survival*, Nueva York, Bantam.
- Haywood, H. (1993), «The Struggle for the Leninist Position on the Negro Question in the United States», *The Communist*, núm. 12, pp. 888-901.
- Headrick, D. R. (1981), *The Tools of Empire*, Oxford, Oxford University Press.
- Hechter, M. (1977), «Lineages of the Capitalist State», *American Journal of Sociology*, núm. 82, pp. 1057-1074.
- Heede, R. (2019), *Carbon Majors: Updating Activity Data, Adding Entities, & Calculating Emissions*, Snowmass, Carbon Accountability Institute.
- Heller, A. (2010), «Radical Evil in Modernity», *Thesis Eleven*, núm. 10, pp. 106-117.
- Higginbottom, A. (2023), «Superexploitation and the Imperialist Drive of Capitalism», *Monthly Review*, núm. 74, pp. 29-53.
- Hill, C. (1972), *The World Turned Upside Down*, Nueva York, Viking.
- Hilton, R. H. (1951), «Y eut-il une crise générale de la féodalité?», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, núm. 6, pp. 23-30.
- Hilton, R. H. (ed.) (1976), *The Transition from Feudalism to Capitalism*, Londres, New Left Books.
- Hixson, W. (2013), *American Settler Colonialism: A History*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Hobsbawm, E. J. (1962), *Age of Revolution*, Cleveland, World Publishing Co. [ed. cast.: *La era de la revolución*, Barcelona, Crítica, 2011].
- Holt, D. H. (2011), «Germania and Climate Variability in 3rd and 4th Centuries A. D.: A Methodological Approach to Dendroclimatology and Human Migration», *Physical Geography*, núm. 32, pp. 241-268.
- Hopkins, T. K. (1982), «World-Systems Analysis», en T. K. Hopkins y I. Wallerstein (eds.), *World-Systems Analysis: Theory and Methodology*, Beverly Hills, Sage, pp. 145-158.
- Huber, M. T. (2022), *Climate Change as Class War*, Londres, Verso.
- Huntington, S. P. (1993), «The Clash of Civilizations?», *Foreign Affairs*, núm. 72, pp. 22-49.
- Ingham, J. (2010), «Plea for a Bigger Navy to Keep Out Climate Immigration», *The Express*, 31 de mayo.
- Innes, M. (2007), *Introduction to Early Medieval Western Europe, 300-900: The Sword, the Plough and the Book*, Londres, Routledge.
- IPCC (2021), *Climate Change (2021): The Physical Science Basis (Summary for Policymakers)*, Nueva York, Naciones Unidas, SPM-5.
- Jakes, A. G. (2020), *Egypt's Occupation: Colonial Economism and the Crises of Capitalism*, Stanford, Stanford University Press.
- Jacks, G. y R. Whyte (1939), *Vanishing Lands: A World Survey of Soil Erosion*, Nueva York, Doubleday.
- James, C. L. R. (1938), *The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution*, Nueva York, Vintage Books [ed. cast.: *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*, Pamplona, Katakak, 2022].
- Johnson, W. (2004), «The Pedestal and the Veil: Rethinking the Capitalism/Slavery Question», *Journal of the Early Republic*, núm. 24, pp. 299-308.

- Jones, D. S. (2014), «Epidemics in Indian Country», en *Oxford Research Encyclopedia of American History*, Oxford, Oxford University Press.
- Kant, I. (1963), «Idea for a Universal History from a Cosmopolitan Point of View», en L. W. Beck (ed.), *On History*, Nueva York, Bobbs-Merrill, pp. 11-26.
- King, M. L. Jr. (1952), «To Coretta Scott», carta, 18 de julio, disponible en: <https://kinginstitute.stanford.edu/king-papers/documents/coretta-scott>.
- _____ (1967), «Beyond Vietnam: A Time to Break the Silence», conferencia pública, Riverside Church, Nueva York, 4 de abril, disponible en: <https://wilpfus.org/sites/default/files/docs/5-MLK-Beyond-Vietnam-speech-in-sections.pdf>.
- _____ (1967), «America's Chief Moral Dilemma», conferencia pública, Hungry Club Forum, Atlanta, 10 de mayo, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=IAYGYmXOAYg>.
- _____ (1967), «Christmas Sermon on Peace and Nonviolence», Ebenezer Baptist Church, Atlanta, 24 de diciembre, disponible en: <https://www.organism.earth/library/document/christmas-sermon-on-peace>.
- _____ (1986), «Where Do We Go from Here?», en J. Melvin (ed.), *A Testament of Hope*, Washington, Harper & Row, pp. 245-52.
- Klein, N. (1999), *No Logo*, Nueva York, Knopf [ed. cast.: *No Logo*, Barcelona, Paidós, 2002].
- _____ (2007), *The Shock Doctrine*, Nueva York, Metropolitan [ed. cast.: *La doctrina del shock*, Barcelona, Paidós, 2007].
- _____ (2014), *This Changes Everything*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Kleinod, M. (2020), «Crossing a Twister: On Malm's *The Progress of This Storm* (2018)», *Historical Materialism* blog, 23 de octubre, disponible en: [https://www.historical-materialism.org/book-review/crossing-twister-malms-progress-this-storm-\(2018\)](https://www.historical-materialism.org/book-review/crossing-twister-malms-progress-this-storm-(2018)).
- Koch, A. et al. (2019), «Earth System Impacts of the European Arrival and Great Dying in the Americas after 1492», *Quaternary Science Reviews*, núm. 207, pp. 13-36.
- Koepke, N. y J. Baten (2008), «Agricultural Specialization and Height in Ancient and Medieval Europe», *Explorations in Economic History*, núm. 45, pp. 127-146.
- Ladurie, E. L. R. y V. Daux (2008), «The Climate in Burgundy and Elsewhere, from the Fourteenth to the Twentieth Century», *Interdisciplinary Science Reviews*, núm. 33, pp. 10-24.
- Latour, B. (1988), *The Pasteurization of France*, Cambridge, Harvard University Press.
- _____ (1993), *We Have Never Been Modern*, Cambridge, Harvard University Press [ed. cast.: *Nunca fuimos modernos. Ensayos de antropología simétrica*, Madrid, Siglo XXI, 2021].
- _____ (2018), *Down to Earth: Politics in the New Climatic Regime*, Cambridge, Polity [ed. cast.: *Donde aterrizar. Cómo orientarse en política*, Madrid, Taurus, 2019].
- Lecours, A. (2005), *New Institutionalism*, Toronto, University of Toronto Press.
- Lenin, V. I. (1961), «What Is to Be Done?», en *Collected Works*, vol. 5, Moscú, Progress Publishers, pp. 347-520.

- _____ (1964), *The Development of Capitalism in Russia*, Moscú, Progress Publishers [ed. cast.: *El desarrollo del capitalismo en Rusia en Obras completas*, tomo 3, Madrid, Akal, 1979].
- Lewit, T. (2005), «Bones in the Bathhouse: Re-Evaluating the Notion of “Squatter Occupation” in 5th-7th Century Villas», en G. P. Brogiolo, A. Chavarría Arnau y M. Valenti (eds.), *Dopo la fine delle ville: Le campagne dal VI al IX secolo*, Mantua, Società Archeologica, pp. 251-262.
- _____ (2009), «Pigs, Presses and Pastoralism: Farming in the Fifth to Sixth Centuries AD», *Early Medieval Europe*, núm. 17, pp. 77-91.
- Levins, R. y R. Lewontin (1985), *The Dialectical Biologist*, Cambridge, Harvard University Press.
- Lewis, S. L. y M. A. Maslin (2018), *The Human Planet*, Londres, Pelican.
- _____ (2015), «Defining the Anthropocene», *Nature*, núm. 519, pp. 171-80.
- Lewontin, R., S. Rose y L. J. Kamin (1984), *Not in Our Genes*, Nueva York, Pantheon [ed. cast.: *No está en los genes*, Barcelona, Crítica, 1987].
- Lilley, S., D. McNally, E. Yuen y J. Davis (2012), *Catastrophism*, Oakland, PM Press.
- Liu, C. M. (2021), *The Virtue Hoarders*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- Linebaugh, P. y M. Rediker (2000), *The Many-Headed Hydra*, Boston, Beacon [ed. cast.: *La hidra de la revolución*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022].
- Lobell, D. B., W. Schlenker y J. Costa-Roberts (2011), «Climate Trends and Global Crop Production Since 1980», *Science*, núm. 333.
- Lotta, R. (1985), «The Political Economy of Apartheid and the Strategic Stakes of Imperialism», *Race & Class*, núm. 27, pp. 17-34.
- Löwy, M. (2015), *Ecosocialism: A Radical Alternative to Capitalist Catastrophe*, Chicago, Haymarket Books.
- Lukács, G. (1971), *History and Class Consciousness*, Cambridge, MIT Press [ed. cast.: *Historia y conciencia de clase. Estudios de dialéctica marxista*, Madrid, Siglo XXI, 2021].
- Luxemburg, R. (1970), *The Accumulation of Capital*, Nueva York, Monthly Review Press [ed. cast.: *La acumulación de capital*, 2 vols., Barcelona, Orbis, 1985].
- Magdoff, H. (1978), *Imperialism*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Maito, E. E. (2018), «The Tendency of the Rate of Profit to Fall Since the Nineteenth Century and a World Rate of Profit», en G. Carchedi y M. Roberts (eds.), *World in Crisis: A Global Analysis of Marx's Law of Profitability*, Chicago, Haymarket Books, pp. 140-167.
- Malm, A. (2016), *Fossil Capital: The Rise of Steam Power and the Roots of Global Warming*, Londres, Verso [ed. cast.: *Capital fósil*, Madrid, Capitán Swing, 2021].
- Malm, A. (2018), *Progress of This Storm*, Londres, Verso.
- Mamdani, M. (2012), *Define and Rule*, Cambridge, Harvard University Press.
- Mandel, E. (1999), *Late Capitalism*, Londres, Verso [ed. cast.: *El capitalismo tardío*, Barcelona, Verso Libros, 2023].
- Mann, M. E. (2002), «Little Ice Age», en M. C. MacCracken y J. S. Perry (eds.), *Encyclopedia of Global Environmental Change, Vol. 1: The Earth System: Physical and Chemical Dimensions of Global Environmental Change*, Nueva York, John Wiley & Sons, pp. 504-509.

- Mao Tse-Tung (2007), *On Practice and Contradiction*, Londres, Verso.
- Marini, R. M. (1973), *Dialéctica de la dependencia*, Ciudad de México, Era.
- Marini, R. M. (1974), *Subdesarrollo y Revolución*, Ciudad de México, Siglo XXI Editores.
- Marx, K. (1970), *Critique of Hegel's «Philosophy of Right»*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. cast.: *De la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Madrid, Gedisa, 2003].
- _____ (1970), *Critique of the Gotha Programme*, Moscú, Progress Publishers.
- _____ (1971), *Theories of Surplus Value, vol. 3*, Moscú, Progress Publishers [ed. cast.: *Teorías sobre la plusvalía*, Ciudad de México, FCE, 1998].
- _____ (1973), *Grundrisse*, Nueva York, Vintage [ed. cast.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, trad. Pedro Scarón, Miguel Murmis y José Aricó, Ciudad de México y Buenos Aires, Siglo XXI, 1972].
- _____ (1975), «*Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*», en K. Marx y F. Engels, *Collected Works, vol. 3*, Londres, Lawrence & Wishart, pp. 229-346. *Capital*, Nueva York, Penguin [ed. cast.: *El capital*, trad. Pedro Scarón, Ciudad de México, Siglo XXI, 2017].
- _____ (1977) *Capital*, Nueva York, Penguin [ed. cast.: *El capital*, trad. Pedro Scarón et al., Madrid, Siglo XXI, 2017].
- Marx, K. y F. Engels (2002), «The Manifesto of the Communist Party», en G. S. Jones (ed.), *The Communist Manifesto*, Nueva York, Penguin [ed. cast.: *Manifiesto comunista*, Barcelona, Verso, 2023].
- Marx, K. y J. Guesde (1880), «The Program of the Parti Ouvrier», *Marx-Engels Internet Archive*, disponible en: <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1880/05/parti-ouvrier.htm>.
- Mateos, O. (2021), «Understanding Niger Delta's Violence from a World-Ecology Perspective», *Revista de Estudios en Seguridad Internacional*, núm. 7, pp. 29-43.
- McBrien, J. (2016), «Accumulating Extinction: Planetary Catastrophism in the Necrocene», en J. W. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*, Oakland, PM Press, pp. 116-137.
- McCormick, M. et al. (2012), «Climate Change During and After the Roman Empire: Reconstructing the Past from Scientific and Historical Evidence», *The Journal of Interdisciplinary History*, núm. 43, pp. 169-220.
- McLuhan, M. (1974), «At the Moment of Sputnik the Planet Became a Global Theater in Which There Are No Spectators but Only Actors», *Journal of Communication*, núm. 24, pp. 48-58.
- McMichael, P. (1984), *Settlers and the Agrarian Question: Capitalism in Colonial Australia*, Cambridge, Cambridge University Press.
- McNally, D. (1993), *Against the Market*, Londres, Verso.
- McNeill, W. H. (1976), *Plagues and Peoples*, Garden City, Doubleday.
- McNeill, J. R. y P. Engelke (2016), *The Great Acceleration*, Cambridge, Harvard University Press.
- Meadows, D. H., D. L. Meadows, J. Randers y W. W. Behrens (1972), *The Limits to Growth*, Nueva York, Universe Books [ed. cast.: *Los límites del crecimiento*, Ciudad de México, FCE, 1973].

- Meillassoux, C. (1981), *Maidens, Meal and Money*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. cast.: *Mujeres, graneros y capitales*, Madrid, Siglo XXI, 2013].
- Merchant, C. (1980), *The Death of Nature*, San Francisco, Harper & Row.
- Meyer, W. B. (2016), *The Progressive Environmental Prometheans*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Mies, M. (1986), *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, Londres, Zed [ed. cast.: *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019].
- Mignolo, W. D. (1995), *The Darker Side of the Renaissance*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
- _____ (2011), *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options*, Durham, Duke University Press.
- _____ (2012), *Local Histories / Global Designs*, Princeton, Princeton University Press [ed. cast.: *Historias locales / diseños globales*, Madrid, Akal, 2003].
- _____ (2018), «Forward: On Pluriversality and Multipolarity», en B. Reiter (ed.), *Constructing the Pluriverse: The Geopolitics of Knowledge*, Durham, Duke University Press.
- Mignolo, W. D. y M. Ennis (2001), «Coloniality at Large», *CR: The New Centennial Review*, núm. 1, pp. 19-54.
- Miller, T., N. Buxton y M. Akkerman (2021), *The Global Climate Wall*, Ámsterdam, Transnational Institute.
- Mintz, S. W. (1978), «Was the Plantation Slave a Proletarian?», *Review Fernand Braudel Center*, núm. 2, pp. 81-98.
- _____ (1985), *Sweetness and Power*, Nueva York, Penguin.
- Molinero Gerbeau, Y., G. Avallone y J. W. Moore (eds.) (2021a), «Ecología-mundo, capitaloceno y acumulación global. Parte 1», *Relaciones Internacionales*, núm. 46.
- _____ (2021b), «Ecología-mundo, capitaloceno y acumulación global. Parte 2», *Relaciones Internacionales*, núm. 47.
- Montrie, C. (2011), *A People's History of Environmentalism in the United States*, Nueva York, Continuum.
- Moore, J. W. (2000a), «Environmental Crises and the Metabolic Rift in World-Historical Perspective», *Organization & Environment*, núm. 13, pp. 123-158.
- _____ (2000b), «Sugar and the Expansion of the Early Modern World-Economy: Commodity Frontiers, Ecological Transformation, and Industrialization», *Review: A Journal of the Fernand Braudel Center*, núm. 23, pp. 409-433.
- _____ (2000c), «Marx and the Historical Ecology of Capital Accumulation on a World Scale: A Comment on Alf Hornborg's *Ecosystems and World Systems: Accumulation as an Ecological Process*», *Journal of World-Systems Research*, núm. 6, pp. 133-138.
- _____ (2001), «Marx's Ecology and the Environmental History of World Capitalism», *Capitalism Nature Socialism*, núm. 12, pp. 134-139.
- _____ (2003a), «Nature and the Transition from Feudalism to Capitalism», *Review*, núm. 26, pp. 97-172.
- _____ (2003b), «The Modern World-System as Environmental History? Ecology and the Rise of Capitalism», *Theory & Society*, núm. 32, pp. 307-377.

- _____ (2003), «Ecology and Imperialism», *Monthly Review*, núm. 55, pp. 58-62.
- _____ (2003), «Capitalism as World-Ecology: Braudel and Marx on Environmental History», *Organization & Environment*, núm. 16, pp. 431-458.
- _____ (2004), «Conceptualizing World Environmental History: The Contribution of Immanuel Wallerstein», en G. Backhouse y J. Murungi (eds.), *Earth Ways: Framing Geographical Meanings*, Londres, Lexington Books, pp. 23-42.
- _____ (2004), «Metabolic Rifts, East and West? Socio-Ecological Crises, from the Rise of the West to the Resurgence of East Asia», *PEWS News, Newsletter of the Political Economy of the World-System Section*, Washington DC.
- _____ (2007), *Ecology and the Rise of Capitalism*, tesis doctoral, Berkeley, University of California.
- _____ (2007), «Silver, Ecology, and the Origins of the Modern World, 1450-1640», en J. R. McNeill, J. Martinez-Alier y A. Hornborg (eds.), *Environmental History: World System History and Global Environmental Change*, Lanham, AltaMira Press, pp. 123-142.
- _____ (2008), «Ecological Crises and the Agrarian Question in World-Historical Perspective», *Monthly Review*, núm. 60, pp. 54-63.
- _____ (2008), «Madeira, Sugar, and the Conquest of Nature in the “First” Sixteenth Century: Part I: From “Island of Timber” to Sugar Revolution», *Review: Fernand Braudel Center*, núm. 32, pp. 345-390.
- _____ (2010a), «Amsterdam Is Standing on Norway: The Alchemy of Capital, Empire, and Nature in the Diaspora of Silver, 1545-1648», *Journal of Agrarian Change*, núm. 10, pp. 35-71.
- _____ (2010b), «Amsterdam Is Standing on Norway, Part II: The Global North Atlantic in the Ecological Revolution of the Seventeenth Century», *Journal of Agrarian Change*, núm. 10, pp. 188-227.
- _____ (2010c), «End of the Road? Agricultural Revolutions in the Capitalist World-Ecology, 1450-2010», *Journal of Agrarian Change*, núm. 10, pp. 389-413.
- _____ (2010d), «This Lofty Mountain of Silver Could Conquer the Whole World: Potosí and the Political Ecology of Underdevelopment, 1545-1800», *Journal of Philosophical Economics*, núm. 4, pp. 58-103.
- _____ (2015a), *Capitalism in the Web of Life*, Londres, Verso [ed. cast.: *El capitalismo en la trama de la vida*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2016].
- _____ (2015b), «Nature in the Limits to Capital and Vice Versa», *Radical Philosophy*, núm. 193, pp. 9-19.
- _____ (2015c), «Cheap Food and Bad Climate: From Surplus Value to Negative Value in the Capitalist World-Ecology», *Critical Historical Studies*, núm. 2, pp. 1-43.
- _____ (2016) (ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*, Oakland, PM Press.
- _____ (2017a), «Metabolic Rift or Metabolic Shift? Dialectics, Nature, and the World-Historical Method», *Theory & Society*, núm. 46, pp. 285-318.
- _____ (2017b), «World Accumulation and Planetary Life, or, Why Capitalism Will Not Survive Until the “Last Tree Is Cut”», *IPPR Progressive Review*, núm. 24, pp. 176-204.

- _____ (2017c), «The Capitalocene, Part I: On the Nature and Origins of Our Ecological Crisis», *Journal of Peasant Studies*, núm. 44.
- _____ (2018a), «The Capitalocene, Part II: Accumulation by Appropriation and the Centrality of Unpaid Work/Energy», *The Journal of Peasant Studies*, núm. 45, pp. 237-279.
- _____ (2021a) «The Most Dangerous Words: Man, Nature, and Civilizing Project», no publicado, World-Ecology Research Group, Binghamton University.
- _____ (2021b) «Das Planetare Proletariat im Planetaren Inferno», *LfB: Literaturforum im Brecht-Haus*, núm. 7, pp. 4-11.
- _____ (2021c) «La crisis climática es una lucha de clases», *Jacobin América Latina*, núm. 3, otoño invierno austral, pp. 59-63.
- _____ (2021d) «Empire, Class & The Origins Of Planetary Crisis: The Transition Debate in the Web of Life», *Esboços: Histories in Global Contexts*, núm. 28, pp. 740-763.
- Morgan, J. (2004), *Laboring Women: Reproduction and Gender in New World Slavery*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Murray, P. (2013), *Marx's Theory of Scientific Knowledge*, Búfalo, Prometheus Books.
- Nading, A. (2019), «The Heat of Work: Dissipation, Solidarity, and Kidney Disease in Nicaragua», en S. Besky y A. Blanchette (eds.), *How Nature Works: Rethinking Labor on a Troubled Planet*, Santa Fe, University of New Mexico Press, pp. 97-114.
- Nixon, R. M. (1970), «Annual Message to the Congress on the State of the Union», disponible en: <https://www.presidency.ucsb.edu/documents/annual-message-the-congress-the-state-the-union-2>.
- Nixon, R. (2011), *Slow Violence and the Environmentalism of the Poor*, Cambridge, Harvard University Press.
- O'Connor, J. (1998), *Natural Causes*, Nueva York, Guilford.
- OIT (2014), *Global Employment Trends, 2014: Risk of a Jobless Recovery?*, Ginebra.
- _____ (2019), *Working on a Warmer Planet: The Impact of Heat Stress on Labour Productivity and Decent Work*, Ginebra.
- O'Neill, A. (2019), «Life Expectancy from Birth in China from 1850 to 2020», *Statista*, núm. 17, disponible en: <https://www.statista.com/statistics/1041350/life-expectancy-china-all-time/>.
- Ollman, B. (1971), *Alienation: Marx's Conception of Man in a Capitalist Society*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ (1993), *Dialectical Investigations*, Nueva York, Routledge.
- _____ (2015), «Marxism and the Philosophy of Internal Relations; or, How to Replace the Mysterious "Paradox" with "Contradictions" That Can Be Studied and Resolved», *Capital & Class*, núm. 39, pp. 7-23.
- Oppenheimer, M. (1974), «The Sub-Proletariat», *Insurgent Sociologist*, núm. 4, pp. 7-20.
- Ortiz-Bobeá, A., E. Knippenberg y R. G. Chambers (2018), «Growing Climatic Sensitivity of US Agriculture Linked to Technological Change and Regional Specialization», *Science Advances*, núm. 4.

- Ortiz-Bobea, A. *et al.* (2021), «Anthropogenic Climate Change Has Slowed Global Agricultural Productivity Growth», *Nature Climate Change*, núm. 11, pp. 306-312.
- Ortiz, R. J. (2020), «Oil-Fueled Accumulation in Late Capitalism: Energy, Uneven Development, and Climate Crisis», *Critical Historical Studies*, núm. 7, pp. 205-240.
- Oster, E. (2004), «Witchcraft, Weather and Economic Growth in Renaissance Europe», *Journal of Economic Perspectives*, núm. 18, pp. 215-228.
- Otero, G., Lapegna, P. (2016), «Transgenic Crops in Latin America: Expropriation, Negative Value and the State», *Journal of Agrarian Change*, núm. 16, pp. 665-674.
- Otter, C. (2020), *Diet for a Large Planet: Industrial Britain, Food Systems, and World-Ecology*, Chicago, University of Chicago Press.
- Paige, S. (1975), *Agrarian Revolution*, Nueva York, Free Press.
- Parenti, C. (2012), «The Limits to Growth: A Book That Launched a Movement», *The Nation*, 24/31 de diciembre.
- Parenti, C. (2015), «The Environment-Making State», *Antipode*, núm. 47, pp. 829-848.
- _____ (2016), «Environment-Making in the Capitalocene: The Political Ecology of the State», en J. W. Moore (ed.), *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*, Oakland, PM Press, pp. 166-183.
- _____ (2020), *Radical Hamilton: Economic Lessons from a Misunderstood Founder*, Nueva York, Verso Books.
- _____ (1997), *Blackshirts and Reds*, San Francisco, City Lights.
- Park, L. S., y D. Pellow (2013), *The Slums of Aspen*, Nueva York, New York University Press.
- Parker, G. (1976), «The Military Revolution, 1560-1660. A Myth?», *The Journal of Modern History*, núm. 48, pp. 196-214.
- Parker, G. (2013), *Global Crisis*, New Haven, Yale University Press.
- Patel, R., J. W. Moore (2017), *A History of the World in Seven Cheap Things*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *La historia del mundo en siete cosas baratas*, Madrid, Taurus, 2024].
- Patterson, T. C. (1997), *Inventing Western Civilization*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Plumwood, V. (1993), *Feminism and the Mastery of Nature*, Nueva York, Routledge.
- Polanyi, K. (1957), *The Great Transformation*, Boston, Beacon [ed. cast.: *La gran transformación*, Barcelona, Virus, 2016].
- Pommeranz, K. (2000), *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*, Princeton, Princeton University Press.
- Prashad, V. (2008), *The Darker Nations: A People's History of the Third World*, Nueva York, The New Press [ed. cast.: *Las naciones oscuras*, Madrid, Península, 2012].
- Pröbsting, M. (2015), «Migration and Super-Exploitation», *Critique*, núm. 43, pp. 329-346.
- Pulido, L. (1996), *Environmentalism and Economic Justice*, Tucson, University of Arizona Press.
- Quijano, A. (2000), «Coloniality of Power and Eurocentrism in Latin America», *International Sociology*, núm. 15, pp. 215-232.

- Quijano, A. y I. Wallerstein (1992), «Americanity as a Concept, or the Americas in the Modern World», *International Social Science Journal*, núm. 44, pp. 549-557.
- Radovanovic, M. (2021), «How the American Empire Built Spaceship Earth, 1945-1972», ponencia presentada en la Séptima Conferencia Anual de la *World-Ecology Research Network*.
- Rai, M. (1993), «Columbus in Ireland», *Race & Class*, núm. 34, pp. 25-34.
- Raworth, K. (2014), «Must the Anthropocene Be a Manthropocene?», *The Guardian*, 20 de octubre.
- Reed, A. (2018), «Antiracism: A Neoliberal Alternative to a Left», *Dialectical Anthropology*, núm. 42, pp. 105-115.
- Richards, J. F. (2006), *The Unending Frontier: An Environmental History of the Early Modern World*, Berkeley, University of California Press.
- Ridgeway, J. (1970), *The Politics of Ecology*, Nueva York, Dutton.
- Robinson, W. I. et al. (2022), «The Cult of Cedric Robinson's *Black Marxism*», *Los Angeles Review of Books*, 3 de octubre.
- Rockström, J. et al. (2019), «Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity», *Ecology and Society*, núm. 14.
- Rockström, J. (2015), «Bounding the Planetary Future: Why We Need a Great Transition», *Great Transition Initiative*.
- Rodney, W. (1972), *How Europe Underdeveloped Africa*, Londres, Bogle-L'Ouverture [ed. cast.: *De cómo Europa subdesarrolló África*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982].
- Roberts, M. (2016), *The Long Depression: Marxism and the Global Crisis of Capitalism*, Chicago, Haymarket Books.
- Robertson, T. R. (2012), *The Malthusian Moment*, New Brunswick, Rutgers University Press.
- Robinson, C. (1983), *Black Marxism*, Londres, Zed [ed. cast.: *Marxismo negro*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021].
- Ruddiman, W. F. (2005), *Plows, Plagues, and Petroleum: How Humans Took Control of Climate*, Princeton, Princeton University Press.
- Said, E. W. (2000), «Clash of definitions», en E. W. Said (ed.), *Reflections On Exile: And Other Literary and Cultural Essays*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 569-592.
- Sale, K. (1973), *SDS*, Nueva York, Vintage.
- Saldanha, A. (2020), «Racial Capitalism and the Beginnings of the Anthropocene», *Environment and Planning D*, núm. 38, pp. 12-34.
- Salvage Collective (2021), *The Tragedy of the Worker: Towards the Proletarocene*, Londres, Verso.
- Samed, A. (1976), «The Proletarianization of Palestinian Women in Israel», *MERIP Reports*, núm. 50, pp. 10-26.
- San Juan Jr., E. (2002), *Racism and Cultural Studies*, Durham, Duke University Press.
- Sassen, S. (2014), *Expulsions: Brutality and Complexity in the Global Economy*, Cambridge, The Belknap Press [ed. cast.: *Expulsiones: brutalidad y complejidad en la economía global*, Madrid, Katz, 2015].

- Schmithüsen, F. J. (2013), «Three Hundred Years of Applied Sustainability in Forestry», *Documentos de Trabajo / Política Forestal y Economía Forestal*, Departamento de Ciencias Forestales, Serie Internacional, Zúrich, ETH/ Instituto Federal Suizo de Tecnología.
- Schroeder, C. (2000), «Third Way Environmentalism», *University of Kansas Law Review*, núm. 48.
- Schwartz, S. B. (1985), *Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835*, Cambridge, Cambridge University Press.
- _____ (1992), *Slaves, Peasants, and Rebels: Reconsidering Brazilian Slavery*, Champaign, University of Illinois Press.
- Scown, J. (2020), «World-Ecology “Among the Ooze”: *Our Mutual Friend* and the Chemistry of Sewage, Soils, and Circulation», *Journal of Literature and Science*, núm. 13.
- Secombe, W. (1992), *A Millennium of Family Change*, Londres, Verso.
- Selcer, P. (2018), *The Postwar Origins of the Global Environment: How the United Nations Built Spaceship Earth*, Nueva York, Columbia University Press.
- Selwyn, J. (2020), «Super-Exploitation in the Global North and the Imperial Mode of Living», Department of International Relations, University of Sussex (sin publicar).
- Selwyn, B. y S. Miyamura (2014), «¿Class Struggles or Integrated Markets?», *New Political Economy*, núm. 19, pp. 639-661.
- Sheasby, W. (1999), «Anti-Prometheus, Post-Marx», *Organization & Environment*, núm. 12, pp. 5-44.
- Sheridan, R. B. (1969), «The Plantation Revolution and the Industrial Revolution, 1625-1775», *Caribbean Studies*, núm. 9, pp. 5-25.
- Silver, B. J., y J. Slater (1999), «The Social Origins of World Hegemonies», en G. Arrighi y B. J. Silver (eds.), *Chaos and Governance in the Modern World System*, Minneapolis, University of Minnesota Press, pp. 151-216.
- Skarstein, R. (2011), «Overaccumulation of Productive Capital or of Finance Capital? A View from the Outskirts of a Marxist Debate», *Investigación Económica*, núm. 70, pp. 51-70.
- Skocpol, T. (1979), *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sohn-Rethel, A. (1978), *Intellectual and Manual Labour: A Critique of Epistemology*, Atlantic Highlands, Humanities Press.
- Smith, J., I. Wallerstein y H. D. Evers (eds.) (1984), *Households and the World-Economy*, Beverly Hills, Sage.
- Smith, J. e I. Wallerstein (eds.) (1992), *Creating and Transforming Households*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Smith, J. (2016), *Imperialism in the Twenty-First Century: Globalization, Super-Exploitation, and the Crisis of Capitalism*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Smith, J. (2018), «Response to David Harvey on Imperialism», *Union for Radical Political Economics*, blog, disponible en <https://urpe.org/2018/03/20/john-smiths-response-to-david-harvey-on-imperialism/>.
- Smith, N. (2000), *Uneven Development*, Oxford, Basil Blackwell [ed. cast.: *Desarrollo desigual*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2014].

- _____ (2004), *American Empire: Roosevelt's Geographer and the Prelude to Globalization*, Berkeley, University of California Press.
- Snow, C. P. (1959), *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Solty, I. (2022), «No, We Can't Afford €100 Billion for Rearmament», *Jacobin*, 25 de junio, disponible en: <https://jacobin.com/2022/06/german-rearmament-defense-budget-ukraine-olaf-scholz>.
- Spooner, F. C. (1972), *The International Economy and Monetary Movements in France, 1493-1725*, Cambridge, Harvard University Press.
- Srnicek, N. y A. Williams (2016), *Inventing the Future: Postcapitalism and a World Without Work*, Londres, Verso.
- Steffen, W., P. J. Crutzen y J. R. McNeill (2007), «The Anthropocene: Are Humans Now Overwhelming the Great Forces of Nature?», *Ambio*, núm. 36, pp. 614-622.
- Steffen, W. et al. (2015), «Planetary Boundaries: Guiding Human Development on a Changing Planet», *Science*, núm. 347.
- Steffen, W., J. Grinevald, P. Crutzen y J. McNeill (2011), «The Anthropocene: Conceptual and Historical Perspective», *Philosophical Transactions of the Royal Society A*, pp. 842-867.
- Steffen, W. et al. (2015), «The Trajectory of the Anthropocene: The Great Acceleration», *The Anthropocene Review*, núm. 2, pp. 81-98.
- Sutoris, P. (2021), «The Term "Anthropocene" Isn't Perfect - But It Shows Us the Scale of the Environmental Crisis We've Caused», *The Conversation*, 20 de octubre.
- Summers, L. H. (2016), «The Age of Secular Stagnation: What It Is and What to Do About It», *Foreign Affairs*, núm. 95, pp. 2-9.
- Sweezy, P. M. (1946), *The Theory of Capitalist Development*, Londres, Dobson Books [ed. cast.: *Teoría del desarrollo capitalista*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2015].
- _____ (1953), *The Present as History*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Sweezy, P. M. y H. Magdoff (1972), *Dynamics of U.S. Capitalism: Corporate Structure, Inflation, Credit, Gold and the Dollar*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Swann, S. H., y S. Colino (2021), *Count Down: How Our Modern World Is Threatening Sperm Counts, Altering Male and Female Reproductive Development, and Imperiling the Future of the Human Race*, Nueva York, Simon and Schuster.
- Taibi, M. (2022), «America's Intellectual No-Fly Zone», *Scheerpost*, 20 de abril, disponible en: <https://scheerpost.com/2022/04/20/matt-taibbi-americas-intellectual-no-fly-zone/>.
- Tainter, J. (1990), *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Taylor, P. (2019), «Alt-Right Ecology», en B. Forchtner (ed.), *The Far Right and the Environment*, Nueva York, Routledge, pp. 275-292.
- Taylor, F. W. (1912), *Shop Management*, Nueva York, Harper and Brothers Publishers.
- Tawney, R. H. (1926), *Religion & the Rise of Capitalism*, Nueva York, Harcourt, Brace & Company.

- _____ (1941), «The Rise of the Gentry, 1558-1640», *The Economic History Review*, núm. 11, pp. 1-38.
- Thornton, J. (1998), *Africa and Africans in the Making of the Atlantic World, 1400-1800*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Tilly, C. (1984), «The Demographic Origins of the European Proletariat», en D. Levine (ed.), *Proletarianization and Family History*, Orlando, Academic Press, pp. 1-85.
- Timsit, A., y S. Kaplan (2021), «At Least 85 Percent of the World's Population Has Been Affected by Human-Induced Climate Change, New Study Shows», *The Washington Post*, 11 de octubre.
- Toffler, A. (1984), *Future Shock*, Barcelona, Random House.
- Tomich, D. (2003), *Through the Prism of Slavery: Labor, Capital, and World Economy*, Lanham, Rowman & Littlefield Publishers.
- _____ (ed.) (2016), *The Politics of the Second Slavery*, Albany, State University of New York Press.
- Tuana, N. (2019), «Climate Apartheid», *Critical Philosophy of Race*, núm. 7, pp. 1-31.
- Tucker, R. C. (1978), *The Marx-Engels Reader*, Nueva York, W. W. Norton & Co.
- Turner, F. J. (1921), *The Frontier in American History*, Nueva York, Henry Holt and Company.
- Valencia, A. S. (2015), *The Future of Work*, Leiden, Brill.
- Vasko, T. B. (2022), «Nature and the Native», *Critical Research on Religion*, núm. 10, pp. 7-23.
- Vergès, F. (2017), «Racial Capitalocene», *Verso Blog*, 30 de agosto, disponible en: <https://www.versobooks.com/blogs/3376-racial-capitalocene>.
- _____ (2017), «Racial Capitalocene», en G. T. Johnson y A. Lubin (eds.), *Futures of Black Radicalism*, Londres, Verso, pp. 72-82.
- _____ (2017), «Capitalocene, Waste, Race, and Gender», *E-Flux Journal*, núm. 100, pp. 1-13.
- Vieux, S. (1994), «In the Shadow of Neo-Liberal Racism», *Race & Class*, núm. 36, enero, pp. 23-32.
- Virginio, F. P., P. Stewart y B. Garvey (2023), «Unpacking Super-Exploitation in the 21st Century», *Work, Employment and Society*, núm. 37, pp. 897-915.
- Wackernagel, M., Rees, W. (1998), *Our Ecological Footprint*, Gabriola Island, New Society Publishers.
- Wainwright, J., y G. Mann (2018), *Climate Leviathan*, Londres, Verso.
- Wallerstein, I. (1970), «Frantz Fanon: Reason and Violence», *Berkeley Journal of Sociology*, núm. 15, pp. 222-231.
- _____ (1973), «Imperialism and Capitalism», *Insurgent Sociologist*, núm. 3, pp. 25-28.
- _____ (1974), *The Modern World-System I*, Nueva York, Academic Press [ed. cast.: *El moderno sistema mundial. Volumen 1*, Madrid, Siglo XXI, 2016].
- _____ (1978), «Civilizations and Modes of Production», *Theory and Society*, núm. 5, pp. 1-10.
- _____ (1980), *The Modern World-System II*, Nueva York, Academic Press. [ed. cast.: *El moderno sistema mundial. Volumen 2*, Madrid, Siglo XXI, 2016].

- _____ (1982), «Crises: The World-Economy, the Movements, and the Ideologies», ponencia presentada en la 6th Annual Political Economy of the World-System Conference, University of Arizona, 15-17 de abril.
- _____ (1983), *Historical Capitalism*, Londres, Verso [ed. cast.: *El capitalismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 2012].
- _____ (1994), «The Agonies of Liberalism», *New Left Review*, núm. 204, pp. 3-17.
- _____ (1995), «Declining States, Declining Rights?», *International Labor and Working-Class History*, núm. 47, pp. 24-27.
- _____ (1999), «Frank Proves the European Miracle», *Review*, núm. 22, pp. 355-371.
- _____ (2001), «Braudel and Interscience», *Review*, núm. 24, pp. 3-12.
- _____ (2006), *European Universalism*, Nueva York, The New Press.
- _____ (2011), *The Modern World-System IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789-1914*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *El moderno sistema mundial IV. El liberalismo centrista triunfante*, Madrid, Siglo XXI, 2016].
- _____ (2019), «This Is the End; This Is the Beginning», *Commentary*, núm. 500, 1 de julio.
- Wallis, V. (2000), «Species Questions (*Gattungsfragen*): Humanity and Nature from Marx to Shiva», *Organization & Environment*, núm. 13, pp. 500-507.
- Wanner, H. et al. (2022), «The Variable European Little Ice Age», *Quaternary Science Reviews*, núm. 28.
- Waring, M. (1988), *If Women Counted*, San Francisco, Harper & Row.
- Watts, J. (2021), «Johan Rockström: We Need Bankers as Well as Activists... We Have 10 Years to Cut Emissions by Half», *The Guardian*, 29 de mayo.
- Webb, W. P. (1954), «The Great Frontier: A Disappearing Boom», *The Georgia Review*, núm. 8, pp. 17-28.
- _____ (1964), *The Great Frontier*, Austin, University of Texas Press.
- Weisberg, B. (1971), *Beyond Repair*, Boston, Beacon Press.
- Von Werlhof, C. (1988), «On the Concept of Nature and Society in Capitalism», en M. Mies et al. (eds.), *Women: The Last Colony*, Londres, Zed, pp. 96-112.
- White, S. (2017), *A Cold Welcome: The Little Ice Age and Europe's Encounter with North America*, Cambridge, Harvard University Press.
- Wickham, C. (2006), *Framing the Early Middle Ages: Europe and the Mediterranean, 400-800*, Oxford, Oxford University Press.
- Wilson, E. O. (2016), *Half-Earth: Our Planet's Fight for Life*, Nueva York, W. W. Norton [ed. cast.: *Medio planeta*, Madrid, Errata Naturae, 2017].
- Williams, R. (1980), *Culture and Materialism*, Londres, Verso.
- Williams, M. (2003), *Deforesting the Earth*, Chicago, University of Chicago Press.
- Wolfe, P. (1999), *Settler Colonialism and the Transformation of Anthropology*, Londres, Cassell.
- Wolford, W. (2021), «The Plantationocene», *Annals of the American Association of Geographers*, núm. 111, pp. 1622-1639.
- Wood, E. M. (1985), *The Retreat from Class*, Londres, Verso.
- _____ (2017), *The Origin of Capitalism: A Longer View*, Nueva York, Verso Books.
- Wood, A. C. (2022), «Towards a Theory of Super-Exploitation», *Labor Studies Journal*, núm. 47, pp. 462-487.

- Wright, M. (2006), *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism*, Londres, Routledge.
- Wynter, S. (2003), «Unsettling the Coloniality of Being/Power/Truth/Freedom: Towards the Human, After Man, Its Overrepresentation —An Argument», *CR: The New Centennial Review*, núm. 3, pp. 257-337.
- Zagorin, P. (1982), *Rebels and Rulers 1500-1660, vol. 1*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Zimmermann, E. (1951), *World Resources and Industries*, Nueva York, Harper & Bros.
- Zander, K. *et al.* (2015), «Heat Stress Causes Substantial Labour Productivity Loss in Australia», *Nature Climate Change*, núm. 5, pp. 647-651.

